





*SOS* ... --- ...  
*desde* ... . ... --- .  
*la* .... ..  
*gênesis* --- . - . . ... .. ...

  
Dagoberto Luis  
Herrera Alfonso  




*SOS* ... --- ...  
*desde* ... . ... --- .  
*la* .... --  
*gènesis* --- . -- . ... .. ...



— — — — —  
Dagoberto Luis  
Herrera Alfonso  
— — — — —

Edición: *Malena Sánchez Reyna*  
Diseño de cubierta: *Claudia Gorrita Martínez*  
Diseño interior: *Liatmara Santiesteban García*  
Realización: *Yudelmys Doce Rodríguez*  
Corrección: *Catalina Díaz Martínez*  
Fotos: *Cortesía del autor*

© Dagoberto L. Herrera Alfonso, 2016  
© Sobre la presente edición:  
Casa Editorial Verde Olivo, 2016

ISBN: 978-959-224- 391-0

El contenido de la presente obra fue valorado  
por la Oficina del Historiador de las FAR.

Todos los derechos reservados. Esta publicación  
no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,  
en ningún soporte sin la autorización por escrito  
de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo  
Avenida de Independencia y San Pedro  
Apartado 6916. CP 10600  
Plaza de la Revolución, La Habana  
volivo@unicom.co.cu

*A los héroes y mártires de esta gesta.  
A mis compañeros comunicadores. A mis grandes amores,  
mi esposa, hijos, nieto, y muy especialmente a mi  
madre, que no me vio volver y no la vi partir.*





*Mis más sinceros agradecimientos a mi esposa,  
mis hijos y mi yerno. A los compañeros Ernesto Fernán-  
dez Revilla, Juan Felipe Abreu Montes  
de Oca, Francisco Santiago Acea Acea, Pachi;  
Álvaro Enrique Diéguez Yáñez, Anselmo  
Breto Vázquez, Víctor Fernández Fernández,  
Elizet Acebo Pérez y muchos otros  
que me ayudaron e incitaron a culminar  
esta obra que hoy pongo en sus manos.*



## Prefacio

La Dra. María Dolores Ortiz Díaz<sup>1</sup> fue el motor impulsor para que me decidiera a cotejar viejas notas guardadas durante años debajo de mi colchón. Esos papeles amarillentos eran el detonante.

Todo resultó cuando leí de un tirón *Reto a la soledad*, obra que a mí me caló, de la autoría del coronel Orlando Cardoso Villavicencio, Héroe de la República de Cuba, quien escribiera en el prólogo:

Siempre he lamentado que en la literatura cubana de los últimos años no abunden los libros relacionados con el cumplimiento de misiones internacionalistas. Este libro que ahora se pone en manos del lector viene a llenar parte del vacío, y es de desear que muchos otros también lo hagan.

Hizo un llamado para despertar la grafomanía de muchos, y aunque no seamos escritores me pareció necesario narrar algunas cosas que me tocaron vivir para contribuir a la divulgación del desempeño internacionalista de los cubanos. No obvió el legado histórico de la heroica y

<sup>1</sup> Doctora en Ciencias Filológicas. Profesora Titular de la Universidad de La Habana. Profesora de Mérito del Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona y Heroína Nacional del Trabajo de la República de Cuba. Durante muchos años ha sido la única mujer del panel de *Escriba y Lea*, uno de los programas de más larga historia en la Televisión Cubana.

cruenta contienda bélica, que asumo desde una percepción humanista a través de relatos vivenciales. Los personajes todos son reales. En ese entonces no se podía llevar un diario, pero afortunadamente, como nos ha sucedido a muchos de los involucrados en la guerra, busqué la manera de recopilar a punta de lápiz y quizás en el papel menos apropiado no todo lo significativo, pero sí lo que pude. ¿Fotos? Mal habidas, dos. No se podía tener una cámara fotográfica particular en esta ocasión, so pena del excomulgo por la propia seguridad de los combatientes y de la misión.

Aparecen fechas, que parten de los datos guardados, cuando no entonces serán reconstrucciones desde la memoria. Si algún día pudiera terminar estas, llamémosle narraciones, me sentiría complacido de tener como árbitros a los personajes que menciono, y ojalá aparecieran todos los jugadores de este gran equipo, pues por dejadez, distancia o ¿qué sé yo?, no hemos seguido cultivando la entrañable amistad que nos unió en esos tiempos pretéritos, sumamente candentes. De seguro aportarían recuerdos, ideas o cualquier cantidad de anécdotas que aquí se obvian y que, por supuesto, yo no agregaría, porque el tiempo de la vida no da para tanto. Cada uno tiene relatos que exponer. El mío lo comienzo a hacer sin mayor pretensión que la de dejar esta experiencia vivida para mis hijos, nieto, para mi pueblo, para los jóvenes que no vivieron esos días, como una singular constancia que siempre los hará reflexionar, porque fue real y es bueno que la conozcan.

Qué bien poder desandar por Etiopía, donde un cubano, si quería y, habiendo oportunidad podía hacerlo solo, sintiéndose defendido y cuidado por la mayoría de los ciudadanos. En marzo de 2004, fecha en la que inicio estas

líneas, veo en la televisión las imágenes de los atentados contra soldados estadounidenses y aliados que se encontraban en Irán, y no puedo menos que pensar que uno no debe ir donde no lo llamen, no lo quieren y son mal mirados. He ahí la diferencia con nuestro proceder en aquel entonces cuando fuimos convocados por un pueblo y un Gobierno, y respondimos a eso que se llama internacionalismo, de lo que hemos sido deudores con una gran parte de la humanidad. Cumplimos la misión con un desinterés personal de tal magnitud, que solo los testigos de esta acción podemos dar fe sobre nuestros actos.

Entre notas, memorias y fotos que se anexan a este libro, navego de nuevo a Etiopía, los invito pues a acompañarme.

EL AUTOR





*La vida  
te da sorpresas*







## *En candela*

Era fría y lluviosa la mañana del 8 de enero de 1978, lejos estaba de imaginar que ese día marcaría un viraje importante en mi vida. Por aquella época me levantaba muy temprano, alrededor de las 04:30 horas, pues irremisiblemente tenía que ir dando tumbos en distintos ómnibus por los vastos territorios de nuestra ciudad, La Habana, para llegar al lugar en el cual ejercía mi profesión. Pude bajarme de la tercera guagua frente a la iglesia del Cotorro. Enrumbé mis pasos hasta un estanquillo de prensa cercano y sin variar la costumbre compré todo lo nuevo que había allí.

Mientras caminaba para coger el transporte hacia mi destino, el estado mayor de la división, donde en aquel entonces prestaba mis servicios como oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), me tropecé con un colega que iba muy apresurado en sentido contrario y sin detener la marcha, eufórico, me dijo:

—¡Herrera, la unidad está en candela! ¡Nos citaron a todos los oficiales para una reunión a las 09:00 horas, en el teatro!

—En candela, ¿y ahora por qué? —le pregunté volteándome, pues se escapó a mis espaldas como una exhalación.

—¡No sé!... nos vemos allá, voy rápido a resolver un asunto, regreso enseguida.

No me preocupé mucho. Era habitual que la mayor parte del tiempo estuviéramos «en candela». No obstante, la noticia me metió el bichito de la intriga en el cuerpo.

Tuve que correr hasta la parada para que no se me fuera la guagua que ya me había pasado por el lado mientras hablábamos.

Por lógica elemental debía apurarme para conocer la causa del porqué, nuevamente, la Unidad Militar (UM) 1700, mi División de Infantería Motorizada (DIM) estaba «en candela».

La parada donde me bajé quedaba cerca de la entrada principal del estado mayor, pero de ahí al Taller de Comunicaciones de la división, donde yo fungía como jefe, había buen trecho. La mañana que se tornaba sin indicios de lluvia, comenzó a nublarse. Con tal de no llegar tarde y huyéndole al tremendo aguacero, inesperado por cierto, que estaba por caer apresuré el paso y así y todo, me empapé.

Al llegar me quité la capa verde olivo, que como siempre se filtraba. El uniforme lo tenía humedecido. En unos estantes de madera vacíos desplegué los periódicos y la revista *Bohemia* que había comprado con la esperanza de poder leerlos cuando se secaran y así ponerme al tanto sobre las más recientes y disímiles noticias publicadas.

Serían aproximadamente las 07:00 horas. Supuse que mis subordinados estarían desayunando, conducidos por el oficial de guardia del batallón de Comunicaciones que me relevó el día anterior. Como el estómago ya me pedía ingerir desde que me dio el olor a *pizzas* en la parada del Cotorro, sin cambiarme de ropa, fui al comedor de los oficiales. Allí, con una leche con chocolate humeante, espesa y espumosa, convoyada por tostadas de panes untadas con abundante mantequilla y croquetas, calenté el cuerpo y encontré un paliativo hasta la hora de la merienda. En esa época se comía bien en las unidades militares, ya comenzaba el autoabastecimiento en las FAR.

Los oficiales que compartíamos la mesa especulamos sobre el tema de la susodicha reunión, estábamos en ascuas. Este fue uno de esos tantos momentos en que me percaté de la forma tan escrupulosa con que nuestro mando podía guardar un secreto. Al parecer, ni los que se quedaron de guardia desde el día anterior sabían nada, y si lo habían averiguado se hacían los «suecos», porque le preguntamos a otros y nada de nada, no supimos ni ostia.

Todos cavilábamos. Pensé en una posible maniobra prolongada o en otra inspección, de aquellas para las que durante un mes o más se tenía que laborar hasta las 22:00 horas todos los días aunque tuvieras tu trabajo actualizado. Los jefes superiores no entendían que hubiera gente formal. A todos nos cortaban con la misma tijera.

Hoy en día no considero tan drásticas las medidas que se tomaban. En realidad eran para lograr objetivos loables. Pero bueno, continuando con las elucubraciones respecto a lo que nos esperaba en la división, que a lo mejor el problema radicaba en otra de las reiteradas amenazas del Gobierno de Estados Unidos contra nuestro país, una nueva maniobra de sus flotas por los alrededores del Archipiélago. Si era por eso no había objeción, mas a ciencia cierta no encontré la respuesta. Eran muchas las variantes para que se produjeran estos halas, estiras y encoges, como diría mi mamá.

La mayor preocupación que tenía por aquellos días era mi boda, fijada para el 28 de enero, coincidente con el aniversario del natalicio de nuestro Héroe Nacional José Martí. Casi todo estaba preparado y al parecer se iba a complicar la situación, porque por lo general, estos enredillos demoraban más de un mes. ¡Con qué candidez pensaba!

Después del desayuno regresé al taller para cambiarme de ropa, que a pesar del buen degustar estaba sintiendo frío. Entrando, apareció en la puerta uno de mis subordinados.

—¡Permiso para pasar, teniente!

—¡Sí, adelante!

Entró, me rindió cortesía y vino con la misma pregunta que todos nos hacíamos en este lugar.

—No sé. Ustedes continúen en lo de siempre, reparando la técnica. Quédate al frente del taller, que tengo reunión a las 09:00 horas. Ya sabremos qué pasa.

—¡A sus órdenes! —dio media vuelta y sin insistir se retiró. Debí darse cuenta que yo también estaba desinformado.

Mis muchachos eran «relativamente» muy disciplinados cuando yo estaba presente. Eran catorce en total, todos eficientes en cada una de sus especialidades, mecánicos de radio o telefonía, operadores de bases de carga de baterías y el chofer del taller móvil. Algunos dominaban no solo su especialidad, sino las demás.

Para nosotros, los que en aquel entonces conformábamos la UM 1700, teníamos el concepto de que era la mejor del país y algunos afirmaban que del mundo. Me limitaba a llamarla «mi división», pues indudablemente tenía sentido de pertenencia, a pesar de la rígida disciplina y de la exigencia en la instrucción, el cuidado de la técnica y en todos los aspectos necesarios para formar una verdadera e imbatible unidad militar. Cuando había algún obcecado que se ponía a hablar mal de ella lo dábamos por envidioso, fuera de donde fuera.

Además, el fundador de «mi división» fue el comandante Juan Vitalio Acuña Núñez, Vilo Acuña, y esto lo llevábamos con un orgullo particular.

Yo tenía conciencia de la necesidad y utilidad de mi desempeño. Allí existía un colectivo irrestrictamente unido, cooperante. Nadie se descarriaba más de lo debido, había formalidad.

Quizás, entre esas disquisiciones, me cambié de ropa lo más rápido que pude, pues ya casi debía partir hacia el teatro.

En esos precisos momentos observé a través de una ventana la llegada de un camión refrigerado cargado con tinas de helado Coppelía y me dije: «Si los oficiales no nos apuramos nos vamos a quedar con los deseos de probarlo». La nevera del comedor estaba rota, por lo tanto la repartición sería desde el momento de la descarga. A lo mejor alcanzábamos un poco, pero derretido.

Me fui a la reunión. El recinto se encontraba casi abarrotado, no obstante encontré donde sentarme. El local era amplio, ventilado, agradable, con acústica de basílica. Reinaba una atmósfera densa que duró hasta poco después de las 09:00 horas, cuando el jefe de la división hizo acto de presencia, acompañado por otros altos oficiales. Todos los que allí estábamos, sin necesidad de orden previa de mando nos paramos en posición de firme.

Sin preámbulos, el jefe de la subsección política, es decir el político de la unidad, fue al centro, no subió al escenario. Desde abajo mandó a que nos pusiéramos en una posición más cómoda, pero nada de sentarse y cuando se dirigió a todos los reunidos en el teatro, nos dijo que un país hermano había lanzado un SOS.<sup>2</sup>

«¡Compañeros oficiales!» —comenzó su arenga con voz vibrante. «¡A nuestra unidad le ha sido asignado el

<sup>2</sup> Para los comunicadores, esto significa llamada de auxilio internacional. En telegrafía se representa con tres puntos, tres rayas y tres puntos y suena ti-ti-ti—ta-ta-ta—ti-ti ti.

honroso cumplimiento de una misión internacionalista en un hermano país, cuyo legítimo Gobierno nos solicita ayuda!»

No hubo ni un murmullo, todavía me asombro, y continuó: «¡Los que no estén dispuestos a cumplir, que den un paso al frente!» Densa la atmósfera. ¡Se congeló todo! ¡Silencio total!, ni mirábamos hacia los lados para ver la cara del vecino de la mutual.

Después del triunfo de la Revolución, el pueblo cubano y sus fuerzas armadas han tenido etapas de glorias para la memoria y todas han sido sublimes, pero creo que esos años fueron increíblemente fervorosos. Para cualquier misión, si se pedían cien voluntarios aparecían miles, tanto civiles como militares.

Pensé en mi casamiento, y en ese momento se me armó tremendo lío en la mollera.

En la casa de María Antonia Rodríguez Sánchez, no la de México donde Fidel y el Che se encontraron por vez primera, sino aquí en La Habana, conocí a una muchacha amiga de ella, que me cautivó.

Meses después nos comprometimos. Exactamente y por casualidades de la vida esto sucedió el 11 de septiembre de 1975, proclamado como el Día de la Liberación de Angola. En ese entonces estaba inmerso en los preparativos para ir a cumplir misión internacionalista a ese hermano país africano.

Muchas veces quise integrar los contingentes internacionalistas. Voluntad, espíritu, conciencia y cierta preparación no me faltaban. ¡Pero, oye, que llegara esto en el preciso momento en el cual me iba a casar con la muchacha más linda, dulce y noble que había conocido jamás! ¡Esto era una gran casualidad! ¡Y el trabajo que pasé para conquistarla!



Con mi novia, en 1975.

La mente del ser humano es veloz. Lo que uno cuenta en un párrafo lo piensa en un santiamén. Hubo tres o cuatro de los muchos que habíamos allí, que dieron un paso al frente en señal de negativa por no poder o no querer participar en la misión. Considero, independientemente del motivo, el bochorno que debieron haber pasado, seguro de que no se les olvidará jamás. Nada de palabras hostiles ni miradas recriminatorias, porque el cubano cuando se manda, se manda.

En ese instante cavilé que cada cual tendría un motivo que lo justificara sobradamente. Yo tenía el mío ¡y grande!, para mí el mayor en ese momento. Los proyectos personales se ven truncados de forma tal que el individuo, si no se siente aplastado por las complicaciones inmediatas, piensa en las consecuencias colaterales. Así y todo, casi el cien por ciento nos mantuvimos ahí, «a lo macho». ¡Qué guapos fuimos!

¿Usted se ha preguntado en alguna ocasión lo que significa brindarse voluntariamente para ir a una guerra, allende las fronteras de su terruño, jugarse la vida sin más acá ni más allá que por una convicción interiorizada? Tiene que ser muy, pero muy profunda. Arraigada en los militares de profesión, como yo en este caso, y en todo este pueblo cubano, sin pedir nada a cambio. ¡Que no era pelear aquí en Cuba para defenderla, sino salir vaya usted a saber adónde!

«¡Desde este momento nos encontramos en estado de alerta, y a preparar condiciones! ¡Por ahora no se debe comunicar al resto de la tropa lo tratado aquí! ¡Pueden retirarse!» —continuó muy sucintamente el político. No dijo nada más. Había concluido más rápido de lo que esperaba y al salir de ese lugar pudimos refrescar paladares tomando helado Coppelia sin que aún se hubiera derretido.

¡Ay!, el cubano. ¡La tropa se enteró! y al cabo de los días, el pueblo tenía referencias sobre el suceso. No era necesario oficializarlo, «radiobemba» se encargó del asunto.

Con un poco de desazón me di cuenta de que por ser firme a mis principios se podía ir a pique la programada boda. No obstante, mi futura esposa definiría el porvenir. Cuando le di a conocer la situación su respuesta fue: «No importa, nosotros somos jóvenes todavía cumple con tu deber, que yo me sentiré orgullosa y te voy a esperar. Solo te pido que te cuides mucho».



## Misión, ¿adónde?

Durante la corta, pero enjundiosa historia conocida de Cuba muchos compatriotas han combatido en disímiles sitios de nuestro planeta, en Europa; en el norte, el centro y el sur del continente americano; en el Caribe; en el África... Indudablemente la sangre cubana ha abonado muchas tierras allende los mares. Después del triunfo de la Revolución en 1959 la solidaridad de la Isla con los pueblos hermanos se ha incrementado y no se ha hecho esperar. Así las cosas, desde 1975 Cuba ayudó masiva, multifacética y desinteresadamente a Angola.

Digamos que ese país no sería el sitio, pues ya estábamos allá. Ambiguo este jefe, a eso había limitado la información. No obstante, por estar uno actualizado con los últimos acontecimientos nacionales e internacionales, complementando el discernimiento con las últimas noticias de los periódicos que se habían secado en los estantes, se podía deducir algo, aunque no con certeza.

Decidí cotejar mis criterios con los demás oficiales del batallón cuando me interrumpieron en masa los traviosos jóvenes que tenía bajo mi mando: «¿Esto es sedición, o qué?», —les interpele en jarana. ¡Caballero!, no hay nada comparado con la intriga, la duda, el no saber con certeza qué acaece. Los catorce parados ahí, esperando que les dijera algo.

Daniel, uno de mis mecánicos de telefonía fue el vocero del grupo.

—Teniente, nos vamos todos con usted para la misión.

—¿Qué misión? —respondí muy serio, sin mirarlos tan siquiera.

Ni que hubiera hecho el mejor de los chistes, se carcajearon, pero con ese estado de las personas que no quieren

la sorna, sino la verdad, la cual no han encontrado aún para dilucidar la intriga. En la vida militar las órdenes son órdenes y yo no podía violarlas.

—Teniente, por favor, todo el mundo aquí sabe lo que está en el ambiente, usted, como siempre, puede confiar en nosotros, llévenos porque de lo que sí estamos claros es de que usted se va.

—¿Para dónde? —pregunté persuasivo y les dije:

—Sigan trabajando, todo llega a su tiempo.

—Teniente, hay más helado ahí, ¿quiere?

—¿Ustedes me están comprando una confidencia con helado? ¡Andando, vayan a hacer lo que les corresponde ahora!

Se retiraron de mala gana. ¡Qué car... si yo también me moría por saber hacia qué destino nos conducirían!

Mi edad no superaba en más de dos o tres años a la de esos muchachos. A pesar de lo establecido por los reglamentos militares, en ocasiones, juntos los habíamos desobedecido. Prácticamente salíamos de la adolescencia. No me cabía la menor duda de que eran partícipes, de alguna forma, de lo tratado en el teatro. Las paredes tienen oídos ¡Y me manifiestan, así como así que se querían ir conmigo... no se sabe adónde... no se sabe a qué! Hay que tener coraje. Este país está lleno de gente dispuesta a participar en el cumplimiento de misiones sin medir las consecuencias.

Con el objetivo de compartir mi criterio con el resto de la masa de oficiales salí del taller. Casi todos estaban dentro de sus oficinas y los que no, andaban moviéndose ágiles, señal de que realizaban trabajos cotidianos que no se podían interrumpir o intrigados igual que yo.



Taller de Comunicaciones de la Unidad Militar 1700.

Pensé con quién consultar. ¡Claro que sí, con Lorenzo Viera<sup>3</sup> o con Jesús Simón Grey! El mayor Viera, en aquel entonces era el jefe de Comunicaciones de la división, y Grey, el oficial para la técnica de Comunicaciones. Yo tenía muy buenas relaciones con ambos, no solamente de trabajo, sino magníficos lazos de compañerismo derivados de la actividad diaria en la unidad.

Recuerdo como si hubiera sido hoy que cuando me seleccionaron para el cumplimiento de la misión, Viera me aconsejó como un padre a un hijo. Me dijo que él no iba, que a pesar de yo ser muy buen oficial tenía que cuidarme, pues era impulsivo y en la guerra había que

<sup>3</sup> A partir de este momento los nombres y apellidos que no están completos es porque no pudieron ser localizados. (N. de la E.).

pensar las cosas ecuanímente, de lo contrario se exponía la vida propia y la de los subordinados.

En aquel entonces él sobrepasaba los cuarenta años, por lo tanto tenía a bien escuchar sus consejos con mucha atención. Me resultaba una persona con criterio acertado, buen consejero, paciente y medido. Con Grey me sucedía otro tanto.

Lo que sí no pude sacar en claro fue a qué país iríamos. Ellos, tampoco, al parecer no lo sabían. Me agradó que se preocuparan por el asunto de mi futura boda y Viera me aseguró que si yo estaba aún en Cuba para la fecha, haría todo lo posible para que lleváramos a vías de hecho lo planificado.

Por supuesto, que en el taller mis soldados continuaban quisquillosamente insistiendo para irse conmigo. Estaba desesperado porque la jefatura diera pase, para separarme de estos intrigados, al menos por unas horas, además quería ver a mis padres, a mi hermanita y a mi novia y comunicarles la situación. En los primeros dos días no nos concedieron ni un minuto.

Al fin hubo una oportunidad. Ya tarde en la noche pasé por casa de mi futura esposa. Dialogamos largamente sobre este complejo problema que estábamos viviendo y me despedí con nuevos bríos en el corazón.

De allí salí para la casa. Todos estaban despiertos, exceptuando a mi papá que muy serio, parecía ver el televisor. Si sus espejuelos hubieran sido calobares se podría decir que estaba prestándole tremenda atención a la pequeña pantalla. Yo sabía que, agotado por los trajines diarios, dormía su poco.

Mi mamá, con su acostumbrado beso me recriminó por no haberla llamado por teléfono a la casa del vecino.

Preocupación y desvelos de esa cosa linda de la que vivo eternamente enamorado.

Me bañé, comí y esperé a que el viejo se despertara. Hasta me atreví a encender un cigarro en su presencia, porque él estaba «en Belén con los pastores». ¿¡Si me coge fumando!?

No sé a qué hora salió de su letargo y yo debía levantarme como siempre, a las 04:20 horas, pero esperé, hasta que mi mamá cayó en los brazos de Morfeo y llamé a mi papá al pasillo exterior del edificio. «Papi, me voy a cumplir una misión, a ti te lo puedo decir, pero a mami no». Él se quedó lelo.

Mi padre tenía una sonrisa eterna, muy leve, para dejar siempre en todos los que lo conocimos un recuerdo grato que nunca se propuso, por su sencillez, quizás por su sentido del deber. Siempre fue muy amoroso conmigo, aunque no lo dejara entrever. Así lo recuerdo, sin embargo me quedó claro que esta noticia lo mordió por dentro, a pesar de su aparente candidez y ecuanimidad. Todas esas características de su persona no quitan su estirpe de revolucionario, siendo capaz de realizar entretelones algunas actividades y tareas de gran importancia como, su lucha contra la tiranía de Batista en la clandestinidad, transportar desde Colón, en Matanzas, parte de las piezas para armar la emisora *Radio Rebelde* y nunca a mí me lo hizo saber. Me enteré por otros compañeros suyos, como Violeta Casal, y cuando le pregunté al respecto, me dijo que eran boberías comparadas con lo que habían hecho otros hombres y mujeres en este país.

—Ya anda el rumor por las calles de que se está preparando otra misión internacionalista. ¿Adónde? —me preguntó.

—¡Qué sé yo, papi!, pero estoy listo, y a mami hay que hacerle creer que voy para la Unión Soviética a pasar un curso. Tú sabes mejor que nadie lo delicada de salud que está y no puedo darle ese disgusto, ni puedo renunciar a algo que más que mi deber es una obligación.

Mi madre nunca se tragó la píldora edulcorada de que su hijo iba a un viaje de estudios. Fue duro para su corazón y su cerebro. Sabía que ella iba a cargar con una preocupación constante durante el tiempo de mi ausencia. Al amanecer y como de costumbre, me despedí con besos para mi hermanita linda, sonriente, pícara, cariñosa, para mi mamá y cuando se lo fui a dar a mi papá, que bien sabía que no había dormido, bajito y en un susurro, me dijo: «Oye, cuídate por nosotros» —le di un fuerte abrazo, le hice un gesto de asentimiento con la cabeza y le dije que nos comunicaríamos.

## *Preparación*

Llegué temprano a la unidad y todo estaba en movimiento. Se sentía el ruido de los motores de los carros. La gente desplazándose rápido en todas direcciones como si fueran hormigas que huían de un pisotón de botas rusas.

Sin embargo, en mi taller todo estaba apacible. El chofer del taller móvil M3M2 limpiaba los parabrisas; el basecarguista revisaba las baterías, los mecánicos se preparaban para continuar poniendo de alta algunos equipos pendientes. Pero nadie me habló, a no ser Eugenio Cisneros Almanza, el ingeniero principal del batallón, que estaba con un paño dándole brillo esmeradamente a un pedazo de metal dorado.

—Herrera, nos vamos para la Región de Concentración —me dijo muy quedo.

—¿Cuándo? —más quieto le pregunté.

—¡Ya! —me contestó exaltando su conocimiento pleno sobre la inminencia.

—¡Adelante, Cisneros Almanza, que nos espera la guerra! —le dije en alta voz.

—¡Tú estás loco, muchacho! Ni tú ni yo sabemos qué es eso. ¡Te encanta la jodedera! —me respondió más alto aún. ¡Y serio que estaba!

—Eugenio, no estoy loco ¡estoy quemá'o! —le dije en broma, pero no le saqué ni un ápice de risa.

Caminamos a todo lo largo del pasillo del taller. Al final, recostados a un muro nos pusimos a fumar. Él embarraba de verde su cigarro con la sustancia con que pulía antes la pequeña pieza. Nos caímos a suposiciones mutuas que nos llevaban a la misma conclusión.

—Oye, Herrera para África. ¿Tú crees? —me dice.

—¡Por supuesto, Cisneros! ¿Dónde si no?

—¿Y tú, por estos días no te ibas a casar? Parece que te quedaste en esa, pariente —y ahora sí se carcajeó con sorna. ¡Qué abusador!

—Y tu mujer, Nancy, se va a quedar con los deseos de comer cake. ¡Y que se ve que le encanta! —le respondí con más sorna aún.

En ese momento apareció un oficial de la subsección política del estado mayor de la división y nos entregó un librito pequeño con un texto de la autoría de Raúl Valdés Vivó, *Etiopía, la revolución desconocida*. Estaba en «onda» ese documento. —¡Al fin sabemos algo! —exclamé.

—¡Al fin qué! Léanselo, que esto es parte del trabajo político-ideológico de la división, pero no significa nada que les pueda dar información —y se retira.

—¡Oye!, pero para ahí es hacia donde vamos, ¿no? —preguntamos a dúo.

—¡Qué sé yo! —dijo el teniente correcaminos.

Nos miramos y por las dudas, libro en mano, cada cual cogió su rumbo. Decidí llegarme hasta la biblioteca del estado mayor de la división. Pedí un mapa y localicé a Etiopía, solicité los periódicos y las revistas más recientes. Pretendía buscar información referida a las cuestiones que más me interesaban, entre ellas indagué sobre Haile Selassie I y Mengistu Haile Mariam, este último llegado al poder con los problemas de las agresiones por parte de Somalia a Etiopía que ya conocíamos de referencia. ¡Y ya! ¡Sonó la alarma! ¡A correr!

En el escueto libro que nos habían entregado fue donde pude profundizar un poco al respecto. No me quedó más tiempo para consultar otras fuentes.

A media mañana, todos los inicialmente implicados, partimos hacia el punto donde se realizaría la concentración, junto a una laguna enclavada en medio de un monte de mangos aventureros, es decir, aquellos que se dan fuera de temporada. Recordemos que estábamos en enero.

El fango llegaba a los tobillos. Los carros que iban arribando se hundían, pero con la potencia de sus motores, auxiliados por pencas de guano y todo lo imaginable colocado debajo de los neumáticos salían de los atascaderos.

En general, los medios técnicos se portaban bien, y más teniendo el apoyo de los compañeros de los móviles del Taller Central de Comunicaciones del Ejército Occidental, Alfredo Laffite Montero con su inseparable tabaco, resolviendo lo irresoluto y Armando Limia Gómez con su overol enfundado por alguna huella de grasa (porque este lo mismo arreglaba un equipo de comunica-

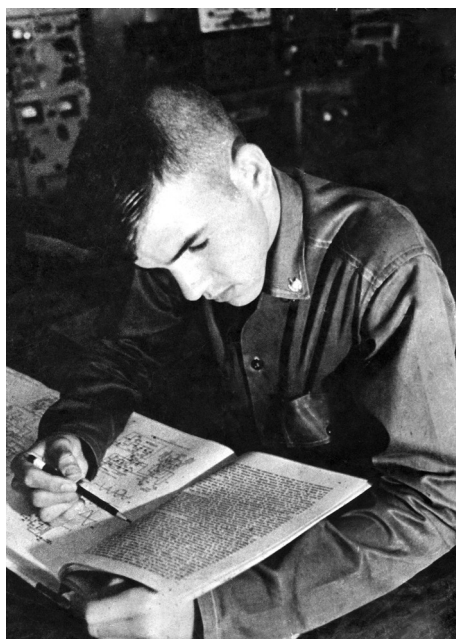


ciones que hacía un carro nuevo). El taller móvil de ellos no salió invicto, también se hundió, por lo que además de grasa, Limia cogió fango y Laffite tuvo que botar su mocho de tabaco.

Por el dominio en mi especialidad, Comunicaciones, sobre todo lo referido a los medios de media potencia, me asignaron la misión de preparar y evaluar a una parte de los reservistas que se movilizaban. Se deduce entonces que no tenía tiempo para reparar esos equipos y estos compañeros nos dieron apoyo en el sentido de mantener esa técnica de alta. Nada, que esto era una operación conjunta y mancomunada. Ellos también querían ir con nosotros, pero de eso nada. No los autorizaron, debían garantizar algo tan importante como es la retaguardia.

Los R-118, 824, 839 son equipos de comunicaciones grandes, montados en furgones de camiones de diferentes tipos, en dependencia del modelo, aparatos complejos en su manipulación y reparación. Me ayudaban las horas de estudio que les dediqué en el Instituto Técnico Militar (ITM), en mi época de cadete y después, arreglando uno tras otro, todos los días, cuando trabajé en el Taller Central de Comunicaciones del Ejército Occidental, donde me emplantillaron como jefe del Departamento de Media Potencia. Se me dio la oportunidad de adquirir buena experiencia, trucos y mañas que en la escuela no se enseñan, transmitidos por el maestro Laffite, por mi tocayo Dagoberto Elejalde Villalón y de otros técnicos bien fogueados en la actividad.

A principios de 1976 me propusieron trasladarme para la UM 1700, con el cargo de jefe del Taller de Comunicaciones de la división y no solamente me tocaba reparar equipos de media potencia, sino de cualquier otro tipo. También me fue útil esa práctica.



Estudiando las estaciones R-118,  
en el ITM.

Dentro de otras misiones, tuve que impartir clases a la tropa, como a la mayoría de los oficiales, sobre todo clases técnicas. Esto, lógicamente, me facilitó acometer la preparación de una buena parte de los reservistas de la especialidad que iban llegando, como a Magranel, al Chino, que por llamarlo así se me olvidó el nombre real y a otros que en el futuro serían los jefes de estaciones de media potencia de la inmediata misión. Ellos, durante la guerra, jugaron un papel fundamental en el establecimiento de las comunicaciones, elemento vital en el combate, porque sin estas, en ninguna época, los jefes han podido mandar a su tropa. Toque de tambores, señales de humo, palomas mensajeras, maratonistas...; pero ahora, equipos de radio, telefonía y demás.

Llegó un momento en que me encontraba agotado física y mentalmente, a pesar de estar joven y sano. No obstante era mucho el personal y estaba solo, hasta que apareció un compañero y amigo, el primer teniente Raisdael Manzanares Blanco, homólogo mío de otra división del ejército, que se enteró del rollo en que se encontraba metida mi unidad y me buscó, hasta dar conmigo en este casi pantano donde acampábamos. Hacía tiempo que los dos queríamos participar en una misión internacionalista. Se nos escapó el agitado 1975 de Angola, y no por nuestra voluntad, sino por decisiones superiores. En las fuerzas armadas el mando determina el rol que juega cada cual en cada momento y por mucha voluntariedad o disposición que se tenga hay que asumir lo establecido por los jefes.

Recuerdo que durante noviembre de 1975 y en meses posteriores, mientras reparaba la técnica en el taller central, no sabía si estaba en Cuba o en Angola. Fueron días, tardes, noches y madrugadas, dedicadas a la preparación, revisando, reparando equipos, tanto en mi taller como en otros lugares. Pero bueno, ahora llegó otra nueva misión que al parecer esa sí nos tocaba.

Llevé a Raisdael ante el mayor Viera, jefe de las Comunicaciones de la UM 1700. De inicio, se hicieron previas coordinaciones telefónicas y se solucionó el problema. Él continuaría con nosotros, quizás por un tiempo. «Herrera, me voy contigo, ubícame en cualquier cargo» —me pidió encarecidamente, y eso lo dejé en manos del jefe de Organización de la Movilización de la división y él lo arregló. A partir de aquel momento Manzanares comenzó a ayudarme en la preparación de los operadores de equipos de media potencia.

Así transcurrieron esos días. Llegó el momento de la conformación del personal que integraría mi taller. Ya él estaba emplantillado como técnico de radio.

Enrique San Emeterio Guzmán, el Macao, fue el primer reservista que me asignaron y formó parte de la plantilla de mi pequeña unidad. Se agenció de un cajón de balas vacío y la primera noche durmió allí, enroscado. A partir de ese momento le pusieron el sobrenombre de Macao. Nadie se explicaba que un ser humano pudiera pasar la noche entera, de esa manera en un sitio tan estrecho.

Mientras, mis soldados en la división esperaban a que les avisara. Esto constituyó un gran lío. La UM 1700 había recibido la misión, pero tenía que continuar en plena disposición combativa para la defensa de nuestro propio teatro de operaciones, en el territorio nacional. Ya era suficiente con la cantidad de personal activo FAR y reservistas implicados en esta movilización. No obstante, y bajo protesta por parte del mando dejaron que eligiera a dos de mis mecánicos quienes trabajaron conmigo más de un año. No es que los demás no fueran buenos, eran magníficos, mas rifé la opción y salieron Bienvenido Ramos Hernández y Samuel Portal Hernández.

Después, entre los reservistas, aparecieron Mario Díaz Acosta, José Luis Mesa Mesa, José Enrique Baños Arzola y Raúl Meriño Burgos, entre otros que más adelante se incorporaron. (Vea anexo 1.)

Durante aproximadamente el mes que duró la preparación, cada vez que iba al estado mayor y me encontraba con los que continuaban siendo mis subordinados, y que no habían sido elegidos, sentí que casi me recriminaban. Todos, con un altruismo y valentía increíbles querían participar. Fueron pocas las veces que tuvimos oportunidad de salir de pase, sobre todo los oficiales.

Los reservistas se fugaban con frecuencia y teníamos que ir, incluso de madrugada, a buscarlos, pues el día y la hora de la partida no estaban definidos, por lo tanto, de faltar alguien en ese momento, sería un problema. Y eso, significaba que no dieran pase para los oficiales.

Todos comprendíamos que estos tenían que dejar de un día para otro un sinnúmero de líos por resolver, los cuales querían dilucidarlos a cualquier hora. Casi que se divertían con eso y nos dejaban en dificultades. Nosotros también teníamos los nuestros, pero bueno, ellos eran de la reserva y nosotros permanentes. No obstante, la movilización fue de carácter voluntario.

¡Qué momentos de determinación para todos! Como jefe directo estaba el primer teniente Eduardo Pérez Barcada, al que los dolores de cabeza no se le quitaban con los enredos propios de la etapa. Casi acaba con las aspirinas del Puesto Médico.

Los tenientes Raúl López González y Raúl Despaig-ne Lazo ( ¡qué par de ellos! ) tenían bajo su mando a los otros dos grupos de soldados comunicadores, radistas y telefónicos, respectivamente. ¿Los míos?, los técnicos y mecánicos del Taller de Comunicaciones.

Barcada nos llamaba frecuentemente para solucionar los líos que se presentaban, y uno de ellos era buscar a los fugados por la madrugada. Recuerdo que se hizo hasta una celda bastante cómica, era una soga amarrada entre cuatro árboles y un centinela para cuidar a los indisciplinados. Algunos fueron a dar dentro del cuadrilátero imperfecto, y también recuerdo a Barcada echándole una descarga al soldado de turno por habersele salido un detenido para tomar agua fría. Despaig-ne le decía con burla, más que saña a los que cogían: «¡Estás presito!»

Fueron días curiosos estos de armar la tremenda tropa con gente desconocida en su inmensa mayoría, pero con mucho en común, sobre todo convicciones y coraje. Puedo afirmar que resultó vital el contacto previo antes de partir a la guerra, pues logramos conocernos todos un poco. A pesar de la diversidad de caracteres, edades y demás, congeniamos unos con otros. Estaba presente en cada cual el compañerismo y la unidad, factores vitales en ese momento y para el futuro inmediato.

Una tarde de finales de enero nos llevaron de pronto al teatro de la Escuela de Cadetes de Artillería Camilo Cienfuegos, de La Cabaña y en su discurso, el entonces ministro de las FAR, el compañero Raúl Castro Ruz, nos insufló aliento para el combate. Luego, nuestro Comandante en Jefe resumió con los sabios consejos del padre que solo quiere defender a sus hijos abriéndonos los ojos para que afrontáramos lo mejor posible las contiendas venideras. Cuidarse uno, a los subordinados, preservar el agua y los combustibles, cuidar y cuidar..., seguí los consejos. Esos fueron momentos que no se olvidan.

Fui de pase a mi casa, pude ver a toda la gente cercana y todos quedamos de acuerdo en que yo procuraría regresar vivo para hacer efectiva la tan anunciada boda. Esto de la ceremonia suena un poco reiterativo, pero constituía un drama real para nosotros.

Mi madre era la única que aparentaba ignorar mi destino. Siempre recuerdo que adiviné en sus lindos y brillantes ojos de miel, al despedirme, la complicidad misericordiosa con mi mentira. Ella fue mi adoración, tan alegre, afable, activa, presumida, linda... Me veía aún como a un estudiante, no como a un militar que iba a cumplir con su deber. No consentía peligro alguno a mi alrededor. En su afán de sobreprotección llegó incluso hasta

a santiguarme y la dejé. Sus palabras en esta ocasión de despedida temporal solo fueron: «¡Cuídate, que yo desde aquí te estaré esperando, velando y rogando por ti!»

Esta suprema señora era una constante protectora. ¡Qué belleza! ¡No me ha abandonado nunca! ¡La adoro! Todavía hoy, me guía en las buenas y en las malas para salir bien. ¡Y salgo bien! ¿Qué les parece? Es mi ángel de la guarda.

De mi novia diría otro tanto. Pero solo me referiré a lo siguiente. Cuando pude cartearme con ella, lo primero que hice fue escribirle esto y tratar de hacerlo llegar, porque era mi nostalgia por la mujer que amaba y amo todavía:

De novia virgen  
Vestida te dejé  
Entre presagios fríos  
De una noche invernal  
Sabiendo que de frente  
Al umbral del amor  
Por mí toda la vida  
Sabrías esperar  
Camino consciente  
A cumplir un deber  
El mundo hoy me llama  
Tengo que marchar  
Tu adiós de esperanza  
Me da fe en el futuro  
Sabiendo que aquí mismo  
Al retorno ¡estarás!

Por el momento se había detenido el romanticismo, acabó el tiempo para admirar a su lado el sol perderse

en el malecón, tiñendo hermosísimo el cielo mío, el de mi Habana, pero me arreboló el corazón de ánimo para volver vivo. El tiempo me llevaba ahora junto a mis compañeros a pasear lejos y a oler arena gruesa y pólvora caliente.





*Pasaje a lo  
desconocido*





## *El viaje*

Yo no sé cuánto transporte apareció esa tarde, para llevarse nuestras pertenencias. Nos habían obsequiado unos lindos maletines «todos tenemos», aunque estaban bien marcados con nombres y apellidos. En ellos iba el módulo de ropa individual entregado.

Procuré vestirme con una camisa fresca, marca Yumurí, de mangas cortas, porque al salir había calor. ¡A mala hora!, no imaginé lo que me esperaba en el avión, y después. Montaron los susodichos maletines en camiones y los recibí luego de tres meses. Ahí iba mi aseo personal, tres libros, entre los que estaban las novelas *Doña Bárbara*, *Así se forjó el acero* y *El tábano*. Por ellos supe que era mi maletín. Pasado el tiempo estos engrosaron la primera biblioteca que nuestro político, Pedro Olivera Fuentes, tuvo la genial idea de fundar en el lugar de la misión. Recopilamos otros más. Ojalá el político, lea esto que ahora escribo y se embulle, porque si fue cuidadoso y guardó las copias de todos los relatos que le entregamos y que él transcribió en una vieja máquina de escribir, marca Underwood, tiene para como cincuenta tomos.

Como no hay que anticiparse a los hechos, solo cuento que saliendo del teatro de La Cabaña comimos opíparamente, fuimos a la Región de Concentración y al rato se armó el correcorre. El mismo transporte de la tarde apareció nuevamente, ya de noche, con aquellos choferes circunspectos que no daban ni el saludo. Subimos y nos fuimos al aeropuerto. Nunca me había montado en un avión, y por supuesto, para mí constituía un tema de curiosidad

personal. Claro, no lo expresé, quizás por pena, aunque pensé que la mayoría estábamos en las mismas.

Llegamos a un lugar oscuro y bajamos de los ómnibus. Nos entregaron el pasaporte y el carné de salud. (Vea anexo 2.) Formamos, todos mezclados, sin previa orden. Se escuchaba el sonido de motores cogiendo gas, según dijo alguien muy bajito. «Ese sí debió montar estos aparatos antes», pensé y de pronto, en medio de la penumbra, nos movimos raudos por filas hasta la escalerilla de esa nave imponente que nos guardó en su barriga a media luz, de momento una orden: «¡No abrir las ventanillas hasta después del despegue!»

Por el sistema de audio nos mandaron a poner los cinturones de seguridad, mientras unas rubias lindísimas, vestidas con elegancia, iban revisando si habíamos cumplido con lo orientado. El avión se deslizó con suavidad por la pista, se detuvo a un extremo de ella, cogió potencia, velocidad y ¡adiós, mi Cubita bella! ¡Despegamos! y la inercia me pegó al respaldo del asiento. Abrí un poquito la ventanilla y pude ver cómo las luces lejanas de La Habana nocturna se escapaban. Los oídos me dolieron, pero me habían dicho que trancara la nariz, soplara fuerte sin dejar escapar el aire por ningún lado. ¡Qué felicidad, descompresión! Después solo recuerdo la comida que nos trajeron las aeromozas, que encargadas de atendernos realizaban eficientemente su actividad. Allá abajo, en alguna parte, vi una estrella grandísima hecha con bombillos incandescentes y mis pensamientos, en medio del cansancio que me embargaba, iban de mi familia a mi novia, al futuro... y ¡me dormí! Desperté a la hora del desayuno. Por la ventanilla se podía apreciar cierto resplandor.

—¿Qué son estas bolitas negras? —preguntó uno en alta voz.

—¡Caviar! —respondió otro.

A mí me gustó y engullí varias raciones, porque hubo muchos a los que la pinta del sabroso manjar no les agradó ni un poquito, se lo perdieron.

Luego dormí un poco más. Amanecía cuando... ¡Más comida! Creí no haber dormido tanto, pero mientras devoraba las exquisiteces que me ofrecieron, allá abajo veía paisajes que se me antojaban montañas cubiertas de nieve y entonces pensé: «¡Oye, vamos para la URSS!» Novatadas de un primerizo que montaba avión. Eran las nubes que regalaban ese espectáculo. Empezó la gente a hacer cuentos, aparecieron de algún bolsillo dados para jugar al cubilete y no sé de dónde surgieron algunas botellas de cerveza y de vodka.

Desde que subí en este artefacto lo que más me molestaba era el frío. Había buenos cobertores para taparse, pero los descubrí casi a punto de coger gripe, tomé un traguito de vodka y a dormir nuevamente.

Me desperté cuando anunciaron lo que para mí sería el primer aterrizaje en un avión. Y sí, en la distancia, allá abajo, se divisaba tierra. Habíamos atravesado el océano Atlántico en un santiamén entre sueños y harteras. Arribamos al aeropuerto más feo que había podido imaginar. Eso sí, tenía una pista muy buena, y al desplazarse la aeronave, pasamos por encima de un puente construido sobre un río en el que se bañaba un grupo de muchachas desnudas junto a algunos animales.

Por poco el avión se vuelca en la pista sobre el ala derecha, porque un montón de fisgones que estaban a la izquierda se arremolinaron en las ventanillas de la privilegiada posición para no perderse un espectáculo tan inusual, al menos para los cubanos. En la terminal aérea, si se le podía llamar así, «aparentemente» no trabajaba personal alguno para brindar atención a los pasajeros.

Los servicios sanitarios, estaban en pésimas condiciones. Un candado del tamaño de un coco maduro cerraba la ventanilla de madera de lo que debía ser el lugar de despacho de pasajes. Pero al lado de esta edificación se construía una no mucho mayor, con un diseño exquisito, aunque la obra en ese momento parecía estar paralizada. A lo mejor se les había acabado el presupuesto. Permanecimos poco tiempo en ese lugar y partimos después que se reabasteció con combustible el avión, rumbo al sureste.

Deseé que pronto la gente de ese país que habíamos dejado atrás pudiera disfrutar de la terminal nueva que estaba en construcción, ya que el rostro de los países son sus aeropuertos internacionales y el que tenían en uso dejaba que desear. Desde la altura nos percatamos que solo había una larga calle pavimentada en la extensa ciudad.

Luego nos informaron que la pista de ese aeropuerto, la nueva y bien diseñada terminal aérea y la calle asfaltada que habíamos divisado desde las alturas, habían sido obra de constructores internacionalistas cubanos.

¡Vaya, que el ejemplo solidario en el África no lo estábamos dando solo en la parte militar! Después vi colaboración médica, científica, educacional... Todo esto lo conocía por referencias.

Hubo otro refrigerio en el avión, para mí que nos estaban cebando como lechones de navidad, pero era febrero, así que nada que temer por el momento, diciembre estaba lejos. Entonces se sintió de nuevo el sonido de los motores de la nave aérea. Por las ventanillas del lado opuesto los pasajeros se arremolinaban. «¿Sería otro río lleno de muchachas desnudas?», por curiosidad también me arremoliné.

Allá abajo apareció otra ciudad, pero distinta a la anterior, incluso, se divisaba un barrio parecido al de Alamar,

en Cuba. Las cosas iban mejorando. Por los altavoces de la aeronave mandaron a ponernos los cinturones de seguridad. Y a aterrizar se ha dicho.

Llegamos a una buena terminal aérea. Me quedó claro que no todos los aeropuertos del África eran tan malos como el primero que vimos. Estábamos en Luanda, capital de la República Popular de Angola.



Luanda, capital de la República Popular de Angola.

¡A correr de nuevo en pleno mediodía! Casi no pudimos apreciar nada, porque enseguida nos subimos en guaguas. Atravesamos la ciudad y lo que más recuerdo, a pesar de muchas cosas interesantes, fue ver a una mujer con un niño a la espalda en una especie de morral, un seno estirado hasta la boca del bebé para amamantarlo y encima de la cabeza, cubierta solo por una alfombrilla, dos cajas plásticas con botellas de cerveza, no sé si llenas o vacías. Muchos malabares por el estilo vi después en otros sitios de ese continente y sin la intervención de las manos, a no ser para cargar o descargar lo llevado o traído. Las manos procuraban siempre primero la atención a los infantes.

Luego de atravesar la zona urbana apareció la costa atlántica de la ciudad, bordeada de playas y bañistas, con trusas los de adentro del agua y radiograbadoras enormes pegadas a las orejas, los de afuera. Fuimos a parar a un pintoresco sitio llamado Rosa Linda. Este lugar era algo así como los círculos sociales de las playas del oeste de La Habana.

Allí sonaba música cubana, pero en otra parte de ese centro recreativo. Realmente no era para nosotros, aunque la escuchábamos. Enseguida algún jefe vestido de civil nos reunió y dijo que no podíamos tener contacto con los otros compatriotas que se encontraban festejando del lado de allá.

A nosotros también nos pusieron a «festejar sin música». Sería para no llamar la atención del otro grupo de cubanos, digo yo. Cajitas con congrí, lechón asado, yuca, ensalada de estación y cerveza bien fría. Esto no estaba nada mal. Si iba a ser así la misión que cumpliríamos, pues entonces felicidades. ¡Qué vengan misiones!

Hubo algún que otro chiflado que escondido se bañó en el mar. Inicialmente pensé que hicieron bien, porque después nos tocó tierra adentro, sin mar y con ríos que unas veces tenían agua y otras no. Lo que pasó fue que desde la tarde a la noche no se les secaron las ropas, pues no tenían trusas y se bañaron en pantalones.

El clima en Luanda es agradable, la ciudad interesante, pero de corredera, ya casi oscuro, nos montaron en un Boeing-707 de la Ethiopian Airlines. A todas luces se despejaba la duda. ¡Para Etiopía! Quizás podíamos ir a parar más lejos, aunque todo apuntaba en ese rumbo. ¡Y nadie decía nada!

Comentemos sobre el Boeing. ¡Allí sí había confort! Te recostabas en el asiento y talmente parecía que flotabas en una nube. Las lindas rubias del anterior avión fueron sus-



tituidas por beldades de piel cobriza y ojos de cualquier tonalidad. Eran líneas aéreas diferentes, y por supuesto, sus azafatas también, pero sin dudas, unas y otras bellas. A mí no me engaña nadie. ¡A las aeromozas las escogen!

Nos entregaron plegables y un librito en inglés con propaganda de perfumes franceses, fotos turísticas de promoción y un mapita también turístico de Etiopía. Ya no cabía duda alguna.

Pensé aprovechar y dormir en este espacio que casi era una cama, pero me silbaron los oídos, y por mucha tapadera de nariz y sopladura de aire fuerte, sin dejarlo salir, me siguieron doliendo los tímpanos. En el otro avión lo logré, aquí parece que el truco no resultó.

Al rato la nave aérea comenzó a temblaquear. ¡Qué se cae! ¡Qué no se cae! y volvía a subir, y seguía vibrando. Mi cansancio era tal que no me interesaba nada, pero parece ser que mi compañero más cercano estaba menos estropeado y pendiente de lo que sucedía.

Claro, era un poquito mayor que yo, más responsable. Permanecía hundido en su sitio de tal manera que solo se le podían ver los ojos. A lo mejor calculaba que si le daba por irse en picada, el asiento lo ayudaría a rebotar y no desconchinflarse, pero no me previó para también agarrarme del mío. Sin embargo, a pesar de los pesares, no me dormí.

Después alguien nos explicó que habíamos pasado el territorio de Sudán por encima del techo de vuelo permisible para este tipo de nave, y fuera del alcance de la defensa antiaérea de ese país, también involucrado en conflictos armados.

## *Arribo a Addis Ababa.<sup>4</sup> ¡Tremendo frío!*

Luego de volar y volar aterrizamos nuevamente. Entre Luanda y Addis Ababa<sup>5</sup> hay unos tres mil quinientos kilómetros. Llegamos al aeropuerto de esa última ciudad a las 04:10 horas del 6 de febrero de 1978. Cuando el aparato taxeo procuré mirar por la ventanilla. El cristal estaba húmedo por fuera. Las gotas de agua chorreaban, pero no por lluvia, sino por condensación.



Addis Ababa, capital de Etiopía.

<sup>4</sup> Es un palíndromo, o sea que se puede leer al derecho y al revés. Pruebe y verá.

<sup>5</sup> Capital de Etiopía, cuyo nombre oficial es Ityjopya, República Democrática de Etiopía, antigua Abisinia. Hoy se dice que posee una superficie de 1 133 380 km<sup>2</sup> (datos del 2005). Años después de nuestra estancia ahí y por otros conflictos internos se les escaparon algunas zonas al norte, en las costas que bañan las aguas del Mar Rojo. Con la independencia de los territorios de Yibuti y Asmara y, con estas pérdidas, ese país tan enorme quedó sin salida oficial al mar.

Cuando pude ver algo a través de ella, percibí que estábamos rodeados por soldados etíopes que custodiaban la nave. Tenían unos abrigos verdes que me parecieron gordísimos. Todos estaban armados hasta los dientes.

Se abrió la puerta del Boeing y empezó a penetrar un frío intenso. Cuando salí fue como si me hubieran golpeado fuertemente, de arriba a abajo, por delante, por detrás, por los dos costados, por la cabeza y por la planta de los pies, con planchas de hielo. ¡Qué frío, un grado centígrado de temperatura! ¡Y yo con esta camisita Yumurí!, casi estábamos a punto de congelarnos. Nunca los dientes me habían chirriado, pero esa madrugada castañetearon y aprendí qué cosa es un frío de verdad en un lugar donde la temperatura desciende mucho, ya que en nuestro país, a no ser en Bainoa, Tapaste, Indio Hatuey, Colón y otros sitios, uno no pasa tanto frío.

Esperábamos recibir los maletines y abrigarnos con la ropa que cada cual traía, pero como conté antes, de eso nada, los maletines no estaban en este avión. ¡A pasar frío! Pensé pedirle a uno de esos oficiales que me agenciara un abrigo. En vano, que ellos también necesitaban guardar su calor corporal.

Fuera del avión, casi sin pisar la pista del aeropuerto, nos montaron en unas guaguas amarillas, de las que aparecen en las películas norteamericanas para la transportación de estudiantes. Los soldados etíopes, no sé con qué indicaciones, continuaban la protección a la periferia de la terminal aérea, pero conformaron otra línea de defensa para cada uno de nuestros vehículos. Al principio eran aparentemente solo algunos, después fueron más, desconozco de dónde surgieron. Parecían hormigas salidas de un nido.

Entonces llegó alguien que debía darnos las instrucciones pertinentes: «¡Los oficiales y el personal permanente a

las ventanillas!», «¡su madre!», pensé mientras me cambiaba de asiento y frotaba mis manos, una contra otra, en busca de algún calor que me desentumiera, al menos, los dedos. Y a cada uno de los que estábamos nos entregaron un fusil AKM. Con esta arma siempre, incluso ahora que estoy casi cegato, he disparado de maravillas. Pero ese día, si se armaba una rebambaramba, con los dedos engarrotados, yo, y los allí presentes no haríamos mucho. No obstante, podíamos alardear de llevar tremendos fusiles automáticos, los mejores de asalto creados, que yo sepa.

«¡Atiendan acá!» —llamó la atención ese alguien que ordenó la entrega de los fusiles— «Hace poco fue capturado un oficial nuestro por confiar en gentes que parecían amigos. ¡Aquí no se puede confiar en nadie, entendido! Estamos en guerra, y no sé si ustedes entienden lo que eso significa. En la carretera tienen que estar muy atentos. El enemigo puede aparecer en el lugar menos pensado. No le quiten la vista a nadie. Los amigos sobran, pero hay enemigos. Esto es primordial para la seguridad de cada uno. ¡Cuídense, compañeros! ¡Les deseo buen viaje!»

El oficial capturado era nada más y nada menos que Orlando Cardoso Villavicencio, al que mantuvieron prisionero durante casi once años en Mogadiscio, capital de Somalia, hasta ser liberado en 1988 gracias a las múltiples gestiones diplomáticas y de la Cruz Roja Internacional.



*All combate corred...*





## *Primera caravana*

Partió la caravana hacia un lugar que por supuesto, desconocíamos. La visión nocturna de la ciudad, Addis Ababa, aún hoy la recuerdo bonita, con sus incongruencias, pero realmente interesante. Debía amanecer de un momento a otro. Seguíamos ateridos. Lentamente nos desplazamos hasta salir de la urbe capitalina y la marcha se pudo hacer más rápida.

Los jefes no se daban cuenta de que estábamos congelándonos, y si se daban cuenta se guillaban, porque ¿de dónde iban a sacar abrigos para tanta gente?, o al menos un té o café bien calientes, aunque ellos también se encontraban en la misma situación. Comenzó el alba y ordenaron una parada oficial. Me alegré mucho, porque tenía deseos de ir al baño.

Después de apartarme de los vehículos y saciar los deseos referentes a la vejiga regresé y vi que todos abrían latas de sopa con vegetales (para no ser exagerado, laticas) y me dieron la mía. No sé de dónde ni cómo, porque aquello estaba casi descampado y desolado, apareció una persona con un infante. No pude definirles sexo ni edad y con palabras en un idioma desconocido para nosotros imploraban algo que comer. Eran verdaderos esqueletos humanos. Se notaba por los rostros con los ojos muy grandes, casi salidos de las órbitas. Los cuerpos los tenían cubiertos con raídas telas multicolores. El camarada que venía al frente de nuestro ómnibus como guía les obsequió su lata con sopa y ellos se tendieron en el piso para besarle los pies. Él cogió a la mayor por las axilas, la levantó y además le dio caramelos que llevaba

en los bolsillos, quizás para la criatura pequeña. Esos seres no sabían cómo agradecer el gesto y hacían reverencias y más reverencias mientras se apartaban de nuestro grupo. A él se le escapó un ¡uff!

«¡Eso es cotidiano aquí muchachos! Este es un pueblo de héroes, pero tienen tremenda miseria, sobre todo por el clima, las sequías... Hay que ayudarlos como mejor se pueda» —nos dijo y se marchó con la frente en alto, como alguien que había servido de ejemplo. Para mí sin dudas lo fue.

Cuando partimos de nuevo, alguien le dio un paquetico de galletas. Él estaba parado junto al chofer, que le preguntó:

—¿Jefe, esto es así?

Parece que este chofer también era nuevo en la plaza.

—Desgraciadamente sí. Van a ver cosas horribles que en Cuba, ni por asomo se le ocurriría a uno imaginarlas por mucho que lean, le cuenten o vean en películas o en el noticiero de televisión.

Seguimos la marcha. Ya había aclarado. No sé por qué salimos lentos, pero lentos, y pasamos por un puente artificial que cruzaba un río de aguas transparentes y a la izquierda había unos cocodrilos pequeños. Alguien exclamó: «¡Yacarés!» «Este debió haber estado en Sudamérica en alguna oportunidad, porque en Cuba lo que hay son caimanes y cocodrilos», pensé solamente, porque según tengo entendido, los yacarés tienen el hocico corto y ancho, mas estos los tenían finitos y largos.

Perdí la cuenta de la cantidad de pueblos por los que pasamos, Debre Zeyit, Nazrét y otros. En todos ocurría que la gente levantaba los dedos índice y del medio de sus manos; en señal de victoria y nosotros saludábamos con emoción.



Cerca de una escuela todos los niños salieron haciendo esa seña y gritando: «¡Cuba, *andi bicha!*» ¡Cuba, a triunfar!

Constituyó para nosotros una muestra grande de aprobación del pueblo etíope ante la presencia cubana en este país. Esto fue además, algo así como un canto combativo para hacer por ellos todo lo mejor que pudiéramos. José Martí nos enseñó que los niños son la esperanza del mundo.

Llegué a Etiopía viendo miseria, me fui viendo miseria y sé que aún perdura en ese pueblo tan heroico, con gente tan capaz, inteligente y valiente. Las inclemencias climáticas son severas en muchas regiones de este vasto territorio. Los cubanos cumplimos con nuestro deber internacionalista, no defraudamos su confianza en la guerra, pero todavía quedan cosas por resolver.

Oiga, hermano mío, ¡el calor! Ahora no renegué de mi fresca camisita Yumurí. Por lo general en el llamado Cuerno Africano el clima es seco y no se suda mucho, aunque es agobiante. Allá por las planicies ardientes veíamos a nuestro paso gacelas, dromedarios y otros animales. Sin embargo, las personas eran escasas en esas zonas rurales. Solo alguna que otra choza muy aislada, circunvalada con barreras de ramas secas y espinosas. Sus moradores las construyen, precisamente así, para defenderse de los animales mayores, aunque allí habitan otros más pequeños, como disímiles tipos de ofidios, algunos de mordedura mortal, para los que las espinas no son un obstáculo infranqueable.

En esos lugares, casi inhóspitos, los nativos nos miraban con rostros anodinos. Trapos raídos cubriéndoles de la cintura hacia abajo, en forma de sayones como única vestimenta, los cuerpos cadavéricos, similares a las

dos personas que nos encontramos durante la primera parada, el andar pesaroso como si arrastrasen gruesas cadenas. Me pregunté en más de una ocasión si esto era vida. ¡Qué dichoso he sido viviendo la mía! Vi mucha, pero mucha calamidad durante el tiempo de mi estancia en esas tierras. En Cuba, quizás solo cuando la asesina reconcentración de Valeriano Weyler, se vio gente tan depauperada, según referencias históricas.

Los integrantes de esta caravana en su gran mayoría éramos bisoños, despertamos del hibernatus, por lo tanto empezaron los chistes, las bromas, las maldades. Aquí habíamos más jóvenes de los que usted puede imaginarse. Nos tocó vivir y asumir la misión planteada, y nadie duda que la cumplimos, para orgullo de todos, con la más alta dignidad e hidalguía.

## *Arba*

Nuestra caravana se desvió a la izquierda del amplio camino y más adelante a la izquierda de nuevo. Entramos a un enorme campamento lleno de soldados, barracas, técnica de transporte y no sé cuántas cosas. ¡Qué sueño! ¡Qué cansancio! Y había que seguir.

Era mediodía, no puedo precisar con exactitud la hora ni recuerdo cuál fue el recibimiento. Al tener la mente embotada después de tantas horas montando guaguas, aviones o cualquier otro tipo de transporte, cuando cambias de clima, de temperatura ambiental, de relaciones interpersonales y demás, un poco que a uno se le truecan las entendederas y, en ese momento, lo único que quieres es un rincón para descansar, dormir, mas no se pudo de inmediato.

A esa hora se le antojó a alguien entregarnos los uniformes completos, que incluían botas, gorras, sambranes, el armamento reglamentario y unos maravillosos sacos para dormir, que a todos nos agradó. Eran de un material impermeable. Su interior estaba relleno con unas finas capas de espuma de goma, tenían un zíper a todo lo largo y en la parte donde quedaba la cabeza estaba la almohada. Uno se metía dentro de él, lo cerrabas y quedabas cómodo y protegido del frío. Además, nos entregaron cantimploras desarmables. Las articulabas de otro modo y se podía formar con ellas bandejas para comer. Por la cuchara no me preocupé, la traía conmigo en el bolsillo del pantalón. Antes de salir de casa mi mamá me entregó una por si acaso.

Nos colocamos lo mejor posible en el albergue asignado y a dormir un poco se ha dicho. Ciertamente no atinaba a saber si era de noche o de día con el enredo de los cambios de horarios meridianos. Solo sé que cuando desperté estaba más lúcido. Por supuesto, había descansado como diez horas de un tirón, lo que fue para mí una gran alegría.

Volví en mí, y luego del desayuno continuaron las entregas de otros artículos, cepillo y pasta dental de dos colores. Con ella no me lavé la boca hasta la «luna de miel» que esperaba celebrar al regreso. Mientras tanto empleé pasta Perla que llevaba medio que escachada en un bolsillo del pantalón, junto con el cepillo de dientes. Nos entregaron varias cosas más, pero no cascos de guerra. ¡Y fue cuando me desperecé!

Un militar metido en una contienda bélica sin casco para protegerse el cráneo es casi un sacrilegio. Dicen que los inventaron los asirios mucho antes de nuestra era, y que aparecen en sus antiquísimos bajorrelieves.

Luego me agencí uno de artillero, grandísimo, pero eficaz. Quien recuerde a Olivito, personaje de los dibujos animados de la Televisión Cubana, en la década de los setenta, puede imaginar cómo me quedaba ese imprescindible artefacto. Sin embargo, lo conseguí y me lo encasqueté a pesar de los dolores provocados en la cervical por lo que pesaba.

Entonces me di un espacio espiritual para admirar la flora y la fauna que nos rodeaban, porque hasta ese momento, el agotamiento había sido un catalizador para las entendederas. ¡La flora y la fauna, no! Lo que me aconteció fue un atentado psicológico capaz de trastocar mis anhelos íntimos a favor de esas maravillas del planeta. Resulta que un puñetero y gracioso monito, mientras yo me tiraba un rato en la litera, me cogió la gorra militar y unas gafas oscuras de mi entera propiedad. Se encaramó en el copito de un árbol y el muy sinvergüenza se puso la gorra e intentaba ponerse las gafas.

Desde allá arriba parecía que me estaba boncheando.

«Mono, baja, por tu vida» —y el mono a que no. Y me observaba de vez en cuando y de cuando en vez—. «Está bien, monito».

Al pasar un rato ya me había cansado de mirarlo. El árbol estaba contiguo a una puerta de nuestra barraca y al lado una buena tranca. Cogí un pedazo de pan que tenía en la mochila, se lo enseñé, lo puse al lado del árbol y me escondí con el palo en mano. ¡Pecó! Bajó con la gorra y las gafas para llevarse el pan. El susto que pasó al verme salir gritando como un samurái lo hizo dejar pan, gafas y gorra en el suelo.

El diablillo, que cada uno llevamos dentro, me hizo pensar en introducirle en el pan que dejó tirado una de las pastillitas de cloroquina que daban en el comedor

contra la malaria, más amargas que la hiel, pero no lo hice a pesar de sus maldades, porque me pareció simpático, y quizás después podríamos llegar a ser amigos. No hay necesidad de contrariar la natura de otros seres vivos. Recuperé lo mío y aprendí que si de monos se trata no se puede dejar nada al descuido.

Hace poco, buscando en Encarta, supe que en el área africana donde nos encontrábamos, el parásito de la malaria es genéticamente resistente a la cloroquina. ¡Y mira que tomamos de ese medicamento!

Vinieron formaciones y más formaciones. El movimiento en aquel campamento era enorme. Los jefes a todos los niveles teníamos una reunión tras otra. En ellas nos daban indicaciones, orientaciones y advertencias para el futuro. La madre de la enseñanza es la repetición, según Anton Makarenko. Cuidarse, cuidarse, preservar el agua, volverla a preservar, que si atención con el enemigo y con las fieras, que si velar por los subordinados, la comida, los medicamentos, el combustible... En fin, los oficiales mucho mayores que nosotros en grados y en edad eran una escuela en acción continua. La mayoría tenía experiencias combativas. Resultaba grato escucharlos. Por lo que me convertí en «todo oído».

Lo más desagradable de ese lugar era el polvo permanente exasperándonos, colándose por las vías respiratorias. Mis auditivas también cogieron lo suyo. Todo estaba reseco. Lo que se moviera provocaba polvareda, desde una simple brisa hasta un vehículo automotor andando por estos lares.

En una de las tantas formaciones nos entregaron, bajo nombres, apellidos y firmas, una chapilla de duro aluminio con el número que te correspondía y que registraban

meticulosamente. A partir de aquel momento nos convertimos en eso, en un número conveniente y necesario para lo que pudiera suceder. Era la nueva identificación, porque recogieron los pasaportes.

Hasta las cartas que en el futuro recibiríamos vendrían dirigidas a esa identificación que colgaba de los cuellos en forma de una medalla rectangular, rematada en los bordes. Serviría, además, para poder ser reconocido en caso de caer en combate o perder la capacidad de discernimiento en uno de ellos, que el más valiente la puede perder o morir entre el plomo, la metralla, la bulla y la humareda. En muchas ocasiones he meditado acerca de los compañeros que regresaron «sobre el escudo» (frase empleada en las guerras a.n.e para hacer alusión a los guerreros que regresaban muertos y «con el escudo» cuando regresaban vivos) a nuestra patria, donde recibieron a su llegada y siempre recibirán, los honores correspondientes. Me hubiera podido tocar a mí, oportunidades no faltaron.

Dentro de otras cuestiones, en las reuniones se nos informaba del impetuoso avance de las fuerzas somalíes a las que trataban de contener las milicias, el ejército regular etíope y nuestras pocas primeras fuerzas internacionalistas. A pesar de ello el enemigo avanzaba más y más.

Estas gentes nacidas en el llamado Cuerno Africano, tanto etíopes como somalos, tienen un coraje a toda prueba. Es mi opinión.

## *Parada necesaria en la historia*

Etiopía, al decir de los estudiosos, llámense paleontólogos, antropólogos, arqueólogos y demás, puede ser considerada como una de las cunas de la humanidad. Restos fósiles de homínidos encontrados en el valle de Awash

datan de hace tres millones de años y evidencias posteriores sugieren una ocupación humana ininterrumpida y más antigua. Investigaciones recientes realizadas a los restos fósiles de una mujer hallada en este país, después de determinar y comparar su ADN con los de un gran número de personas de diversos continentes y razas, indican que esa fue la Eva de la que todos los seres humanos provenimos. ¿Y dónde estaba Adán? Este es el dilema de la gallina y el huevo.

Después encontraron a otra criatura en estas tierras (artículo publicado en la revista *Science*, del 18 de diciembre de 2009), a la que nombraron Ardi (*Ardipithecus ramidus*), y cuyos restos datan de hace unos 4,4 millones de años. Lo que quiere decir que estábamos pisando la tierra de la llamada «cuna de la civilización humana», la génesis, y como ningún humano al parecer ha escapado a contiendas por diversos motivos, siendo ellos, los nacidos en estas tierras, de tan antaño, deben haber tenido bastantes querellas.

Desde los pueblos semíticos de Saaba (Saba) que cruzaron el Mar Rojo y conquistaron a los camitas, pasando por épocas más recientes de grandes personajes históricos, reyes y emperadores, que en muchos lugares adoptaron por apellido un simple número romano, como Menelik II, llevaron a sus pueblos a guerras de conquistas en esos territorios del Cuerno Africano, fundando un gran imperio que en ocasiones se amplía y en otras se reduce por diversos motivos: religiosos, étnicos, por las guerras...

Todo esto sigue en nuestros tiempos. La dimensión geográfica de Etiopía no es la misma hoy que la que tenía hace unos poquísimos años, cuando nos correspondió estar allí. Eritrea y Yibuti se desgajaron y según los mapas, Etiopía quedó oficial y legalmente, sin salida al mar, en este caso al Rojo.

Andando el tiempo, en el siglo XIX, específicamente en 1869, con la apertura del canal de Suez, la costa del Mar Rojo se convirtió en una alternativa para los poderes europeos como área de colonización. Ya entonces no eran solo las guerras entre estados vecinos del continente africano. Estas se expandieron y entre colonias advenedizas los litigios territoriales fueron cada vez más complejos. Hasta un rey italiano, Víctor Manuel III, fue proclamado en 1936 emperador de Etiopía por Benito Mussolini, después de que sus tropas, en el 35, invadieron el país.

Emperadores y emperatrices se sucedían. El último fue Tafari Makonnen, que ocupó el trono en el año 1930 con el nombre de Haile Selassie I, que significa Poder de la Trinidad y con un sinnúmero de títulos, desde el de Elegido de Dios hasta el de Rey de Reyes. En mayo de 1936, con la invasión italiana este se exilió en Inglaterra y en 1942 regresó a su país, devastado por la guerra y continuó sentado en el trono por muchos años.



Haile Selassie I.

La corrupción en el seno de su Gobierno, la inflación, la sequía permanente, la hambruna y su fracaso a la hora de tratar estas y otras emergencias nacionales, al prestarle más atención a otras cuestiones, sobre todo internacionales,



como por ejemplo, mediar en disputas entre países, hicieron que el emperador se olvidara de su propia nación. La situación se hizo insoportable para el pueblo etíope, a tal extremo que derivó en una revuelta por parte de oficiales izquierdistas del Ejército y la Policía, que unidos a grupos estudiantiles lo derrocaron. En la calle había sangre de inocentes. Sin embargo, en el palacio no corrió la del emperador.

Por la madrugada se oyó el ruido de los motores y el crujido de los tanques que rodaban por el asfalto. Luego sobrevino el silencio. A las seis llegaron a palacio los carros militares. Tres militares en uniforme de campaña se dirigieron al gabinete donde el emperador se encontraba desde el amanecer. Allí, después de los saludos iniciales, uno de ellos le leyó el acta del derrocamiento.<sup>6</sup>

El texto, publicado en la prensa y leído por la radio, era el siguiente:

A pesar de que el pueblo consideraba de buena fe al trono como símbolo de unidad, Haile Selassie I aprovechó la autoridad, la dignidad y el honor del trono con fines personales. Como resultado, el país se encuentra en estado de pobreza y decadencia. Además, el monarca de 82 años, debido a su edad, no está en condiciones de cargar con sus obligaciones. Por esta razón, su alteza imperial,

<sup>6</sup>Ryszard Kapuscinski: *El emperador*; Editorial Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2007, p. 135.

Haile Selassie I, queda destronado a partir del 12 de septiembre de 1974, asumiendo el poder el Comité Militar Provisional. ¡Etiopía antes que todo! [...] El emperador, de pie, escuchó con atención las palabras del oficial, luego agradeció a todos, afirmó que el ejército jamás había fallado y añadió que si la revolución era buena para el pueblo él no se opondría al derrocamiento.<sup>7</sup>

Solo protestó a la hora que lo condujeron a un pequeño auto que lo llevaría lejos de palacio, pues estaba acostumbrado a montar en automóviles elegantes, grandes, con confort.

El nombrado Consejo Administrativo Militar Provisional (CAMP), también conocido como Dergue, formado por unas ochenta personas, en su mayoría miembros de las fuerzas armadas y la Policía tomaron el poder. Dentro de otras medidas, abolieron la monarquía hereditaria y establecieron un sistema presidencial. Procuraron adoptar un modelo de socialismo a la manera etíope, bajo un sistema de partido único. Dicho Gobierno recién formado procuraba sacar al país de los complejos problemas internos y externos heredados y el 11 de febrero de 1977, el coronel Mengistu Haile Mariam asume el poder.

En su período de mandato es que se sucede la invasión de Somalia al territorio etíope, lanzada por el Gobierno de Mohamed Siad Barre, que por ansias expansionistas daba apoyo con tropas y armamentos a movimientos se-

<sup>7</sup> Ídem.

cesionistas de la región del Ogaden. Bajo estas circunstancias, el Gobierno etíope solicita ayuda solidaria por diversas causas. La elemental vocación internacionalista de nuestro pueblo brinda la suya y más para otro país recién autoproclamado socialista en esa región del África. Cosa rara, Somalia también enarbolaba las banderas del socialismo y la habíamos ayudado con anterioridad.

En su discurso en el acto por el centenario de la Protesta de Baraguá, en Santiago de Cuba, el 15 de marzo de 1978, mes y tanto después de nuestro arribo a Etiopía, el Comandante en Jefe, Fidel Castro Ruz, explicaba al pueblo cubano y al mundo:

¿Qué es lo que determinó la necesidad de enviar combatientes? La magnitud y el alcance de la agresión somala. Somalia se había preparado durante un número de años. Somalia había estado enarbolando incluso las banderas del socialismo, se presentaba como país progresista —me refiero al Gobierno somalo— y había ido formando un ejército: disponía de cientos de tanques, de cientos de piezas de artillería, aviones, numerosas brigadas de infantería motorizada y casi todas esas armas y unidades en un momento dado, las empleó en la invasión de Etiopía.<sup>8</sup>

Más adelante, continuaba expresando:

[...] En ese momento, Etiopía tenía que luchar en muchas partes de su territorio contra grupos de bandidos contrarrevolucionarios,

<sup>8</sup> Fidel Castro Ruz: *Sobre temas militares*, compilación de discursos, La Habana, 1990, tomo 1, p. 78.

dirigidos por los feudales, ayudados desde el exterior, y contra los movimientos secesionistas en el norte del país, ayudados también en la actualidad por los países reaccionarios de la región. Le crearon a Etiopía una situación muy difícil, no se podía disponer de tiempo. Si los etíopes hubiesen dispuesto de un poco de tiempo, todos los tanques, la artillería y demás armamentos modernos los hubieran asimilado. Nosotros habríamos contribuido, junto a otros países socialistas, al entrenamiento de ese personal. Pero fue la situación crítica creada por la invasión, a fines de noviembre, lo que dio lugar a la solicitud del Gobierno etíope, la apremiante solicitud del Gobierno etíope de que enviáramos especialistas, en tanques, artillería y aviación para ayudarlos, para ayudar a salvar el país. Y eso fue lo que hicimos.<sup>9</sup>

El Comandante en Jefe, al comunicar lo relacionado con el argumento, refirió:

Y nuestros especialistas —como explicó *Granma*— empezaron a llevarse a mediados de diciembre y principios de enero al país, especialistas en tanques, artillería y aviación, porque en aquellas circunstancias no tenían tiempo los etíopes de asimilar la nueva técnica. Realmente no necesitaban infantería, tienen abundante infantería, si se enviaron algunas unidades

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 79.

medianas a nivel de batallón de infantería cubanas al este, fue más bien para garantizar la cooperación con las unidades de tanques y artillería operados por personal cubano, por cuanto ustedes saben los problemas del idioma y hay cierto momento en que una unidad de tanques necesita una cooperación asegurada con la infantería.<sup>10</sup>

Nuestras tropas permanecieron allí desde 1977 hasta 1989, primero combatiendo al agresor somalo y luego brindando entrenamiento al ejército etíope, sin intervenir nunca en los conflictos internos, como fue el caso de la región de Eritrea o el de las bandas contrarrevolucionarias. La posición fue clara; esos problemas debían dilucidarlos los propios etíopes, pues pasaban de ser problemas de agresión externa a otros de carácter interno.

Así inscribió Cuba, *grosso modo*, con letras mayúsculas e imborrables su nombre en los anales de la historia de tan antañá civilización.

Mengistu Haile Mariam asume el poder hasta el 21 de mayo del 1991, fecha en que huye del país, pues su Gobierno tampoco pudo solucionar los graves problemas que han agobiado a los etíopes durante tantos años. Errores cometió. Se granjeó muchos enemigos internos, amén de los externos.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Ídem.

<sup>11</sup> Ignacio Ramonet: *Cien horas con Fidel. Conversaciones con Ignacio Ramonet*, tercera edición, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2006, p. 780.

## *Segunda caravana*

Permanecimos en Arba cuatro días. A las 04:30 horas del 11 de febrero de 1978, nos dirigimos al frente en una larga caravana de carros, al encuentro del escenario de los combates que se libraban allá, pegado al desierto del Ogaden.

Como dijo el Guayabero, filósofo popular de mi Cuba: «La vida es un pasaje de ida, al tren de la eternidad». Yo no era capaz de definir claramente adónde iba, pero sí tenía conciencia de que era necesario. El internacionalismo siempre ha sido uno de los pilares de nuestra Revolución Cubana. Las palabras de Fidel de que «ser internacionalista es saldar nuestra propia deuda con la humanidad», todas las teníamos interiorizadas. En los rostros de los jóvenes reclutas y en los de los no tan jóvenes reservistas se percibía decisión. En los oficiales de cualquier edad que allí estábamos ¡ni se diga!

Después de esos días en Arba salimos a dar ruedas por otros polvorientos terraplenes, pasábamos poblaciones y más poblaciones en la que la gente mostraba la simpatía por nuestra presencia con el gesto de la Victoria hecho por sus manos. Niños, mujeres y ancianos en su mayoría, porque muchos de los hombres aptos estaban en el Frente adonde nos dirigíamos en caravana. Nos sonreían enseñando sus dientes blanquísimos. Con posterioridad supe que casi todos se los limpiaban con unos palitos de ciertas plantas muy eficaces. Las mujeres, con sus vestidos multicolores daban un toque de festividad al suceso.

La marcha se detuvo en algunas ocasiones para descansar, comer algo, reabastecernos de combustibles y cosas así. Siempre lo hacíamos en lugares aparentemente descampados y no hubo sitio en que no se sabe de dónde salió algún nativo.

Durante el recorrido aparecían planicies inmensas y animalitos por aquí y por allá, pero ninguno de dientes afilados y garras poderosas, como nos habían dicho, quizás para meternos el susto en el cuerpo, más que la precaución.



Praderas etíopes.

En los lugares con pasto habían segadores haciendo pilas y pilas de hierba de un color verde-carmelitoso. La mayor parte de ellos era oromo, una de las dos etnias de habitantes más difundidas en ese país. Estos se visten con una saya al estilo escocés y con algo parecido a una guadaña chapean diestramente. No obstante, siempre estábamos atentos, pues de las pilas de hierba podían salir escopetas disparando metrallas, ya había sucedido y era preferible precaver que tener que lamentar.

Aquí no parecía haber guerra, a no ser por nosotros, enfundados en nuestros uniformes militares y armados hasta los dientes, pero a unos cientos de kilómetros más

adelante sí se desarrollaban encarnizados combates. Y el verdadero significado de la palabra «encarnizados» lo aprendimos en el real escenario.

Entre las nubes de polvo levantadas por la caravana, se podía distinguir el cambio del paisaje. Empezaron a divisarse montañas y más montañas y la carretera después se tornó sinuosa. En el trayecto se quedó roto algún que otro vehículo y el taller móvil de Tanques y Transporte, tipo MTO, que cerraba la columna, con su personal técnico se encargaba de resolver las averías.

Llegamos a un lugar donde el terraplén se convirtió en una carretera asfaltada. En un entronque no muy lejano, había señalizaciones de tránsito, recto a Harer, a la izquierda Dire Dawa. Seguimos y como el camino era mejor, la marcha se tornó más pronta por esta vía rodeada, sobre todo, por abedules altísimos, casi sin cortezas, sin ramas secas ni hojas a su alrededor. Además, empezaron a aparecer poblados, cuyas casas bordeaban también la carretera. Después supimos que la corteza de los abedules, las ramas secas y las hojitas que se caen, los etíopes las recolectan para cocer la anyera, una de sus principales peculiaridades culinarias, que es un tipo de pan fermentado chato, que acompaña a casi todas las comidas de las familias y que elaboran sobre una piedra plana. Por cortar ramas o en el peor de los casos, árboles, el infractor podía resultar severamente castigado, pues contribuía a incrementar la desertificación, aunque el castigo no llegaba a los extremos de años anteriores, que en el mejor de los casos al delincuente se le podía cortar una o todas las extremidades del cuerpo. Esa ley fue abolida ya desde la época de Haile Selassie I.



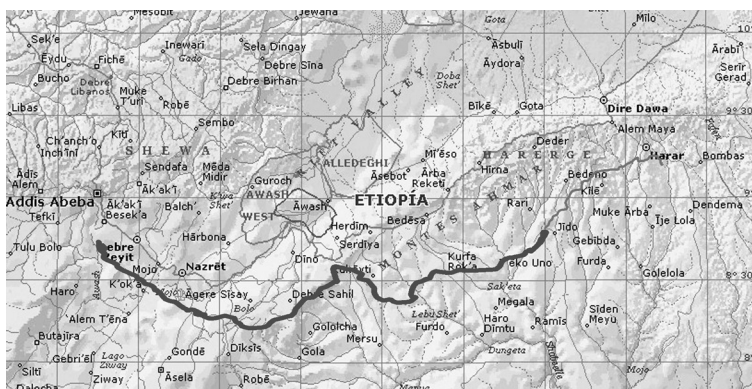


Agricultura tradicional.

Por nuestra ruta, unos kilómetros más allá, apareció un embalse de agua larguísimo y a un lado observamos a campesinos labrando la tierra. Doblamos por una senda más estrecha, pero que tenía buenas condiciones. Después de andar cierta distancia llegamos al final de este viaje. Diez horas aproximadamente demoró el recorrido. Arribamos a la sede de la Universidad Agrícola de Alem Maya.

Esta estaba constituida por edificaciones de varias plantas, en cuyos bloques radicaba el centro de estudios y, cerca de ellos, una serie de casas de vivienda bastante modernas y confortables, distribuidas arbitrariamente en un terreno con un césped cuidado con esmero. Resultaba agradable el lugar, pero en él íbamos a permanecer por un lapso de tiempo relativamente corto. Era el sitio donde se encontraba el estado mayor de las tropas del Frente Este.

Todo había sido bien coordinado. Llegamos, formamos y nos repartieron sábanas, fundas, frazadas, toallas, jabones, chancletas plásticas y otras pertenencias, además de las que nos entregaron en el campamento de Arba.



Recorrido de la caravana desde Addis Ababa primero hasta el campamento de Arba y luego a la Universidad Agrícola de Alem Maya.

A los jefes nos llevaron al bloque donde estaban los dormitorios y a cada uno nos asignaron las capacidades habitacionales para los subordinados, y las nuestras, por supuesto. En cada habitación ocho personas, sin hacinamiento, y además, con espléndida comodidad. En mi caso, tenía nueve subordinados y quería estar con ellos, pero faltaba una cama.

Desde días antes aquí se encontraba una avanzadilla constituida por compañeros de diferentes especialidades. Ellos habían tenido la oportunidad de participar en las primeras escaramuzas contra el enemigo. Horas más tarde nos transmitieron sus experiencias. Nos esperaban duros días de actividad constante para los que no se escatimó en lo absoluto tiempo ni sacrificio. Necesitábamos de tremenda cuota de dedicación, entereza, voluntad y otras cosas. Desde el 12 de febrero de 1978, hasta el término de la contienda bélica no hubo reloj. El mío lo tenía puesto en la muñeca. Mirarlo era casi por costumbre. Quizás para determinar qué hacía ahora y qué después.

Este confort, supuse, no estuvo nunca al alcance de la gente que había visto hasta ahora en el país. El emperador Haile Selassie seguramente en su vida no repartió entre sus conciudadanos más humildes tal suerte de satisfacción.

Luego supe que cuando tomó el trono, en el país no había escuelas públicas ni universidades. Entonces él comenzó a enviar a los jóvenes al extranjero para que estudiaran. En una época Hailé Selassie en persona dirigía ese movimiento, pero siempre escogiendo entre los hijos de las familias más respetables y leales a los candidatos. Los enviaba a Europa y a América, mas los muchachos que salían del país, depauperados y hambrientos retornaban con ideas rebeldes al confrontar la realidad de Etiopía con el resto del mundo. Eso no era bueno para el imperio por lo que optó por la construcción de escuelas de distintos niveles de enseñanza en el propio país, pues todos los jóvenes querían salir a estudiar. Pero ni en los centros nacionales tuvo acceso la plebe. Así que ahí, donde estábamos, no llegó nunca hijo de pobre alguno.

Deseábamos bañarnos, pues desde que arribamos a esta nación no lo habíamos hecho. Nuestra habitación estaba situada frente a las duchas y servicios sanitarios. Allá fuimos, el chorro de agua me cayó encima como si fuera un avispero. ¡Qué fría! Arreglamos ese problema. Inmediatamente hicimos calentadores eléctricos con latas de leche condensada y de *spam*, de lo contrario tendríamos, en el mejor de los casos, no una gripe pegada, sino una neumonía. Pero ese día, a pesar del frío, disfrutamos del baño, porque en Arba no había ducha ni agua.

Después de todo, esto no estaba tan malo. Bueno, hasta la hora de la comida. ¡Y había un hambre! Cuando llegó

el momento fuimos al comedor. Allí nos sirvieron arroz blanco con unos gusanos, también blancos, que parecían camarones pequeños. Esto lo sufrimos en algunas ocasiones, porque no había otro. Además, nos sirvieron carne en conserva, pan y refresco o leche opcional. En los primeros momentos el arroz no me lo comí y siempre me quedaba con hambre; pero luego, y al ver que otros se lo comían apartando los bichos y no les caía mal, opté por hacer lo mismo y no tuve problemas estomacales.

Los pasillos de la universidad eran amplios y ventilados. Recorriéndolos descubrí el museo de Historia Natural que allí tenían. Una buena representación de ejemplares de la fauna autóctona, embalsamados o metidos en recipientes de cristal de diferentes tamaños. Me convertí en un asiduo visitante de dicho lugar en los escasos tiempos libres que tuvimos después. Llegó la hora de dormir y caímos en los suaves colchones de nuestras camas cansados de tanto ajetreo.

No he contado en este relato que de vez en cuando se escuchaban ráfagas de armas automáticas y disparos dispersos provenientes de algunos lugares apartados. Pero por la noche llegaban hasta nosotros también los rugidos de un león. Al otro día averiguamos y nos dijeron que provenían de un microzoológico aledaño a la institución universitaria. Cuando se dio la oportunidad fuimos hasta el lugar. Allí había una hiena, algunos monos y un gran león de espléndida melena negra, pero más flaco que un fideo y por lo menos con tres varas de hambre. El que cayera en las fauces del felino, seguramente saldría mal parado, porque dientes y garras eran atributos que le sobraban.

## *Nuestro primer taller fijo de Comunicaciones*

A las 04:00 horas nos dieron la diana y así sería en lo sucesivo. Antes de las 05:00 horas los oficiales nos habíamos reunido y tanto al personal del taller como a los integrantes del Centro de Comunicaciones nos condujeron hasta una de aquellas bien estructuradas casas que rodeaban los bloques del centro universitario. Estas fueron en otro momento las residencias del claustro de profesores. Ahora, prácticamente casi todas estaban desocupadas, aunque conocimos a un morador persistente que no creyó en la guerra para disfrutar quizás de un ocio temporal.

De la casa asignada a nosotros me entregaron dos habitaciones: una para el taller fijo y la otra para el almacén. No teníamos herramientas, ni mesas de trabajo, ni técnica que reparar, así que comenzamos a habilitar los locales. Buscamos unas mesas por los recintos de la universidad, algunas sillas, estantes metálicos y a tiempo los ubicamos, porque a media mañana apareció un grupo de compatriotas de los que ya estaban participando en las acciones combativas. Se enteraron rápidamente, no sé por qué vía (aunque éramos comunicadores) de que llegó el personal técnico, pues hasta la fecha no había, y vinieron con varios equipos defectuosos y con otros capturados al enemigo en los combates. De estos últimos, los que no tenían reparación, bien que nos sirvieron sus componentes como piezas de repuesto, que no contábamos con ninguna en esa fase inicial.

## *Malas palabritas, no. Acción-reacción*

En esta región, también de día, el calor es sofocante y de noche el frío pela. Pues resultó ser que los compañeros

del Centro de Comunicaciones y algunos de los mecánicos instalaron con destreza los medios fundamentales de radio y telefonía con que contábamos y comenzaron la transmisión y recepción de información durante las 24 horas. Tenían que relevarse cada cierto tiempo, y los que descansaban, aprovechaban los sacos entregados en Arba para dormir. Acostumbraban a acostarse en el piso de la terraza, junto a los jardines o en cualquier lugar donde se sintieran cómodos y bien guarecidos del frío. Una de las primeras mañanas, al amanecer, un soldado se despertó, abrió su saco sin prisa y aún medio dormido se incorporó estirándose y de inmediato profirió un ¡coñ...! tan alto que lo debió haber escuchado toda la universidad. Resultó ser que pernoctó toda o parte de la noche con una serpiente pequeña que se había introducido en su saco. Muchos acudimos al lugar. Al ver a ese grupo de gente curiosa y agitada a su alrededor, el ofidio se levantó verticalmente apoyándose en el extremo de la cola e inflamó los costados de la cabeza, sacó dos dientes afiladísimos como agujas hipodérmicas que mostraba con amenaza, mirándonos a todos por turno. ¡A mí me miró! Apareció en ese instante un moreno circunspecto, enfundado en una bata de casa de hombre, muy gruesa, y con un cigarrillo larguísimo, carmelita, entre los dedos e hizo señas de que nos apartáramos del reptil.

Al rato, el animalito (sí, porque no llegaba a los cuarenta centímetros de largo) al parecer no sintiéndose acosado volvió a depositar su multicolor, brillante y alargado cuerpo en el piso de la terraza, se desplazó hasta el césped y desapareció entre las finas y bien cuidadas hierbas. Imbuí mi espíritu en la convicción de procurar cuidarme de serpientes, aunque fueran pequeñas. En Cuba, majá, culebra, jubo... y ya, pero ninguno mata.

El moreno a que hacía referencia era nuestro vecino. Resultaba ser profesor de la universidad que se había quedado a pesar del ambiente bélico. Como les narré, habían muchas casas, así que no sé si en otras residían más profesores. Él procuró primero comunicarse con nosotros en inglés y como vio que nadie le respondía, entonces trató de combinarlo con el italiano, auxiliado por las señas, advirtiéndonos que ese tipo de ofidio era sumamente peligroso, así sí entendimos. Acoto solamente que el que le hizo compañía al bicho esa noche no se acostó más nunca allí en el suelo. ¡Y yo tampoco, que con ese ejemplo bastaba!

¡De nuevo otra mala palabra pronunciada al degüello! Esta vez procedía del operador de turno en el magnífico receptor de radio militar soviético marca R-250. «¡Coñ..., vengan, vengan!» —hizo una señal de silencio, subió el volumen al máximo y levantó el audífono—. ¡El operador había captado la señal de *Radio Habana Cuba* y escuchábamos a Ramón Veloz y a Coralía Fernández cantando una guajira! Fue la primera vez que recuerdo haber oído música cubana en Etiopía, pero fue efímera. Se había producido el fenómeno por uno de esos azares de la propagación de las ondas hertzianas que de vez en cuando cogen por donde les da la real gana. Todos nos alegramos mucho, mas no por largo tiempo, pues la señal fue desapareciendo hasta perderse y nos quedamos con los deseos de seguir saboreando la cubanía de nuestros campos sin serpientes mortales.

«¡Coñ...!, pero, ¿por qué la gente tiene que decir tantas malas palabras?» —pensé para mis adentros, no la proferí, que conste. Solo la escribo aquí.

## *Primeros suministros*

Ese primer día continuamos acondicionando los locales del taller, pero de herramientas, instrumentos de medición nada. Fortuitamente se apareció, montado en un yipi, un reservista de los que habían venido a media mañana a traer técnica defectuosa y al que le dijimos que por el momento no teníamos con qué reparar aquello. Se bajó del vehículo y me preguntó:

—¿Usted es el teniente Herrera?

—¡Sí! —le respondí.

—Bueno, aquí le manda el capitán Yanet. ¿Lo conoce?

—¡Claro! —le contesté. ¿Cómo no lo iba a conocer? Además de haber sido en Cuba el jefe de Comunicaciones de uno de los regimientos de tanques, era un buen amigo y compañero mío.

—Pues me encomendó la tarea de traerle esto.

Y bajó del vehículo un multímetro analógico y un juego de herramientas de los módulos de alguna estación de radio soviética, todo en buen estado. Me imagino que ese módulo lo sacaron de algún carro del enemigo, pues este había tenido algunos combates victoriosos y contaba con armamento de diferentes lugares, entre ellos de la URSS.

No fueron muchos los medios para la reparación ni todos los necesarios, aunque algo era más que nada. También, me entregó un rollito de estaño, una lata de pasta para soldar y dos cautines. ¡Bendita la hora! (Los cautines, para el neófito, son los soldadores eléctricos.)

—Transmítele a Yanet las gracias de nuestra parte y llévale saludos —le dije.

—¡No, si todavía queda más! —se echó a reír con picardía subiéndose de nuevo al carro.



Bajó entonces un «material bélico» sumamente peligroso, una caja con 12 botellas de Ron Havana Club Añejo, otra con sardinas que tendría como cincuenta latas; además, una de sopa en conserva. Eso lo enviaba el mayor Héctor Almanza Vives, jefe de Retaguardia de la unidad donde estaba Yanet y que en tiempos pretéritos fue jefe de mi batallón de Comunicaciones en Cuba.

—¡Bueno, las gracias y el saludo también para Almanza! —le dije con alegría.

Este último material se lo entregué a Bienvenido, mi mecánico de radio, compañero serio y responsable para que lo guardara en el acto en un closet cerrado con un candado que hube de agenciarme y se empleó a discreción. Por igual, Almanza me envió una nota y después de los saludos me ponía el nombre del jefe del almacén de Retaguardia de la misión que estaba aquí en la universidad y no lo conocía aún y otra para ese jefe de almacén y estampó su firma. Esta, está por demás decir, me abrió la puerta del lugar, claro, sin exagerar. Luego me di cuenta de que por la situación de guerra o por el poco tiempo que llevaban de constituidos estos servicios, andaban como nosotros, organizándose y no se echó a ver que yo pudiera resolver allí otras cosas para la «reserva estratégica» del taller, que buena falta nos hacía.

Envié mis agradecimientos a Yanet y a Almanza. En lo sucesivo, entre tiros, estruendos de fusiles y otros ruidos un poquito más ensordecedores nos encontraríamos.

Al despedir al soldado mensajero, que tan buenas nuevas nos trajo, empezamos inmediatamente a arreglar los equipos con posibilidades de reparación. Pudimos agenciarnos de un cargador de baterías que llegó roto entre la técnica capturada al enemigo. Su desperfecto se pudo solucionar rápido. Era imprescindible darnos a la tarea

de buscar las otras cuestiones necesarias para acondicionar la base de carga. Al dúo San Emeterio y Mesa Mesa, soldados reservistas emplantillados para esos trajines, le di la encomienda y salió entusiasmado en misión de «búsqueda y captura». Al tercer día había montado un modesto «punto de carga». Se agenció de un tanque plástico con electrolito, otro con agua destilada, un densímetro, un voltímetro, un amperímetro, guantes de goma, pedazos de linóleo y un delantal en mal estado. ¿«Ladronde» se lo encontraron? ¡No sabemos!

El capitán Cisneros, fan a las bases de carga, se hizo dueño del punto y les enseñó a esos muchachos un montón de trucos, solo dominados por él.

## *Un jefe lesionado*

Aún no conocía en persona a quien estaba de jefe de Comunicaciones en este Frente. No obstante, como tenía la buena noticia de que estábamos acondicionándonos lo mejor posible, fui al estado mayor, averigüé por la ubicación de la oficina de la especialidad y allí me encontré con un mayor, cubano, descendiente de asiático, que tenía una pierna enyesada. Por posteriores referencias supe que estuvo en combate en aquel estado. Calculé que el yeso pesaba más que él. Era el segundo jefe de Comunicaciones. Me presenté militarmente, me mandó a pasar y a tomar asiento, le comuniqué sobre nuestras recientes adquisiciones, sin mencionar los condumios. Se alegró y me manifestó que estaban al llegar el coronel Carmelo Rodríguez Cuevas, jefe de Comunicaciones de la misión, el teniente coronel Manuel Castillo Rabassa y el primer teniente Pedro Rodríguez Pérez, quienes se harían cargo de la situación en la Sección de Comunicaciones.

A Pedro lo conocía desde mis tiempos de estudiante en el Instituto Técnico Militar, cuando él cursaba la carrera de Ingeniería y yo me hacía técnico. A Carmelo lo había visto en Arba cuando nos entregaron las chapillas, pero a Rabassa no lo conocía ni por mención.

Bien, no quedaba más que esperar un poco. A este hombre con el pie enyesado no consideré prudente plantearle problemas, ya tenía bastante con apoyarse en un bastón y con tremendo entusiasmo por irse de nuevo para el frente. ¡Corajudo el narra!

## *La advertencia de un amigo*

Regresaba al taller cuando me encontré con un compañero de la Sección de Ingeniería, un geodesta, otro graduado del ITM, del mismo curso mío, lo que en otra facultad y me preguntó:

—¡Herrera!, ¿tú también aquí?

—¿Dónde si no? —le respondí.

No sé qué por ciento de los integrantes de mi invencible división participábamos en este acontecimiento. Eso de encontrar gente conocida daba tremenda confianza.

—Oye hermano, ¡qué susto pasé ayer! ¡Compadre, aquí hay una cantidad de ríos temporales que son una locura! —me comentó.

—¿Y eso qué es? —le pregunté.

—¡Oiga!, que son como intermitentes. ¡Está el cauce sin agua, pero empieza a llover, además de en los alrededores, en las lomas, allá lejos! ¡Sal de ahí!, que se llenan a una velocidad que no te dejan ni pestañear, ayer por poco nos ahogamos. Lo mejor del caso es que drenan y se secan enseguida.

—Vale la advertencia, hermano —le dije y continuamos hablando de otros temas.

## *Compartir lo poco que teníamos*

Anteriormente comentaba que los medios para trabajar que poseíamos, por la cantidad de personal, no nos alcanzaban. Nos asignaron dos camiones marca GAZ-66, «nuevecitos de paquete» para poder ir a las unidades que estaban en el borde delantero del frente y allí, en el terreno reparar la técnica defectuosa. No contábamos con un taller móvil especializado, por lo tanto teníamos que acondicionar estos transportes y procurar suplir la falta lo mejor posible. Hablé con Manzanares. Él tenía licencia de conducción y estaba ansioso por oír los tiros de cerca y corretear por el país, aunque recibiera un disparo en la ingle.

—Prepara lo mejor posible los dos camiones y uno es tuyo, pero sin chofer, que tú manejas bien, el otro es mío. Tú sabes que soy un desastre con el timón en la mano. Me quedo con Meriño y Baños, ¿de acuerdo, colega? —le dije.

—De acuerdo jefe —respondió. A él le interesaba un bledo tener o no conductor. A mí sí.

Él parecía un muchacho con juguetes nuevos y como experimentado, tomó la tarea a tal velocidad que en el lapso de más o menos dos horas, con la ayuda de algunos integrantes del taller, dejó acondicionado lo mejor posible ambos vehículos. Después, con más calma terminé de hacerlo en mi carro con lo que teníamos, que era, prácticamente, nada. Ahí nos golpeaba de nuevo el lío de la escasez de medios para trabajar. Un taller fijo y dos móviles sin condiciones esenciales, lo único que el fijo no se movía y los móviles tenían ruedas, un chasis y un motor cada

uno, pero nada más. Había que resolver con prontitud el dilema.

Según las especialidades del personal y teniendo en cuenta que serían tres talleres, así dividí el grupo, lo más balanceado posible dentro de las comunicaciones. Las herramientas y un multímetro analógico no alcanzaban para tanto personal, eran como un bate en un juego de pelota, tienes que esperar tu turno y en la guerra no se puede estar perdiendo el tiempo.

### *Tres jefes más*

En este dilema nos encontrábamos cuando llegaron a la universidad el coronel Carmelo, el teniente coronel Rabassa y el primer teniente Pedro. Al conocer nuestras dificultades, enseguida se tomaron medidas y por primera vez salí de los límites de la improvisada instalación militar en la universidad de Alem Maya, acompañando a Pedro, que ya conocía bastante bien el territorio y había establecido relaciones de trabajo con los etíopes.

Fuimos a Harer, una ciudad cercana. Hablamos por el camino de muchas cosas. Me contó sobre las primeras escaramuzas en las que participó y demás, no obstante, insistió en la importancia de que nosotros llegáramos, pues hasta ese momento se carecía de personal especializado en la reparación de la técnica de Comunicaciones. Él, muy buen especialista, no podía abarcarlo todo, pues lo designaron para cuestiones de mando (segundo jefe de Comunicaciones del Frente Este). Cantar y hacer gárgaras es un poquito difícil, digo yo... hacer ambas cosas a la vez...

El recorrido no era muy largo, pero como Pedro no paraba de hablar mientras manejaba no pude fijar la atención al camino, ya que sus relatos eran interesantes.

## *Conocer a comunicadores etíopes*

Entre narraciones llegamos a un recinto lo menos parecido a una unidad militar, pero sí lo era. Con un poco de palabras y un nombre que repetía, empleando además el consabido idioma universal de las señas, Pedro se hizo entender para que le buscaran a un tal Chambell Makonel. Uno de los presentes, al parecer, lo entendió, partió raudo y al instante apareció un hombre maduro, de mediana estatura, con un bigotillo a lo Charles Chaplin, enfundado en un overol verde olivo. Traía una sonrisa reflejada en el rostro mientras se acercaba a pasos rápidos con la mano extendida. Al llegar, ladeó la cabeza, abrazó a Pedro y expresaba: ¡*Wardiña!* (¡Compañero!) y no sé qué jerigonzas más, a las que él asentía con cara complaciente. Me presentó y el oficial etíope extendió la mano para saludarme con mucha efusión, tal como si estuviera sacando agua de un pozo con la palanca de una bomba a gran velocidad.

—Oye, ¿qué te dijo? —le pregunté a mi compañero.

—¡Qué sé yo!, pero vamos a resolver algo, no te preocupes. Además, ya te conocen. Ellos son la gente de Comunicaciones de aquí y Makonel es el jefe. De ahora en adelante tú te las arreglas solo con ellos, tienes vía libre.

En Cuba tenía escaso contacto con personas que se expresaban en otros idiomas. Me entendía muy poco con dos tías mudas, hermanas de mi mamá, por lo que esto iba a constituir para mí una experiencia singular en las relaciones interpersonales con oyentes. ¡El lenguaje de las señas! Claro, el entrenamiento previo con ellas quizás me ayudó un poco. Lo prefería al papelazo que hice en una ocasión con un eslavo más o menos de mi edad, cuando ambos frisábamos los ocho o diez años. Le decía: «Tú es-

tar en Quiuba, ¿te gustar?» —y una persona mayor que escuchaba me preguntó si yo pensaba que ese extranjero era un indio de Norteamérica o qué. Sentí tanta pena que me autocensuré y estudié posteriormente algo de idioma ruso en el ITM.

Aquí observaba y escuchaba cómo Pedro se las iba agenciando para presentarme y conseguir algunas cosas; una pinza, un viejo destornillador y una cajita con tornillos de diferentes tipos. Tuercas no había, no sé por qué..., pues casi siempre donde hay tornillos, hay tuercas ¿verdad? Bueno, a remachar tornillos se ha dicho. ¡Qué remedio!

Al concluir la visita, ambos le dimos un abrazo de despedida a Makonel y subimos al vehículo. En español le dije: «¡No te olvides de mi rostro, porque te voy a jo... como loco!» Él no debe haber entendido ni papa, pero se echó a reír mientras nos hacía una seña afectuosa. No comprendí su masoquismo y le repetí enfático: «¡Te voy a jod... como loco! ¿Y todavía te ríes, compay?» y él continuaba con las carcajadas. ¿Tendría monos en la cara o en español le dije una palabra que con similitud a una de su idioma le causara tanta gracia? Pero bueno, ya estábamos pegados a la hora del almuerzo y fuimos a una casa cercana, toda de madera, parecida a un *bungalow* en la que había varias cocineras nativas y algunos cubanos, dos de ellos me eran conocidos y llevaban también unos cuantos días en este entorno. Contaron cosas interesantes. Después, las compañeras etíopes nos sirvieron la comida y por vez primera desde nuestro arribo me llené a gusto.

Sin hacer mucha sobremesa partimos rumbo a la universidad dejando atrás algo agradable, pero de corta duración y me prometí repetir la visita con menos prisa. Si les digo que no pude hacerlo, no me lo van a creer. Esta

casa no sé cómo ni por qué, sencillamente se me esfumó entre las calles de la ciudad. No fijé el rumbo, y a Pedro, que se pasaba la vida de unidad en unidad en el frente de combate, no había forma de preguntarle. Lo volví a encontrar días después en un poblado llamado Lewenaji en medio de balaceras. Lo menos que me interesaba en ese momento era dónde había sido aquella espléndida comida.

Me hallaba un poco libre en este país, en el sentido de poder moverme debido a mis responsabilidades, pues estaba obligado a resolver un sinnúmero de problemas que se relacionaban no solo con la reparación, sino también con el abastecimiento y suministro de elementos necesarios para la buena marcha de nuestra actividad, siempre, por supuesto, con la autorización debida y cumpliendo órdenes del mando superior.

Ese mismo día, en cuanto llegué al taller fijo llamé a Manzanares y al suboficial Mario Díaz. Entre los tres hicimos una distribución previa de las cosas resueltas, procuramos ser lo más razonables y justos. A los tres talleres, estábamos armándolos, aunque hacía falta más cosas. Por lo que pedí permiso para salir al día siguiente.

### *De nuevo con Makonel*

Al otro día, temprano en la mañana, le dije a mi chofer, el cual no había manejado por estas carreteras:

—Nos vamos a escapar un rato.

Con euforia respondió:

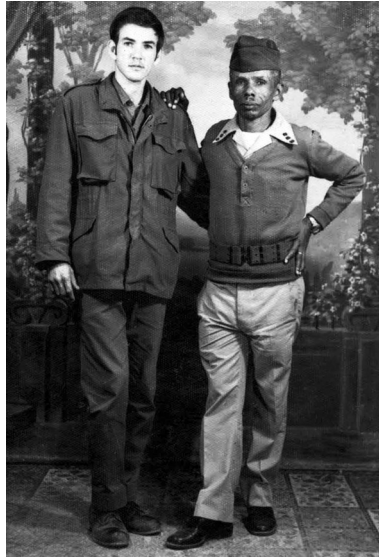
—Yo tengo el carro listo teniente, así que en cuanto usted diga partimos.

Salimos casi de inmediato. Nos encaminamos hacia Harer comentando por el camino cualquier cantidad de cosas



que ocurrieron en estos días a medida que iba indicándole por dónde ir, aunque el recorrido era casi recto.

Ya en nuestro destino le dije que sin alejarse del camión se diera una vuelta «a ojos vista» por los alrededores, no muy lejos, para que no se aburriera mientras me esperaba. Así él podía tirarle un vistazo a un pedacito de la ciudad y la espera se le haría menos tediosa, mientras me dirigía a resolver el problema que me traía al lugar. En esta ocasión, el que tuvo que entenderse con Chambell Makonel fui yo.



El 27 de febrero de 1978, con  
Chambell Makonel.

No lo comprendía en lo absoluto y creo que él a mí tampoco, pero el sentido común parece que lo solucionó todo, porque antes de que me lo buscaran pasé por el lado de un mecánico etíope que reparaba un equipo de comunicaciones y el muchacho estaba enredado. Me

le acerqué y pude percatarme de cuál era la causa del desperfecto. El hombre resolvió la situación en el acto. Se levantó feliz y fue adonde estaba Makonel y le habló alegremente.

El Chambell me miró, y supo al instante quien era yo. Nos saludamos. Luego me condujo hasta su almacén, que no era muy grande. La cantidad de cajas amontonadas no guardaban cosas superfluas, estaban bien avituallados. Increíblemente, a partir de aquel momento todo lo que ellos tenían y yo necesitara me lo daban. Me los gané con la simple solución de un desperfecto técnico, que no quedó ahí, porque después les desenredé otros. Aparecieron más suministros, herramientas, estaño, una pistola de soldar italiana (que al final la traje conmigo para Cuba y aún la conservo), otro caudín y no sé cuántas cosas más me entregó. En ese lugar tuve una fuente inicial de apoyo. Además, ellos tuvieron de nuestra parte el modesto aporte que pudimos brindarles. Me localizaban cuando estaban enredados, no obstante, primaba la voluntad, mas era de pegueta. A lo mejor nosotros también fastidiábamos bastante, por lo tanto, a una otra.

Con el modesto aporte recíproco pudimos avituallar un poco más nuestros tres talleres. Sí, porque no nos dividimos, sino que nos multiplicamos y empezamos a resolver los problemas que había con la técnica de Comunicaciones en todos los lugares donde se encontraran nuestras tropas.

### *Al frente, entre Harer y Jijiga*

El 14 de febrero, día de los enamorados, y casi de madrugada, tuve la oportunidad de escribirle una carta a

mi novia con la intención de hacérsela llegar lo antes posible. Sabía que en esos momentos el correo militar no funcionaba por causas ajenas a nuestra voluntad. No obstante, la tranquilidad y el silencio en que me encontraba envuelto propiciaban un pequeño espacio de tiempo para dedicar cándidamente mi pensamiento a esa linda muchacha de la que me separaban tantos kilómetros, así que lo mejor aquí era coger velocidad. Al terminar de redactar todo lo que se me ocurrió en dos pliegos de papel, introduje ambos en un sobre y lo eché en el buzón que tenía más cercano, a unos escasos pasos del sitio donde me hallaba.

Esperaba, como todos, que pronto pudiéramos contar con esa única vía de enlace que conocíamos legalmente concebida para tener, esta gran cantidad de cubanos, el contacto necesario con los más allegados en la Isla, (y eso que nosotros éramos comunicadores. El correo militar era una de nuestras responsabilidades). Mientras hacía esto, sonó el timbre de un teléfono y el compañero que cogió la llamada me avisó de que el teniente coronel Rabassa me mandaba a buscar urgente a su oficina, en el estado mayor. Como me encontraba listo, ni corto ni perezoso, partí.

A pesar de ser tan temprano, cuando llegué, encontré que él tenía la puerta abierta de par en par y todas las luces encendidas. Caminaba de un lado para otro, con cara somnolienta, medio que despeinado, con un trozo de la parte de abajo de la camisa salido del cinto, supuse que no durmió en toda la noche. Me mandó a sentar, me invitó a tomar café, aún caliente, que conservaba en un termo, y acepté gustoso.

—¿Tienes las pilas puestas, Herrera? —preguntó.

—¡Y cargadas! —respondí.

—¡Pues prepárate, que se te van a descargar! Es necesario que...

A medida que lo escuchaba, en mi fuero interno se acumularon pensamientos, porque lo que me ordenaba no era juego de muchachos. No obstante lo cogí todo con carácter deportivo.

Fue simpático que en una fecha tan significativa me diera la primera misión, en esta, mi primera guerra. Por supuesto que nosotros no habíamos venido aquí para permanecer plácidamente en un taller reparando equipos mientras los tiros sonaban en otros lugares.

«Debes preparar todas las condiciones y partir lo antes posible» —me ordenó con una somnolencia tal, que no le pregunté nada más. A todas luces él estaba exhausto.

La situación que se presentaba era que compañeros nuestros se encontraban en uno de los lugares donde se desarrollaban acciones y allí requerían de nuestra presencia, pues se les habían roto medios de radio, incluidos varios de los que van dentro de los carros blindados, así como algunos problemas telefónicos.

Esclarecida dicha tarea, sin pedirle permiso, tomé otra taza de café y salí para la unidad, pensaba en la seriedad del asunto y en cómo podría responderme el personal que yo necesitaba que me acompañara. Era nada más y nada menos que ir a jugarse el pellejo. Se dice fácil, pero no lo fue.

Mis dudas se disiparon pronto, pues no hice más que llegar y llamé a dos miembros del taller, a Meriño como chofer y al medio sordo Samuel Portal (vea anexo 3), que era el «ventiúnico» mecánico de telefonía que había reclutado para la misión, no por falta de

personal capacitado, sino por la restringida plantilla que teníamos.

A ambos les planteé el problema y sus respuestas fueron al unísono:

—¡Listos!

—No, nada de listos, prepárenlo todo, herramientas, piezas de repuesto, armamento, combustible, agua, comestibles... y demás, que no sabemos cuánto tiempo estaremos por allá. Dentro de media hora reviso el camión y, si estamos completos, nos vamos —les dije.

Raudos y al parecer entusiasmados se fueron a cumplir con las indicaciones que les di. ¡Ni que los hubiera convidado a una fiesta!

En la unidad todos se enteraron del rumbo que llevábamos y no fueron pocos los que se ofrecieron para acompañarnos voluntariamente. Al final acepté la petición de un compañero del correo militar (vea anexo 4) que, al fin y al cabo, como les decía con anterioridad, los miembros no estaban desempeñando sus funciones, y al enterarse se brindó de escolta, cocinero o de lo que fuera. ¡Lo de él, era ir! Me cayó con una pejiguera tal que casi no pude negarme. Contando de antemano con la anuencia de su jefe inmediato, se incorporó a nuestro pequeño grupo. Esos fueron los compañeros que en esa oportunidad se alistaban para partir conmigo al Frente.

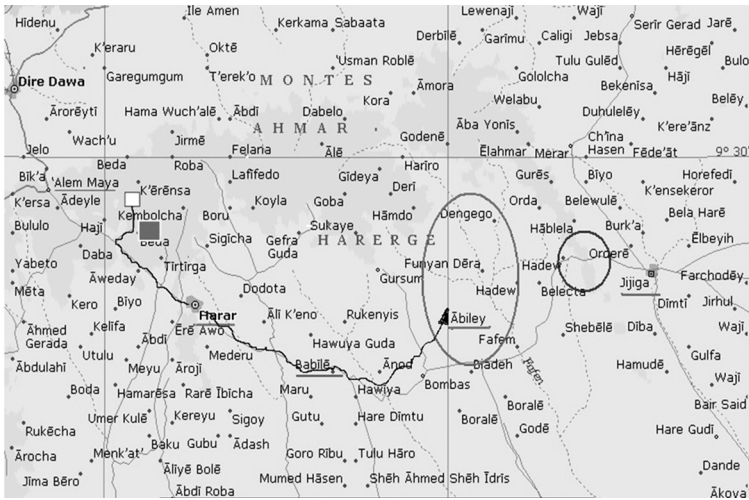
Sin demora nos dedicamos a solventar los no pocos, pero sencillos problemas que a cada quien incumbía. Revisé al detalle todo lo que creí fundamental. Dejé al suboficial Mario al frente de los miembros del taller que quedaban, y al poco rato, después de una merienda «fuerte», partimos a cumplir la misión. Indudablemente, estábamos tensos e intrigados, pues no sabíamos a

ciencia cierta qué podría esperarnos en las horas venideras.

Nos fuimos en uno de los camiones GAZ-66 y transitamos el camino hasta Harer, el que ya de antemano nos era conocido. De ahí en lo adelante seguimos por rutas casi siempre polvorientas, guiándonos por el pequeño mapa turístico que tenía en mi poder, además de la ayuda que nos suministraban la brújula y las indicaciones que nos habían dado algunos avezados. Sobrepasamos el poblado de Babile. Luego fuimos por una planicie que ardía por el sol omnipresente y una soledad sahariana hasta que al fin, en la distancia comenzamos a observar ligeros movimientos de tropas desplegadas. Tomamos precauciones, porque la guerra se te podía pintar trocada si no vas bien orientado y no estábamos todo lo bien que hubiéramos deseado.

No obstante, para nuestra felicidad y sin prismáticos (que no los poseíamos en ese entonces), detrás de unos pequeños montículos rocosos, divisamos que había cubanos moviéndose en la distancia. Vaya, que somos iguales a todo el mundo, pero diferentes, y a la legua nos conocemos, dentro de otras características por el parloteo de las manos. A los etíopes también los identificamos. Por el lado del que veníamos, por la retaguardia, ellos estaban desenmascarados.

Toda esta agrupación de tropas, desde hacía no sé qué tiempo, se hallaba no muy distante a una de las líneas de defensa que ocupaba el enemigo, muy bien parapetado en una serranía magnífica a ojos vista, en una encumbrada sierra por la que serpentea la carretera entre Harer y Jijiga. En esas elevaciones se encuentra un lugar que para nosotros se volvió muy famoso, el Paso de Marda.



Recorrido desde la universidad de Alem Maya hasta el este de Babile, próximos al Paso de Marda.

Después supe que cada vez que intentaban adelantar por la llanura lo que el enemigo ponía desde las alturas era un carnaval de plomo y metralla. Sin dudas era incómoda la posición de nuestros compañeros en el teatro de operaciones. Si al ras del terreno, desde la planicie, los distinguíamos, diga usted cómo los podrían divisar los somalos desde las colinas.

Allí había tropas blindadas cubanas e infantería etíope. En varios intentos, haciendo como que amagaban, no lograban avanzar sin ser repelidos con fuerza. ¿Por allí? Ni en películas. Serían muchas las bajas que pondríamos.

No obstante, al adversario había que mantenerlo en vilo, de ahí que, con impertinencia, los nuestros alardeaban desde una posición sumamente peligrosa y en desventaja posicional. Del lado de allá de las montañas donde estaban ellos, los somalos, quedaba Jijiga, una de

las ciudades más importantes, si no la más, que habían tomado. Esa locación dista unos sesenta kilómetros de la frontera con Somalia en línea recta atravesando parajes desérticos.

Decidimos tomar una senda que se perfilaba bien en el terreno, debido a las huellas dejadas por los vehículos de nuestras tropas, ya que no había carretera alguna.

Haciendo un aparte, debo reseñar que todos los miembros del taller tuvimos una singularidad derivada de las obligaciones elementales que nos correspondían. Esta consistía en que donde hubiera técnica de comunicaciones rota, allí debíamos acudir para arreglarla, porque en el Frente no había nadie más para realizar estos trabajos. A toda mi gente del taller le tocó lo suyo. Relato en los que estuve presente, porque a pesar de conocer un sinnúmero de referencias de mis compañeros, esto se haría casi interminable, o podría contar algo no exactamente como sucedió.

A los que fuimos, nos tocó soportar y aguantar con estoicismo y resignación los plomazos que hacían de allá para acá con armas pesadas. Nosotros no veíamos al enemigo, y los disparos de nuestros fusiles no le haría ni «cosquillas», por lo tanto allí no gastamos ni un proyectil de AKM ni de pistola. Los cañones de los tanques y de algunas piezas de artillería que teníamos sí respondían de vez en cuando para dejarle caer el mensaje de que aquí estábamos de cuerpo presente.

Ya casi narré lo sucedido en el lugar, aunque hubo más. Al llegar, enseguida nos encontramos con el capitán Yanet, el jefe de Comunicaciones de la brigada a la que pertenecían estas unidades blindadas. Desde ese momento le manifestamos la plena disposición para acometer nuestro trabajo, pero había que informarse bien



para ganar tiempo, por lo que nos pusimos a la sombra de un vehículo. Allí nos dio las indicaciones adecuadas en todos los sentidos.

«¡No Herrera!, por aquí no se puede pasar» —fue lo primero que me expresó. Vestía un overol sucio por la grasa y el polvo—. «¿Percibiste cómo está esto? ¡Lo que nos ponen desde esa cordillera es mambochambo, chico! He perdido la cuenta del tiempo que llevamos en esta gracia. No nos dejan en paz, ni nosotros a ellos, por supuesto, estamos en desventaja. Si te das cuenta, nos están mirando y desde aquí nada más que vemos por las noches los fogonazos de sus piezas de artillería, que al parecer las mueven continuamente de un lado a otro, porque subir tantas para allá arriba no es fácil, y nadie cree que tengan tantas. De día ¡no ves ni el fogonazo, compadre, pero te caen cerquita! Aunque claro, no llegan hasta aquí. Lo que le tiramos nosotros tampoco llega hasta allá» —me dijo casi obstinado.

Para que no cupiese la menor de las dudas sentimos un estruendo, y casi de inmediato observamos la polvareda provocada por uno de los proyectiles que el puñetero enemigo enviaba como regalo de 14 de febrero. Después del ruido, a nosotros, los recién llegados, nos llamó la atención que un grupo de muchachos nuestros empezara a tocar una rumba improvisada en cajones de balas como si fueran tambores y cantaba: «¡Fiesta, lo que queremos es fiesta!»

—Ese enemigo está enamorado de nosotros, Herrerita.

—¡Oye, qué se enamore de una burra! —dije yo.

—¿Y eso a qué viene? —me preguntó Yanet.

—¡Qué hoy es el día de los enamorados, capitán! —le respondí.

—¡No...!, verdad que sí. ¡Qué regalito nos envió! Sin dudas, está metido con nosotros ¡Y vendrán más, ya tú lo verás!... ¿Tú sabes cómo se dice burro en amariña?<sup>12</sup>  
*¡Ajilla!*

Aprendí una palabra más del idioma amárico, así iba aumentando mi vocabulario.

Verdad que el proyectil cayó algo alejado, frente al lugar donde nos encontrábamos, pero ¿y si nos tocaba al lado?

«Dime cuáles son los equipos con líos. Hay que repararlos rápido, porque tenemos otras cosas que hacer en otros lugares» —le dije.

Aquí había que pegarse a trabajar ya. No había tiempo para escuchar cuentos tétricos, frases simpáticas o transferencia de conocimientos idiomáticos, sin embargo nos tuvimos que resignar, solidarizándonos un rato más con él, oyendo algunas de las ocurrencias.

Después nos fuimos poniendo de acuerdo con lo que había que resolver. Ya mis muchachos estaban en función de nuestro acondicionamiento en la zona. Como les conté con anticipación, el «topo» que trajimos de escolta-ayudante-cocinero y no sé cuántas cosas más, ya se desempeñaba en la construcción de un abrigo contra las detonaciones. Meriño también hacía cosas útiles. Averiguaba con los conocidos dónde se encontraba la cocina, a qué hora se comía, cómo reponer el combustible del camión, entre otras cuestiones.

<sup>12</sup> Uno de los idiomas que se habla en Etiopía. De los más de setenta la mayoría pertenece a las ramas semántica y cusítica de la familia afroasiática. El idioma de la liturgia de la Iglesia etíope dio lugar al grupo semántico amárico, tigrinya y tigré. El amárico es la lengua oficial del país. También se habla inglés y árabe.

Por nuestra parte, terminada la charla con Yanet, Samuel y yo nos dimos a la tarea de empezar a revisar y reparar con minuciosidad y responsabilidad la técnica averiada, pero con una celeridad mayúscula.

Meriño, en tiempo récord, tenía los tanques del camión rellenos con combustible, un poco más de reserva de comida enlatada, unas cuantas cajas adicionales de balas para los fusiles. Hasta un juego nuevo de gomas y cámaras de repuesto para el camión. Me avisó, pero había que esperar, así que se puso a ayudar al «topo» en el acondicionamiento del refugio que este abría.

Entre una cosa y otra permanecemos como cuatro o cinco días en el lugar. Todos los miembros de la reducida escuadra trabajamos sin descanso hasta dejar resueltos los desperfectos en los equipos de comunicaciones, sobre todo de los medios blindados. Después de tantos fogonazos que el enemigo, obstinado nos dejaba caer desde las alturas y que tú no sabías de dónde venían y adónde iban a parar, lo más que uno quería era terminar, porque en cualquier momento caías en desgracia y te tocaba el infortunio de que te «enguacalaran» en una caja de pino tea y te guarden prescripción facultativa, por los tiempos de los tiempos, bajo unas cuantas cuartas de tierra arenosa.

Algo tan serio lo escribo así, quizás con desenfado, porque hoy pienso que si uno asumía en aquellos momentos como real la posibilidad de perecer, era difícil poder realizar las obligaciones correctamente.

El calor fue otra de las cosas fastidiosas, y más cuando había que adentrarse en los tanques de guerra. Las temperaturas diurnas a la intemperie, eran casi siempre por encima de los treinta y tantos grados, así que no es muy difícil imaginar cómo se estaba dentro de esas

moles de acero, expuestas a los rayos del sol todo el día. ¡Ollas de presión! Sudábamos la gota gorda, la flaca y cuando veías que no sucedía tenías que ir a hidratarte o desaparecías del mapa. Tomábamos un agua potable sin problemas para la salud, solo que estaba calientita, calientita. En estos tipos de escenarios no aparecen muy a menudo pedazos de hielo, mucho menos neveras o refrigeradores.

Para bañarse había que esperar a que aparecieran, esporádicamente, unas pipas con agua caliente, no había que preocuparse por coger un catarro. Nosotros tuvimos suerte, de cuatro días, nos tocó uno. Yanet me refirió que habían estado hasta diez sin jugar agua. Se empleaban unas mangueras con llaves múltiples. Estas se instalaban a alturas pertinentes, donde se pudiera y quedaran cómodas. Era un placer quitarse el calor sofocante, dejándose caer ese líquido vital capaz de sublimar al cuerpo cuando uno está cansado. También, en son de burla, me contó que había un «supuesto etíope» que se construía un baño móvil cada vez que iba a asear su cuerpo: «Míralo allí» —me señaló para un lugar.

Efectivamente, había un etíope preparando con pedazos de lonas viejas un pequeño recinto privado debajo de uno de los desagües de la pipa que llegó ese día. Mientras se aseaba, solo se le pudo ver la cabeza. Permanecía serio y vigilante, bajo la mirada socarrona de los demás, tanto cubanos, como coterráneos.

¿Sería complejo por parte del individuo? Me dijeron que era valiente, lo había demostrado allí y en combates anteriores. Sobre esta persona cuento más adelante. Los nuestros le pusieron el sobrenombre de «rabimocho», pero sin faltarle el respeto, primero, porque ese individuo no sabía el significado de dicha palabra en español, y en

segundo lugar, no había que traducirle ni en bromas la connotación del nombre, por lo tanto no se ofendía, y hasta le resultó simpático.

Luego del ingente trabajo que desarrollamos, y del cual el mando de la unidad quedó satisfecho, nos preparamos para retornar. El único que no estaba de acuerdo era Yanet, porque sabía que si nos íbamos y surgía otro problema en los equipos de comunicaciones, no tendría quien se lo solucionara de inmediato.

—¡Aruña, hermano, que vamos tumbando! ¡Gracias por la estancia! —le dije desde el camión que Meriño había arrancado.

—Espérense un momento —fue hasta su puesto de mando y regresó con un bulto alargado—. ¡Tomen, esto es para que celebren! Esta es la casa de ustedes no se olviden del camino —nos dijo con un poco de desazón.

Me dio el paquete. Lo abrí y eran dos botellas de Havana Club. Eso provocó un ¡ehhh! entusiasta entre mis muchachos.

—¿Usted nos está comprando, capitán? —le pregunté.

—¡Sí!, pero no se acostumbren, que las reservas están casi en cero. Mira a ver si te empatas con Almanza por ahí y le dices que esto está malo, pero malo. ¡Que manden más, que estamos ganando!

Partimos entre carcajadas que se apagaron por los efectos de una nueva y retumbante explosión de despedida, allá, algo alejada, que no por la distancia dejaba de ser «pielerizante».

Habíamos tenido nuestros primeros avatares en esta contienda bélica. En el plano personal no fue este mi bautismo de fuego, pero sí mi primera experiencia como partícipe en un campo de batalla. Ya nos correspondían cosas similares en otros escenarios.

## *El coronel Cruz y el resto*

Regresamos a la universidad de Alem Maya, sede de nuestro estado mayor. El 21 de febrero se me incorporó al taller el soldado de la reserva Romualdo Aguilera Cambray, especialista en equipos de Simple Banda Lateral (SSB, por sus siglas en inglés), ampliamente empleados durante la guerra. Nos alegramos, pues no estábamos muy familiarizados con esos medios. Los R-104: ¡qué equipos más tiñoseros! Bienvenido Ramos los arreglaba con los ojos cerrados. También le iba bien con otra técnica, como los sistemas de comunicaciones de los tanques y carros blindados. Manzanares y yo lo asesorábamos a él y a los demás cuando se trababan, pero el cúmulo de trabajo era grande y esto no paraba. La cantidad de medios concentrados aumentaba y casi no alcanzaban los estantes conseguidos en la universidad.

Apareció entonces el capitán Eugenio Cisneros Almanza, que estuvo enredado con el despliegue de estaciones de media potencia en áreas de la universidad, acompañado del excelentísimo teniente Olivera, el político de la unidad. ¡Qué clase de dúo!

Cisneros, que dominaba todos los equipos nos dio tremenda ayuda en la defectación y en la reparación de la técnica de otras unidades, aunque su responsabilidad primordial era la de nuestra unidad de Comunicaciones, que aseguraba el mando al estado mayor de la misión.

Olivera siempre en busca de insuficiencias políticas, prestándole la mayor atención a todos, desde al lesionado física o mentalmente hasta al medio ambiente. Dentro de otras cosas, y para las actividades colectivas, averiguaba sin falta donde había «bebestibles» y comestibles, porque los olía. No porque fuera bebedor o comilón,

sino porque tenía buen olfato, y realmente una actividad festivo-colectiva sin esas cosas solo sería musical, digo, si aparecía música. Estaba más flaco que un asta de bandera, el overol verde olivo le flameaba libre.

Los chóferes, de sol a sol, también cooperaron en la tarea de poner la técnica de alta. Hasta aprendieron un poco de electrónica en estos trajines.

Un inspector circunstancial que teníamos revisando la pronta reparación de los medios, tanto los que estaban en el taller como los desplegados en el área, era el coronel Mario Cruz Samada, jefe de la Dirección de Comunicaciones de las FAR, que eventualmente se aparecía por Etiopía, a pesar de su alta responsabilidad en Cuba. Ese «viejito», como lo catalogábamos los jóvenes de aquel entonces, tenía más energías que muchos de nosotros. Día y noche, noche y día estaba presente allí, donde hubiera un problema no se retiraba hasta presenciar la solución, y si no la había, era necesario convencerlo con argumentos contundentes, porque era ducho en la materia. A pesar de su trato afable inspiraba mucho respeto. Recuerdo madrugadas, yo reparando equipos, con tremendo sueño, que casi me caía, y él ahí, esperando el resultado positivo. Tengo la satisfacción de decir que las veces que me tocó la tarea, a la larga o a la corta pude decirle: «¡Pruebe la estación!» La probaba y se marchaba contento, dando un ¡gracias, muchacho!

## *Trofeos de guerra*

Ese mismo 21 de febrero salió Manzanares con una comisión integrada por oficiales de diferentes especialidades. Esta tenía como objetivo recorrer las zonas donde

se produjeron los combates más recientes y capturar los medios técnicos abandonados por el enemigo que nos pudieran reportar algún beneficio o servir como trofeos de guerra. Al día siguiente nos sumamos a dicha tarea otro grupo de combatientes, porque era voluminosa. Por la parte de Comunicaciones hay una tabla con datos exactos, los cuales procuré llevar a punta de lápiz. Me quedé con una copia desde aquel entonces, para cuando tuviera que entregar dicha relación, en un informe por escrito, al mando de la misión. (Vea anexo 5.)

Para el neófito en la materia, quizás no represente mucho, pero sin estos medios nos hubiera resultado muy difícil, por no decir imposible, efectuar reparaciones, debido a la escasez de suministros de piezas de repuesto y demás que tuvimos en esos tiempos. Aquí solo se incluye tecnología proveniente del otrora campo socialista, principalmente de la URSS. Se capturaron muchos otros de procedencia capitalista. Los somalos empleaban todos esos medios con efectividad. Los de procedencia socialista eran similares a los de nuestras tropas.

Estos datos fueron de aquel entonces. Después se recaudaron más equipos, pero de ellos no tengo el registro, porque no iban solo a nuestro taller, sino que como ya se creaban en las diferentes unidades puntos de reparación y ellos también necesitaban abastecerse con lo capturado al enemigo, ya no había de donde sacar más. No nos llegaba ni un puñetero tornillo.

Muchos de esos aparatos, llamados trofeos de guerra, los reparábamos y empleábamos en las acciones combativas contra el adversario.

Como cubano, al principio esto fue a pulmón. Había que resolver de todas todas o estábamos «fritos». Sin comunicaciones en una guerra no hay mando, ni coope-



ración ni nada, por lo tanto había que garantizar a como diera lugar y no lo hicimos mal. ¡Nos crecimos! Y más, teniendo en cuenta que estábamos en el período en que preparábamos una gran contraofensiva.

Años después yo realizaba estudios superiores en otro país. En una ocasión, no era frecuente, dábamos algunas clases miembros de diferentes nacionalidades mezclados. En una de ellas, un extranjero le echó en cara al profesor que en un conflicto bélico que ellos tuvieron, lo perdieron, porque los medios que poseían no habían sido eficientes. Indudablemente provocaba al Emérito Doctor en Ciencias que impartía la asignatura, puesto que los medios, en su mayoría eran producidos por el país de este. Su respuesta sencilla y contundente, además de prominente para enzarzar a los cubanos allí presentes fue:

«¡Ustedes emplearon mal la técnica contra un enemigo que poseía iguales medios! ¿Cómo no pudieron ganarles los somalos a los cubanos en Etiopía? ¡Pero además, los somalos tenían también equipamiento capitalista de muy buena factura!, según la propaganda de sus fabricantes».

¡Aquello nos dejó perplejos! A mí sobre todo, que en el grupo había sido el único partícipe en esa pasada contienda. Fue un honor callado, el cual guardé hasta escribir este recuerdo que ahora narro.

Es indudable algo que expresó el compañero general de ejército Raúl Castro Ruz, cuando era nuestro ministro de las FAR: «La técnica vale lo que vale el hombre que la maneja».

## *No debemos andar en conflictos bélicos*

No hace mucho tiempo pude ver una película en la televisión titulada *La caída del halcón negro*. Muestra fílmica que caracteriza la valentía del pueblo somalo ante la intervención que llevó a cabo Estados Unidos de Norteamérica en esa nación del Cuerno Africano. Cuando la vi, aprecié la valentía de esas personas que antes directamente, en el campo de batalla habíamos sopesado los cubanos, no pude menos que pensar, qué gente tan brava, tanto ellos como nosotros, no deberíamos andar en guerras. Contra Etiopía, indiscutiblemente a Mohamed Siad Barre y a su Gobierno se les fue la musa con sus delirios de grandeza. En ocasiones, la traición de un solo hombre lleva a pueblos, hermanados por los siglos de los siglos, a destrozarse entre ellos. Por desgracia nos tocó participar, esos fueron nuestros contrincantes, los somalos. La historia enseña que entre hermanos no debe haber discordia alguna, sino unidad. De bravos nacimos los partícipes y entre bravos toda contienda resulta desastrosa.

## *Anono Mite*

Nos fuimos al campo de batalla otra vez. ¡Vaya campo! Yo nací aquí, en La Habana, no obstante me gusta el campo para criar animales, sembrar, respirar aire puro (debe ser el gen de mis ancestros). ¡Pero el de batalla! ¡Oiga, no se lo deseo a nadie!

Ver cadáveres del enemigo regados por ahí, hinchados, abandonados a merced de las fieras, destrucción, calamidad... Sé que había compañeros de nuestras tropas que, por orden de los jefes, estaban encargados de dar

sepultura a todo contrincante muerto, así como curar y atender lo mejor posible a los heridos.

Allí, los cadáveres a la intemperie no se pudren, se hinchan y se secan debido a características climatológicas, muy peculiares de la zona. Esto sucede si los animales carroñeros no se los comen antes.

El 24 de febrero me llama el teniente coronel Rabassa, jefe de Comunicaciones del Frente Este y me dice:

—Teniente Herrera, el compañero general Julio Casas Regueiro está en un pueblo recién liberado que se llama Anono Mite. Desde ayer no sabemos de él ni de su gente. Al parecer se le rompió su equipo, un R-118 de los servicios de retaguardia, ¿qué hacemos?

—¿Y dónde queda ese lugar? —le pregunté.

—¡Ese es el gran dilema! Mira aquí en este mapa, —y lo que sacó fue el mapita que nos dieron a cada uno en el avión que nos trajo a este país, como propaganda turística de la Ethiopian Airlines. Señaló un puntico al noreste de donde estábamos ubicados, perdido en la distancia, localizado a las orillas de un río que pasa cerca de la ciudad de Dire Dawa, pero de ahí a allá el pueblo estaba como de aquí a «reman-galatuercas», porque no existía caminos o carreteras en línea recta hasta el lugar. Había que ingeniárselas para llegar.

—Jefe, ¿no tiene un mapa más grande por ahí?

—No. Aquí todavía no se han recibido los mapas necesarios del Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía de Cuba, ni de la Unión Soviética, ni de ninguna parte. ¡Y así estamos haciendo la guerra! Al menos nosotros. ¡Ni mapas, ni repuesto para los equipos, así que no te quejes por faltarte cosas para arreglar la técnica, que los operativos estamos peores!

—Bueno, hay que hacerla así ahora —le respondí. Yo tengo un mapita igual a ese, que también me lo dieron en el avión. Anono Mite, ¿no? —apunté el nombrecito, me fijé más o menos en la ubicación.

—Ya lo encontraré. ¡Allá vamos!

—Llévate a dos escoltas en tu carro, además del personal que elijas del taller.

—¿Cuándo partimos?

—¡Ayer!

—Correcto, antes de irnos lo llamo por teléfono ¿¡Ayer!?! —dije rascándome la «cocorotina». ¡Permiso para retirarme!

—¡Puede!

Fui a preparar lo necesario para el cumplimiento de esta nueva misión, mientras Barcada me buscaba a los dos escoltas.

Del taller seleccioné a Samuel, el telefónico, y por supuesto, a mi chofer, Meriño. Preparamos el armamento, un botiquín de campaña, un tanque de cincuenta y cinco galones con combustible, otro con la misma capacidad, pero con agua potable, una caja bastante grande llena de comida y otros avituallamientos necesarios. Creí que esto fuera suficiente para estar unos días en el «fandango». El mapita, similar al que Rabassa me había mostrado lo encontré, y lo eché en un bolsillo, no sin antes marcar el objetivo.

Nos bañamos, nos vestimos de limpio, pero estrujados, almorzamos y después de dejarle algunas indicaciones al suboficial Mario Díaz, que se quedó al frente del taller en la ubicación permanente, llamé al teniente coronel Rabassa para que conociera que ya partiríamos, ¡ayer!...

«¡Mucho ojo, Herrera!» —me dijo y a continuación arrancamos la marcha.

La carretera que conduce desde la universidad hasta Dire Dawa, a partir del poblado de Alem Maya, en su

mayor parte es sinuosa. Además de tener curvas y enredos flanqueando por los laterales de una cordillera, los barrancos se manifiestan descomunales, increíbles, impresionantes y muy llamativos. Allá abajo, al amanecer, están las nubes y los vehículos se desplazan por carreteras asfaltadas, pero estrechas y casi sin protección hacia el vacío.

Los cubanos que hayan ido a Topes de Collantes desde Santa Clara o Trinidad, cuando empieza el ascenso, pueden tener una pequeña idea de lo que esto significa, pero pequeña, porque lo de aquí hay que multiplicarlo por no sé cuánto. ¡Ni la Gran Piedra! A mucha gente le provocaba vómitos y nerviosismo. A mí realmente no, porque procuraba centrar la atención en el espectáculo tan maravilloso que se podía apreciar. Las nubes allá abajo y el cielo, allá arriba, límpido. En este momento no estaba listo para morirme, por lo tanto a la edad de veintitrés años no recuerdo haber sentido miedo. No sé si por simplista o por flaco, que para darme un tiro había que ser francotirador de los buenos.

Después divisamos la ciudad de Dire Dawa y al rato llegamos zigzagueando las tortuosidades de la vía.

No recuerdo cómo, en una gasolinera que estaba situada a la entrada, nos comunicamos con un etíope para saber la ubicación del estado mayor de la brigada cubana radicada allí. Nos la indicó perfectamente y Meriño dio con él enseguida. Llegamos, y por casualidad estaban Yanet y Almanza afuera.

Almanza, un poco tarde, nos hizo almorzar de nuevo, y nosotros «bravos». En ese comedor había música y el ambiente era agradable. Pensé que esta gente estaba vacilando. Sí, realmente ese día, en aquel momento estaban relajando tensiones, porque la noche anterior habían tenido un cruento combate en las cercanías del río al que

nos debíamos dirigir para llegar al mentado poblado de Anono Mite.

Yanet me dijo que si nos dirigíamos en ese rumbo debíamos tener cuidado, porque de seguro habría enemigos regados por el territorio. Teníamos que ser precavidos, y máxime yo, que iba al frente de un grupo de compañeros del que era responsable.

¡Pues, adelante, a buscar nuestro objetivo! ¿Qué puede ser que no sea?

Y partí con los compañeros después de almorzar opíparamente en busca de Anono Mite.

A las 15:50 horas, indagué entre los nativos y todavía no teníamos ni la más remota idea de cómo llegar. No sé si es que pronunciábamos mal el nombre o qué, pero todos se encogían de hombros.

Dale rueda y más rueda como cuarenta kilómetros por la carretera que conduce de Dire Dawa al poblado de Jeldesa. Al fin allí, encontramos el cauce seco de un río, que si mi mapita no estaba mal, debía ser el que nos llevaría hasta Anono Mite. El río seco se entroncaba con el terraplén, que me enteré que a esto le dicen puentes-hamaca y allí, próximo al lugar, había dispersos once blindados, entre tanques y transportadores y dos camiones. Además encontramos algunos cadáveres. Revisamos el vehículo más cercano a la carretera y como tenía los medios de comunicaciones bajé a todo el personal, menos a un custodio para que cumpliera su función atisbando, no vaya a ser que nos sorprendieran, que estábamos como aquel que dice, en tierra de nadie. Herramientas en mano y fusiles en tercie, nos metimos a revisar y recuperar todo lo posible.

Fui el primero que entré a un tanque de guerra impactado y salí disparado por la impresión. Al conductor

del vehículo lo atravesó un proyectil por el estómago y al sirviente (el que introducía la bala por el tubo del cañón del tanque) tenía una cantimplora en las manos y le faltaba, menos la mandíbula inferior, todo el resto de la cabeza.

Así es la guerra. Me senté afuera en la torreta y respiré profundo, porque adentro había una fetidez infernal. Samuel me vio y me preguntó qué había sucedido. Le conté lo visto allá adentro y no pude negarle la repugnancia que sentía.

«Deme un chance, teniente». Entró, y sin mirar más de lo que le interesaba, sin respirar apenas, desarmó los equipos de comunicaciones y me los pasaba sacando la nariz de vez en cuando, pero todo a una velocidad supersónica. Salió casi asfixiado.

—¿Miraste? —le pregunté.

—¿Mirar qué? Si «la peste» me cerró los ojos.

No sé qué tiempo dedicamos a esa labor. De ese y otros blindados sacamos unos cuantos medios de más que continuarían aumentando el arsenal del taller. Además, de un vehículo abandonado cargamos con tres sacos de dátiles secos.

Al final, cuando todo fue montado en el camión me di cuenta de mi irresponsabilidad. Aquello estaba lleno de banderitas rojizas marcadas con una M, que indicaba que esa área estaba minada. «¡Y yo llevé a mi gente allí! ¡Inmaduro! ¡Qué suerte poder hacer esta historia, por ellos sobre todo y por mí!»

El entusiasmo por recoger los medios y el color amarillento del lugar ferro-arenoso hizo que violara un principio, explorar primero.

Me callé la falta. Creo no haber cometido otra más, al menos a conciencia, porque siempre confiaron en mí, hasta el final de la contienda. Y fue larga, al menos si no en tiempo real, sí en el virtual. Aquí aprendí a ser un

poco más precavido con la vida de los compañeros y con la mía también.

## *El río seco*

Muy cerca de nosotros estaba el cauce seco del río que debía conducirnos al susodicho Anono Mite. Estaba clarito en el mapa turístico, tanto la orilla izquierda como la derecha eran abruptas e infranqueables. Decidimos adentrarnos, para ir midiendo el kilometraje e ir buscando más o menos, calculando por la escala del mapita la distancia que nos separaba del lugar.

Encontramos un vado aceptable, junto al camino, si se le podía llamar así, y por él bajamos al lecho del río. Estábamos en su cauce seco de quizás cien metros de ancho en los lugares más estrechos, arenosos, polvorientos al paso del camión, con farallones insuperables a cada orilla.

Y sucedió que al cabo de recorrer diez o doce kilómetros, de una cordillera algo alejada a nuestra derecha nos llegó el estruendo ensordecedor de un rayo. Llovía, pero además, por las partes más profundas del río, en sentido contrario a nosotros se desplazaba un chorrillo insignificante de agua, como un manso arroyito que venía a nuestro encuentro.

—Regresa para la carretera —le dije a mi chofer.

—¿Qué pasó?

—¡Dale, muchacho, recurva!

Menos mal que lo hicimos a tiempo gracias a la experiencia que antes les narré y que me habían contado respecto a la rapidez con que esos ríos secos se llenan cuando llueve. Al llegar a la carretera, único lugar por donde se podía subir, ya el agua rebasaba la altura de los neumáticos del camión.



—Pero, ¿qué es esto? —preguntó uno de los escoltas, observándolo todo con estupor.

—¡Agua! —le respondió Samuel, que todo lo cogía como jarana.

## *Tiros locos*

Le indiqué a Meriño regresar a la universidad de Alem Maya dada la imposibilidad momentánea de llegar a Anono Mite por las causas antes expuestas y partimos por el terraplén rumbo a Dire Dawa. De pronto nos entraron a tiros desde unas lomas cercanas. Los escoltas y Samuel, que iban en la cama del camión respondieron a balazos con sus AKM sin saber hacia dónde disparar. Mi chofer aceleró la marcha y escapamos de lo que podría haber sido una muerte tonta. Por suerte, no lamentamos ninguna baja.

Después tuvimos tiempo para reírnos del incidente. No hay cosa más drástica y ridícula que percibir que te atacan y no saber de dónde viene el ataque. Ese día libramos de tres: de las minas que no vimos, o mejor, que no vi a tiempo, del agua del río creciendo y de los tiros locos desde las lomas contra nuestro vehículo. En el camino, en sentido contrario iba una caravana de carros militares con etíopes y cubanos con la que nos tropezamos. Supuse que cuando llegaran al entronque de la carretera con el río tendrían que detener la marcha, porque allí no había puente y el agua del río cruzaba sobre la vía. Se lo hice saber al jefe, y además, le sugerí que tuviera cuidado con los tiritos desde las lomas... y con el campo minado.

## *De gratis*

Llegamos a Dire Dawa y ya era oscuro, nos encontramos con otra columna de vehículos militares cubanos, y dentro de uno de ellos, iba el teniente coronel Rabassa. Cuando me vio mandó a detener el carro y me preguntó si había podido cumplir con la misión encomendada. Le expliqué, entendió y me pidió que relevara a su comunicador, que estaba muy nervioso.

Monté en su yipi después de haber recogido las pertenencias y decirle a los muchachos que se fueran para la universidad, no sin antes dejar las instrucciones pertinentes de bajar los medios de comunicaciones que habíamos recogido, revisarlos, de ser necesario repararlos y alistarlos para su futuro empleo.

En páginas anteriores les contaba que en Cuba, por la televisión estaban transmitiendo la novela *Doña Bárbara*. Al comunicador de Rabassa, que estaba muy nervioso, los jodedores le habían puesto el apodo de Juan Primito, no por el parecido, sino por lo «desconchinflado» que estaba. Así y todo, cuando lo movilizaron, dio el paso al frente y aquí estaba, medio trastornado por los sustos que había pasado, pero presente. No quería abandonar su puesto, pero Rabassa se lo ordenó y en las fuerzas armadas las órdenes no se discuten, y menos enfrascados en una contienda bélica. Juan Primito se fue en el camión rumbo a Alem Maya. A mí me tocó ocupar su lugar.

Salimos, la columna era bastante larga. Durante el trayecto Rabassa me pasó un papel con un parte escrito para que lo telegrafiara. Sintonicé el equipo y empecé a transmitir a la mayor velocidad que me daba el dedo índice de la mano derecha, ocho o diez grupos por minuto, no más.

—¡Herrera, más rápido! —me ordenó el jefe.

—No puedo ir más apresurado, coronel. Recuerde que soy técnico, no telegrafista —le respondí.

—¡Verdad que sí! —manifestó casi refunfuñando. ¡Coñ...! ¿Por qué no me quedé con Juan Primito, chico? —me percaté de que se le había pegado el nombrete del infeliz.

Cogió la llave telegráfica y se esmeró transmitiendo el mensaje a la velocidad que podía. Era bueno manejando el aparato, pero no como los de la CLA y CLQ (identificación de las radios emisoras). ¡Esos sí eran los campeones!

—¿Viste? —me dijo.

—Sí, pero no lo hizo con la rapidez de Juan Primito —objeté.

—Está bien, cuando terminemos esta guerra vamos a inscribirnos los dos en un curso práctico para aumentar la prontitud de transmisión.

—De acuerdo —respondí, sabiendo que eso nunca iba a suceder, porque si salíamos vivos de aquí, cada cual cogería su rumbo.

Lo que les cuente sobre la velocidad de transmisión del código Morse de los reservistas comunicadores que teníamos aquí, puede resultar poco. Eran impresionantes. Tiraban alrededor de cuarenta y cinco grupos. El sonido de sus llaves telegráficas, resultaba envidiable. La telegrafía es como aprender música y no olvidar los sonidos.

Acampamos y la noche se tornaba bien cerrada. Me encontré en el lugar a Romualdo Aguilera Cambray y nos pusimos a narrar anécdotas mutuamente hasta que me dormí, porque no tuve guardia. Desperté debajo del yipi de Rabassa, sin serpientes ni nada por el estilo dentro del

saco de dormir. Pero no más hice levantarme y el teniente coronel me dio la orden de revisar el equipo de comunicaciones del vehículo del jefe de la misión. Busqué a Romualdo, mas no lo encontré en la penumbra del amanecer. Allá fui, con un hambre insufrible.

A lo mejor él se me había adelantado y se encontraba llenándose la barriga en algún lugar. Menos mal que el único desperfecto que tenía el aparato era que estaba zafado el cable coaxial de la antena. Entonces, con la ayuda de Romualdo, que apareció mascando algo, solucionamos rápido el problema. De pronto sentimos el zumbido de algo que volaba y a unos cincuenta metros del lugar donde nos encontrábamos cayó un primer proyectil, que abrió un cráter de aproximadamente metro y medio de profundidad y dos o tres de diámetro. Yo, que no había abierto mi pozo de tirador salí disparado para el lugar gritándole a Romualdo «¡vamos!» y me metí en el hueco que dejó la explosión. No sé el rumbo que él cogió, porque encima de mí los que cayeron fueron dos respetables altos jefes.

—¡Eh!... ¿Y tú que haces aquí? —preguntó uno de ellos.

—Lo mismo que ustedes. En el instituto me enseñaron que por teoría de las probabilidades, de mil proyectiles solo uno cae en el mismo lugar —les dije.

—Te aprendiste bien la lección.

—Y ustedes tamb... y comenzó el bombardeo de nuevo, sin embargo ahora eran proyectiles de más grueso calibre y me decía para mis adentro: «¡Ahí viene el mío! ¡Ahí viene el mío!» Pero no, no me tocó ninguno, de lo contrario no estuviera contándoles estas anécdotas.

Un etíope corría desafortado como a treinta metros del lugar donde estábamos refugiados y lo cogió uno de esos artefactos voladores. De él solo apareció un pie dentro de la bota.

Todo el mundo se guarecía donde podía, menos el jefe, que lo vi con su capa negra de marinero al lado del yipi, comunicándose por fonía a través del equipo de radio, recién reparado por nosotros, con el aeropuerto de Dire Dawa y diciendo:

«¡Oye, acaben de mandar la aviación, chico, que si nos matan aquí, los voy a desc... a todos ustedes después, cuando regresel!»

Ni con este chiste que escuchamos podíamos sustraernos a los ¡«rucambanes»! que sentíamos por aquí y por allá.

No pasó mucho tiempo y pude presenciar el único combate aéreo real que he visto en mi vida. Porque no les he dicho que la aviación enemiga empezaba a hostigarnos. En los cielos la cosa fue de Phantom contra MiG... ¡Y ganaron los nuestros con maniobras impresionantes encima de una colina! ¡Felicidades! Se acabaron los bombazos, pues mientras esto sucedía otra pareja de MiG se tiraba en picada del lado de allá de las lomas y soltaba sus cohetes. Entonces, el ruido de las explosiones nos llegaron desde ese lugar y aquí se acabó la bulla.

Me dije: «Bueno, libré otra vez, menos mal que el equipo de comunicaciones se pudo solucionar a tiempo. El viejo Romualdo también salió ileso. Nos felicitamos mutuamente».

## *De nuevo Anono Mite*

Luego de dar vueltas y vueltas regresamos a la universidad de Alem Maya. Me di un tremendísimo baño frío para bajar la tensión de las últimas horas, comí algo después de mucho tiempo y me fui a ver al teniente coronel

Rabassa para saber qué hacíamos con el famoso equipo R-118 del general Julio Casas que estaba roto en Anono Mite y el 25 de febrero, al mediodía me dijo el jefe:

—Oye, hay que ir y resolverlo, Herrera.

—Está bien, pa'lante. Permiso para retirarme a cumplir la misión.

De nuevo con el mapita turístico en ristre y sin escoltas. En esta ocasión me llevé además de mi chófer, a Samuel, a Bienvenido y a José Mesa, que no había visto la calle desde nuestra llegada a la universidad de Alem Maya. Cargamos los dos tanques de cincuenta y cinco galones, uno con agua y otro con gasolina, una caja de proyectiles de BM-21 llena de latas de alimentos en conserva, unas cuantas cajas con balas y otra llena con el mejor ron del mundo, Havana Club Añejo 7 Años. ¡Andando para la guerra!

Llegamos al conocido río, cuyo cauce seco, nos conduciría a Anono Mite y por el cual anteayer corría un agua impetuosa y en el entronque con la carretera sin puente, vimos otra laguna que continuaba su verter iracundo al otro lado de la carretera. El terreno se había tornado prácticamente intransitable por las continuas aguas y crecidas. Sin dudas, era necesario acelerar el ritmo de las acciones combativas, entre otras cosas por la llegada de la época de las lluvias a esta región.

Se habían multiplicado los medios de nuestras tropas ingenieras acondicionando los caminos para el desplazamiento de las unidades. Se trabajaba con afán para facilitar el paso hacia las zonas del desierto del Ogaden por esta parte, con el objetivo de bordear las regiones montañosas y estratégicas, en las que permanecían fuertemente atrincherados los somalos. El objetivo era cogerlos por la retaguardia. Ya les narré sobre el Paso de Marda, que resultaba casi infranqueable y los



Beatriz, etíope que colaboró con los internacionalistas cubanos.

jefes buscaron otras variantes para lograr sacar al enemigo de allí.

En ese entronque del camino con el río encontramos a algunos compañeros consternados, porque en la caravana, la noche anterior, un carro remolcaba una pipa vacía y había sido arrastrado por el torrente de agua. Como consecuencia se ahogaron algunos combatientes, entre ellos «un etíope», quien resultó ser aquel que había demostrado bravura durante las acciones combativas y se bañaba fuera de la vista de todos. No era un hombre, sino una mujer. Lo sucedido me hizo precaver más sobre los estragos que provocan los ríos temporales.

### *Génesis de una estación de radio*

Era muy pequeño y recuerdo que en mi casa se escuchaba música desde el amanecer. Mi adorable mamá se

despertaba y ponía la radio en una de las tantas emisoras que hay en nuestro país. Carecer de este placer me ha sido una tortura constante, y en aquel entonces, enredado en la guerra, la idea de hacer algo para enmendar esta sociedad venía rondándome fuera y dentro de la cabeza. Tenía en ese momento un transmisor no muy potente, de onda media, que se le había capturado al enemigo. Entonces me dije que quizás no fuera el único que necesitaba de ese aliciente para distraer tensiones del alma, pues todos los cubanos nacimos en la Isla de la música. Llegué a un batallón de tanques y uno de los tripulantes de una estación de radio R-104 tenía una pequeña grabadora. Le expresé lo que me proponía probar y me la prestó con recelo, temiendo que se la fastidiara.

Parqueamos el camión al lado de su vehículo para que él viera lo que íbamos a hacer. No era nada difícil. La instalé a la entrada de audio a el transmisor. Yo tenía la salida de audífono de la grabadora, de tal forma que si ponía el transmisor a trabajar en determinada frecuencia de su banda, todos los demás carros de AM, sintonizados en la misma frecuencia, tendrían música. Y así puse a los muchachos a escuchar a Irakere en vez de estar atendiendo las comunicaciones militares, pero solo fue una prueba de minutos. El primero que se alegró mucho fue el que nos prestó su aparatico de música, pues desde el equipo de radio de su estación escuchó la transmisión de inmediato, pasó la voz al resto de las tripulaciones para que se sintonizara con dicha frecuencia y todos la recibieron sin dificultad. Esta fue la génesis de una estación de radio cubana allá. De esto contaremos en su momento.

¡Se armó un problemón! Vino el primer teniente Pedro Rodríguez, se puso a probar lo hecho, la transmisión y re-



cepción. A saber, él era el único ingeniero en Comunicaciones con que contábamos en la misión. Estaba pegado desde el inicio en el Frente. «¡Oye!, tremenda idea. Hay que seguir trabajándola, pero sin interrumpir las comunicaciones del mando, pues dejaste esto aquí sin radistas» —dijo. Ahí quedó la cosa momentáneamente.

## *Seguimos en el río*

Prosigamos con lo acontecido en el río. Continuaban cruzándolo vehículos y más vehículos, sobre todo blindados de nuestras tropas. Si el cauce no se secaba, a nosotros nos era humanamente imposible cumplir con la tarea de encontrar Anono Mite y estaba muy preocupado, pues era un grupo nuestro incomunicado, encabezado nada más y nada menos que por el general Julio Casas. Me di un manotazo en la frente, porque yo, siendo el jefe del Taller de Comunicaciones de la misión no tenía un puñetero equipo de radio para contactar desde aquí con el teniente coronel Rabassa y preguntarle qué hacer en estas circunstancias. Lo único que tenía era el transmisor con que probé transmitiendo música, pero ni tenía alcance suficiente, ni había un aparato receptor. ¡Y en eso apareció el general Casas Regueiro! ¡Qué maravilla!, allí en el entronque del río con la carretera, del lado suroeste, donde estábamos nosotros. Me le acerqué, lo saludé militarmente y le informé de lo sucedido. Ordenó que continuáramos con él para llegar adonde estaba el equipo.

Se montó en la cabina de mi camión GAZ-66. A su yipi, en el cual me tocó ir junto a su chofer, le enganchamos un cable de remolque hasta el camión y atravesamos el río. Por poco nos jodemos el conductor y yo. El caudal de

agua seguía impetuoso y si no llega a ser porque Meriño anda raudo en la tareíta de remolcarnos, hubiéramos dado vueltas ahí adentro como un rehilete.

A pesar de todo logramos atravesarlo y nos incorporamos a la caravana que se iba formando, precedida por los exploradores, los zapadores y un tanque con un barreminas al frente. Estaba prohibido pasar delante de las brigadas ingenieras, mas el general, nos hizo seguirlo a toda marcha rumbo a nuestro destino, delante de la exploración de ellas y «del diablo y la vela»; nada, que los generales se creen que los plomos, las explosiones y las crecidas de los ríos no están para ellos.

Llovía a cántaros. No obstante, avanzamos buen trecho hasta el anochecer en dirección noreste, por lugares inhóspitos, a pesar de las condiciones en que se encontraba el terraplén. La marcha por los pantanos se hizo muy difícil, hasta que llegamos a otro río también bravucón, más que el otro que habíamos dejado atrás. Este sí nos cerraba la marcha. No hubo forma de cruzarlo. Tuvimos que detener el avance ya de noche, en el centro del lugar más próximo a ambos afluentes, como ordenó el general, que se pasó todo el tiempo, sin descansar junto a su chofer y uno de nosotros como escolta que íbamos y veníamos en espera de que bajara el nivel de las aguas. Como a las 03:00 horas del 26 de febrero nos dio la orden de partida. Desandando el camino nos retiramos de esta trampa de la Madre Natura y quizás de un lugar donde podría haber aún algún enemigo regado, y nosotros con preocupación, porque si le pasaba algo al general nos buscábamos tremenda complicación.

Entre el fango y las lagunas, porque eran más que charcos, fuimos avanzando. Serían las 06:00 horas cuando llegamos a un lugar del terraplén donde se continuaban preparando caminos por parte de la Brigada

Ingeniera y nos detuvimos. Allí, el segundo jefe de la Tercera Brigada de Tanques le comunica al general que ya el R-118, por informaciones recibidas, no estaba en Anono Mite. Casas Regueiro le indicó que averiguara bien y que como él conocía la zona de operaciones, por ya haberla desandado con anterioridad, nos llevara hasta el lugar donde ahora debía estar el aparato. Nos separamos del jefe y nos alegramos, pues libramos responsabilidades no dadas, sino habidas.

El segundo jefe de la brigada buscó unos zapadores que iban delante de nosotros revisando la vía. Estos muchachos, enfangados de pies a cabeza aseguraron que no nos cogieran algunas minas que detectaron y desactivaron en el trayecto.

## *Lewenaji*

No era mucha la distancia, pero la marcha lenta nos demoró. Llegamos a un poblado llamado Lewenaji, aproximadamente a las 16:30 horas. Allí había una concentración de tropas cubanas. Al que encontré fue al primer teniente Pedro Rodríguez. En el acto se comunicó por radio con el general, ya que Rabassa lo había llamado requiriendo nuestra presencia, pues hacía falta continuar trabajando en la reparación del resto de la técnica, y el dichoso R-118, que tanta batalla nos había dado, se arregló solo, y ya estaban comunicando a través de él. Con esto se acabó la misión Anono Mite, un poblado inolvidable al que nada más conocimos por su nombre, porque a él nunca llegamos.

En Lewenaji había un prisionero somalo pequeño y distrófico, con grados de capitán, al que el enemigo,

según me contaron, lo había dejado en un elevado con un equipo de comunicaciones y él le informaba todo el movimiento de nuestras tropas por la zona. Como era un discapacitado físico estaba suelto dentro de una choza sin puertas y no paraba de discursar en un lenguaje que más que lenguaje me pareció el sonido de una metralleta.

Ya de noche comimos y nos acostamos a dormir en el camión hasta el día siguiente. No se me olvida que por la incomodidad recordé que si tuviéramos un verdadero taller móvil hubiéramos pernoctado en cómodas hamacas y no en el piso frío y duro de hierro de la cama del GAZ-66, a pesar de los sacos.

Al otro día y con los primeros rayos del sol recibimos la mala noticia de que el puñetero R-118 de Anono Mite se había ido del aire nuevamente.

Este era otro paraje inhóspito, sin carreteras, caminos ni nada por el estilo y para más, desértico. No había huellas de vehículos, no sabíamos a ciencia cierta dónde estábamos ubicados y la única posibilidad de orientarnos era a través del mapita del avión, el sol, las estrellas y demás cosas aprendidas en las clases de Topografía, porque a todas estas ni una brújula teníamos. Nos encontrábamos en un lugar próximo a Somalia, por lo tanto debía prestar una exhaustiva atención a este asunto, o de lo contrario podríamos violar involuntariamente la frontera del enemigo.

El mundo no es dogmático, sino relativo. Es así, y hay locos que lo tratan de hacer a su forma. El Gobierno somalo, conducido por Mohamed Siad Barre y sus acólitos descompusieron hermandades.

En el año 1975, en el discurso inaugural del I Congreso del Partido Comunista de Cuba, nuestro Comandante en

Jefe hacía referencia a la firme amistad con el Gobierno de Somalia, encabezado por Siad Barre y estábamos en el 1978. El señor Barre, queriendo eliminar no solo la confianza de la comunidad internacional socialista, sino un espacio grande que algún día pretérito debió haber sido la gran Somalia cambió su casaca tres años después. Como él han habido muchos en la historia.

Desandamos el camino para encontrar el R-118. En el trayecto nos tropezamos con dos camiones cisterna, en muy mal estado, agujereados por disparos en varios lugares. Parece que los conductores dijeron ¡solavaya...! ¡Si entra un proyectil en la pipa volamos como el Matías Pérez de los cubanos! ¡Encontrar esto en medio del desierto, sin nadie! ¡Maravilla! Repletos ambos de combustible.

Rellenamos los tanques de nuestro vehículo, así como el de cincuenta y cinco galones que teníamos de reserva. Además, nos proporcionaron cuatro buenas literas que tenían en las cabinas y una radiograbadora para autos. La conectamos en el GAZ-66 y tenía un casete con los Boney M. que lo escuchamos tantas veces que nos aburrió. No había otra opción, pues lo que se transmitía por la radio que podíamos sintonizar, se escuchaba mal y no era de nuestro agrado.

Continuamos la marcha sin mayores incidentes por estas áridas regiones y de nuevo llegó la noche.

Por todo aquello no existía un alma y estábamos bastante cansados, así que paramos, comimos algo, cerramos el encerado de la cama del camión por dentro y con uno siempre «de guardia» procuramos dormir.

Es increíble que si por el día no nos habíamos topado con ningún ser viviente, ahora por la noche lo mismo se podía escuchar la risa de una hiena cerca del vehículo que el rugir de un león, amén del sonido lejano de armas de fuego de

todos los calibres. Entonces quitamos el seguro a nuestros fusiles AKM por si las moscas.

Los que se quedaron «vigilando» dicen que permanecieron todo el tiempo encaramados en la cabina del carro. Vieron hasta una que otra serpiente chiquitica. Ordené no encender más el buscachivos del vehículo ni las linternas, pues si el enemigo estaba cerca podrían delatar nuestra presencia. Todavía no sé qué era peor, si enfrentarnos con los somalos o con la fauna que nos rodeaba.

### *Extraviados en el desierto*

En esa gracia estuvimos tres noches con cuatro días, extraviados en el desierto, moviéndonos de un lugar a otro sin encontrar ser humano alguno. Solamente el mapita, el sol y las estrellas, como antes contaba, nos podían ayudar a orientarnos en el terreno para no violar la frontera con Somalia. Sin embargo, había tal grado de ambigüedad que nos era imposible precisar fronteras, porque el agresor podía estar en cualquier lugar y no teníamos información de lo que pasaba en esos momentos en el campo de batalla.

Lo cierto es que no la pasamos mal, pero de día sudábamos copiosamente y de noche si no llega a ser por los sacos para dormir nos hubiéramos congelado. Ya me estaba rascando como si tuviera escabiosis. Ansiaba darme un buen baño, pero el agua que teníamos en el tanque era necesario reservarla para tomar, cocinar o reabastecer el radiador del carro. No podíamos darnos el lujo de emplearla en el aseo, el polvo arenoso lo teníamos por todas partes. Si acaso solo lavarnos la cara, los dientes y sanseacabó.

Con la comida no hubo problemas, pues traíamos suficiente para hartarnos durante varios días, aunque los comilones no escaseaban y las latas de la caja de proyectiles de BM- 21 desaparecían rápido. Tuve que poner orden al respecto, claro, sin que nadie pasara hambre. Para los fumadores había cigarros. Paradójicamente el café sí faltaba, a pesar de ser este un país de grandes cafetales.

Al amanecer del cuarto día, el que estaba de guardia divisó a lo lejos una polvareda. ¡Una columna! ¿Amiga o enemiga? Había que averiguar o de lo contrario estaríamos dando vueltas eternamente en estos inhóspitos parajes. Raudos nos preparamos, pues nos dirigíamos en esa dirección.

Las armas listas, cargadores rellenos hasta el tope al igual que la tensión individual. Estos los preparábamos pegándolos de dos en dos con *tape*, y los poníamos al revés, de tal forma que facilitara el rápido cambio en el fusil. Así los llevábamos.

Estos muchachos no manifestaban miedo, pero sí nerviosismo, no sabíamos si nos estábamos metiendo en la boca del lobo. ¡Esa edad es de intrépidos o de locos! Al igual que vimos la polvareda a lo lejos, no por mucho andar despacio nosotros también levantábamos nuestro polvito y muy bien que nos podrían tener en la mirilla.

Meriño prestaba su mayor atención a la ruta, consciente de que si eran enemigos tendría que sacar el camión en dirección contraria más rápido que en un *rally*<sup>13</sup> en un circuito de Fórmula I para salvar nuestras vidas, incluyendo la de él. Parecía un gato al acecho de la presa. Ni

<sup>13</sup> Competencia de autos.

me miraba, solo escrutaba la lejanía, porque la nube de polvo se amainó y divisamos a lo lejos una agrupación de tropas. No sé quién fue el que dijo que tenían que ser cubanos, porque había blancos y negros. «¡Tremenda vista, porque todos empolvados quedaban del mismo color!» —pensé. Allí fuimos y efectivamente, ¡qué alegría!, era una de nuestras unidades que acampaban en el lugar.

Pude informarme con ellos. Nos dijeron que el estado mayor iba delante y, por supuesto, donde estuviera este, tenía que estar la unidad de Comunicaciones.

No demoramos mucho. Desayunamos con esa unidad para preservar las reservas. Continuamos la marcha en la dirección que nos indicaron, siguiendo las huellas dejadas por los vehículos en la arena arcillosa.

En el recorrido encontramos nuevamente el siniestro espectáculo de cadáveres regados en el terreno, carros impactados por proyectiles, algunos ardiendo todavía. De que es fea la guerra que no le quepa duda a nadie.

### *Cinéfilo en el camino*

En medio del cauce, ahora seco, de un río vimos una estación de radio R-104 AM-3 montada en su yipi y otros equipos de comunicaciones y de otras especialidades, como un teodolito parado en sus tres patas. La estación estaba entera, pero por la premura que teníamos por alcanzar a nuestra gente y que además, el lugar tenía señales con banderillas indicando que el terreno estaba minado, no íbamos a cometer nuevamente la burrada de entrar, sin al menos tener un zapador, por lo cual continuamos la marcha.



Tomamos ese rumbo por un terraplén más ancho que la autopista nacional y lo primero que divisamos en la lejanía fue un WAZ (yipi soviético), y en el estribo del lado contrario al chofer vimos a un individuo sentado. La puerta abierta lo tapaba, solo se le veían las piernas. Preparamos las armas, porque lo que había más adelante, en dirección hacia donde nos dirigíamos, era tremendísima balacera proveniente de cualquier tipo de armas de fuego.

Nuestro carro se fue acercando al otro y la persona que allí permanecía no se preocupó en averiguar quiénes venían y la gente mía apuntando para allá. Cuando llegamos, ¡sorpresa! un oficial cubano, conocido mío que observaba el combate a distancia como si fuera una película. Estuve un rato hablando con él, a pesar del ruido provocado por las explosiones cercanas. Me dijo que los plomos lo tenían muy jodido y que iba a tomarse unas horas de descanso.

Él había sido el jefe de mi batallón en Cuba, fue quien me llevó a trabajar para la división, gozaba de tremendo prestigio entre la tropa. En cierta ocasión, en que el personal de nuestra unidad andaba correteando, lo vi sereno realizando sus labores con gran parsimonia y, a pesar de ello le salía bien todo, me asombré, porque el cúmulo de tareas a resolver era inmenso.

—Jefe, ¿cómo usted puede estar tan tranquilo en esta situación? —le pregunté.

—Mira, cuando las cosas se enredan es cuando más serenidad uno tiene que tener. Mi método es observar las situaciones que se nos presentan en la vida como si fueran un campo de batalla. Yo, tirando desde mi posición y ¿a qué le tiro primero? a lo que más daño me pueda hacer, ¿verdad? Lo menos perjudicial lo dejo para el final. Si me disparan con ametralladoras, lanzacohetes

y con escopetas de *peerless*, por supuesto, primero le tiro a los ametralladores y lanzacoheteros, que los *peerless*, si llegan a mí, lo más que pueden hacer es sacarme un ojo. Por eso, en la vida hay que valorar qué es lo más importante que uno tiene que resolver en cada momento si hay mucho cúmulo de actividades. Además, nunca dejes para mañana lo que tienes que hacer hoy y vas a ver que te la pasas menos enredado en los momentos apretados.

Ese consejo yo lo practicaba, pero lo tomé más en serio y realmente da resultado.

La brigada de él, no paraba de combatir y pensé que estaban aburridos de sentir tantos disparos. Entonces él fue quien nos ayudó indicándonos el camino que había tomado nuestra unidad de Comunicaciones.

Luego, arrancó su vehículo diciéndonos: «Voy a dormir la mona a un lugar más seguro que este. ¡Que les vaya bien! No asomen mucho la cabeza, nada más que lo suficiente» —y partió levantando tremenda polvareda.

Le deseé que no tuviera tropiezos en la vía. Ya se le había quitado el deseo de presenciar esta película.

Entonces nosotros, sin otra que hacer en el lugar, continuamos la marcha hacia esa infernal balacera de calibres múltiples, procurando entrar por la retaguardia, que no teníamos la intención de servirle de blanco fácil a ningún loco tirador de cualquier arma amiga o enemiga. Estábamos metiéndonos, como quien dice, en la boca del lobo, pero había que llegar. Eso era a un kilómetro y medio más o menos de Lewenaji y sucedió el segundo día del mes de marzo de 1978. Llegamos y apoyamos a los primeros cubanos que nos encontramos hasta que se acabó el combate.

Al fin, al atardecer de esa fecha, dimos con nuestros compañeros de la unidad de Comunicaciones. El teniente coronel

Rabassa, que estaba allí, vino a nuestro encuentro, y Barcada lo seguía, ambos con los brazos abiertos:

—¡Coñ...!, ya los había reportado por desaparecidos o muertos. ¡Por tu vida, qué alegría! —y tuve que contarles de forma sucinta lo que nos había acaecido.

—Bueno, lo mejor es que ya están aquí. Ahora, ¡a trabajar!

—Oye, ¿pero de descanso, aquí nadie habla?

Era cierto, en la guerra no hay tiempo para ello, a no ser que el enemigo se raje.

## *Letrinas*

Cuando no había disparos, continuábamos haciendo refugios con las pequeñas palas que poseíamos y le pregunté a uno de mis compañeros:

—¿Estás haciendo tu pozo de tirador? —me llamó la atención, porque el hueco tenía como metro y medio de profundidad.

—Teniente, no estoy abriendo un pozo de tirador, sino una letrina, porque estoy cag... de miedo —me respondió.

Sinceramente, cuando se está en tal situación, uno no sabe si rascarse el cogote o agenciarse de una letrina como la que el susodicho construía para no molestar a los demás con emanaciones corpóreas desagradables.

Cuando arrancaba el fuego era ininterrumpido, cerrado, ensordecedor, en fin agobiante. En medio de esa balacera da lo mismo cualquier cosa. Uno piensa en los seres queridos, en el pasado, en el futuro previamente elucubrado, pero estás en ese presente, candente, desordenado y la contienda no tiene marcha atrás.

Ya oscurecía y de nuevo se armó el tiroteo no muy lejos. Creíamos que comenzaba la mencionada y esperada contraofensiva por parte de nuestras tropas. No

fue así. Lo que sucedía era que se había producido una emboscada por parte del enemigo que fue rechazada por nuestros compañeros. ¡Pero qué balacera! Las balas trazadoras se elevaban a gran altura en el cielo, cayendo, tanto en lugares distantes como cercanos.

Si estás enfrascado en un combate y no llevas la situación operativa del mismo y no recibes información al respecto es como si estuvieras perdido en un «campo de verdolaga». No la ves pasar ni sabes para dónde coger, ahí había que estar firme.

Llegó el yipi del jefe de la misión. Se bajó y se dirigió hacia donde estábamos nosotros. El yipi, no recuerdo de que marca era, siguió el camino y como a un kilómetro y medio dicen que lo hicieron pedazos. De esta el jefe se escapó, no sé su chofer. Fue afortunado, siguió su camino y al llegar preguntó por Rabassa. Le indicaron donde encontrarlo y allá fue sin darle aparente importancia a lo que acababa de ocurrir. Todos nos miramos como diciéndonos: «Bueno, él sabrá».

### *Fuga involuntaria de la guerra*

Continuaba rascándome después de más de cuatro días sin bañarme. Los muchachos estaban en las mismas. Para mí que habíamos cogido escabiosis. Estuve a punto de dirigirme al jefe del Puesto Médico y pedirle que nos diagnosticara, pero en eso apareció el teniente coronel Rabassa y me dice que un R-104 estaba roto. Este aparato, lo he dicho anteriormente, es un equipo de radiocomunicaciones, muy bueno, pero «tiñosero» (equipos que se podían complicar). Mandé a Bienvenido a revisarlo y me dijo que el problema estaba en la fuente de alimentación.

Nosotros, sin piezas de repuesto, sin apenas herramientas, cansados, y ¡ay!, mi madre. ¡Que se aparecieran con esto ahora! Había que solucionar el lío, porque ese radio circuito era de vital importancia.

Ya amanecía y la balacera cesó. Llamé a Meriño. Este era una persona a la que se le grababan los caminos de todo tipo, le pregunté si sería capaz de retornar al lugar donde vimos el R-104 abandonado en el campo minado del cauce de un río, se rio y me dijo: «¡Seguro!» —y se rascó la cabeza y la barriga. Para mí que también tenía deseos de bañarse.

Me presenté al teniente coronel Rabassa, le expliqué la situación. Sin piezas no podíamos reparar el medio y le di la solución, no sin antes pedirle un zapador para no cometer la locura de días anteriores. Por supuesto, él no tenía referencias de lo ocurrido, de lo contrario no sé qué medida disciplinaria me aplicarían como oficial irresponsable, pero el momento no estaba para juzgar cargos menores.

Me dio a un zapador. No se me olvida el aspecto de ese muchachito, desgarbado, flaquito, chiquitico, con tremenda cara de hambre y de cansancio. Me dije: «Bueno, ojalá que no se quede dormido a la hora de detectar las minas».

A esta gente de la Ingeniería Militar, a la que pertenecen los zapadores, le sucede lo mismo que a los comunicadores, todos no consideran su verdadero valor. ¡En la guerra no paran! No tirarán muchos tiros, pero el trabajo previo para garantizar las acciones combativas es increíblemente sacrificado. No en balde la conocida frase: «El zapador se equivoca dos veces: una cuando elige la profesión y la otra cuando falla con una mina».

Nos fuimos en la nueva excursión Samuel, Bienvenido, el zapador, un escolta y mi chofer. Llegamos al lugar donde

debía estar el equipo que buscábamos y ya había desaparecido. Bueno, ¿y ahora qué? El que más se alegró fue el zapador, pues las banderitas permanecían indicando que el campo continuaba minado.

Recordé que en nuestra ubicación permanente podríamos hallar la solución, pero eso estaba lejos. No obstante, allí habría agua, comida caliente, camitas para dormir en paz, música y tranquilidad.

Retomamos el camino y de pronto el camión cayó por una cuneta. Había quedado sin frenos, no nos volcamos de milagro.

Pasamos varias horas en el lugar tratando de salir del atolladero, hasta que apareció un enorme MAZ-500 que había transportado tanques de guerra y otros vehículos blindados al Frente. Lo conducía un etíope, traía *ingerera* y comimos (nosotros le decíamos anyera). Ya les había contado que es un pan fermentado hecho de harina de teff, un cereal autóctono que se come con carnes, aderezadas con una pimienta que si un cubano se la echa en la boca va corriendo «desde el cabo de San Antonio hasta la punta de Maisí y viceversa». ¡Cómo pica! Pero esta que nos brindó el camarada no tenía carne, solo picante.

Nos comunicamos por medio del idioma internacional de los gestos, los dedos y de la cordialidad. El conductor comió y tomó de lo que teníamos. Nosotros probamos su *ingerera* o anyera, con sardina de la que llevábamos, sin echarle picante, que ya había experiencias al respecto. Lástima que él no trajera *wat*, que es un estofado de vaca o de pollo, que sin condimentar es muy apetitoso. En el enredo de la noche, con ruidos extraños de animales cerca de nosotros, sacamos el carro de la cuneta, lo enganchamos a remolque y partimos hacia

Dire Dawa a una velocidad moderada. ¡Y gracias a este etíope que se le ocurrió aparecer en medio de nuestro infortunio!

Al amanecer, en algún taller de mecánica de esa ciudad se comenzó y concluyó muy bien el arreglo del desperfecto de las gomas que fueron desmontadas a mandarriazos limpios.

Meriño probó los frenos y chillaban en el pavimento.

—¡Eso es! —le dije.

—¿Para dónde vamos, para el Frente?

Eran como las tres de la tarde.

—Oye, para la universidad vamos a bañarnos.

Rio maliciosamente y nos fuimos hacia Alem Maya. Allí encontramos a los compañeros que permanecían en el Centro de Comunicaciones Permanente atareados, preparando bisté de galápago no sé con qué. No era mucho el personal que había y para suerte de todos, la carne sí era abundante. La artera fue grande.

Estos comunicadores del centro estaban tranquilos, realizando su trabajo sin ningún oficial al frente, y lo hacían de forma impecable, buscando solución a los problemas que se les presentaban con serenidad, pero con presteza. De ellos dependía la acumulación de toda la información, la retransmisión de señales del Frente a otros lugares, incluyendo hasta la que se mandaba o recibía desde nuestra Isla. Era muchísimo el tráfico de información en esos momentos, pues se desarrollaban los combates en el Frente Este. La responsabilidad era inmensa.

—Teniente, pensábamos que se quedaría con nosotros.

—Pues no, temprano nos vamos. Ustedes saben bien lo que hacen. Lo hacen genial y nosotros tenemos que cumplir también con lo nuestro.

Y así mismo sucedió. Esa fue la madrugada del 2 al 3 de marzo. Nos dimos sendos baños, ropa limpia, comida opípara y descanso tranquilo. Retornamos al frente de combate después de habernos «fugado» involuntaria y momentáneamente de la guerra, pero asegurando nuestro cometido.

Del almacén del taller cargamos dos R-104 completos que habían sido previamente reparados, así como otros medios, pues en lo personal suponía que estaríamos un largo tiempo sin poder regresar. También nos abastecimos con dos tanques con agua y combustible hasta el tope, así como cajas con alimentos.

### *De nuevo a la batalla*

En esta ocasión no nos costó mucho trabajo encontrar el lugar donde habíamos dejado a nuestros compañeros, pues ya íbamos conociendo el terreno. En ese sitio lo hallado fue el R-118 del general Julio Casas, que en ese instante funcionaba perfectamente. Los miembros de su tripulación nos indicaron el camino tomado por los nuestros, pues eran evidentes las huellas y allá nos fuimos.

A lo lejos vimos la polvareda que levantaba la columna. La alcanzamos. Meriño estaba hecho un experto en seguir el polvo en el viento.

No tenía fósforos ni fosforera para encender un cigarro. La gente del carro del cierre de la columna me sugirió que encontrara al capitán Cisneros, que era el único que tenía candela en la caravana. Fuimos hacia allí, pasando los vehículos uno a uno. Tremenda indiscreción, porque las minas estaban a la orden del día, pero como personal de aseguramiento técnico, teníamos movimiento libre autorizado.



Localizamos a Cisneros. Sacó su fosforera de gasolina, que parecía un mechero y pude fumarle un cigarro de los suministrados.

En esta ocasión, estábamos dando un rodeo por el desierto del Ogaden para coger a los somalos por un costado de Jijiga. Como les conté, por el camino de la carretera que conducía al Paso de Marda no se podía. El carnaval de fuego que nos ponían era imponente. Esta táctica la comparo con lo hecho por el mariscal Gueogui K. Zhúkov y sus tropas en la Segunda Guerra Mundial, cuando se les ocurrió atravesar los pantanos. Lo de ahora era cruzar el desierto y poder casi que rodearlos.

## *Yo mal y los tiros andando*

Llegamos a un sitio donde había dos cordilleras casi paralelas constituidas por elevaciones no muy altas, una al noreste, que limita con Somalia y otra al sureste, en territorio etíope. Acampamos en un llano extenso que había entre ambas.

No me sentía bien. A lo mejor el atracón de carne de galápago de la noche anterior, había enredado mi estómago. Fui al Puesto Médico de campaña y me pusieron el termómetro, tenía treinta y nueve grados de temperatura. El médico, insistía en tratarme, pero en ese momento era difícil, porque otro R-118 se había roto y tenía que ponerme en función de repararlo. Me dio algunos medicamentos con todas las indicaciones. No sé si las cumplí, porque la tarea que me esperaba me llevó desde horas bien tempranas de la mañana hasta las tres de la tarde. Estaban peliagudos los desperfectos, sí, desperfectos,

ya que eran más de uno, cuando terminé y bajaba del furgón de la estación de radio, se armó un tiroteo que para qué contar.

Casi todos tenían su pozo de tirador o su refugio hecho, yo no, porque el tiempo lo pasé reparando el equipo. Entre tiros que picaban cerca me refugié detrás de un camión en compañía de mi AKM y la pistola Makarov. Continuaba con fiebre y dolor de cabeza, insoportables ambos. Además, había un sol que rajaba las piedras.

Los disparos provenían de la cordillera de elevaciones del noreste, de la frontera de Etiopía, donde nos encontrábamos, con Somalia. Como las alturas estaban peladas de vegetación se veía a la gente bajándolas a buena velocidad y disparando. Indudablemente eran muchísimos más que nosotros, pero estaban en la ofensiva. De inmediato se ordenó que la unidad de comandancia de nuestro estado mayor ocupara la primera línea de una defensa semicircular en dos escalones. No debíamos tirar a no ser que fuera rota, por parte del enemigo, esa primera línea. En el terraplén, detrás de nosotros, por casualidades de la vida, se había descompuesto el vehículo de un lanzacohetes múltiple del tipo BM-21 (a los que todos les decíamos Katiusha, a pesar de que la verdadera que lleva ese nombre, la BM-13, data desde la Segunda Guerra Mundial, pero esta, la 21 es mucho más joven), cargadita con sus proyectiles. El camión abastecedor también estaba allí, junto a unos mecánicos en función de reparar el carro.

El jefe de la misión, que se encontraba en el lugar se viró, vio el aparato y les gritó a los tripulantes de la potente arma: «¡Oye! ¿Y ustedes qué hacen ahí pasmados? ¡Tiren, coñ...!»

Inmediatamente la torreta del lanzacohetes múltiple, artillada hasta el tope giró en dirección al enemigo haciendo su ruido característico, buscó el ángulo y el acimut adecuados y al disparar pusieron a temblar la tierra. Un fuego arrasador cayó sobre los atacantes que, ante la sorpresa, comenzaron a ascender las elevaciones a una velocidad mayor de la que habían bajado.

Finalizado el ataque de los contrincantes se hizo un silencio sepulcral. En esa oportunidad se requirió una cantidad de armamento dejado por el enemigo, suficiente para avituallar a un batallón. Todos estábamos excitados, no obstante, por nuestra parte no hubo que lamentar bajas, no porque ellos tuvieran mala puntería, sino porque casi todos nos protegimos.

Entonces tuve tiempo para ser atendido mejor en el Puesto Médico de campaña. Me entregaron unas pastillas, un jarabe que sabía a rayos y me inyectaron. El médico supuso que mi malestar podría deberse a alguna gripe que estaba incubando, pero no tenía ni tos. Además, me suministraron un termómetro por si tenía que aislarme del lugar y me encontraba en algún sitio sin posta médica cercana. El galeno me dijo que si continuaba con ese estado febril iba a tener que evacuar me para el hospital permanente, en la universidad de Alem Maya. No le di el gusto. No fui más a verlo a pesar de que seguí, los dos días siguientes, con malestares. No lo hice por heroísmo, sino porque estando a las puertas de lo que pensaba sería la conclusión de la ofensiva y conociendo mi tarea, ¿cómo iba a retirarme? ¡Primero muerto que desprestigiado!

## *A tiro limpio*

Hubo que peinar el terreno por donde avanzábamos. A ciencia cierta no sabía por dónde íbamos, porque el desierto es igualito en todas partes y mi mapita turístico no me proporcionaba ninguna información. Pero como había un jefe superior, él sí debía saber, por supuesto, y lo seguíamos, aunque para mí que a este le gustaba meterse y meternos en líos. El enemigo estaba regado por dondequiera.

Nos separaron en grupos, no muy lejanos unos de otros, mas a distancias tales, que al resto no lo divisábamos. Casi era una táctica de guerrillas, a enemigo regado tropas dispersas. Manteníamos comunicaciones por estaciones de radio de onda ultracorta. Estos grupos nuestros eran mixtos. Los integrábamos cubanos y etíopes. En la zona había pequeñas aldeas diseminadas y fue necesario revisarlas, porque el adversario las ocupó casi todas.

Por allá y acullá sentíamos la balacera y por momentos ruidos fuertes provenientes de armas más potentes. Hubo compañeros del grupo que cuando los escuchaban se persignaban. Aquí cada cual se cuidaba y autoanimaba como pudiera.

Entre el cansancio y el poco de malestar que aún tenía, me daba lo mismo que cogiéramos por la derecha, por la izquierda, al norte, al sur... lo que quería era dormir y di mis cabezasos en la cabina del camión a pesar de su andar por terrenos abruptos.

Desperté cuando nos acercábamos a una aldea y nos entraron a tiros y tuvimos que responder. En esa ocasión mi casco se había extraviado y me acordé de mi madre, porque por nada me vuelan la cabeza. Por suerte el enfrentamiento no duró mucho y se tomó el objetivo. El enemigo dejó algunas bajas, pero ninguno

herido ni vivo. O eran solo esos pocos los que nos estaban tirando o los demás se escabulleron por debajo de la arena del desierto, porque por la superficie no vimos salir a nadie. Nos fajamos con un grupito de militares protegidos dentro de las casas de paja o de adobe. Solo teníamos como protección, la brindada por los vehículos. Por suerte no hubo bajas mortales. Solo un cubano herido a sedal en un hombro. Lo curaron y no quiso retirarse al Puesto Médico. Continuó con nosotros hacia otras aldeas, y en casi todas nos recibían a balazo limpio.

Llegó un momento en que se acabaron los disparos y me alegré, porque se me agotaron las balas en los peines del AKM, me quedaban las de la pistola Makarov. Aprendí que siempre, antes del combate hay que revisar el parque de proyectiles que uno tiene. ¡Qué insensatez! Entre tiroteo y tiroteo debí haberlo hecho y no lo hice por la «agitadera». En estas lides hay que tener cordura, no dejarse llevar por impulsos, porque te estás jugando la vida.

En otros combates sí se produjo la baja de tres compañeros etíopes, mas todos los recintos se tomaron, no sin tener que batirnos duro, que hasta el momento el enemigo siempre, sin dudas, había presentado una resistencia valiente y feroz. Esta es tierra de leones y en tierra de leones si no eres león te comen.

### *La escuelita de los idiomas*

Una de las escaramuzas combativas la tuvimos cerca de una casita muy modesta, de arcilla y el techo armado con hierbas. Las paredes estaban rajadas, pero en su estructura no se había producido ni un impacto de balas. A su alrededor colindaban otras construcciones por el estilo. Llegué hasta allí, no sé por qué me llamó la atención.

Cuando entré vi un pizarrón ladeado, un buró volcado, así como casi todos los pupitres de lo que debió ser un aula de escuela. Recogí del piso varios textos, unos con la bella caligrafía árabe, otros en inglés.

Sí, porque muchos etíopes no solo dominan sus idiomas o dialectos, sino otros como el francés, italiano y el mismo inglés. No encontré ninguno en español. Salí a lo que creí fuera el patio del lugar y había un etíope muy viejo, sentado en una piedra, con su fusil entre las piernas, cabizbajo, pensativo, con el semblante cansado del diario bregar que no deja tiempo para el aburrimiento entre plomo y metralla. Me miró casi sin verme e hizo un gesto con el brazo. Aprecié un rictus triste enmarcado en los labios, las cejas y la frente a medida que señalaba la escuelita casi destruida.

«¡*Denástili, wardiña!*» —le dije. En amárico es algo así como «Buenas, compañero».

Me respondió de igual forma y amablemente me indicó sentarme a su lado.

Se acarició la barba cana, mirando a lo lejos, como si pudiera ver más allá de las arenas del desierto, del lado de allá de la frontera, por donde escapó el enemigo. Después, soltó el fusil me dio un fuerte apretón de manos y en perfecta lengua de Cervantes me expresó: «¡Gracias, Cuba!»

Nos paramos y abrazamos. Al menos conocía dos palabras lindas del español, dichas por un etíope de pura cepa.

## *Amago a Jijiga*

En la distancia se escuchaba fuego de artillería, disparos tiro a tiro, en ráfagas, en fin, que se continuaba combatiendo.

do. Los comunicadores sabíamos casi todo, para no ser absolutos, porque en aquella época lo enviado como secreto eran partes cifrados por «clavistas», así se denominaban a los compañeros que elaboraban estas partes, codificándolos y a pesar de la amistad que mediaba con ellos no daban ni la más mínima información de lo que procesaban.

Los medios técnicos existentes para la codificación nos parecían maravillosos. No obstante, algo siempre se filtraba. No son, ni remotamente, como los medios de computación de hoy en día.

Entonces como comunicadores al fin conocíamos que la ofensiva nuestra marchaba a todo tren y el cerco a la ciudad de Jijiga se estrechaba cada vez más, aunque quedaban algunos reductos en el camino que no fueron fáciles de ocupar, aunque seguíamos tirando y recibiendo tiros a nuestro alrededor.

Esa misma tarde recogimos el campamento y continuamos la marcha. Encontramos en el camino aldeas pequeñas abandonadas. Me pregunto todavía de dónde saca el agua la gente que vive allí, los alimentos, lo esencial para la subsistencia humana, porque ni rastros de cultivos, ni de ganado, ni de nada. Sus secretos tendrían, porque de aire solamente no vive el hombre.

En ocasiones habíamos tenido la oportunidad de ver, en la distancia, las interminables caravanas de dromedarios que pasaban de un lado a otro las fronteras, en el trasiego de mercancías. Costumbre en estos países. Podrían estar en guerra, pero el comercio no paraba. ¡Vaya usted a saber lo que llevaban! Podría ser hasta avituallamiento con destino al enemigo. De revisarlos se encargaban las tropas etíopes, que lo de nosotros estaba bien definido, ayudarlos por la propia solicitud de su pueblo y Gobierno a sacar de su territorio a los agresores somalos.

Desde una de las tantas aldeas, cerca de las cuales pasábamos, nos entraron a balazos. ¡Qué manía! La tomamos por asalto y resultaron ser nativos desafectos al proceso que sucedía en el país y al parecer partidarios de la invasión somalí, dada su proximidad con la frontera del adversario. Aquí sí tuvimos dos heridos.

Como una constante resultaban ser las minas que el enemigo dejaba sembradas al ir perdiendo terreno. A estas había que prestarles mucha atención y dejar siempre que zapadores y barreminas hicieran su trabajo previo antes de nosotros avanzar.

Ya para el 4 de marzo, los somalos se percataron de que nuestras unidades, en gran concentración de fuerzas y medios habían desechado continuar jugueteando por el Paso de Marda para tomar Jijiga y nosotros nos aparecimos dando la vuelta por el desierto del Ogaden. En la zona de entrada desde Harer hasta Jijiga por el Paso de Marda, por supuesto que se habían quedado algunas unidades amagándolos y entreteniéndolos, pero en la guerra es difícil ocultar el movimiento de grandes tropas, sobre todo si hay que pasar cerca de lugares poblados. Siempre hay un ojo que te ve. No obstante, al parecer se enteraron tarde.

## *La toma de Jijiga*

En esa misma fecha, en horas del mediodía, llegamos a un sitio donde la cantidad de fuerzas y medios nuestros que participarían en la toma de la ciudad de Jijiga estaban desplegados en una amplia planicie. Era una concentración realmente grande y potente, que incluía a la infantería, a los tanques y vehículos blindados.



dos, a la artillería tanto convencional como la reactiva, la antiaérea y la terrestre, los medios ingenieros, las comunicaciones garantizadas para todo lo necesario, también, los aeropuertos donde estaba emplazada la aviación de nuestra coalición. El que resistiera quedaba loco o con problemas.

Con los prismáticos, y desde un punto alto, próximo al sitio donde nos encontrábamos, pude apreciar toda la planicie y a lo lejos, divisé a la famosa Jijiga, para mí el último reducto del enemigo. Entonces llamó mi atención una gran polvareda, que según el mapita indicaba que estaba sucediendo algo en la vía que conduce desde ese poblado en dirección a Togo Chale, en la frontera con Somalia, no muy lejana, escasamente a unos setenta kilómetros por terraplén. No eran vehículos militares, sino mazdas, toyotas, land roberts... «¿Habría un *rally* a través del desierto del Ogaden?» —me pregunté. Pues no estaba equivocado. Tremendísima carrera a todo gas, era más que una competencia.

Cayó la noche y no pude observar nada más. Teníamos que estar con las luces apagadas y la gente haciendo trincheras por si acaso. De vez en cuando se lanzaban bengalas en dirección al campo que mediaba entre nuestras tropas y Jijiga. Todo se eliminaba y ni un alma ni una hiena ni un guapo león ni un zorrillo astuto, nadita de nada. «¡Fantástico, a dormir!» —me dije, pero ¡qué va! Otro R-118 dando problemas y dale para allá, Herrera. Menos mal que lo solucioné rápido. Después me senté un rato a compartir con Cisneros y Olivera.

El primero me prestó su fosforera para encender un cigarro, conversamos y compartimos impresiones hasta bien entrada la madrugada del 5 de marzo. ¡Caballero,

que aquí apenas se dormía! Ellos también vieron la carrera de velocidad que había sucedido por la tarde en Jijiga.

Horas antes, cuando el sol aún no había salido, llegó la noticia por medio de una de nuestras estaciones de radio de que el enemigo abandonó la mencionada población. Parece que dicha información entró por otras vías, porque se armó de pronto un tiroteo de balas trazadoras que iluminaban el cielo como si fueran fuegos artificiales. Estábamos en carnaval. Casi todo el mundo disparó. Yo, por la euforia del momento, tiré también todo un cargador con sus treinta balas y en esa gracia me cogió Rabassa. ¡Qué descarga! Y lo más pesado, delante de mis subordinados que tanto me respetaban. Hubiera querido que se abriera la tierra y me tragara. ¡Que me haya cogido a mí, con los cientos de gente que tiró balas esa madrugada!

Entre otras cosas me dijo que esos proyectiles eran para el enemigo y no para estar festejando algo que no había llegado a su final. Tenía toda la razón. Cuando el teniente coronel se fue todos nos miramos muy serios. De la mirada seria pasamos a la de la maldad sana, de casi adolescentes irresponsables y después a la de complicidad, reímos sin algarabía.

—¡No!, teniente, menos mal que fue a usted, si es a uno de nosotros nos manda preso de cabeza para Cuba —me expresó uno de ellos.

—Por lo pronto voy a prepararme, no vaya a ser que se le ocurra hacerlo conmigo —le respondí.

Ese 5 de marzo, precedidos por nuestras tropas blindadas y los infantes, entramos a la ciudad. Era una localidad bastante grande, como casi todas las que habíamos visto en este país, muy pobre, con construcciones, en

su mayoría, que no aportaban nada en lo absoluto al patrimonio cultural de la nación. Allí solo encontramos a algunos minusválidos que no abandonaron el lugar por sus paupérrimas condiciones.

Aparentemente los adversarios se retiraron del campo de batalla a tiempo. Estuvieron prácticamente cercados. En todo el vasto territorio dejaron técnica militar, y la primera tarea que tuvimos fue revisar minuciosamente y con mucha precaución, el interior de los vehículos blindados. Pero nada, el enemigo se esfumó, no le dio tiempo ni a minar esos artefactos.

Nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, en el acto por el centenario de la Protesta de Baraguá, celebrado en la heroica Santiago de Cuba el 15 de ese propio mes de 1978, hacía una breve síntesis, muy ilustrativa, ante el pueblo cubano de lo ocurrido hasta ese momento en los escenarios del Ogaden, donde aún nosotros permanecíamos:

Mientras los somalos avanzaban, no decían una palabra; cuando las cosas empezaron a cambiar, después de los primeros combates exitosos de los defensores, cuando previeron que el cuadro general podía cambiar rápidamente, entonces comenzaron a escandalizar y a hacer una propaganda en todo el mundo, y a hablar de los combatientes internacionalistas cubanos y de las tropas cubanas —como dicen ellos— en Etiopía. Cuando todo comenzó a virarse al revés, empezaron a hablar de alto al fuego, lo que no habían dicho durante meses, cuando los agresores reaccionarios avanzaban

y claro el Gobierno etíope con toda razón dijo —y es muy correcto— no puede haber alto al fuego mientras un pedazo del territorio esté ocupado.

Se desarrollaron los primeros contragolpes, se desarrolló la ofensiva, las tropas enemigas fueron totalmente derrotadas. Tuvieron que retirarse precipitadamente, abandonando tanques, cañones, artillería, toda clase de armamento para evitar el cerco y la captura, porque sencillamente estaban derrotadas. Es necesario señalar que en la retirada de las tropas somalas no hubo ningún acto voluntario. Porque si se quedan cuatro días más, quedan cercadas prácticamente todas las tropas que tenían allí en Ogaden. Debido al avance, a la forma del avance y a la maniobra de las fuerzas revolucionarias, con los nudos fundamentales de comunicaciones tomados, si no llevan a cabo una retirada a toda velocidad, los restos del ejército somalo quedan cercados en Ogaden. De modo que los agresores han tenido que retirarse. No se puede engañar a nadie, a nadie en absoluto, diciendo que si el Gobierno somalo tuvo el gesto de retirar sus tropas, porque si no lo hacen, habrían perdido lo que les quedaba. Así es la cosa, se retiraron en virtud de las acciones militares, totalmente derrotados.

Pero todavía quedaban unos pocos enemigos dispersos que no lograron escapar a tiempo.

## *¡Patria o Muerte!*

Los hombres que hemos ido a una guerra a lo mejor estamos algo dementes o imbuidos en tales ideales, pues participas en ella como un carpintero haciendo una silla, te puedes dar un martillazo en un dedo o cortando en la sierra una de las piezas, la hoja del aparato te la rechace y esta se te clave en las entrañas. Todo en la existencia humana es riesgoso, hasta estar sentado tranquilamente y que te caiga en la cabeza un meteorito. En este caso sabíamos que arriesgábamos nuestras vidas para que el socialismo se expandiera por todo el planeta, en especial en el continente africano, cuna de ancestros casi bipartitos del ajiaco de la nacionalidad cubana.

En una de las partes del Informe Central al II Congreso del Partido Comunista de Cuba, nuestro primer secretario, el compañero Fidel reseñaba que esto ocurría por primera vez en la historia, uno de los pueblos que en nuestro hemisferio fue fundado en parte con la sangre de cientos de miles de esclavos cruelmente arrancados de África por el rapaz colonialismo, enviaba a miles de sus hijos a luchar junto a pueblos que defendían la libertad y la dignidad de África.

A nosotros también nos ayudaron desde otros lugares, en determinados momentos, incluso antes de que por convicción declaráramos el carácter socialista como nuestra ideología en Cuba el 16 de abril de 1961, en el preludeo de la invasión por playa Girón; cuando los combatientes que participaron en esas acciones bélicas fueron a ellas sabiendo el porqué luchaban, crecidos todos antes de la Revolución; cuando por parte de los gobiernos de turno el descrédito mediático a ese sistema social era el tema del día a día.

Con nosotros, en Etiopía, participaron voluntariamente compañeros de por lo menos tres generaciones de cubanos. Todos conscientes del porqué habíamos ido. Era un gran honor.

Después del primer combate que tuve, con una cuchilla de mano que tenía, grabé en el cabo de madera de mi AKM, sin que nadie me viera, porque estaba de una manera u otra dañando el arma, la frase ¡Patria o Muerte! y no luchaba por Cuba, pero Martí nos enseñó que Patria es Humanidad.

### *En un campamento de acero*

Luego nos dirigimos a las afueras de la localidad, hacia la parte este, en dirección a Somalia, donde radicaba un campamento militar etíope que el enemigo también tomó durante su ofensiva, y que aparentemente también abandonó. El sitio era conocido como el emplazamiento del regimiento blindado de la emperatriz de Etiopía. No nos dejaron entrar de inmediato, pues los zapadores estaban inspeccionándolo por si acaso sus áreas hubiesen sido minadas.

Al otro día, 6 de marzo, sí pudimos entrar a esta magnífica instalación militar, constituida por barracas metálicas de acero, con doble cubierta tanto en techos como en paredes y con buen grado de conservación. Todas dispuestas en derredor a una explanada amplia. Pensé que la emperatriz se las había gastado todas construyendo este campamento grandísimo. Literas en buen estado, sin colchones. Un comedor aceptable, áreas de parqueo y otras infraestructuras que en medio de este lugar, donde el viento permanente levantaba nubes de polvo amarillento, daba una sensación anacrónica.

Esa noche, después de la comida, pude dormir a piernas sueltas. La fiebre volvió. Me bañé, comí y dormí en el Puesto Médico para no ser molestado, aunque ya tenía mi cama en el albergue donde nos ubicaron. Allí permanecí un día más con la complicidad del personal de ese lugar, pues casi amenazaron a la jefatura con mandarme hacia el hospitalito de la universidad de Alem Maya si no se me quitaba el estado febril.

Las prescripciones facultativas son las prescripciones facultativas. Aquí no había condiciones para hacer análisis y pruebas que determinaran el porqué de mi temperatura elevada. En este Puesto Médico había aire acondicionado, comida diferenciada para pacientes, con productos frescos y no enlatados. Eso llamaba la atención de los «pilones».

Recuerdo que al salir del lugar, les robaron a los médicos dos *ajillas*, les cortaron los perniles y los dejaron tirados en una cuneta. Ese desmán me dio soberbia, pues en aquel momento era lo único que tenían de carne fresca para los enfermos. Fiebre como la mía les dio a otros compañeros. Dos o tres tuvieron que ser evacuados.

Días después estaba ya restablecido, creando con mis muchachos otra vez las condiciones para continuar la reparación de la técnica en esta nueva ubicación. No sabíamos si resultaría permanente o temporal.

Tuvimos que salir en varias ocasiones, siempre guiados por mi mapita y el instinto, a diferentes sitios en los cuales las tropas desarrollaban algunas escaramuzas, pero ahora teníamos a nuestra disposición, en el camión-taller improvisado una estación de radio R-105M con su amplificador de potencia y todas sus variantes de antenas y otra en el taller fijo. Aunque no era mucho el alcance de estas, de todas formas nos movíamos

en la zona como gitanos, reparando donde hiciera falta. De vez en cuando escuchábamos balaceras remanentes, señal de que la guerra aún no había acabado. Con esa estación manteníamos comunicaciones con el mando superior desde cualquier lugar.

En el campamento, el hastío nos mataba más que las balas en la guerra. No resultaba fácil tener muchachos de 20, 21, 22 o 23 años encerrados en ese lugar. ¡Querían irse a la lucha! Pues el ímpetu de la juventud los hacía querer siempre estar en acción.

Eso fue hasta el día 19, en que se dio por liberado totalmente el territorio del Ogaden. Aunque no significaba el fin de la guerra. Ahora vendrían los líos con las bandas de alzados (conformadas por cientos de hombres y mujeres). Agreguemos el problema de Eritrea por supuesto. Ya estas situaciones internas no eran de nuestra incumbencia. Las soluciones tenían que darlas los etíopes, pero no se podía descartar otra nueva agresión por parte de las fuerzas extranjeras, por lo tanto, las tropas cubanas nos manteníamos en alarma de combate permanente.

Los que se hicieron la ilusión del retorno inmediato hacia Cuba se quedaron con las ganas. De eso nada, compadre. Encerrados en el campamento, en ocasiones aburridos y otras trabajando, dando clases de Disposición Combativa, de cada especialidad o de Preparación Política, para superarnos. No por haber triunfado en unos cuantos combates vaya usted a pensar que se las conoce todas.

Y nosotros, además, reparando la técnica. A ella hay que dedicarle tiempo, conocimientos, alma, corazón y de vez en cuando un poco de ingenio, y más en estas circunstancias, en las que no había casi nada para resolver las averías.



## *Preponderancia obtusa*

Hay oficiales y oficiales. Unos con un carácter y otros con otro, como seres humanos que somos todos al fin y al cabo.

Creo que fue como el 9 o el 10 de marzo de 1978, en el polvoriento campamento, pegadito a Jijiga, a unos cuatrocientos cincuenta kilómetros en línea recta con Addis Ababa que se rompió otro R-118 perteneciente a nuestro Centro de Comunicaciones. Era el único que había en esos momentos en el lugar. Garantizaba las comunicaciones con la capital de este país y de ahí, en retransmisión con La Habana.

Estaba más que consciente que urgía restablecer lo más pronto posible dicho radio circuito y le entré con la mente clara a las comprobaciones de rutina y a los planos del aparato para determinar el problema. El desperfecto se presentó difícil. Así me gustaban, porque entretienen más esas tareas enigmáticas de la electrónica que el crucigrama de una revista científico-técnica.

Al fin encontré la dificultad que presentaba. La reparación podría demorarse, ya que el desarme del equipo iba a ser grande. Sabía que tenía que apurarme, porque además de la importancia de este, en cualquier momento podría llegar otro roto y se enredaba el asunto.

Mientras cumplía con la tareíta apareció un mayor, que excitado o «empachado» se puso a vociferar fuera del furgón de la estación, a las puertas del mismo: ¡Qué había que arreglarlo, qué había que comunicarse con el alto mando urgente! Nos puso en firme a todos, continuando con su escándalo, más que refriega. Cuando se cansó, vio que lo mirábamos con no buenas caras que digamos, por lo que dijo que continuáramos en la faena.

Realmente, ante esa actitud tan desequilibrada no pude contenerme, de lo contrario reventaba.

—Compañero mayor —le dije, porque me había exasperado la soberbia de este—. Ahora lo que hace falta es que usted dé una voz de ¡Firme! al equipo a ver si con eso se va a arreglar. ¡Váyase al car... y déjenos trabajar!

El hombre me miró con los ojos desorbitados, con prisa cogió a la derecha, luego a la izquierda y desapareció. Los compañeros que estaban junto a mí me expresaron:

—¡Te metiste en candela!

—¡Sí, que se busquen a otro que arregle estas salaciones! —y seguí reparando el equipo, porque sabía de su importancia, aunque no pude contenerme ante la preponderancia obtusa de ese neófito.

Lo que sé es que después vino el mayor Félix Guizaldívar, a los efectos jefe de la Técnica de Comunicaciones del estado mayor. Ya tenía listo el aparato y estaba haciendo pruebas, comunicándome con el centro de Addis Ababa, en un lugar conocido por La Makanissa, distante de nosotros a unos cuatrocientos cincuenta o quinientos kilómetros. Guizaldívar se sentó a mi lado con calma y me preguntó:

—¿Ya?

—¡Ya! —le respondí. Recogí mis herramientas mientras que los operadores pasaban por teletipo la comunicación tan urgente que estaban esperando hacía rato. Era un parte larguísimo, destinado al Estado Mayor General en Cuba. Bajé de la estación con una mezcla de roña y cansancio. El mayor, ya transmitido el parte, bajó detrás de mí. Me pasó su brazo por los hombros y caminamos juntos rumbo al taller fijo.

—Herrera, no se puede ser tan brusco con los superiores —me dijo casi con sorna.

—¡Pero sí con los...! ¡Qué me metan preso! No ve que uno está fajado, tratando de hacer de tripas corazón para que todo salga bien. No voy a permitirle esas impertinencias a nadie.

Y lo que no sabía era que Rabassa venía más atrás y escuchó la conversación.

Solo me percaté de ello cuando entré al taller, allí se nos reunió.

—Teniente, hace falta calma para estar en una guerra y usted es muy impulsivo —me dijo con una serenidad pasmosa, y yo que estaba en capilla ardiente desde que tiré el cargador de trazadoras al aire esperaba un buen raspapolvo.

Me recordó el consejo que el jefe de Comunicaciones de mi división en Cuba, el mayor Viera, me dio antes de salir para acá.

—Ya ese calificativo sobre mi persona lo he escuchado, teniente coronel, pero no hay derecho de ofender a la gente sin causa alguna y ese mayor lo hizo.

—Bueno, bueno ¡a trabajar! —dijo Rabassa y se fue porque lo buscaba el coronel Cruz Samada.

Guizaldívar se quedó en el taller. Apareció Cisneros acompañado por López y Despaigne.

—¡Dónde dejaron a Olivera! —les pregunté.

—¡Ahí viene! —dijo señalando hacia atrás.

Efectivamente, enfundado en su enorme overol llegó el político con un fósforo en la boca, porque no tenía cigarros.

—¡Ahhh! ¡Ustedes están en contubernio, aquí se va a armar! Y verdad que se armó un juego de dominó. El mago Olivera sacó las fichas de su gorra. Fue la primera distracción en casi dos meses.

—Para eso y otras cosas estamos los políticos, ¿no?  
—nos dijo a todos.

Se jugó parte de la tarde y la noche hasta las 22:00 horas. No había otra urgencia.

### *En busca del M-3*

Al día siguiente, después del almuerzo me encontré con un teniente, compañero mío de Cuba, de la UM 1700. Él había regresado de una minimisión encomendada, recoger en la universidad de Alem Maya unos talleres móviles de su especialidad.

—¡Herrera, el tuyo está allá, ve a buscarlo! —me dijo.

—¿Seguro que hay un M-3 allí! —le pregunté dudoso.

—Mi hermano, no te miento, lo vi en el aeropuerto de Dire Dawa, pero después salieron con ellos para la universidad. Si los míos estaban y me los llevé, el tuyo también debe de estar. No sé, dejo eso en tus manos.

«¡Ah, entonces Tanques y Transporte iba a tener talleres móviles y Comunicaciones no!»

La información, además de picarme, me entusiasmó.

Pensándolo bien, metido aquí en el campamento era como estar preso, así que salí a respirar un poco de aire puro y no el polvo permanente de las afueras de Jijiga, donde radicábamos ahora. De inmediato fui a ver a Rabassa.

—¿Seguro, Herrera, que está el taller móvil en la universidad? —me preguntó dudoso el teniente coronel.

—Esa misma pregunta le hice al compañero de Tanques y Transporte y me respondió que sí.

Se paseó por el local pensativo, conducta habitual en él cuando no era perentoria la situación.

—Bueno, prepara condiciones y parte. ¿Tú sabrás llegar allá?

—¡Con el mapita, con el mapita y olvídese, que yo lo traigo! —le aseguré lo más convincente posible, dando firmeza a mis palabras.

—Con el mapita, ¿no? Ojalá que no se vuelva a perder por ahí. Dale muchacho, —ordenó, pero con dudas.

Tener un taller móvil con todas las de la ley, era una añoranza no solo de mis técnicos, mecánicos y mía, sino del mando, que entendía que de esta forma las posibilidades de reparación de los medios se haría con más efectividad.

La conversación con Rabassa fue al mediodía. No sabía exactamente cuánto camino habría que andar ni sus condiciones, por lo que prorrogué la partida para la víspera, temprano en la mañana, de madrugada casi. De antemano se hacía necesario preparar lo esencial, tarea que le indiqué y dejé a Meriño. Él también se entusiasmó con aquello de coger carretera, porque enseguida se buscó unos ayudantes y en el acto rellenaron los tanques del camión con combustible, el del agua potable que siempre llevábamos, la caja de madera con latas de comestible y no sé de dónde sacó unos refrescos gaseados de naranja. El soldado de la reserva José Baños Arzola, designado por plantilla como chofer del vehículo, se alistó contento.

Dos compañeros más también se prepararon y en menos de media hora, con todo lo necesario, salimos al amanecer. Con mi mapita a cuestas sin dejarlo regado en ninguna parte, y por supuesto, todos armados, que la guerra seguía andando en otros lugares del territorio, aunque no con la participación masiva de las tropas cubanas, pues era infantería contra infantería, ya que los medios blindados el rival los había abandonado en los últimos combates.

Por primera vez atravesamos completa Jijiga de este a oeste por su calle principal. Después subimos unas

elevaciones hasta llegar al famoso Paso de Marda, lugar que anteriormente ocupaba el enemigo. Nos detuvimos para admirar la espléndida vista que nos ofrecía el extenso valle allá abajo. Comprendimos el porqué hubiera sido casi imposible avanzar nosotros en esta dirección, siendo bien defendida la privilegiada posición por los contrincantes, como en realidad lo hicieron. Por eso tuvimos que cogerlos por la retaguardia, a través del desierto, y bordear un sinnúmero de elevaciones.

Salimos a un terraplén que nos conduciría a Harer, bajamos por carreteras serpenteantes, sinuosas, contemplando paisajes contrastantes de cimas pedregosas y terrenos semidesérticos a la derecha y pastos verdes en la lejanía, a la izquierda.

Íbamos detrás de una guaguüita de transporte urbano, repleta de pasajeros por dentro y por fuera, en el techo y enganchados, como se pudiera. Nos antecedió también un auto y una moto, que al parecer iban muy apurados. Meriño no era chofer de fajarse con los locos de carreras de velocidad, por lo tanto, muy tranquilo los dejó pasar. Guardó distancia entre ellos y nuestro carro, porque el polvo levantado por los precedentes estaba molestón. ¡Y voló la guagua! ¡Así como así! ¡Sencillo! ¡Ahí no quedó nadie vivo! Delante de nosotros, a unos cien metros con un estruendo tremendo, había llamaradas y polvareda.

Vimos volar los cuerpos de niños, ancianos, mujeres y hombres. No nos llegó ni un grito ni un lamento ni un quejido.

Así de fácil se pierde la vida.

Nos pasó por el lado un camión con su cama cargada de etíopes y dos más con militares de la nación. No pararon para ver el holocausto. Parece que era común que sucediera esto por la carretera en la que circulábamos.

Nuestro carro detenido, todos boquiabiertos, mirando fijamente los resultados espeluznantes de lo que ahora llaman «daños colaterales», algo que considero que solo conduce a envilecer el alma.

Pasaron bordeando el desastre todos los vehículos que les conté anteriormente y solo el motorista se bajó, recorrió casi que corriendo el lugar, se persignó, para luego continuar su marcha aceleradamente. Allí no quedó ningún ser viviente.

Meriño siguió las huellas dejadas para continuar el camino, pues no había nada que hacer. Se cuidaba y de paso nos cuidaba a todos.

Comentarios no faltaron al respecto. Nuestras vidas estaban expuestas a lo mismo en este trayecto, aunque siempre procurando evitar una desgracia.

## *Monos en el camino*

Y de pronto, porque casi no había amanecido, se instalaron dos monos, grandísimos en medio de la carretera, deteniendo el escaso tránsito. Según he podido averiguar con especialistas, por las características podrían ser babuinos, específicamente papiones oliva o sus parientes cercanos, los geladas. Si hubieran sido policías no lo habrían hecho mejor. Comenzó a pasar de derecha a izquierda una manada de sus congéneres que por mis cálculos era de unos doscientos o trescientos animales, para no ser exagerado. Venían desde unas elevaciones pedregosas a meterse en un territorio boscoso. Admiramos aquello con la curiosidad que el ser humano puede tener referente a sus ancestros.

En ese lugar lamenté no haber tenido una cámara fotográfica para captar el instante. Además, el espectáculo

de ver encima de una roca de una altura considerable, larga hacia el cielo una enorme bola de piedra desafiando la gravedad. Ese paisaje lo grabé en mi mente, quizás como uno de los más significativos y magníficos que presencié en la inmensa geografía etíope.

Un poco después encontramos otros simios más pequeños, colilargos y Arzola desde nuestro vehículo apuntó a uno con el fusil. ¡Aquel mono paralizó su andar, tembló y chillaba! Señal de que conocían lo que representaba un arma exterminadora. Por supuesto, el que le apuntó no tiró.

Son las cosas de la vida, ¡dejemos la guerra! Hasta los animales la rehúyen, a no ser para la propia subsistencia de las especies. La guerra necesaria lo es, la innecesaria ¿para qué? ¿por qué?

### *En Alem Maya en busca del M-3*

Después de andar un buen tramo llegamos a Harer, merendamos en el sitio de unos cubanos y seguimos rumbo a la universidad de Alem Maya. Aquello estaba desierto. De pronto, desde donde estábamos divisamos unos camiones. ¡Talleres móviles!

Averiguamos algo con un chofer al que se le «encanrejó» el carro. Me informó que él no había visto ningún taller móvil de Comunicaciones por la zona. Además, los conocía bien, porque cuando pasó el Servicio Militar Obligatorio en Cuba, hace tiempo, estuvo manejando uno por espacio de casi tres años. Me convenció y me orientó: «Teniente, vaya a Dire Dawa, vea a Ottón.<sup>14</sup> Como él

<sup>14</sup> Compañero que recibía todos los abastecimientos para los cubanos en el aeropuerto de dicha ciudad.



fue el que recibió estos vehículos, a lo mejor va y puede informarlo».

Eso coincidía con lo que me dijo el oficial, compañero mío, en Jijiga. Me sentí feliz por la referencia que el «viejito» me daba. Indudablemente una persona responsable a sus años, que ya sobrepasaba los cuarenta.

Baños Arzola, mi chofer del futuro taller móvil lo ayudó a arreglar el carro y el hombre se fue agradecido. Estaba calando a Arzola desde que le apuntó al monito, porque antes, y debido a que casi no tenía trabajo se la pasaba cruzado de brazos. Pero me di cuenta que al menos era buen mecánico y tenía buen corazón.

Partimos hacia Dire Dawa, rumbo al aeropuerto. Por supuesto, con todo cubano que nos cruzábamos averiguábamos y siempre las respuestas fueron ambiguas. Nadie tenía la certeza de haber visto un taller móvil de Comunicaciones. Es que realmente por fuera esos vehículos se parecen y para el que no esté habituado es difícil definir al respecto.

Ante la situación, procuré informar al teniente coronel Rabassa, allá en Jijiga y nos llegamos hasta el Centro de Comunicaciones del aeropuerto, desde donde pude contactar con él por radio.

—Teniente coronel, aquí los compañeros dicen que no han visto ningún taller móvil de Comunicaciones —expresé y su respuesta fue inmediata.

—Herrera, tú me dijiste que te habían informado de que el taller nuestro estaba allá. ¡Si no está, mira a ver cómo te las arreglas y vas hasta la misma Unión Soviética, lo buscas y lo traes! ¿Entendiste?

—Lo entendí, si usted me autoriza, ¡allá voy! —y corramos la comunicación.

Me alegré por esta orden, pues así disfrutaríamos de más tiempo dando ruedas por este país... libres, sin estar bajo las órdenes del mando superior. Pero supondrán que era difícil pasar de África a Europa y llegar así como así hasta la URSS, sin pasajes para un avión o para un barco y presentarnos: ¡Aquí estamos, en busca de nuestro M-3!

No obstante, primero cumplir con el deber. ¡Y de qué manera!

Bajamos al aeropuerto. A Ottón lo conocía de vista. Era todo un personaje, enfundado en su overol, con una tablilla en las manos, dando carreras de un lugar a otro entre los hangares y la pista, sin mucho tiempo libre cuando se movían las cargas y descargas.

Me recibió atento, pero casi corriendo, porque tenía otras tareas.

—Teniente, allá abajo hay una unidad de los etíopes a la que se le ha enviado muchos carros de todo tipo, a lo mejor allí está el suyo.

Me orientó más o menos el camino y después de darle las gracias nos fuimos y localizamos pronto la unidad.

—¡*Denástili, wardiña!* —le dije al etíope que estaba de guardia a la entrada del lugar.

—¡*Denástili!* —me respondió y al percatarse que éramos cubanos abrió la talanquera con una amable sonrisa en el rostro.

Entramos como Pedro por su casa, saludamos y recibimos alegres saludos por doquier, de etíopes y soviéticos, que eran los que estaban.

Muy pronto encontramos un grupo de camiones parqueados uno al lado del otro. ¡Talleres móviles de todo tipo! Empezamos a buscar el «supuestamente» nuestro, hasta que dimos con él.

Ahí se encontraba, lindo, maravilloso, nuevecito, acabado de llegar de la fábrica, con madera contrachapada en las ventanillas para evitar que los cristales se rompieran, su grasa de conservación por los lados, y les dije a los muchachos muy categórico: «¡Ese es! ¡Tanto tiempo pasando trabajo y ya había aparecido la solución para laborar! ¡Maravilloso!»

Pero estaba cerrado, sin gasolina en los tanques. ¿Y ahora qué? No sé cómo Arzola, contentísimo por tener su carro, pudo abrir la cabina mientras yo preguntaba a los etíopes y soviéticos que estaban cerca «*¡wardiña, tavarich!*» y les mostraba una llave del llavero señalándoles a la vez para el furgón del camión.

No demoró mucho en aparecer un camarada soviético muy joven, seguramente un recluta, que trajo la llave del inmenso candado y me la entregó. Lo abrimos, y en efecto, era un taller móvil de Comunicaciones con todo su equipamiento. Más moderno que el que tenía en Cuba, pues la mayoría de los instrumentos eran digitales, pero bueno, pensé: «Ya aprenderemos su operación».

El soviético, con amabilidad nos suministró una buena cantidad de litros de gasolina que trajo en canistras, hasta llenar ambos tanques. El radiador tenía agua y luego de revisarlo todo muy bien, entre Arzola y Meriño lograron arrancar el motor del camión. Después Meriño se fue para el suyo, montó al timón, y le orienté que siguiera detrás del taller. Felices y contentos nos despedimos de los etíopes y soviéticos: «*¡Good bye wardiñas, dasvidania tavarichi!*» (Adiós compañeros en tres idiomas inglés, amariña y ruso.)

Serían palabras raras, pero las entendieron. Además, fueron las mejores que pude encontrar en mi ignorancia idiomática de aquel entonces para mostrar afectos hacia estos magníficos amigos que tan solícitamente nos habían

ayudado. Esas palabras y los estrechones de manos fueron como el «abracadabra de Alí Babá». Nos abrieron la talanquera de la puerta y nos fuimos. En las guerras uno no busca muchos papelitos de recepción o entrega, porque el tiempo urge.

Salimos con los dos camiones de esa unidad, sin que nada ni nadie nos interfiriera en marcha hacia la universidad de Alem Maya para descansar un poco después de tanto ajeteo.

Iba en el recién adquirido taller móvil, que Arzola, muy orondo manejaba. Puedo decir que a él se le salía la alegría por los poros. ¡Ya teníamos un verdadero carro para realizar las reparaciones necesarias a la técnica defectuosa! Con él se acabarían nuestras penurias, pues tenía todas las condiciones necesarias en herramientas, instrumentos de medición, bancos de trabajo...

Dormimos en la universidad esa noche. Luego del almuerzo, al otro día, partimos hacia Jijiga. Demoramos un poco, pues hubo que echarle aire a los neumáticos del taller y realizar otras tareas imprescindibles.

Llegamos al campamento de noche. El vehículo del taller móvil quedó parqueado frente al lugar donde radicaba la oficina del teniente coronel Rabassa. Allí también se encontraba en ese momento el coronel, jefe de la Dirección de Comunicaciones de nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias en Cuba. Me presenté militarmente, me mandaron a pasar y Rabassa me pregunta:

—Bueno, ¿qué?

—¡Ahí está! —respondí con orgullo.

—¡No!

—Pues sí, ahí está —volví a decirle.

¡No lo podían creer!

Salieron con una linterna, porque afuera estaba casi oscuro. Revisaron el furgón por dentro mientras les relataba lo sucedido.

—No cabe dudas, ni la menor de las dudas —dijo Cruz Samada—. ¡Este es nuestro taller! Oye, Herrera, cualquier problema que suceda es mi responsabilidad, tú tranquilo por no haberte podido comunicar oficialmente con alguien o recibir algún documento que acredite la entrega. ¡Tú tranquilo! Ese problema es mío —me recalcó.

Rabassa, que estaba presente se solidarizó con la causa y se brindó incluso, para en sus tiempos libres, traducirnos del ruso al español alguna que otra documentación del equipo. Me felicitaron y no me impusieron una medalla porque no la tenían a mano.

## *De retorno a Alem Maya*

De vez en cuando se escuchaban tiroteos y explosiones lejanos, sobre todo por las noches. El Ogaden había sido liberado del agresor somalo, pero no de las bandas opositoras al Gobierno de Mengistu Haile Mariam. Esa fue una de estas noches.

Sucedieron innumerables hechos en este campamento lleno de polvo por dondequiera. Todos pasaron del chiste a la ironía, de la sagacidad al desvelo, y del colapso a la continuidad. Después nos fuimos de nuevo a la universidad de Alem Maya, el estado mayor de la misión en pleno, con las unidades de aseguramiento. Formamos una caravana larguísima que nos llevó casi un día de marcha.

A lo mejor usted no ha estado en una larga columna militar. Mire, le sacan banderitas para señalar que lo

están parando, otras porque puede suceder algún imprevisto. ¡Precavidos que somos los guardias! ¡Pero como se salvan vidas!

En esta ocasión no hubo ningún accidente. Como casi casi, la marcha de la caravana coincidió con el horario en que anteriormente nosotros habíamos ido a buscar el M-3, los monos conductores de tránsito aparecieron de nuevo. Por lo tanto, la caravana se tuvo que cortar en dos y nos detuvimos un buen rato en la espera de la cachaza de los simios, que al fin y al cabo, este era su cotidiano bregar por el territorio que les pertenecía y nosotros, por muy militares que fuéramos, éramos unos intrusos que en nada queríamos variar las costumbres de estos animales tan respetuosos y disciplinados.

Llevábamos, delante de nosotros, una cocina móvil, que iba quemando combustible por el camino. Esta preparaba lo que luego degustaríamos en el almuerzo. Pero fastidiaba bastante, porque el humo se nos colaba por las ventanillas. ¡Qué hambre! A los monos no les llamó la atención esa cocina y cuando pasaron pudimos continuar la marcha. Al mediodía nos detuvimos para almorzar. Posteriormente, continuamos la marcha y para mí que me dormí, porque no vi a Harer en el camino ni nada más. Volví en mí en la universidad de Alem Maya. «¡Qué felicidad haber regresado a este remanso de paz, comodidad y tranquilidad!»

Al día siguiente limpiamos nuestros antiguos y queridos locales, pertenecientes al taller fijo, en la casa donde radicábamos junto al Centro de Comunicaciones, preparamos mejores condiciones con los elementos brindados por ese dichoso taller móvil que ahora poseíamos, con altísima tecnología.

Nos dispusimos a dar el mejor servicio de reparación a la técnica de las unidades. Tanto en Jijiga como aquí, con la ayuda de Manzanares y Rabassa cuando podían traducirnos la documentación, que siempre los soviéticos acostumbraban a aportar junto a sus aparatos, fuimos aprendiendo a operar los disímiles instrumentos que la componían.

A mí, personalmente, me llamaba la atención que las bandas de frecuencias de los generadores, osciloscopios y demás no compatibilizaban mucho con las de nuestros equipos.

### *Doble peligro en la vía*

Y sucedió que un buen día Rabassa me llama y me dice que los etíopes necesitaban ayuda para la reparación de medios nuevos que habían recibido, y desconocían su tecnología. Le dije a Arzola: «¡Andando para Harer!» Y hacia allá fuimos en el taller móvil.

Él y yo solitos, yo manejando y él indicándome cómo conducir mejor, porque como chofer nunca he sido muy bueno que digamos. ¡Tremendo peligro en la vía! No me queda más remedio, tengo que reconocerlo.

¡Oiga!, se nos atravesaron en la carretera, a una velocidad fantástica, unos yipis. Nos cerraron el paso. Cogí rápidamente la pistola Makarov, que estaba encima del panel del carro y la rastrillé. Pensé: «¡Ya nos fastidiaron los de las bandas!». De bandas ¡nada! Del primero se bajó un soviético del tamaño de un escapate, como con ciento veinte kilogramos de peso. Le dio un buen trastazo a la parte delantera de nuestro camión y vociferó:

—*¡Eta mayá machina! ¡Eta machina mayá!* (¡Este carro es mío!)

Arzola, que iba a mi lado me preguntó:

—Teniente, ¿qué dice el grandote este?

—Compadre, parece que nos equivocamos de M-3. Dice que este carro es de ellos. ¡Sube la ventanilla y ponle el seguro a tu puerta! —le dije e hice lo mismo. Lo único que la mía la dejé a medias.

Nos querían bajar del carro y con la mejor de las sonrisas les expresé:

—Universidad de Alem Maya —y señalaba hacia la universidad, cuyos edificios más altos se notaban a lo lejos.

—*¡Ya nié gabariú ispanski yasik!* (¡Yo no hablo el idioma español!) —respondió en un tono más suave.

—¡Amigo, y yo no hablo ruso! ¡Vamos!

Pero ya no había sonrisa de complacencia en mi rostro. Me puse cabrón, me cambié de asiento para que Arzola manejara, porque había que virar. La carretera estaba estrecha. Además, debía prestar atención ante esta compleja situación. ¡Qué locura la mía! ¡Mira que armar líos con los amigos soviéticos!

No les he comentado que en esa etapa sabía un poquitico de ruso, pues lo estudié en el ITM. Entendía lo que este «mastodonte» me estaba diciendo, pero por supuesto, el conocimiento idiomático no me daba para entablar una comunicación eficaz. Lo más lógico era ir para el estado mayor y que ellos se entendieran con Rabassa. Así lo hicimos. Retornamos custodiados en la vanguardia y la retaguardia por nuestros *tavarichi* que iban en sus dos yipis. Llegamos a la universidad.

Parqueamos el carro al lado de la casa donde estaba el taller fijo. Los compañeros salieron extrañados por la presencia de soviéticos en el lugar y empezó la confraternización, de lo cual me alegré, porque era espontánea y amigable. Allí había en ese momento un cubano rubio,



pecoso, medio loco, casi «suicida», que conocía desde antes. Fue al primero que encontré y le dije que no dejara a nadie tocar el carro hasta que regresara.

El tipo rastrilló el AK-47 y les dijo a los rusos y a los cubanos:

—¡Pa'trá! —acompañando su orden con un gesto de la mano. En cubano se entiende y parece que en ruso también, pues en el tiempo en que fui a ver a Rabassa nadie intentó acercarse al camión.

—¡Permiso, compañero teniente coronel! —le dije a Rabassa al llegar a su oficina.

—¡Sí, Herrera, adelante!

Él estaba solo. Trabajaba en un mapa, ya comenzaban a aparecer mapas serios que eran enviados por nuestro Instituto de Geodesia y Cartografía.

—¿Qué pasó, tan rápido resolviste el problema de los etíopes? —me preguntó.

—No. Lo que le traigo es un problema con los soviéticos —le contesté.

—¡Cómo! ¿qué problemas con los soviéticos?

Y le conté la situación. Se rascó la cabeza con el lápiz que tenía en la mano, dio unas vueltas por el local, tomó un trago de una infusión humeante y me dijo muy serio, como sentenciándome de antemano:

—¡Bien! ¡Tú vas a buscar un pleito internacional con nuestros hermanos!

Ya me veía preso.

—¿Y dónde están? —me preguntó.

—Allá, en nuestra ubicación, en el taller fijo. ¿Los traigo?

Se puso a afilarle la punta al lápiz, lo depositó sobre la mesa de trabajo y fue hasta un armario. Lo abrió, miró, y lo cerró diciéndome: «Trae solo al jefe del grupo».

Allá fui y para ser más eficiente le traje en vez de uno a dos jefes, que no se querían separar. No se sabía cuál de los dos era más jefe. Parece ser que el suicida que dejé como custodia del carro los motivó a permanecer juntos.

—¡Permiso coronel, aquí están los compañeros! —le informé desde la puerta con una marcialidad militar depurada para impresionar a los soviéticos. Fui a mendrar algo, a pesar de la preocupación.

Cuando regresaba me encuentro con Arzola. Estaba también perturbado y me dice:

—Teniente, lo llama Rabassa.

—¿Otra vez?

Y para su oficina fui. Él sereno, pero con cierta preocupación.

—Herrera, entrégale el taller móvil a los soviéticos, es de ellos. ¡Esto fue un robo!

—¿Cómo que un robo, teniente coronel?

—¡Sí, es de ellos! Ese es el taller que trajeron para atender los equipos de comunicaciones de la aviación.

De antemano a mí me daba mala espina que los rangos de frecuencia y demás características de los instrumentos de medición que poseía el carro no correspondieran con exactitud con los de nuestros medios de comunicaciones terrestres...

—¡Entrégalo completo, que no falte nada! ¿Correcto? Creo que te salvaste de esta, porque no mencionaron tu actitud para con ellos en la carretera. ¿Qué es eso de sacarles la pistola a los amigos? ¡A ti nada más se te ocurre! —me recriminó.

—¿Yo? —no me acordaba de eso.

—No saqué pistola alguna, solo estaba indicándoles el camino hacia la universidad, pero la tenía en la mano

para guardarla. ¿Usted no se fijó en lo zangaletones que están esos rusos? ¡Si nos caen arriba a Arzola y a mí nos acaban! —me defendí con esa excusa.

—Sí, sí, está bien. Ve y cumple con lo que te dije.

Me retiré mientras pensaba que, al fin y al cabo, no había costado muy caro el alquiler del taller. Nos quedaríamos nuevamente sin este aparato que tanto beneficio nos podía haber reportado, sobre todo el haber aprendido el empleo de una buena gama de equipos digitales que en Cuba aún no los teníamos. Todo era analógico.

Llegué al lugar donde estaba el móvil, y allí, como un ninja, estaba cuidándolo el rubio loco que situé un rato antes.

—¡Jefe, ni una mosca tocó el camión! —me dijo.

—Gracias, mi hermano, te puedes retirar.

«¡Qué tipo este por tu vida! ¡Hasta los dientes mostraba al que quisiera acercarse al móvil!»

Colocamos en el camión todo lo que encontramos y pertenecía a los amigos soviéticos. Se fueron en caravana con el camión y yipis.

Los vi partir. Sentí que quedábamos desahuciados, como si todo se hubiera perdido. Nos quedábamos sin nada, o casi nada para continuar nuestra labor. Pero bueno, estaba mi gente, los cuatro destornilladores, las tres pinzas, dos soldados. «¡Y ay, mi madre! ¡Se quedó una planta eléctrica del taller móvil aquí!»

Rabassa me había dicho que lo entregara todo, y esta puñetera planta, que no es pequeña. No nos percatamos que se había quedado agazapada debajo de un banco de trabajo.

## *¡A devolver la planta!*

Di vueltas y vueltas para decidirme e ir donde el jefe e informarle de lo sucedido. No había más remedio y fui.

—Teniente coronel, se quedó una planta eléctrica.

—¡Herrera!, te dije que no se quedara nada!

«¿Qué iba a hacer, quedarme clandestinamente con ese generador eléctrico o noblemente entregarlo a sus dueños?» Esto me hubiera podido costar caro, más que el hurto inconsciente del M-3.

El responso no se hizo esperar. Lo aguanté estoicamente, pero pensando que era maravilloso salir de nuevo a pasear.

—Por favor, hijo mío, revísalo todo, pero todito, que no se quede nada más, lo montas en tu carrito y vas y lo devuelves, porque vas a armar un conflicto internacional —me dijo de forma apacible, mas en sus ojos percibí un «brillito satánico». «¿Sería conmigo el berrinche?» Pienso que no, porque cuando busqué el taller móvil, él me había dicho que si tenía que ir a buscarlo a la URSS, ¡que fuera! y yo encontré el taller en Etiopía y al otro día ya estaba de vuelta, que si me voy a la Unión Soviética no me hubiera encontrado, no sé en qué tiempo, en el vasto territorio del Cuerno Africano.

Además, Cruz Samada dijo que si sucedía algún lío que lo vieran a él. Así se lo manifesté.

—¡Herrera, ve, devuelve la planta eléctrica y vamos a acabar con este embrollo!

—¡Allá voy! ¡Permiso para retirarme! —y partí rumbo a la casa que ocupábamos.

Se preparó el camión, se montó la planta, me busqué dos escoltas voluntarios deseosos de pasear. Le pedí a Bienvenido cuatro botellas de ron bien envueltas, de la reserva, y hacia Dire Dawa a dar un largo viaje con Meriño al timón.

Como de costumbre, paisajes magníficos, las nubes ese día estaban abajo, el cielo límpido, la serpenteante carretera impredecible, los abedules sin corteza...

Etiopía tiene vistas maravillosas, lástima que no las haya vuelto a ver. Hubiera querido conocer el Nilo Azul, las cataratas de Tisisat, el lago Tana, pero no estábamos en un viaje turístico. La belleza natural de ese país me cautivó.

La cordialidad de su gente, la sonrisa a plena boca mostrando dentaduras bien cuidadas con palitos extraordinarios que limpian las impurezas, la certeza de amigos por doquier. Miseria sí vi, hambre, grima, marasmo, esquelética inmovilidad de personas, «¡ño...! ¡Por qué así! ¿En qué basura de planeta estamos viviendo?» La Madre Natura no perdona.

Llegamos a ese campamento militar, de donde aparentemente habíamos hurtado el camión. Nos paramos en la puerta. Un soldado etíope con cara muy seria y poco amistosa nos recibió.

—*¡Denástili, wardiña!* —le dije.

Induje que de ¡Buenas, compañero! no quedaba nada. Por señas le explicamos que veníamos para devolver la planta eléctrica. Se la mostramos. Y por señas también hizo comprender que había que esperar. Habló con otro soldado etíope que se retiró corriendo hacia el interior de la unidad, pero él se plantó con el fusil en tercie delante del camión. Nosotros vacilábamos en cubano la situación, no sin autocriticarnos por la pena y el bochorno que estábamos pasando. Esperamos en esa puerta más tiempo del que empleamos cuando nos llevamos el M-3. Pero más vergüenza fue cuando aparecieron tres rusos y un etíope, pidieron permiso, se encaramaron dos en la cama del camión, los otros dos en los estribos del carro y nos indicaron que ya podíamos entrar.

Así lo hicimos. Por el camino nos encontramos con muchas caras hoscas, nada de sonrisas. Llegamos al parqueo y ellos mismos bajaron la planta. Nos indicaron que

podíamos irnos ya, mas vi al jefe ruso grandote que nos había quitado el carro y le hice señas para que se acercara. Llegó serio hasta nosotros. Le entregé el paquete con las botellas envueltas. Lo revisó, cambió su rostro y se despidió alegre diciendo: «¡*Spaciva, spaciva, tavarichi!*!» (¡Gracias, gracias, compañeros!)

A esa unidad, a saber, no entró nunca más ni un cubano, porque la cantidad de gente sancionada allí, desde la desaparición del camión fue grande, según me refirió Yanet, el jefe de Comunicaciones de la brigada cubana radicada en Dire Dawa y que mantenía las mejores relaciones en el lugar, al que también le prohibieron la entrada. Casi ninguna mano se levantó en son de despedida, a no ser la del grandulón, que al parecer dio por terminado el percance, pues hasta sonrió al decirnos: «¡*Dasvidania, tavarichi, vsebó dóbreba!*» (¡Hasta la vista, compañeros, que les vaya bien!) Así concluyó aquel altercado.

## *A los problemas..., soluciones*

Regresamos a nuestro estado mayor muy desanimados. No obstante, y viendo que en definitiva no aparecía un taller móvil para nosotros, preparamos mejores condiciones en el carro. Empezó ahí, por nuestra parte, la etapa de las racionalizaciones, innovaciones e invenciones. ¡Allí sí que hubo que inventarlas!

Del esfuerzo mental y físico desplegados por todos en Etiopía, salió el primer taller móvil «a lo cubano». Una base de carga móvil para baterías de acumuladores «a lo cubano», puestos de mando móviles y fijos «a lo cubano», mesas de mando para los centros de comunicaciones fijos «a lo cubano», entre otras cosas, que además de mante-

nernos activos, ya no solo en la reparación de la técnica averiada, resolvíamos problemas serios que estaban latentes en nuestras unidades. Trabajaba al igual que los demás con gusto, y a nuestra manera. A los problemas, soluciones. Estamos acostumbrados a eso desde Cuba, así que no hubo impedimentos mayores.

Contábamos, con recursos financieros que por primera vez recibíamos para desarrollar dichas actividades. El Estado Mayor de la Misión Militar en Cuba definió una política acertada al respecto, y todos los combatientes, unos más y otros menos, en dependencia de las potencialidades individuales, nos volcamos en la realización de estas tareas. El que no tenía ideas daba lija, y el que no sabía dar lija al menos daba ánimo.

## *De Addis a Luanda*

Dentro de otras cosas, para espantar el gorrión por los recuerdos de Cuba, tan lejos en la distancia, caían las cartas por medio de nuestra gente del correo, que iban y venían de Luanda a Addis y de Addis a Luanda con la correspondencia.

No tengo un epistolario referente a aquella etapa de mi vida, que me hubiera gustado conservar. Por causas fortuitas perdí casi toda la correspondencia aunque parte de ella está en la memoria.

Siempre tuve envidia por estos muchachos del correo, que iban de aquí para allá y de allá para acá, hasta un día que Rabassa me dice que era necesario que fuera con ellos hasta Luanda para reparar un equipo, ya que los técnicos de ese lugar, capacitados para hacerlo, se encontraban de vacaciones en Cuba. Cumplí la misión. Esta se convirtió después en un hábito ya que me entretuvo

bastante, siempre con la autorización pertinente. Al fin y al cabo aquí, por el momento, para mí no había mucha actividad importante. Resultaba relajante bañarse de vez en cuando en las playas que bordeaban la capital angoleña. Además, la comida era diferente.

Por lo tanto, reparé algunos equipos en ese país. Los operadores llamaban y reportaban que estaban fastidiados los aparatos y hacia allá iba Dago Herrera a arreglarlos con sumo placer. Además, el pasaje era gratis, como todo aquí, porque a nosotros no nos pagaban ni un centavo en esta misión.

## *La Makanissa*

La Makanissa era como llamábamos a nuestro Centro de Comunicaciones Internacionales, que se encontraba en Addis Ababa. Hubo un tiempo en que por designación del mando, a mi mejor técnico, el primer teniente Raisdael Manzanares me lo «secuestraron» y lo pusieron al frente de este, pero tuvo que cumplir con otra misión.

En ese ínterin, uno de los transmisores que emitía su señal hacia Cuba y Angola se averió. Me mandaron para allá y lo reparé. Después recibí la orden de quedarme a dirigir ese centro, mientras regresaba mi amigo Manzanares. De responsable del taller quedó entonces otro de mis técnicos, el suboficial Mario Díaz Acosta, que había dado pruebas de capacidad suficientes para enfrentar la tarea. Anteriormente, durante el período de las acciones combativas, uno de nuestros R-118 se volcó con su carro y los equipos sufrieron graves daños, no así y por suerte, las personas. Otro había sido



alcanzado por los proyectiles del enemigo. La tripulación también salió ilesa. Los dos estaban de baja. Rabbassa se comunicó conmigo por vía telefónica desde Harer y me hizo una propuesta tentadora: «Herrera, si logras sacar de los dos aparatos uno aunque sea, te mando de vacaciones para Cuba». «¡Coñ...!, ahora sí». —me dije.

Ambos equipos los envié montados en rastras desde el Frente y los desembarcaron en los patios de La Makanissa. Fue casi un mes de trabajo el que empleé en la labor, pero lo hice. Puse de alta a uno de esos medios, armando un «Frankenstein» que me quedó bastante bien, sin costurones ni en el furgón exterior. Ningún cubano de mi unidad había retornado de sus vacaciones, por lo tanto no me hice muchas ilusiones con la tentadora propuesta del teniente coronel. Realicé mi trabajo como hacía los otros. Además, aquí se estaba bien. Climatización, agua fría y caliente en los baños y un poco de música.

La Makanissa era una bonita construcción de madera y concreto hecha encima de un pedregal. En sus alrededores, después de las tapias que limitaban el lugar nos separaban unos terraplenes de espléndidos campos sembrados con verduras y frutales. Luego vi que eran atendidos por los enfermos de un leprosario que se hallaba no muy lejos. La casa se veía magnífica por el día, pero por las noches, de las piedras salían un sinnúmero de serpientes pequeñas con unos dientes inmensos y más inmenso resultaba el peligro de una mordida por parte de esos bichitos.

Trabajaba allá afuera a todas horas en los aparatos que reparaba y por la falta de claridad en las noches nunca me percaté de que estaba corriendo un peligro mortal, hasta un día en que mandé a comprar unos

bombillos incandescentes para alumbrar el exterior de la casa. ¡Horror! Todavía se me erizan los pelos cuando recuerdo eso. ¡Que cantidad de ofidios aparecían al oscurecer! Mirando desde adentro de la casa, era como si nos posáramos en el centro de un plato de espaguetis multicolores y vivos. En una ocasión, a través del cristal de una de las ventanas, vi uno de estos reptiles, parado del otro lado. Entonces me vino a la mente un relato hindú leído en mi infancia. Riki-Riki-Tabi, si no lo ha leído, búsquelo y léalo, es muy interesante.

## *Zapateo oriental*

Una noche llegaron dos altos oficiales del estado mayor de la misión para, entre otras cosas, constatar cómo iba la reconstrucción que yo llevaba a cabo.

«¡Tú vas a ir de vacaciones a Cuba el año que viene, Herrera! ¡Como te estás demorando!» —me dijo uno de ellos, solo basándose en el parte que le di referido al trabajo, porque como estaba oscuro, no salieron para verlo en el terreno.

Ni que no quisiera adelantar más, pero la tareíta era más compleja de lo que había imaginado inicialmente.

Ellos habían dejado el yipi parqueado al lado de la puerta, mas algo se les quedó y le pidieron a Mompié, un soldado de la reserva que yo tenía, que les alcanzara lo olvidado. Este, de Altos de Mompié, del oriente cubano, siempre andaba con sus botas altas y sus ligas del pantalón bien ajustadas. Salió en busca de la encomienda. Pero cuando entró y llegó a la sala con el paquetico en la mano, los dos altos oficiales de la misión militar se encaramaron en el respaldo del sofá gritándole y señalándole

para el pantalón. El susodicho traía una de estas simpáticas serpientes enroscada en una de sus canillas.

No sé si fue zapateo de la región oriental o de otro lugar lo que bailó el infeliz, sin embargo logró que la pequeña serpiente cayera al piso de madera. Venía por el pasillo de la casa y me apresuré al oír el escándalo. El reptil se paró en la puntica de su cola y enseñó los dientes afiladísimos. En eso apareció un chofer que teníamos allí, oriundo de Minas de Matahambre, en Pinar del Río, con una botella vacía, lo cogió por la cola y haciendo veinte murumacas lo introdujo de cabeza en el recipiente. Con nosotros trabajaban como cocineras dos mujeres etíopes que en ese momento no sé si en italiano o en qué idioma gritaban: «¡No midichina, no midichinal!» Después nos explicaron algo que entendimos como que contra la picadura de ese animalito no había medicina para salvar al ser humano que le introdujera su veneno. Al chofer lo tuvimos como un héroe por un tiempo. ¡El personaje que no le temía a las serpientes venenosas!

## *Leones en la vía*

Sucedió que en otra ocasión me voy con el mismo chofer de la anécdota anterior, en mi yipi, para el distante puerto de Assab (Aseb), en las costas del Mar Rojo, en estos momentos pertenecientes a Eritrea.

Íbamos por una de las serpenteantes carreteras estrechas, entre valles profundos y montañas altísimas, cuando de pronto, a unos veinticinco o treinta metros apareció un señor león de melena negra, negra y este sí estaba gordo y trabado, no era como el que vimos enjaulado en el microzoológico de la universidad de Alem Maya.

El yipi tenía las ventanillas delanteras quitadas. Así que un león, dos leonas, dos leoncitos, bajaron por el mismo lugar y se detuvieron, en medio de la carretera, olisqueando el aire «Y ahora, ¿qué hacer?», me pregunté sin articular palabra. Miré al chofer lentamente con el rabillo del ojo izquierdo sin ladear mucho la cabeza. Él había atinado a frenar el carro. Estaba aferrado al timón, con la cajetilla de los dientes del maxilar superior fuera, el tronco inclinado hacia adelante, y con los ojos muy abiertos, miraba a través de los espejuelos el espectáculo «faunístico».

Yo observaba cómo aquel «valiente» compañero de viajes se había acobardado. (Siempre hay una ocasión.) Sentí ganas de soltar una carcajada, pero la evité con mucho esfuerzo. Me puse a buscar y rebuscar tanteando, sin mirar la pistola, que estaba en el guardamanos de la puerta del vehículo. Julio no había traído su fusil AKM ni yo tampoco.

De nuevo la interrogante: «¿Y ahora qué?» No sé cuánto tiempo estuvimos en ese dilema, pero los leones felizmente, bajaron rumbo al valle sin preocuparse por nosotros.

—¡Herrera me ca...! —me confesó muy bajito.

—¡Y yo también! —le respondí para hacerle la media, al tiempo que miraba al guardamanos de la puerta del carro y encontraba la pistola que había tanteado antes infructuosamente. ¡Ojalá y hubiera sido papel sanitario!

Deducirán que a pesar del calor instalamos las ventanillas del yipi. ¡Ah!... ¡Y la pistola en la mano durante todo el trayecto!

Ya ven ustedes, este muchacho no le temía a una serpiente, cuya mordida pequeña podría matarlo antes que diera tres pasos y sin embargo, a estos «gatos», sí. ¡Hay que ver, que si de felinos se trata...!

«Herrera, ni un león más, por tu madre» —eso me dijo bajito, como para que los leones no lo oyeran. Y por mí que no aparecieran ni más leones ni más serpientes. Basta ya de erizamientos de pelos.

Sin más contratiempos llegamos al puerto de Assab, cumplimos la misión asignada y retornamos a Addis Ababa por el mismo ensortijado laberinto de montañas y valles. No hubo ni felinos ni ofidios en esta ocasión. Todo tranquilo, por supuesto, con calor, y ventanillas bien atornilladas. Mi acompañante estuvo a punto de robarle un fusil en el puerto a uno que hacía guardia y dormitaba.

—Oiga, ¡qué es eso!

—¡Para el camino, teniente, para el camino! —me respondió.

—¡Qué camino ni qué camino! ¡Devuelve eso ahora mismo o te mando a coger preso! ¿Tú estás loco o qué? —y así lo regresó al lugar.





*Vacaciones de verano  
para mí*







## *Los políticos son los políticos*

El 19 de agosto, día de mi cumpleaños, trabajé en las estaciones de radio sin percatarme de la fecha, hasta bien entrada la tarde, y desde el estado mayor me llamó por vía telefónica Olivera, el político de mi unidad para felicitarme en nombre suyo y de los demás compañeros. Como dentro de sus funciones estaba conocer la fecha de nacimiento de todos para la realización de los cumpleaños colectivos se acordó, y por él supe que casi dejó pasar el día inadvertidamente. No fue tarde. Lo celebramos en esa casa de La Makanissa por la noche tomando vino homónimo, escuchamos música y jugamos dominó. Olivera me dijo que allá, a pesar de mi ausencia también lo celebrarían con dos botellas que tenían. ¡Qué muchacho este! El abastecedor de víveres y demás de La Makanissa se hizo cargo del asunto, que para organizar fiestas se las arreglaba solo, siempre con la autorización de los mandos pertinentes.

Agradecí a Olivera su recordatorio, pues la pasamos de maravilla, y lo sentí por él, que no pudo compartir junto a nosotros este cumpleaños, que sí celebró allá.

## *A grandes tareas, soluciones inmediatas*

Prácticamente había cumplido la tarea encomendada, desarmar, preparar, reparar lo humanamente posible los dos R-118 y rehacer uno al menos. Lo demás quedaría como piezas de repuesto. Me ganaba las vacaciones y con ello la oportunidad del regreso transitorio a Cuba, para casarme con mi linda novia.

Bloques de peso considerable conforman estos tipos de medios de comunicaciones, y por tanto de vez en cuando me veía en la necesidad de recurrir a mis compañeros, que desarrollaban otros trabajos urgentes, pero siempre tuve apoyo. De otra forma no habría podido desarmar y armar todo este engendro, que a pesar de serlo estaba bien conciliado el plan de montaje.

Mi mayor preocupación permanente, sin embargo, no era con estos aparatos que en mis manos y en mi cabecita tenían la solución. La torturante pregunta, enredada en las entendederas, era cómo avisarle a ella, a mi novia. ¡Esa sí que era una tarea para pesos de más de noventa y un kilogramos! (Si estuviéramos en el boxeo.)

Estaba tirado en mi litera y pensaba al parecer con cara de preocupación. Llegó un técnico en Comunicaciones de la reserva. Él fungía como operador de radio. Dormía en la litera contigua a la mía. Ese operador, al verme pensativo, me preguntó:

—¿Qué le pasa, teniente?

—Que estoy terminando de reconstruir el aparato ese, y Rabassa, como sabes, me dijo que al concluirlo me daba las vacaciones para Cuba... ¿Y cómo le aviso a mi novia y a mi familia rápido antes de ir para allá? Ya casi estoy concluyendo. Las cartas se demoran mucho con todas las vueltas que dan. Llego primero a Cuba antes que la correspondencia.

Se sentó al borde de su litera con una leve sonrisa en el rostro. Se pasó la mano por la cabeza y con la tranquilidad de un perezoso me preguntó:

—¿Y cuándo se va?

—¡Qué sé yo!

—Cuando termine todo el trabajo y los jefes autoricen a irse de vacaciones, avísame —fue su respuesta más in-

mediata y a ella me afinqué, quizás como una opción ambigua. No obstante, por las dudas que me surgían le dije:

—¿Para qué?

—¡Hombre, para que se comunique con ella por teléfono!  
—me respondió. Ya no era tan impreciso el amigo.

En ocasiones uno está en el pueblo y no ve las casas. Aquí, con mis apuros por concluir la tarea, no le había prestado mucha atención a estos muchachos que tenían la facilidad de hablar una que otra vez con su familia por vía telefónica. Lo mío era terminar este trabajo. Lo demás me interesaba un bledo.

La labor anterior de casi todos ellos les facilitaba esa recompensa. Habían sido telegrafistas en las marinas de Pesca y Mercante cubanas. Además, eran personas con una larga trayectoria de experiencia en la vida laboral y conocían un montón de ardidés en el mundo de las comunicaciones, muchos de estos desconocidos para un novato como yo, que solo tenía cinco años de graduado y no es lo mismo reparar y comprobar funcionamientos, que poseer la maña y maraña de operar equipos y sacarles lo indecible. Después aprendí algunos de esos trucos. Tenían también el aquello de que la mayoría eran miembros de la Federación de Radioaficionados de Cuba, y hay que señalar que cuando ha habido problemas con las comunicaciones por otras vías, sobre todo en la ocurrencia de desastres naturales, garantizan de forma eficiente en la cooperante tarea de mantener aviso e información. Ese es un *hobby* trabajoso, pero gratificante y de mucha valía social.

## *Concluida la tarea*

Un buen día de principios de septiembre de 1978, terminé el trabajo. Llamé primero por vía telefónica al estado



En Addis Ababa, delante del monumento del León Imperial.

mayor de la misión, en Harer, a más de cuatrocientos kilómetros de distancia, para coordinar el establecimiento de comunicación con una estación similar a la que había concluido. Casual o avisadamente, Rabassa estaba allí, junto a la tripulación. Comunicamos de lo mejor con ellos por fonía, telegrafía y teletipo. Todas las pruebas salieron bien. Entonces él me dijo:

—¡En el próximo vuelo que salga para Cuba te vas de vacaciones! ¡Felicidades y buen viaje! Si algo se te traba ahí en Addis, me llamas. Yo desde aquí iré haciendo las coordinaciones pertinentes. ¡Te lo ganaste, teniente! ¿Ok?

—¡Ok! —le respondí con alegría.

La tarea había sido ardua, pero valió la pena. Con tal estimulación por medio, ¿quién no iba a hacer de tripas corazón para resolver los problemas? ¡Muchacho!

¡Oye! En el próximo vuelo me voy para Cuba. ¡No! Salí corriendo para el Centro de Comunicaciones.

—¡Amigos, hace falta que me averigüen cuando sale el próximo avión para la Isla! —les pedí.

Ellos también se alegraron por mí. Así es el compañerismo. No demoraron mucho para darme la respuesta: «¡Teniente, pasado mañana por la tarde! La hora no la pudimos averiguar, no están seguros aún».

Y empezó entonces el correcorre. Lo que pasa es que cuando uno dispone de un vehículo es dueño del tiempo y del espacio. Le dije a uno de los radistas que tratara de establecer comunicaciones con Cuba para hablar con mi novia. Vete para la misión en Addis y recibe todo lo necesario. Averigua si el jefe llamó para la autorización. (Ya lo había hecho.) No falles con la hora del vuelo... corre, corre, corre...

Fui el primero de los miembros de mi unidad de Comunicaciones de la Misión Militar Cubana en Etiopía que tuvo la oportunidad de regresar a la patria de vacaciones.

El día antes de la partida, por mediación de la comunicación que se estableció a través de un equipo de Singler Say Band (SSB, por sus siglas en inglés) con la Federación de Radioaficionados de Cuba, pude hablar con mi novia por radio empleando un *phone patch*<sup>15</sup> conectado al equipo en Cuba. Lo logramos perfectamente

<sup>15</sup> Dispositivo electrónico capaz de pasar las señales de radio a líneas telefónicas y a la inversa.

y después de los saludos, le dije: «Prepara todo para la boda, que voy para allá y llego pasado mañana».

«¡Está bien...!», respondió ella. Pero fue un está bien que me sonó a algo así como ¡¿tú estás loco?! Nos despedimos con besos radiotelefónicos que a pesar de la distancia me supieron a gloria. Quedé feliz, mas dudoso por el tonito de su última respuesta.

La comunicación entre nosotros fue corta. No quería abusar. El correo para mí, en esos días se había comportado de forma desastrosa, no por culpa de los compañeros que en eso trabajaban, sino por el trastorno que sufrí debido al cambio de ubicación. Así que sentí alivio al poder comunicarme y decirle que iba en cuerpo, alma, corazón y vida.

Debía prepararme y me cogió la mañana de la víspera en el apogeo de desempercutirme, pelarme, arreglar lo más posible mi ropa de viaje y todo contando con la ayuda de los amigos que me rodeaban y que se quedaban ansiosos y algo «envidiosos» por no ser ellos los que retornarían de vacaciones. Les prometí traerles como recuerdo una botella con agua del mar Caribe, para que la olieran y no se olvidaran al regreso que nuestra Isla no se cambia por nada. ¡Ay, mi Cuba, como te quiero, mi Cuba!

## *Patria bella*

Con mi tierra no hay arreglo, es la más linda que existe en el Universo. Y La Habana, mi increíblemente hermosa Habana no la cambio ni por París o Nueva York, ni por Venecia con todo su ambiente romántico de canales y góndolas, o por Roma, Moscú o San Petersburgo. ¡Definitivamente, no! ¡No hay cambio!

Llegó el día del retorno. Me parecía que estaba viviendo un sueño, pero no, estaba con los ojos abiertos, viendo alejarse el paisaje del enorme país africano desde un Boeing de la Ethiopian Airlines. Luego aterrizamos en Luanda.

Tiempo después y ya entrada la noche despegamos en otro avión, este de Cubana de Aviación, hacia un rumbo desconocido. Cuando acabé de engullir el refrigerio que nos ofrecieron las amables jóvenes y simpáticas aeromozas, me dormí nuevamente, después de reírme al escuchar a alguien que gritó: «¡Vuele en Cubana, si no llega hoy llega mañana!»

Desperté cuando amanecía y me preguntaron con amabilidad que si quería otro refrigerio. «¡Y yo que sí, que cómo no! ¡Si tenía un hambre!»

Cabezas vueltas para ver la retaguardia de las aeromozas cuando pasaban por los pasillos cumpliendo las funciones de rigor, mientras gente inexperta como yo, escudriñaba por las escotillas. Pude apreciar desde la altura unas islitas allá abajo. Después de dar algunos giros se percibió el cambio de ruido de los motores del avión que descendía suavemente y se posaba en una pista lisa y ancha, frenando lento, sin abruptos: «¡Ehhh!» —gritó un montón de entusiastas. Taxeó y luego de colocar las escalerillas descendimos y vimos unas enormes, pero chatas edificaciones, tipo almacenes que estaban bastante apartadas y hacia allí nos condujeron, no sin dejar de observar el paisaje más que desértico de este lugar.

Apenas había vegetación. Por allá un poblado de casitas muy humildes y el mar rodeándonos. Podíamos ver gentes desinteresadas en nuestra llegada que continuaban atareadas con lo suyo, entre cabras, chivos y otros animales domésticos. El tráfico en la terminal se veía que podía ser grande, dadas las dimensiones del lugar.

Las construcciones con techos a dos aguas eran las salas de estar. En una de ellas esperamos pacientemente. En las otras no vimos a nadie. Ningún nativo se acercó a nosotros y estaba curioso, porque en los aeropuertos casi siempre está el ir y venir de las personas que los atienden, además de los pasajeros. Aunque no podíamos andar preguntando, tenía ansias por saber cómo ellos sobrevivían en un lugar semejante. Mi única explicación era que se debían beneficiar en alguna medida de la actividad aeroportuaria del lugar. Algunos años después, con un caboverdiano supe que este es un aeropuerto para escalas internacionales de relevante función en la zona del Atlántico africano.

## *¡A Cuba!*

Reabastecido nuestro IL-62 M, nos volvieron a montar en él, despegamos y a mí se me quería salir el corazón por la boca cuando una dulce voz femenina anunció nuestro destino hacia el Aeropuerto Internacional José Martí de La Habana, Cuba. «¡Ehhhhhhhhh!» —gritó la gente—. A partir de ese momento nadie quería dormirse y el vuelo duró algunas horas que parecieron interminables. La alegría era general, las personas se asomaban por las ventanillas queriendo halar al «verde caimán» con la vista antes de tiempo.

Con mucha picardía y maña, pero también con mesura, las aeromozas, acostumbradas a estos trajines, y con la psicología de la experiencia comenzaron a brindarnos vasitos con ron, refresco o cerveza a libre demanda. Con esos líquidos muchos se durmieron y hubo menos tumulto, pero más algarabía. Como en las horas preceden-



tes, volando en este viaje que se me antojaba interminable no tenía sueño, y con la cabeza recostada a la ventanilla, me pasaban por la mente un sinnúmero de ideas, el pensamiento es ágil, y el ser humano tiene una capacidad increíble para cambiar de un tema a otro muy rápido.

Cuando allá abajo estaba despejado de nubes el espacio intermedio, se podían apreciar, frecuentemente, pequeños barcos. Se lo comenté al que iba a mi lado.

«Esta zona es de pesca, y no son pequeños, sino grandes barcos los que estás viendo, digo, los que puedas ver, que retornando para la tierra por vía aérea ya yo he sobrevolado este mar un montón de veces. Aquí he hecho unas cuantas campañas» —resultó ser un marinero ya entrado en años, reservista él. Me contó algunas anécdotas referidas a su trabajo en la Flota Cubana de Pesca, para donde pretendía regresar al término de la misión.

Pescadores como este, constructores, carpinteros, artesanos, ingenieros, obreros agrícolas, intelectuales, además de los reclutas y los militares profesionales. De esa masa humana estaba compuesta en gran medida nuestra tropa en Etiopía.

Escuché una música que salía de una reproductora y busqué allá abajo, en la vista azul que nos ofrecía el Atlántico alguna ballena, pero no vi ninguna. No le pregunté al amigo marinero, no fuera a ser que me tildara de ignorante, pues estas zonas son cálidas y me quedé con la duda. Nada, que aunque a uno le digan burro, para saber siempre hay que averiguar y tener por precepto de que solo sé que no sé nada. Más tarde las aguas se fueron tornando, poco a poco, entre azules y verdes diferentes a las de los mares anteriores.

Comí una bandeja llena de golosinas que nos reparcieron, me tomé dos cervezas más, bien frías y retirado el

servicio nos anunciaron de nuevo que teníamos que abrocharnos los cinturones. Corrí al servicio sanitario, pues mis vías urinarias, con la acción de las cervezas merecían aliviarse, y recibimos el regaño del sobrecargo, ya que no eran pocos los que estaban en mi misma situación.

Al regresar al asiento y después de abrocharme el cinturón empecé a ver islitas, cayitos no sé, pedacitos de tierra y apareció una verde, verde brillante, carmelita y roja y que sé yo. «Señores pasajeros... ¡Cuba!» Y empezaron los indisciplinados a amontonarse en la parte izquierda del avión y al parecer se desestabilizó o fue jodedera del piloto de la nave, tiró un banqueo en ese sentido. ¡Y qué regaños por los altoparlantes! Parece que los traviesos se llamaron a capítulo y regresaron a sus asientos. Pasado el susto nadie se movió de su lugar.

Vi el mar de nuevo, transparente, infinito. De pronto tierra bien cerquita, y un parque inmenso, era el «Lenin» con su verdor alegre y los aparatos de diversión para niños y mayores. Percibimos un cambio de ruido en el sonido de los motores y dimos dos vueltas sobre la pista de un aeropuerto que sin dudas era el «José Martí».

Aterrizamos y al abrirse las puertas sentimos el olor y el calor de la Isla, ambos inconfundibles, que a pesar de siete meses de ausencia, no se habían borrado de mi psiquis.

Sentí tranquilidad de estar en la patria. Bajé las escalerillas con la celeridad que permiten los veinticuatro años recién cumplidos. Era viernes, 8 de septiembre de 1978. Nos montaron en unas guaguas y nos trasladaron hacia un punto donde debíamos permanecer en cuarentena tres días. «¡No jodas, compadre! Estás aquí, en tu país, a medio día de tu casa a pie, ¿y se aparecen con esto?» —así uno piensa inicialmente, pero veamos.

## Irresponsabilidades

Vino un galeno al lugar donde nos habían ubicado y explicó, diáfananamente, cuál era el objetivo de tenernos enclaus-trados por el tiempo requerido. Nos entregaron chancletas y pijamas. En fila nos condujeron hasta la enfermería. Nos hicieron análisis de sangre, de orina, heces fecales, revisión estomatológica, presión arterial, a desnudarse y a pasar por los distintos especialistas que nos examinaron. Lo entendí, pero además, estaba tan cansado que cuando me asignaron la ubicación, casi lo agradecí, a pesar de los deseos de salir del lugar.

En ese dormitorio sucedieron cosas interesantes. Una de ellas fue que se paró en la puerta un fiscal de la misión y como un *ampaya* de pelota, agachado para captar la jugada perfecta y hacer las señas correspondientes, enfundado en el pijama, decretó:

—¡Se fue el jefe de la unidad!

Al ratico, y adoptando la misma posición dice:

—¡Se fue el político de la unidad! ¡Voy andando!

¡Nada menos que un fiscal! (Vaya hombre, que no hay ser humano que no sea propenso al pecado.) Él, respetado por todos, con tremenda reputación de recto y correcto se vistió de civil, brincó la cerca de alambre de púas y se fugó por un trillo que conducía a la carretera más próxima.

Entonces se para uno que por canas en la cabeza peinaba los cincuenta y tantos y dice: «Si la justicia se fue por ahí, yo me voy detrás de la justicia».

¡Qué gente más rápida! Fíjense si fue veloz este camarada que coincidió en la parada de ómnibus con el fiscal. Eso lo contó al otro día. Dijo que este estaba calladito, lo miraba de reojo y cuando llegó la guagua fue el primero en montar, como diciendo: «¡Soy el uno!»

¡Y se fueron muchos irresponsablemente! La «casa» hala, pero la lógica...

Lo que no era razonable era lo mío, que me sentía extenuado, afiebrado, pero satisfecho. No por santo me fugué también, sino realmente porque me sentía mal y no sabía la procedencia del malestar.

Quedamos algunos. Entre los tantos, un oficial que había cometido algunas barrabasadas en la misión y fue sancionado por el mando y por la organización partidista, retirándosele el carné, no sé si separado o expulsado. Esa noche fui al local del oficial de guardia. Cuando llegué me sorprendí. ¡Me encontré con un compañero al cual conocía desde mucho tiempo atrás!

Estuvimos hablando un rato, contándole de la misión, y él, de lo que había sido de su vida durante este período en el que no habíamos tenido la oportunidad de intercambiar y entre una cosa y otra le pedí:

—Oye, necesito llamar a la casa para que los viejos sepan que ya estoy aquí.

—Dale hermano, el teléfono es tuyo.

Llamé a la casa de la vecina Felicia. Excelente amiga de mi mamá.

—¡Daguito, (así me conocía el barrio entero, donde me crie y crecí) llegaste, espérate...! —y buscó a mis padres.

Escuché la sin igual voz de mi madre, acariciante, con su proverbial ternura preguntando dónde estaba, que cuándo iba para la casa y yo no le podía responder, sino tranquilizarla. Mi mente sufrió un vuelco, las sienes se inflamaron, el corazón palpité tan fuerte que la camisa del pijama que llevaba puesto lo delataba: «Dagui», la voz de mi madre, ¡Ay cielo azul! Me sabía a caricias y a mimos a pesar de lo mayorcito que estaba. Conversé con

ella mucho rato. Luego hablé con mi padre, ese hombre maravilloso del que aprendí que la nobleza y el desinterés en cada obra y acto de la vida son elementos básicos para sentirse uno feliz.

Había otra personita linda que sabía que quería ponerse al teléfono para hablarme, mi hermanita preciosa. Le tiré muchos besos mientras conversábamos de tantas cosas, entre ellas ¡que tenía novio! ¡Ay, mi madre!

Fue una noche deliciosa, mas desesperante, porque sabía que los tenía cerquita de mí y no debía ir a verlos. Me resulta como un descrédito quebrantar la disciplina, y más la militar, que después vienen los cocotazos. Además, de las consecuencias que puede provocar cualquier enfermedad adquirida. A tal extremo que no sé cómo, pero al otro día, tempranito, después de los resultados del chequeo médico, al primero que llamaron fue a mí.

«Vístase, que la guagua sale dentro de poco, se puede ir» —y así, uno y otro, otro más hasta que se llenó la primera.

Desde la ventanilla aprecié una disputa. Era uno de los fugados la noche anterior, ahora discutiendo con los médicos. Presentó alteraciones con los análisis y lo remitieron a uno de los hospitales militares de la ciudad. ¿Ve por qué uno no puede ser informal? Contagia con alguna enfermedad a su familia por irresponsabilidad, ¿y después qué?

## *¡Rumbo a casa!*

Arrancó el ómnibus por carreteras estrechas, por avenidas y el sol dándome en la cara como advirtiéndome «¡Ya llegaste a Cuba, te estaba esperando!» Mi sol es mi sol, será el mismo, pero aquí no es igual.

Me dejaron cerca de la casa y al fin llegué. Todo me parecía extraño. Toqué a la puerta suavemente. Enseguida abrió la progenitora de mis días. Nos dimos de besos y abrazos cualquier cantidad, de esos que acostumbrábamos a proporcionarnos, la alcé entre mis brazos y fui dándole vueltas hasta marearla. La apreté tanto, pero tanto que no sé si la iba a dejar sin aire, porque quería meterla dentro de mí por la falta que me hacía sentir su presencia, en todo este tiempo de ausencia.

No había nadie más allí en ese instante, ella comenzó a sentirse muy mal, se sentó en un butacón ahogándose, con falta de aire, y de visión. Le traje agua, no sabía qué hacer, si salir a pedir ayuda, si tratarla yo solo, si acariciarla y hablarle suave para tranquilizarla, y fue lo que hice. Al fin se calmó. Me senté en el piso, a sus pies. Hablamos. Después nos reímos juntos. Ella me regaló su linda sonrisa y yo la mía. Me pidió excusas por haberse comportado de esa forma. ¡Preocuparse por tal nimiedad, cuando el estar junto a ella me hacía tan feliz!

Me mandó a bañar y cumplí su orden inmediatamente, como buen militar, ante mi jefa suprema. Mientras tanto hizo una sabrosa limonada. Tenía, como casi siempre, la radio puesta con la Discoteca Popular de *Radio Progreso*, su emisora favorita y sola bailaba una pieza, afuera del baño. La percibía con tal alegría que desbordaba los límites de la casa. Por las puertas y las ventanas emanaban al exterior una sin igual euforia y felicidad, como cascadas de amor que brotaban de este ámbito para alegrar a todo el barrio. Al salir del baño, además de la limonada con hielito, me tenía arreglada la ropa, los zapatos con brillo, un pañuelo perfumado...

«Mi hijito, sé que tú quieres ir a ver a tu novia. ¡Ve ya, que esa es la muchachita más buena del mundo! ¡Ve, que

te necesita! ¡Maricela es de oro! —me dijo, casi botándome de la casa.

Mi papá y mi hermanita todavía demoraban en llegar y no tenía formas de localizarlos de inmediato, por lo que me fui, mientras mi madre me tiraba besos desde el balcón y decía adiós con sus tiernas manitas.

## *La novia de Pacheco*

Llegué a la casa de mi novia. Ya ella sabía que estaba en camino. Me esperaba sentada en un sillón, con una blusa de florones y pantalón marrón. Estaba linda, más que antes, con su pelo negro, largo, sus ojos grandes color del tiempo, oliendo a la suave juventud de sus diecinueve años y su piel de seda erizada para el encuentro. ¡Señores!, cuando hay amor es difícil describir las emociones. Por eso digo que a Shakespeare le quedó corta su tragedia *Romeo y Julieta*. Lo entendí ese día. Le di un beso en silencio y saludé a todos los presentes.

—¿Preparaste algo para la boda? —le pregunté.

—¿Qué...?

—¿Que si preparaste algo para el casamiento, mi amor?, —le dije en son de pregunta de segunda mano.

—Oye, ¿qué iba a preparar yo...? ¿Para que me quedara otra vez como la novia de Pacheco? —y cruzó los brazos sobre su pecho frunciendo el ceño.

—¡Tú verás que todo sale bien!

Me estaban esperando con unas cervecitas bien frías, croqueticas, tamales...; pasamos un rato entre historias y preguntas, bromas y risas. Pero tenía que volver a mi casa para ver al resto de la familia y lo hice en compañía de ella. ¡Ay!, pariente...qué corretaje. ¡Alaba'ol!

Planificar una boda con todo en apenas pocos días, de lunes a sábado, buscar abogados, las flores de la dulce dama, el cake, las cervezas, los refrescos, el hotel para la luna de miel, el carro para la novia, el refrigerio, las invitaciones, el champán... Patria, la estricta notaria del palacio de Prado nos atendió con delicadeza y comprensión por nuestro apuro, ya que yo no disponía de mucho tiempo, pues tenía que regresar a Etiopía.

Nos dio turno fuera del horario, después de las ocho y treinta de la noche.

Aunque no me quedaba mucho ánimo para resolver problemas, porque ¡oígame, todo era tan tormentoso, que era mejor raptar a la novia que casarme formalmente! Saqué fuerzas y fui a la bodega donde trabajaba mi suegra, le conté que no había resuelto nada y Pepe, el administrador, escuchaba mi desconsuelo.

—Oye, ¿cuál es el problema?

—Nada, que me siento mal.

En sus ojos detecté posibilidades para ayudarme. Se fue a hacer unos despachos en el mostrador y cuando regresó me dijo:

—Cuéntame. ¡Tranquilo, que todo en esta vida tiene solución! —y le ordenó a Esther encargarse del mostrador.

Allá fue mi suegra, diligente y con cara de contentura.

—Vamos por parte. El hotel primero... ¿no? —me expresó y tomó el teléfono. Dame el nombre y los dos apellidos... ¡Ya tienes el hotel Riviera por cinco noches! ¿Qué más?

—Pepe, los refrescos y las cervezas —le redordé.

—Con eso no hay problema, yo tengo aquí y te tocan por los papeles que te entregaron.



No sabía cómo agradecerle todo lo que hizo con solo una llamada telefónica.

Me fui anonadado a la casa, pero a la vez contento. Ya era tarde. No quería hablar con nadie. Temprano, a la mañana siguiente recordé el anillo de compromiso. ¡Por tu madre... a buscarlo, que mi novia solo tenía el solitario que le regalé antes de irme a cumplir la misión!

Encontré uno muy bonito en la tienda Indochina del Vedado. Le quedó muy bien. Seguí sacando cuentas de lo que debía quedar. Era la víspera de escuchar la marcha nupcial y quedaban cosas por hacer.

Amanecía, toqué la puerta del cuarto de mis padres, él no estaba:

—Mami, ¿tú tienes la llave del buró de mi papá?, porque necesito el resto del dinero para pagar todo lo que me queda pendiente y sacar la cuenta para el hotel.

No me respondió, pero lo consideré normal, a ella le costaba un poquito de trabajo desperezarse. Hizo café en lo que me aseaba y cuando regresé del baño le repetí la pregunta.

—No, no tengo la llave del buró, pero escúchame mi hijito, hay un problema y me parece que es grave.

—¿Qué pasó?

Me contó del lío de una permuta que querían hacer para una casa más amplia que la nuestra, pero estaba en mal estado y la dueña tenía que repararla. Ellos le habían prestado mil pesos de mi dinero. ¡Algo fatal!, la mujer murió en ese lapso de tiempo. ¿A quién reclamarle el dinero?

—Bueno, mami, ¿cuánto me queda ahí?

Se paró del sillón y me trajo un sobrecito nada abultado.

—Tu papá me lo dejó y se fue, porque a él se le caía la cara de vergüenza. No tenía valor para explicarte lo sucedido, porque él era el que recibía tu dinero y yo fui la de la idea de cogerlo para reponerlo en la medida de nuestras posibilidades.

Ciento noventa y ocho pesos. Bueno, saqué la cuenta para lo que nos faltaba... ¡Ni al derecho ni al revés me daba! Me paré en el balcón de la casa un rato solo, para aliviar tensiones y cotejar ideas. Mi papá en aquel entonces ganaba la bicoca de ciento once pesos y mi madre era ama de casa. Aquí el que tenía más poder adquisitivo era yo y no me derrocharon el dinero. Lo emplearon con un objetivo bueno que no se dio. ¿Qué se iba a hacer? A lo hecho, pecho.

—Mami, como tú dices, ¡más se perdió en la guerra! Ahora voy andando a ver cómo me las arreglo. ¡Ah!, y los quiero listos, preparaditos... bien elegantes para la boda... y dile a papí que no se preocupe, que ya todo se arreglará.

No sabía de qué forma, pero había que afrontar la situación. Ya casi todo estaba listo. Entre peinados y atuendos se encontraba mi futura esposa.

Llegó el momento tan esperado, pero una lluvia a cántaros nos sorprendió. Creí que la boda se iba a pique, pero así y todo la celebramos de la mejor manera. Familiares, amistades, fotos y después para la fiesta.

Sin despedirnos nos escapamos para el hotel en un carrito cómico, perteneciente a un amable pariente de ella. El carro cerraba las puertas con pestillos de los que comúnmente utilizamos en las casas. Nada, forma de solucionar un problema a lo cubano, pero estaba pintadito y bonito. Llegamos a la carpeta y de ahí a la habitación.



Mi recién estrenada esposa y yo junto a mi mamá.

Los regalitos de la boda en sobrecitos por aquí y por allá computaron más de mil trescientos pesos. Fueron felices días.

De nuevo en casa con los míos. Mi madre no dejaba de atendernos y siempre me decía: «Mi hijito, ¿qué necesitan?» día tras día, hora tras hora, instante tras instante, pero sin molestar.

Estuvimos de fiesta el resto del tiempo, hasta que me llegó el día del retorno a la misión. Debía coger un ómnibus no muy lejos de la casa. Me despedí. Y al mirar hacia atrás, en la distancia, les devolví a mis padres el adiós con la mano. Allí estaban tempranito en la mañana, mientras yo me alejaba.

Fue la última vez que tuve la oportunidad de ver a mi madre. No lo imaginaba.



*Me voy de mi tierra*





## *De regreso a la misión*

Volví a Etiopía nuevamente por vía aérea. En esta ocasión haciendo escalas en los aeropuertos internacionales de isla de Sal, Cabo Verde y Luanda, para más tarde arribar a nuestro destino.

Llegué a Addis Ababa no con muchos deseos de seguir en este trajín, mas era mi deber. Solo pensaba en lo difícil que es abandonar a una esposa recién estrenada, además de dejar a la familia atrás. De vez en cuando es necesario hacer de tripas corazón. Me recogió un yipi en el aeropuerto. El chofer estuvo puntual y anduvimos por calles y avenidas bastante oscuras, prácticamente desiertas. A esta hora se escuchaban algunos disparos lejanos y otros no tan distantes, pero eran esporádicos. Ya amanecía. La situación imperante llamó mi atención, sobre todo porque iba desarmado. En la travesía el chofer me dijo:

¡Esto está que arde! Hay algunos grupos en la ciudad que se fajan entre sí. Cuando me dijeron que tenía que recogerlo solito y de madrugada, expresé: «De eso nada», y salí ayer por la tarde de La Makanissa con una merienda y un pomo de agua. Dormí en el aeropuerto, dentro del carro hasta que llegó el avión. Además, agregó: «Teniente, me ordenaron que primero lo llevara a la embajada cubana, que tienen problemas con un equipo de comunicaciones que usted puede resolver. Le traje sus herramientas y su multímetro».

Oiga, que este hombre resultó ser un «pájaro de mal agüero». No daba ni una noticia buena.

«¡Ah, cará...! Vamos para allá». Pensé para mis adentros que nada más había pisado el territorio etíope y ya me estaban mortificando sin darme tiempo a descansar. Bueno, después de unas vacaciones como las que pasé se podía asumir cualquier tarea, pero a su debido tiempo.

En efecto, tenían un equipo roto en la embajada. Lo reparé sin hacer mucho ruido, porque la cocinera, muy queda, me dijo que el embajador, Raúl Valdés Vivó, desde la madrugada, se encontraba trabajando en la habitación de arriba y cuando lo molestaban se ponía bravo. Hicimos más ruido comiendo las tostadas con mantequilla del desayuno, que durante la reparación del medio de comunicaciones.

—Teniente, la gente de su unidad está en el Valle Tatek. ¿Adónde lo llevo, al Tatek o a La Makanissa? —preguntó el chofer.

¡A esta hora qué noticias! De verdad que era un sapo.

—¿Cómo que en el Tatek? ¿Eso queda aquí en Addis? —le pregunté.

—Sí, aquí, a poca distancia. Vinieron del Frente hace unos días y allí están, aterrillados, pasando las de Caín por la noche. No tienen casi condiciones en el lugar. Están durmiendo en unas literas que se parecen a las de los campamentos cañeros de Cuba, con sacos de yute o algo así como colchón-bastidor y el frío por la noche se les cuela por todos los lados. Aunque están contentos, porque piensan que esto ya se acabó y que nos vamos de regreso para Cuba.

A mí me debieron brillar los ojos. Primera noticia buena que este hombre daba. Mas de eso nada.

Me comentó que Manzanares, se encontraba en La Makanissa de nuevo. Pensé entonces que por lo tanto, y, sin lugar a dudas, mi lugar era donde se encontraba mi unidad. De eso sí no me alegré, porque en el centro



uno se sentía confortablemente instalado. No obstante, y tratando de ganar un respiro le dije que me llevara para La Makanissa. Pude asearme en un baño decente, con agua atemperada, comer bien y descansar un rato. De pronto suena el teléfono.

«Herrera, estamos en el Valle Tatek. Te necesitamos urgente. Ya dejé el recado con los compañeros de allí. ¿No te lo dieron?» —era Barcada, el jefe de mi unidad.

¿¡Oye, que la noticia de mi llegada la supieran tan rápido!?

### *Breve estancia en el Valle Tatek*

«¡Manda mecha!», repitieron la llamada sin darme tiempo para recoger mis cosas. Algunas las dejé adrede, motivo para retornar en un futuro próximo.

«Ven, que haces falta aquí» —me dijo no recuerdo quién, y yo, a pesar de todo, partí de inmediato para el Tatek (esta palabra se traduce como Victoria.) ¡Fallé! ¡Qué noche más «perra» pasé! Mi colchón de dormir, el famoso *split* y la frazada que todos teníamos, fueron de las cosas que dejé en La Makanissa. Por fortuna esa fue la única noche en ese lugar. ¡Menos mal que al otro día el teniente coronel Rabassa me mandó a buscar del Frente! Allí, prácticamente, se habían quedado sin personal técnico. ¡Me alegré y de qué manera!

### *En Debre Zeyit*

Formé un equipo pequeño de compañeros, pues antes, según él me indicó, tendríamos que reparar la técnica en el aeropuerto de Debre Zeyit, no muy lejos de Addis Ababa, en dirección al Frente, a ciento y tantos kilómetros, por

lo tanto era solo un alto en el camino. Para allá fuimos, no sin antes recoger lo que había dejado en La Makanissa. Volví a ser «independiente». ¿Jefatura? ¡A distancia! ¡Del jefe como del mulo, mientras más lejos, más seguro!

Nada más que llegamos a ese aeropuerto y un estruendo ensordecedor en la pista nos hizo salir corriendo para ver qué sucedía. Era a consecuencia del desplome de un avión soviético de combate, un MiG-23. Echaba candela y humo en la pista. De la cabina del aparato se bajó, con tremenda cachaza, un piloto etíope, se montó en lo que debía ser su auto y se fue manejándolo tranquilamente. Quedamos perplejos.

Permanecimos allí varios días, porque había trabajo que realizar. Además, nos sentíamos a gusto por las condiciones de hospedaje y porque comíamos en el comedor de los pilotos.

Días más tarde y después de las averiguaciones pertinentes por parte de la comisión de especialistas, creada al respecto, nos relataron lo sucedido con el avión, pues en el momento del desplome, sabiendo lo bueno que resultaban los pilotos etíopes, nos quedamos en ascuas. Luego de lo que llaman «soleadura», que no es más que la primera vez que el piloto vuela solo en un tipo determinado de avión, en este caso un MiG, hubo algún fallo, al parecer de «sobre cabo», o sea, del propio piloto, no muy familiarizado con esta técnica. Me explicaron algo así como que la metodología de vuelo soviética se diferencia de la aplicada por otros países constructores de aviones y que a pesar de que los pilotos etíopes eran muy buenos, todavía se entrenaban con este tipo de aeronaves. Lo que no comprendí fue cómo este hombre pudo montarse en el carro e irse del aeropuerto sin inmutarse y sin dar una explicación inmediata a su mando. Me imagino que después la haya dado.

Así las cosas, concluimos nuestro trabajo y marchamos al Frente Este.

## *En Arba nuevamente*

Pasamos por el campamento de Arba, lugar donde el monito me había hurtado la gorra y las gafas. De esta segunda estancia lo que más recuerdo es que los que lo cuidaban estaban aburridos por la inactividad, quizás solo interrumpida de vez en cuando y de cuando en vez por el arribo de algunos andarines como nosotros, que podíamos traerles noticias de lo que sucedía lejos de este rincón, incluyendo la prensa escrita que desde hacía días no les llegaba, por lo que para ellos constituía «noticia fresca». Sin embargo, no carecían de lo imprescindible. Hasta un médico los acompañaba.

Me encontré con un compañero de los que tiempos atrás, en el Frente, durante los combates, había escuchado las transmisiones que hicimos de música a través de los equipos de comunicaciones de los tanques y me reconoció: «¡Teniente, qué alegría!» —Nos saludamos y hablamos un rato.

En la conversación me sugirió que tratara con el mando de la misión la posibilidad de montar una emisora de radio de los cubanos y para los cubanos. Así ellos, por muy apartados que estuvieran podrían estar actualizados de todo, escuchar un poco de música y algunos programas informativos. Se sentían apartados del mundo. No le di seguridad al respecto, pero contribuyó a que siguiera embullado con la idea que muchos teníamos. Por cierto, en todo mi tiempo de estancia en esta nación no vi nunca un televisor.

## *Nómadas en las sabanas*

Seguimos rumbo al Frente Este después de descansar, llenarnos bien los estómagos, renovar las reservas de comestibles, bebestibles, uniformes nuevos, parque para el armamento, moto-recursos para el camión, etcétera. Allí había todo lo necesario. Estaban bien avituallados para reabastecer a los combatientes que pasábamos por el lugar.

En el trayecto hasta nuestra meta inmediata apreciamos paisajes diferentes, hermosos casi todos. Llegamos a un lugar de extensas sabanas con escasa vegetación, sobre todo con pastos casi secos y algunos arbustos, la mayoría espinosos. A lo lejos se divisaba una larga cordillera rompiendo la monotonía del entorno con grises y encumbradas montañas y las cúspides de muchas de ellas perdidas entre nubes blancas.

Las personas, por dichos parajes, eran escasas y vivían alejadas unas de otras. Los animales que encontramos a nuestro paso eran disímiles, desde los catalogados como agresivos hasta los más escurridizos.

En aquellas llanuras los nativos construían sus moradas de forma singular. Vimos algunas diseminadas y hasta nos detuvimos en un sitio para arreglar un desperfecto del camión, descansar un poco y merendar algo de lo que traíamos. Los neófitos en la mecánica-automotor nos hicimos los chivos locos y fuimos a admirar lo rápido que ellos solucionaban el problema de la construcción de sus viviendas.

Pudimos apreciar cómo un hombre, en compañía de su exigua familia, hacían su casa no muy lejos de donde habíamos hecho la parada.

De antemano tenían conformada una armazón o estructura con ramas de árboles más bien finas en for-

ma de iglú, de los que construyen los esquimales en el polo Norte.

Dos niños pequeños arrastraban ramas. Provenían de plantas parecidas al marabú, espinosas ellas, y las colocaban algo alejadas, en forma circular también, alrededor de la vivienda. Estas las empleaban para evitar o entorpecer el paso al área de visitantes indeseables y peligrosos, como las fieras. Esa cerca rústica resguardaba tanto a la familia como a los animales domésticos que poseían.

Mientras, el hombre y una mujer iban echando a la estructura de la casa una mezcla muy singular. Empleaban barro casi seco uniéndolo con estiércol de reses y hierbas pardas. Hay que tener presente que la lluvia perentoria casi nunca llega a esos parajes y, quizás, procurando aprovechar la humedad de esa materia orgánica como aglutinante, resuelven el problema. El agua es muy escasa, tanto que en oportunidades apenas tienen para saciar la sed propia. ¿Por qué usted cree que ve a menudo en la televisión o en el cine, en la prensa plana o en fotos, imágenes de regiones del Cuerno Africano mostrando seres humanos y animales cadavéricos?

Cuando falta agua, faltan alimentos. Ahí, en esos territorios inhóspitos, los seres vivos mal subsisten buscando variantes, aferrándose a lo que podría llamársele vida, por muy infrahumana que esta sea. El agua es vida.

Casi todos los animales y las plantas que viven allí, persisten al entorno. El otro animal, el hombre, si no se muda está perdido. En Etiopía no todo su vasto territorio es desértico, pero al parecer ellos lo desconocen. La mayoría de los hombres se afianza al terruño que lo vio nacer y aunque no logre lo que quiere, lucha por alcanzarlo, porque depende de él mismo y confía en que sí puede.

Estos habitantes de las estepas son nómadas, pues cuando no les conviene el sitio donde están, recogen sus bártulos y se mudan a otro, donde construyen una nueva vivienda con los recursos que la Madre Natura pueda brindarles, ya sea de este tipo o de otro, porque no en todos los lugares de Etiopía las construcciones son similares. Esta fue una de las tantas variantes que vimos.

Realmente hay que estar adaptado a este modo de vida para, hasta durmiendo, sentir a unos pasos el rugido de un león en plena madrugada o las carcajadas escalofriantes de las hienas con dientes blanquísimos y enormes detrás de sus belfos. Lo que no sé, es cómo se las arreglan con los ofidios, porque esos no andan creyendo en cercas con espinitas. Se cuelan por el hueco de una aguja.

Por otro lado una pareja de antílopes asustadizos y otros herbívoros mascando o rumiando entre los pastizales casi secos.

Estábamos al sur de la región de los Montes Ahmar, en un Parque Nacional, reservorio de la flora y la fauna del país, por lo tanto estaba prohibida la caza, a no ser que se apareciera un bicho agresivo, por supuesto. Para evitar cualquier percance, uno de nosotros permanecía de guardia, encima de la cabina del camión, con el fusil preparado. Además, la guerra contra los somalos había concluido como quien dice, pero las bandas de alzados estaban vitales y no sabíamos dónde podría estar esperando, agazapado, el enemigo.

En ese lugar permanecemos más de seis horas tratando de solucionar la rotura que tenía el carro y nos fijamos en que la familia de etíopes no cesaba su trabajo, sin comer, ni beber nada, bajo aquellos candentes rayos del sol. Solo de vez en cuando mascaban unas hojas que arrancaban de ciertos arbustos y después de un rato las escupían.

Nos compadecimos. Al principio estábamos guarecidos a la sombra que nos daba una colina rocosa, pedrada y alta, pero cuando el sol se levantó más y nos dejó a su merced, tuvimos que buscar protección en la escasa sombra que brindaba el camión. Así y todo padecimos un calor asfixiante. Sin embargo, aquellos habitantes de las praderas continuaban su labor con estoicismo.

En casi todos nosotros el Astro Rey provocó dolor de cabeza y náuseas. Sudábamos a cántaros. No teníamos un termómetro, así que ignorábamos cuántos grados de temperatura pudo haber cuando llegaron las doce del día.

Almorzamos algo y bebimos agua. Nos llamó la atención cómo los dos críos etíopes, de edad indefinida, seguían trabajando como los mayores y no los veíamos reclamarles nada a sus progenitores.

Entre los cubanos que observábamos la escena no mediaron palabras. Preparamos algunas cosas de las que traíamos en la cama del camión. Nos acercamos con las manos llenas y les dejamos una buena cantidad de agua potable. Llevábamos el tanque de cincuenta y cinco galones repleto. Además, les ofrecimos algunos alimentos enlatados y medio saco con dátiles secos. Ellos no sabían cómo agradecer el gesto. Hasta danzaron sin música, parecía que no tenían nada para darnos a cambio, pero con la alegría demostrada y sus sonrisas francas nos pagaron con creces. También nos fuimos contentos, porque sentimos que habíamos hecho algo bueno.

## *Yogur persuasivo*

Proseguimos el camino hasta llegar de nuevo a la universidad de Alem Maya. Nos ubicaron en la misma casa

que con anterioridad fungió como nuestro taller y centro de comunicaciones, pues las condiciones estaban medianamente preparadas. Continuamos recibiendo la técnica defectuosa o de lo contrario nos íbamos a lugares en los que hiciera falta realizar trabajos. Tener actividad constante era lo mejor que podía sucedernos. De otra forma el hastío nos hubiera corroído mente y corazón.

Entre una y otra cosa estuvimos en ese lugar varios días. A mi unidad en pleno ya le habían asignado una nueva ubicación aquí en la región del Frente. Estaban acondicionando un nuevo campamento para donde pronto todos nos mudaríamos.

Por supuesto, a mis compañeros, que quedaron allá, cerca de la capital del país y del aeropuerto, pensando en el retorno inmediato para Cuba no les cayó nada bien la noticia. Llegado el momento, y según me narraron, el retorno desde Addis hacia el Frente, lo hicieron sin dificultades, pero los oficiales tuvieron que jugar un rol ejemplarizante para no mostrar desasosiego al resto de la tropa, haciendo de tripas corazón, porque ellos también añoraban la patria y todos los humanos estamos hechos de la misma materia. Lo fundamental es que hubo comprensión.

Según referencias, aquí se destacaron el político Olivera y Cisneros como secretario del partido. Ambos hicieron un efectivo llamado a la conciencia de los compañeros, aunque por dentro se estuvieran remaldiciendo. Allí había que ser capaz de eso, de acudir a las puras fibras más recónditas del ser humano. Otros incentivos no había, ya fueran de carácter moral o material. Curiosamente, cuando llegaron a donde nos encontrábamos, pues nos reunimos en Alem Maya, nadie reclamaba nada. Si llegaron con penas, todas se difuminaron entre



saludos y anécdotas. Así era esta gente de noble y desinteresada.

Mis compañeros del taller no se quedaban atrás. Recuerdo que al conocer la noticia los reuní y les dije:

—Amigos míos, el resto de nuestra unidad viene ya en camino del Tatek hacia acá, así que esas esperanzas que teníamos de regresar pronto para Cuba eran solo «bolas» —esperé sus reacciones. Se miraron entre sí con rostros muy serios.

—Teniente, nosotros somos conscientes de que pensar regresar por el momento para Cuba «es más difícil que encontrar un yogur en Etiopía» —dijo Arzola sarcástico. Para todos fue un chiste pesado, pero a pesar de eso, la expresión se hizo famosa allí, ante todo imposible, porque en Etiopía nunca vimos un yogur.

## *Unidos nuevamente*

Al amanecer del siguiente día nos avisaron que iríamos a ocupar un nuevo campamento ubicado no lejos de la entrada oeste de Harer. En columna partimos sin demora, pues todo estaba preparado. Dejamos atrás la universidad de Alem Maya, lugar grato para la estancia y estábamos preocupados por las circunstancias del próximo sitio, al que arribamos después de una marcha relativamente corta.

Para nuestra grata sorpresa, encontramos un lugar que contaba con barracas para los dormitorios con sus literas, colchones y almohadas nuevos, comedor, locales de trabajo mejor habilitados y hasta baños y servicios sanitarios. Toda la edificación de mampostería. Fue construida por los integrantes de algún contingente cubano al estilo de un buen campamento cañero.

Había comodidad y las condiciones en general, incluyendo las climatológicas, eran incomparablemente mejores que las dejadas atrás por mis compañeros, en el Valle Tatek. Los que aún tenían morriña la echaron a un lado, o al menos se sintieron más a gusto.

Al día siguiente nos entregaron unas cuantas cosas, linternas de tres pilas que proyectaban en la noche una luz que parecía llegar a las nubes, pijamas, chancletas plásticas y otras minucias para el aseo personal. Todo nos era útil, pues carecíamos de ellas, que no por sencillas resultan necesarias.

Se viabilizó todo para continuar la preparación combativa y política. Llegaron por primera vez planes de trabajo para la ejecución de una serie de labores en las que el personal bajo mi mando tendría crucial participación y por lo tanto no era ya la dinámica de la guerra la que se imponía, sino la del cumplimiento en tiempo y forma de las tareas asignadas por el mando superior con el propósito de hacer más llevadera nuestra estancia futura. Entre otras funciones nos tocó poner de alta un carro, enviado por la sección política, para la proyección de películas, que presentaba desperfectos eléctricos. La tarea se acometió con entusiasmo. Hacía tiempo que no veíamos un filme. Solucionamos los desperfectos y ese carro rodaría después por nuestras unidades para alegrar en muchas noches a las tropas y hasta a la misma población etíope, que se la agenciaba para colarse en los lugares donde se realizaban las proyecciones.

El compañero general Sixto Batista Santana, al enterarse de que ya estaba de alta, vino y nos felicitó. Aproveché la ocasión y le planteé la cuestión del montaje de una radioemisora, recordándole que en el terreno, en medio

de las acciones combativas, él personalmente se había interesado al respecto. Me reconoció y me dijo: «¡Ah, tú fuiste el que le pusiste musiquita a la unidad de tanques! ¡Sí, recuerdo! ¡Te debía mandar a coger preso, coñ...! pero bueno, el mando se está encargando de las gestiones con el Instituto Cubano de Radiodifusión (ICR) en Cuba para ver cómo hacemos, porque no solamente es montar un transmisor y ya» —me pasó un brazo por los hombros y se puso a caminar conmigo, diciéndome— «Si la cosa va en serio, vamos a hacerlo bien. Necesitamos no solo del personal técnico de Comunicaciones, sino también de los demás compañeros, como sonidistas, locutores, editores y todo lo que lleva una estación de radio. ¡Contamos con ustedes! ¿Verdad?» —y se fue dándonos un estrechón de manos. Me quedé entusiasmado con la noticia, por supuesto que si se daba, participaríamos.

## *Se acabó la tranquilidad*

Uno de esos días, recién estrenada la madrugada, dieron alarma de combate.

«¡Vaya! ¿Y ahora qué?» —masculló Barcada, nuestro jefe de unidad, entre dormido y despierto, mientras trataba de ponerse el pantalón brincando de un lado a otro como un canguro. Él había trabajado con papeles importantes y urgentes hacía menos de una hora. Lo compadecí.

Como en todas las alarmas de combate de la unidad, el corretaje, la gente recogiendo cosas, el ruido de los motores calentando en el parqueo, el humo que se colaba en los dormitorios, porque las ventanas de los locales tenían los cierres defectuosos y coincidían con la salida de los tubos de escape de los vehículos. (No nos quedó más

remedio que reconocer que habíamos ubicado mal el parqueo; o situábamos los carros al revés o arreglábamos las ventanas del dormitorio. Por poco nos asfixiamos.)

Les voy a confesar un secreto, estábamos en una guerra en la que no disponíamos de caretas antigases. Si el enemigo hubiera empleado armas químicas nos hubiéramos visto en tremendo aprieto. Parece que no tenía armas químicas, o no se percató de que ese era uno de nuestros talones de Aquiles, o no quiso violar, si fue firmante, lo estipulado por la Conferencia de La Haya de 1899.

Formamos una columna con varios vehículos de comunicaciones. No todos, solo los que ordenaron desde el estado mayor, pero al mío, casi taller, le tocaba siempre por plantilla.

—Teniente, ¿para dónde vamos ahora? —me preguntó Meriño, bostezando.

—¿¡Qué sé yo?! —le respondí.

—Vamos a seguir a la caravana y cuando se pare, descansa, que yo te despierto cuando continúe la marcha, ¿está bien? —le dije.

Dormí por la tarde autorizado, pues había sufrido un fuerte dolor de cabeza. Meriño acogió la sugerencia en serio, ya que cuando lo miré estaba con la suya colgada del cuello, hacia atrás, la boca abierta y los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Se había quedado, hasta muy tarde, jugando dominó.

Me encontraba fresco y descansado. Atento a lo que acontecía, vi llegar por la carretera desde Harer hasta nuestra ubicación otra columna de vehículos que se detuvo en la intercepción del campamento y nos incorporaron a ella. Era mixta, con cubanos y etíopes. Partimos. No sabíamos adónde. Menos mal que a nuestro camión

aprendimos a tenerlo siempre habilitado y avituallado con todo lo necesario. Estábamos en plena disposición combativa.

En medio de la madrugada cerrada arrancó la columna, atentos siempre a los mensajes de las linternas, que no se podían comprender tan bien como los que hacen de día los señalizadores con banderillas, pero nos guían igual. Esto, para los que no conocen al respecto, es un sistema sencillo que se establece en las columnas para señalar qué se va a hacer, parar, marchar, acelerar, disminuir la velocidad o desconcentrarse. Nada, indicaciones muy útiles que llegan rápido. En las caravanas hay que andar con la chispa encendida, y más en esa, en la que íbamos tropas de dos nacionalidades con idiomas diferentes, sin apenas traductor. Estas señales resultaban perfectas para la ocasión, pero de noche, con los carros andando a oscuras se resuelve con las linternas hasta el amanecer.

Nosotros teníamos como veinte vehículos delante. Éramos alrededor de treinta.

En una de las paradas pude conocer que haríamos un reconocimiento a la frontera etíope-somalí. Al pasar por Dire Dawa se nos incorporaron más tropas cubanas, incluyendo tanques y otros blindados, al frente un barreminas. Saliendo de la ciudad ya amanecía. Nos desplazábamos con desesperante lentitud, a tal extremo que tuve que coger el timón por un tiempo más para que Meriño tirara un pestañazo, pues de vez en cuando se adormecía. Él, experto como era, iba siempre montado encima de las huellas dejadas por los neumáticos de los otros carros. Yo no sé si anteriormente, cuando asumí la conducción del camión lo

logré, pero me esmeraba tratando de guiarlo lo mejor posible. Así transcurrieron unas horas. Mientras manejaba comía galletas, tomaba agua, café que habíamos conseguido antes de salir del campamento, y en esos dislates, en ocasiones me iba de encima de los rastros dejados por los otros vehículos precedentes. No me aburría, porque además de atender el camino pensaba en Cuba, en mi madre, en mi padre, en mi hermanita, en mi esposa...

En una parada comprobé el porqué del silencio, en la cama del camión, todos dormían. Me alegré. Si se armaba zafarrancho estarían descansados. Al fin y al cabo, mirar paisajes desérticos, igualitos durante el trayecto, hacía un efecto similar al viejo truco de contar ovejas para buscar el sueño.

Seguíamos deteniéndonos a menudo y entonces los «tácticos y estrategas» bajaban con mapas, binoculares, lápices y todo lo necesario. Estudiaban el terreno. Yo, mientras tanto, podía estirar las piernas, porque aquí, si no se rompía un equipo de comunicaciones nosotros «no teñíamos ni dábamos color». Frisando el mediodía Meriño tomó el timón nuevamente. Me dijo que ya se sentía descansado.

Nos antecedían en la caravana un yipi, dos GAZ- 66, y, de ahí en lo adelante otros vehículos. Me mantenía atento a uno de los GAZ, el que estaba algo más alejado, como a unos cien metros de distancia. En su parte trasera maromeaba un soldado mientras hacía señales con banderas. De pronto lo vi salir disparado por los aires. Su camión se partió entre la cabina y la cama. No vi candela. Se envolvió todo en una densa polvareda y al instante nos llegó un ruido atronador que hizo estremecer la tierra como si hubiera ocurrido un terremoto. Los que dormitaban se despertaron sobresaltados. Inicialmente

quedamos paralizados por la sorpresa. Al reaccionar nos tiramos con el armamento en ristre, pero una orden militar hizo encaramarnos de nuevo encima de los carros. De momento no entendimos qué había sucedido, si ese GAZ había sido alcanzado por un proyectil del enemigo o qué. Solo algunos jefes y personal médico y paramédico, incluyendo camilleros acudieron de prisa al lugar del hecho. Hubo víctimas.

El descalabro se había producido por una mina antitanques de accionamiento por tiempo, o sea, el barreminas que marchaba al frente de la caravana no la había volado, sino que la activó, o quizás lo hizo otro carro. Estas explotan un tiempo después de su activación y ocurrió en el momento en que pasaba el camión. Fue un instante en el que sentí que nuestras vidas pendían del hilo de una rifa siniestra. Nos podía suceder lo mismo a nosotros en cualquier momento y entonces se piensa en lo maravilloso que es vivir. Honré mentalmente a esos compañeros, pero solo así, mentalmente. En una guerra uno no debe estar transmitiendo sentimientos de esta índole a los que te rodean, porque puedes influir en su estado anímico. Así de terrible, miserable y cruel es una contienda bélica y tienes que asumirla como tal. Era lógica la preocupación que provocaba el momento en todos y cada uno de nosotros.

Pronto llegó un helicóptero para evacuar a las víctimas.

Antes de seguir la marcha ordenaron que los carros se mantuvieran a mayor distancia y continuamos el reconocimiento. Durante el resto del trayecto no hubo otro incidente. No es lo mismo fajarse con el enemigo que tú ves a que te despedacen desde las entrañas de la tierra con una mina en el momento menos pensado. Esta

había sido para Meriño y para mí la segunda oportunidad de presenciar el descalabro provocado por esos artefactos, que son bien tildados como el arma de los pobres.

No puedo precisar ahora el tiempo que duró el reconocimiento, pero hasta que no retornamos al campamento no nos sentimos seguros. Si de minas y enemigos invisibles se trata hay que cuidarse, pero ¿cómo te vas a proteger si no las ves o no las percibes y las medidas que tomas no son todo lo humanamente efectivas?

## *Corretaje*

Después de estas tribulaciones, y ya en la ubicación permanente, pensé aliviar el cansancio que proporciona tanto ajetreo, pero esa noche tuve necesidad de ir a las letrinas. Estaban un poco apartadas de los dormitorios. Salí en pijama, con chancletas plásticas y mi linterna, pues no quería meterme entre charcos de agua y fango. Aquí en la tarde, extrañamente, llovió a cántaros.

En la letrina aún no habían instalado la electricidad, por lo que no había luz. Las puertas tampoco estaban concluidas; no obstante, para lograr cierta privacidad momentánea colocaron unos sacos de yute a modo de cortinas.

Entré, me agaché mientras me entretenía con la linterna encendida mirando no sé qué, quizás comprobando su buen funcionamiento. De pronto se apartó la tela del saco que cubría la entrada y dos ojillos verdosos, malignos, fosforescentes, quedaron junto a mi cara. «¿Una vaca? ¡¡Ñooooo!! ¡¿Qué animal es este?! ¡¡Una hiena!!!»

¡Casi me da un beso en la boca! ¡Por tu vida! Y no tenía ni una cuchillita de afeitar para defenderme, a lo que atiné



fue a darle con la linterna en el medio de aquellos ojos radiantes y salí disparado hacia una dirección, tratando de subirme el pantalón, y la hiena en otra, huyendo. ¡Se asustó con «mi susto», pobrecita! ¡Tan grande que la vi, para mí que era del tamaño de un elefante!

En el fanguero perdí una chancleta y me costaba trabajo correr porque no me acababa de encasquetar el puñetero pantalón del pijama (con lo fácil que es hacerlo en situaciones normales). Llegué al albergue casi sin resuello y sin limpiarme. Las carcajadas de mis compañeros, cuando me vieron entrar corriendo, fueron inevitables. Los muy puñeteros se taparon la nariz, me boncharon e hicieron sentir mal al principio, pero después se aconsejaron y mientras estuvieron las puertas de saco de yute en las letrinas, a más nadie se le ocurrió ir a ellas por la noche a no ser con un escolta. ¡Y menos a mí!

Mira, que las hienas no solo distienden sus mandíbulas para reírse. Lo hacen también para romper huesos, pues dientes enormes y fuerza descomunal en la quijada son atributos que les sobran.

Aprendí que si de ellas se trata hay que cuidarse... ¡Y más de noche! Ya ven, allí cuando no era una mina, era una bala o si no animalitos dientudos y malignos como estos.

## *Nueva mudada*

En aquel campamento tampoco permanecimos mucho tiempo. A los pocos días nos trasladaron a un lugar no muy distante, al lado de un poblado nombrado Amaressa.

En ese sitio estaba enclavada la antigua casa-hacienda de un pariente cercano al derrocado emperador de Etiopía. Supusimos que ese también había abandonado el país,

o quizás en esos momentos se encontraba en uno de los dos palacios imperiales de Addis, en la corte de Selassie, quien había retornado del extranjero y se mantenía en los recintos de alguno de ellos dictando órdenes y demás, aunque nadie las cumpliera, soñaba que aún gobernaba la nación. De eso me enteré recientemente.

Delante de la residencia, porque más que una casa era una residencia, había dos árboles frondosos en los que por las tardes se juntaban para ensordecer a cualquier humano cientos de pájaros parecidos a los gorriones, pero amarillos, como canarios, con las puntas de las alas negras. En Cuba no los he visto nunca.

Al fondo, después de una plazoleta, estaban construidas unas barracas confortables. Dentro del área ¡una piscina! Nos brillaron los ojos al descubrirla. Tenía problemas, pues al estar solamente repellada con cemento presentaba rajaduras. Inmediatamente aparecieron voluntarios entre la tropa para acometer la reparación de la instalación. No dudamos que realmente fueran albañiles, pues en aquellos años las microbrigadas constructoras pululaban en Cuba a la orden del día y cualquier hombre o mujer que supiera mezclar arena, recebo, cemento y tirarlos en una pared se consideraba un «avezado albañil».

La casa serviría de oficinas para la jefatura, dormitorio, comedor de la plana mayor y una amplia habitación se convirtió en salón de reuniones y futura biblioteca, pues aún no teníamos libreros y el político Olivera andaba con más de un cajón repleto de libros enviados por la sección política o donados por los mismos compañeros. Las naves a la derecha de los linderos del lugar se acondicionaron como dormitorios para la tropa con sus jefes correspondientes al frente, garantizando el orden y la disciplina. Una parte se remodeló un poco y fungiría

como cocina-comedor, se habilitaron los servicios sanitarios y demás locales esenciales. Faltaban otras dependencias que fuimos preparando posteriormente, incluido el lugar donde iba a radicar el taller de Comunicaciones de la misión con su base de carga incluida.

El parqueo de la técnica móvil se ubicó contiguo a la casa, en una explanada que se prestaba bien para tal efecto. Era fundamental ajustarnos a la situación, preparar la estancia lo más confortable posible, continuar nuestra preparación combativa y política y esperar misiones del mando superior.

En esa época había zonas del país en las que aún se combatía, aunque no era de nuestra incumbencia, pues sucedía esto entre grupos antagónicos nacionales, separatistas y demás. No obstante, la guardia no se podía bajar, que el que está metido entre brasas ardientes se puede quemar si no toma las precauciones y medidas pertinentes.

Cuando vinimos a ayudar a los etíopes, su heroica infantería se tiraba contra los tanques y los blindados del enemigo y eran capaces de ganar voluntades de sus conciudadanos para seguir combatiendo, pero no para ganarla, porque es muy difícil un combate de hombres contra hierro si los últimos no tienen fuego. Lanzaron un SOS, y nuestro Gobierno y pueblo, receptivos ambos, la recibieron. Esa llamada de auxilio desde «la génesis de la humanidad» nos convocó una vez más a salir lanza en ristre con la petulancia irredenta de nuestra vocación internacionalista, que por dejar de tronar lo había hecho no solo en el África, sino en el mundo entero, y no en el siglo XX, también en los anteriores, casi desde los inicios del criollismo. Y nos quedaba un pedazo por armar. Si no éramos capaces de preparar a los etíopes

en el manejo de toda la técnica de combate, difícil de por sí, inimaginablemente difícil para el que no la conoce, no habríamos dado feliz cumplimiento a la misión en este país. Por lo tanto se exigía por nuestra parte un poco de paciencia para hacer el mutis de ese escenario, de por más, épico.

## *Información política*

El horario del día era inviolable. Por las mañanas el matutino, en el que se daba lectura a los materiales escritos aquí o los que nos llegaban desde nuestro Isla. También se incluían notas escuetas recibidas por los teletipos. Pero las grabaciones de audio de noticieros en casetes llegadas por correo gozaban de la mayor preferencia, porque las voces conocidas de locutores cubanos del momento en que casi salimos de la patria nos acercaban a ella.

Estábamos en 1979. Entre tantas informaciones llegó una en la tercera decena del mes de julio. Fue un alborozo grande el ocasionado en nuestras tropas al conocerse de la victoria del Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua, el día 19 contra la dictadura de Anastasio Somoza Debayle, Tachito. Todos nos sentimos alegres, pues después de años de cruenta lucha la guerrilla «nica», seguidora del ejemplo del inmenso Augusto César Sandino, fue capaz de derrocar a tal «gorila» centroamericano, que siguió al Tacho (su padre), Luis (su hermano), y a otras marionetas embutidas a la cañona en los vaivenes políticos de ese país que esquilaban a Nicaragua desde 1937, por supuesto, con la fraternal ayuda de los gobiernos norteamericanos de turno.

No obstante, casi siempre las noticias que recibíamos eran atrasadas. Después llegaba la prensa cubana, con la cual ampliábamos un poco más, pero con un retardo no menor al de quince días. Se imponía buscar nuevas formas para lograr la inmediatez informativa de cada uno de los combatientes cubanos en esa tierra irredenta.

## *Radio Tatak*

Los intentos para crear una seria estación de radio hasta el momento no habían fructificado, y no por falta de interés, sino quizás de capacidad tecnológica, recursos financieros y otros obstáculos. Sabíamos que el mando de la misión, sobre todo los políticos, se preocupaban al respecto.

Un buen día llegó a la zona de Harer un grupo de compañeros enviados desde Cuba con la tarea de montar una emisora de radio, esa que tanto habíamos requerido. El entusiasmo fue casi general, empezando por Cisneros que siempre estaba dispuesto para los inventos y Olivera, insuflándole ánimo al personal y cogiendo una mandarria o un cincel cuando hacía falta.

Así, sin ton ni son, se nos dio la oportunidad de cooperar en la magna tarea. Hubo que hacer adaptaciones a un PAR-5, que es un tipo de transmisor empleado en los aeropuertos como radiofaro, pero no precisamente para transmitir audio, además, que su patrón de radiación (esto significa que para donde se emite la señal, este aparato la propaga no de forma horizontal, sino vertical), ocasionó que se tuviera que adaptar su sistema de radiación de antena. Ya eso lo traía planificado Oberto Medina, oficial de las FAR, compañero mío de los años en Cuba, quien fue uno de los tantos en llegar junto al grupo que integraban también otros del ICR para trabajar en la instalación, y

él, al saber que yo era el jefe del taller de Comunicaciones de la misión no se limitaba a pedir ayuda y colaboración, la que dábamos con gusto.

Se adaptó una maltrecha edificación subutilizada que había en la cúspide de una loma. Allí montamos el transmisor. Abajo, a una distancia bastante considerable, en la entrada del estado mayor en Harer se edificó la cabina de audio. Nada fue coser y cantar. Los integrantes del taller no fuimos los únicos que participamos, pues la actividad no se limitaba a soluciones eminentemente técnicas. Hubo que trabajar en el tendido de cables de comunicaciones para unir la cabina con el transmisor por parte de los especialistas en telefonía, se montaron puntos repetidores en diferentes lugares para que la señal de radio abarcara otras zonas más alejadas, donde estaba acampado el grueso de nuestras tropas, se trabajó duro para calcular las antenas, buscar los elementos necesarios para la construcción de las mismas y luego instalarlas. Esto fue una acción mancomunada. Aquí cooperaron los radistas. Los muchachos de mis amigos tenientes Raúl Despaigne Lazo y López se destacaron poniendo empeño, dedicación, conocimientos y sudor en el quehacer, dando soluciones innovadoras a estos y otros problemas.

Demás está decir que hubo que montar radio bases con amplificadores y bocinas en los diferentes lugares en que se recibiría la señal, porque no se iba a comprar un radiecito para cada combatiente. Hubiera sido lo ideal, pero sería descomunal el gasto.

Pasados los días, con mucho orgullo por los resultados del trabajo desplegado vimos materializada la cuasi quimera que nos motivara tanto.

Cuando salió al aire la emisora, fuimos felices. ¡Hasta los etíopes la escuchaban! Se convirtió en un suceso.

Se le denominó *Radio Tatak*, vaya usted a saber si en recordación al valle donde cerca de Addis Ababa habían pasado un tiempo mis compañeros de la unidad de Comunicaciones o por el significado de la palabra, ¡Victoria!

El locutor anunciaba algo así como: «¡Esta es *Radio Tatak*, frecuencia internacionalista, para los combatientes cubanos en Etiopía socialista!» —sí, porque había locutores, narradores, sonidistas, personal técnico y demás, todos muy profesionales en su labor, enviados por el ICR.

Se buscaron alternativas de comunicaciones para que esta emisora tuviera en su poder informaciones frescas para hacérselas llegar. Además, se producían programas de entretenimiento. En el primero que escuché de corte musical, recuerdo que conocí sobre la existencia de una nueva orquesta cubana, Son 14, con un tal Tiburón Morales como cantante y el locutor anunciando: «¡Este es el *hit parade* de la música cubana! ¡*A Bayamo en coche!*» —la disfrutamos con creces.

Era una colaboración muy seria entre las FAR y el ICR para lograr la eficaz información y el esparcimiento de nuestros combatientes. Habíamos cumplido con una tarea que beneficiaba a casi todos los cubanos en Etiopía y emocionalmente nos acercaba a la patria.

No pude verificar si por la potencia del transmisor y la ubicación de los puntos repetidores los muchachos del campamento de Arba, tan distante, y que me pidieron encarecidamente que apareciera una emisora radial a lo cubano, pudieron escucharla. Por ese lugar no tuve la oportunidad de pasar de nuevo.

Recuerdo que un domingo el técnico de audio buscaba la forma de grabar el sonido de una caballería, creo que para un programa dedicado al aniversario del 10 de octubre

de 1868. Había hecho grabaciones tomando esos sonidos de películas, de dromedarios circundantes y no recuerdo cuánta cantidad de fuentes, pero no le satisfacía el resultado. ¡Majadero, matraquilloso era este técnico con su trabajo, pero muy profesional! Se buscó una caja de madera, la llenó de arena, agarró dos tapas de delcos de carros y golpeando con ellas en la arena, acompasadamente, imitó el trote de un caballo. Luego, con ayuda de la consola de audio, que tenía varias pistas, multiplicó la grabación. El trabajo le llevó tiempo, mas le quedó perfecto.

Resulta ser que aquel programa fue premiado ese año en el Primer Festival de la Radio Cubana, ¿qué les parece?, recuerdo al jefe por la parte civil de ese pequeño destacamento que llevó alegría y ánimo a los combatientes del Frente Este, porque la emisora se escuchaba desde Harer hasta Dire Dawa y en Jijiga con punto retransmisor en el Paso de Marda (lugar que tanto trabajo nos costó tomar). Otros en Amaressa, en Alem Maya y no llegaba la señal de la emisora a Addis Ababa, porque el PAR-5 no era x10.

## *La piscina*

Nada se detenía. En el descanso, otro grupo de entusiastas compañeros lo dedicaba a la reparación de la piscina. Hasta plomeros aparecieron que instalaron las conductoras de agua potable y de drenaje. En un breve plazo quedó reconstruida. La llenaron con el preciado líquido y ¡A bañarnos en ella! El alborozo era general. Ya contábamos con otro entretenimiento para los «ratos libres». Era profunda, larga y ancha con una torre alta en la que se instalaron dos trampolines un poco



endebles (uno se partió el primer día). En este los austeros demostraban sus habilidades en el clavado.

Los etíopes vecinos se colaban en la unidad no se sabe por dónde y sonrientes admiraban la destreza que los cubanos demostraban en la natación. Competencias y juegos de polo acuático con una pelota creo que de básquet. El amigo Olivera, con el entusiasmo que lo caracterizaba seleccionó a los mejores nadadores con el objetivo de retar al resto de las unidades cubanas en la realización de competencias náuticas. A saber, los únicos privilegiados con piscina en Etiopía, éramos nosotros, por lo tanto se suponía que con un entrenamiento sistemático no habría quien nos cogiera el primer lugar. ¡Qué ilusos y qué inconscientes éramos!

A los pocos días se apareció una comisión de las autoridades locales etíopes y nos pidió que suspendiéramos esta distracción, pues estábamos consumiendo agua potable en algo tan superfluo, cuando los moradores del territorio tenían que caminar kilómetros para conseguirla y poder garantizar sus necesidades básicas diarias. Era razonable y creo que fue bochornoso el llamado de atención para todos.

Los vecinos etíopes, alegremente conforme habían admirado a los bañistas cubanos, ante nuestra apenada mirada se encargaron de vaciar la piscina, llevándose el agua para darle un empleo más razonable; pero casi se llena nuevamente con las lágrimas que vertimos al ver cómo se nos escapaba tan sublime distracción, no obstante comprendimos que había sido una tontería criminal lo hecho. Ese derroche, solo podía hacerlo el ricachón pariente de Haile Selassie, anterior dueño de este lugar, al que le importaba un bledo las carencias del prójimo. Todo lo entendimos sin ambages.

## *La piscina ring*

Parecía que había llegado el final de la vida útil de la susodicha piscina, ¡pero no! ¡A nuestra gente allí se le ocurrían cosas tremebundas! Sin maldad, pero...

Los cables que empleábamos para los enlaces telefónicos eran de los tipos P-274 y P-275, de fabricación soviética. Cables finos, pero muy resistentes, a pesar de ser flexibles. De ellos había residuales, porque de vez en cuando era necesario picarlos para tirar una línea de un largo determinado y después, si se empleaban los mismos había que empatarlos, y los empates sucesivos afectan sus características técnicas y cuando ya no las dan, pasan a ser residuales que no se botaban. Siempre había un trozo guardado en alguna parte para cualquier necesidad.

Pues bien, por las noches, algunos se percataron de que el depósito de basura que empleábamos para echar los restos de la comida era visitado asiduamente por hienas, zorrillos, entre otros animalitos.

Un grupo de cazadores aficionados buscó pedazos de cables viejos, de esos que les referí anteriormente; hicieron lazos y los dispusieron en la boca del tanque, tres lazos para precisar, y dispuestos, escondidos en triangulación, esperaron la noche a que llegaran los visitantes furtivos.

Lo primero que capturaron fue una hiena, que enlazada por el cuello se puso muy furiosa. Halando por aquí, por allá y acullá, los muchachos la iban dominando, hasta que la metieron dentro de uno de los albergues, donde Mompié, el mismo que bailó un zapateo en La Makanissa con una serpiente «tres pasos», estaba acostado en la litera, enfundado en su saco de dormir y la hiena le dio

una dentellada al saco por la parte de los pies. Nadie se explica cómo ese hombre logró salir sin zafar el zíper, pero lo hizo. La hiena, con sus dientes, desgarró el duro material sintético. No fue ninguna gracia. Le hubiera podido ocasionar a ese compañero serias lesiones en un pie. ¿Ven que hay que cuidarse de las hienas? Pero, ¿y cómo soltar al animal tan enfurecido? ¡Tremenda interrogante para los cazadores!

Apareció un «inteligente» al que se le ocurrió la gran «idiotez» de meterla en la piscina vacía. Para allá fueron y suavemente la descendieron hasta el fondo. Después cogieron un zorrillo. ¡Lo mismo! Esto lo hacían los jodedores de espalda a la oficialidad o con una complicidad mutua muy discreta para matar entre todos el tedio nocturno. Al otro día aquello, en vez de un zoológico, parecía un *ring* de boxeo. Un animal en una esquina y otro en la otra. ¡En la esquina roja Kit Hiena, en la azul...! cualquier tipo de animal, en total eran cuatro cuidando el espacio que les correspondía.

No se acercaban los unos a los otros, se respetaban. La distracción fue momentánea.

Llegaron a la conclusión de que los animalitos se iban a morir por inanición y quisieron soltarlos. Pero, ¿cómo sacarlos de allá adentro?

Estaba escuchando las ideas de los muchachos: si dormirlos, si asustarlos, si llamar a los que cuidaban en la universidad de Alem Maya a aquel león flaco que rugía con desgano, pero capaz de comerse un elefante...

Alguien encontró detrás de la casa un horcón largo, grueso, lleno de comején. Propuso entonces a estos «zoologianos» situar el tronco desde el borde de la piscina hasta su fondo y dejar que los animalitos determinaran libremente su condición de enclaustró o libertad. Al día

siguiente los cuatro habían escapado. Sin duda, no les gustaba vivir en una piscina seca.

## *El ruso comilón*

En el taller todos teníamos un gran cúmulo de trabajo. Las comunicaciones tienen eso, como los equipos funcionan permanentemente tienden a producirse desperfectos, y al estar limitadas las reservas, había que tener de alta la mayor cantidad de medios posibles. En los momentos en que no había nada que reparar nos dedicábamos a acondicionar los locales asignados de antemano que servirían como taller, base de carga, almacén y oficina. Al parecer, ese lugar sería el de nuestra estancia definitiva. Yo por mi parte, con los equipos rotos de media potencia que me llegaban de todas las unidades del Frente no daba abasto, ni trabajando por las madrugadas, y eso que Cisneros se encargaba de solucionar los de la unidad.

Creo que fue el mayor Guizaldívar, a la postre jefe técnico de la Sección de Comunicaciones de la misión, quien se percató de ello y contactó a un soviético bajito, trabado, viejón, un tipo campechano que conocía esos medios a la perfección. Aprendí con él muchos trucos y marañas en las reparaciones que después me sirvieron. Lo único malo era que ese *tavarich* siempre tenía un hambre atroz. Cuando estaba adentrado solucionando un problema, él venía persignándose el estómago y hacía muecas con la lengua. ¡Ni que comiera mal en su lugar de estancia! Allá iba yo a conseguirle cosas que ni para mi gente y fallé cuando lo abastecí de latas de sardinas, carne rusa, leche en polvo y otros comestibles porque se plantó de glotón, a tal extremo que si no era priorizado, no reparaba nada.

Al principio le presté un pequeño juego de destornilladores japoneses que me habían entregado los etíopes. Según le entendí, me dijo casi ofendido: «¡Estos equipos traen las herramientas para las reparaciones y las piezas en su módulo, no necesitan nada más!» Tenía razón, pero no toda la del mundo.

Agarró un destornillador del módulo de una de las estaciones, pero al emplearlo en un tornillo majadero el susodicho destornillador se hizo un tirabuzón en sus manos.

No le quedó más opción que coger uno de los que yo le ofrecía. ¡Se puso bravo y todo!, no obstante, resolvió el problema y se llevó sus sardinas del día, me dejó con la herramienta en la mano.

Estos aparatos de comunicaciones tenían muchas válvulas electrónicas (bombillos de cristal), y este amigo era un gran destructor de ellos. Cada vez que cogía una de un equipo para sacarla, la rompía. ¡Qué presión tenía en sus manos! ¡Pero cómo sabía y cómo me enseñó! No a mí, sino a otros técnicos y mecánicos del taller, pues no solo estaba ducho en los equipos de media potencia, sino en los demás. Era toda una escuela.

Acabó con la quinta y con los mangos, pero sin él, en ese período, solos no habríamos dado abasto. Creo que la presión en las manos la cogió con el avituallamiento en comestibles y bebestibles que le suministramos.

Al final sacamos nuestros cálculos y con ese comilón ganábamos más de lo que perdíamos, nos ayudó mucho. Hasta aprendimos nuevas palabras en ruso.

## *Los inventores*

Otras actividades colaterales, pero de suma importancia se llevaban a cabo. Si bien, y para todos era de satisfacción

que al menos por el momento la guerra contra los somalos hubiera terminado, era necesario preparar las mejores condiciones para el futuro, pues durante los combates carecimos de muchas cosas importantes, aunque no imprescindibles, como el famoso taller móvil, ya que el que debía habernos llegado no aparecía y yo, en el plano personal no estaba dispuesto a «robarme» otro carro de esos, que en aquella ocasión, «sin comerla ni beberla», me vi fusilado o en el mejor de los casos preso.

En el perfeccionamiento del taller móvil que con anterioridad habíamos montado con lo que tuvimos e hicimos, trabajaban con tremendo afán, día y noche Enrique San Emeterio, Baños Arzola y Mesa Mesa, asesorados, en mis frecuentes ausencias, por Cisneros y el personal que conmigo había laborado en Cuba, el cual tenía experiencia de lo que se necesitaba en este caso, pues estos tres jóvenes no sabían bien qué era lo que había que realizar, pero voluntad, ingenio y laboriosidad les sobraban. Además, perfeccionaban el trailer de la base de carga móvil y a la vez se habilitaba el local del taller fijo con las condiciones necesarias. Estos muchachos, con sus neuronas intranquilas, estaban haciendo modificaciones, innovaciones, racionalizaciones y quizás hasta alguna que otra invención que casi siempre pasan desapercibidas, porque para matar el tiempo, el hombre de trabajo, imbuido en su tarea no reconoce la importancia de las soluciones geniales que le da a los problemas.

No era solo el personal de mi taller el que estaba en estos trajines. En la unidad había un sinfín de cosas por resolver. Vi a un maestro convertirse en tremendo carpintero construyendo libreros para la biblioteca, pues los libros se acumulaban en cajas en la oficina de Olivera; a un pescador demostrar excelentes habilidades tejiendo redes, porque se le ocurrió que se verían bien de fondo

en el escenario de un club multipropósito que se construía para desarrollar las actividades político, culturales y recreativas de la unidad; a un plomero que techaba excelentemente ese lugar con hojas de algún tipo de palmera; a un chofer enredado en la cocina inventando platos nuevos para el consumo del personal; a un aficionado de la bobería cotidiana, si no bien trabajando, al menos dirigiendo el levantamiento de una cerca perimetral, insuflándole ánimos a los que laboraban, buscando soluciones impensadas para resolver carencias y hasta a un estibador del puerto de La Habana sembrando un jardín. Así es el cubano.

En ese momento me tocó proyectar y fabricar una mesa de mando para el estado mayor de la misión. Esta tarea me llevó varios días y la concluí, digamos que con un éxito mayúsculo. Con la ayuda de un viejo mañoso y trabajador carpintero cubano, que supo interpretar mis ideas, se pudo comenzar a armar la estructura. A él le tocó la carpintería y a mí la electrónica. Me preguntaba qué hacía en la misión, porque estaba bastante pasado de edad. Cuando concluimos nos felicitaron. Me alegré más por él, que se enorgullecía como un niño.

### *En las riveras del Mar Rojo*

Era común que de vez en cuando, por una u otra razón de trabajo me ausentara de la unidad. En cierta ocasión avisaron desde el puerto de Assab (o Aseb) que había una estación de radio rota y solicitaban mis servicios. La jefatura me comunicó que al día siguiente, temprano en la mañana, saldría un avión hacia allá desde el aeropuerto de Dire Dawa y que en él tenía reservado un

asiento. Preparé todo lo necesario para la ocasión y al otro día me llevó Meriño hasta la terminal aérea en mi nuevo WAZ- 459, un flamante yipi soviético. Antes andábamos siempre dando tumbos en el camión que ahora se transformaba en taller móvil.

En el aeropuerto, los pasajeros abordamos un avión de carga. ¡Vaya asiento reservado! Me acomodé lo mejor que pude, sentado encima de mi maletín y recostado a una columna de la que me agarré al producirse el despegue. Esto nada más que tenía asientos para los pilotos. A través de una ventanilla vi desde las alturas paisajes contradictorios, llanuras y montañas, lagos y terrenos desérticos, escasas zonas boscosas, neblinas y transparencias, pocas áreas cultivadas y después el mar. El avión hizo un banqueo y aterrizó en una pista polvorienta.

Llegamos a media mañana. Ya había estado aquí, pero en invierno. Fue en yipi, cuando el incidente de los leones. Además, en aquella oportunidad solo estuve unas horas. No fuimos exactamente a la localidad de Assab.

Contrastes de la Madre Natura en ese país. Cuando arribamos al aeropuerto de Addis Ababa, había recibido la impresión de que al salir por la puerta del avión me habían golpeado con una plancha de *plywood* por el frío que hacía.

Ahora aquí sentí como si me hubieran pegado con una de aluminio al rojo vivo. ¡Qué calor! ¡Más de cuarenta y cinco grados Celsius! Tomé una bocanada de ese aire caliente y me pregunté cómo era posible que seres humanos vivos nos pudieran recibir allá afuera, a los pies de la escalera del avión, sonrientes por demás.

Años después, en el invierno de 1986 o en el de 1987, estando en la entonces ciudad de Leningrado, hoy de nuevo San Petersburgo, en la antigua URSS, los termó-



metros del observatorio meteorológico del lugar registraron la temperatura más baja en esa ciudad desde su fundación en 1703, ¡menos de cuarenta y cinco grados Celsius! Por lo tanto, mi enjuto cuerpo ha tenido la osadía de resistir una diferencia de noventa grados. ¡Vaya si hay adaptabilidad o no en el ser humano para soportar diferencias climáticas!

En Assab, hasta pasado algún tiempo pensé que me asfixiaba.

En la terminal aérea, si se le podía llamar así, me recibió un capitán al que no conocía. Él me encontró enseguida, pues no éramos muchos los pasajeros. Iba preguntando: «¿Usted es Herrera, usted es Herrera...?» —al escucharlo le respondí: «¡Herrera soy yo!» De inmediato compadramos, nos montamos en un carro que él conducía y como si fuera un guía de turismo me iba explicando por el camino qué y cómo era aquello allí. Pormenorizaba y yo casi ni podía preguntar aunque quisiera.

Se echó a reír mientras me extendía una botella de Fanta bien fría, sacada de una pequeña neverita plástica. «Teniente, el calor aquí es del cara... Hay que tomar mucho líquido, y si es frío, mejor, porque de lo contrario te deshidratas. ¡Ya te acostumbrarás!» —me dijo con sorna mientras me veía sufriendo.

Llegamos a la Ciudad Puerto. En el camino el polvo atoraba las vías respiratorias, no vi hierbas, solo tierra seca, arenosa, rajada. A la izquierda, en el trayecto, de vez en cuando se podía divisar el mar, que desde las cortas estancias en Luanda no veía y que en mi vida ha sido una constante, porque La Habana sin mar no es La Habana.

Este era otro, el Mar Rojo. ¡Aleluya...! ¡Conocer el Mar Rojo! Sin embargo me llamó la atención de que estaba

tan azul como los demás. Me quedé con la duda de por qué lo denominaron así. Ahora no tenía ánimos para preguntar eso. Sudaba demasiado, e increíblemente el sudor se esfumaba enseguida.

La ciudad tenía bastantes construcciones de madera, de mampostería, piedras, ladrillos y demás. Lo pude apreciar durante el recorrido por la vía que transitábamos. El capitán parqueó el vehículo en un lugar que se me antojó como el fin del mundo, quizás porque allí terminaba la calle frente a una amplia edificación tipo *bungalow*, similar a los antiquísimos que resisten todavía los embates atmosféricos y del tiempo, característicos en algunas de nuestras playas en Cuba, hechos de madera machihembrada, amplios ventanales y techos a cuatro aguas.

«Llegamos, teniente. Aquel que se ve allá es el equipo que hay que arreglar, pero primero vamos para que te acomodes» —me dijo señalando para el camión donde viene montada este tipo de estación de radio, parqueado en una explanada cercana, muy cerca de la costa.

Y entramos a la casa. ¡Aire acondicionado! ¡Menos mal, porque a mí se me habían puesto flojitos los dientes, las uñas y hasta los pelos con esa temperatura ambiente, buena para asar cárnicos a fuego lento!

Saludé a tres o cuatro compañeros que allí estaban. Tampoco me eran conocidos, pero daba igual, éramos todos cubanos. Me asignaron una cama y una mesita de noche donde ubiqué mis cosas. Después almorcé opíparamente. Cualquiera persona recibida así en un lugar podría pensar que estaban haciéndole un trabajo de captación para que se quedara. El trato fue excelente. Hasta una cerveza fría me dieron con el almuerzo. Dentro del recinto estaba prohibido fumar por la climatización, así

que salí y a la sombra del portalón sin barandas que rodeaba la casa encendí un cigarro.

Estaba deleitándome con su aroma y mirando al mar. Por costumbre crucé las manos detrás de la espalda. En la derecha el cigarro entre los dedos índice y del medio y sentí que me lo arrebataban. Me volteé. ¡Un chivo, amigos...! ¡Un chivo «barbú» me lo quitó con esos dientes feos que tienen! Lo mordió, botó la parte de la candela y se comió el resto. ¿Qué les parece?

Allí no había ni papelitos, ni hojas de los escasos árboles, ni hierba seca. Eso sí, chivos al por mayor y se comían todo lo que pudieran encontrar apetitoso. Aprendí aquí que también, si de chivos hambrientos se trata, tenía que cuidar mis cigarros, mi pulóver y hasta mis calzoncillos.

Un poco asombrado y hasta divertido por lo sucedido recogí lo necesario para ir a ver el equipo roto, no sin antes comentarle lo sucedido a uno que estaba sentado en la sala. «¡Ah, sí!, aquí ellos se comen todo lo que dejes descuidado y les sirva para llenarse la panza, si no tienen apenas hierba, mi hijo».

Me fui hasta la estación de radio. Cuando llegué recibí una sorpresa: «¡Herrera! ¡Al fin viniste!» —exclamó con muchísima alegría el operador, jefe de estación. No tenía a nadie más. Era uno de los reservistas a los que yo les había dado clases en Cuba, cuando nos concentraron antes de partir para este país y no nos habíamos vuelto a ver. Me dio un efusivo abrazo.

—Mira, aquí vas a estar cómodo —y se vanaglorió de sus tres ventiladores que entraban y sacaban aire caliente de la estación.

—Oye, ¿cómo te has podido acostumbrar a estas temperaturas? —le pregunté.

—¡Na', que el ser humano es así, qué cara...! Al principio pensé que me derretía, pero mírame. Ya estoy acostumbrado —me respondió sacando de una nevera plástica algunas fantás sumergidas en agua con hielo y una cerveza.

Ellos recibían este tratamiento diferenciado con respecto a los que estábamos en el Frente, pero lo entendí. No estaban tirando tiros, pero solo por el hecho de estar en este «infierno», lo merecían.

Hacía tres días que él no podía realizar sus funciones. El equipo se le había averiado y estaba solo en la estación. Dominaba bien su trabajo, pero aquí no había ningún especialista radiotécnico. Me dijo que se desesperaba, pues transmitir y recibir informaciones, más que su obligación y deber, constituía su pasatiempo. Cuando se rompió, nada más había comunicación telefónica a través de un radio enlace, que también tenía un solo operador cubano y se encontraba lejos de este lugar.

Resolvimos en media hora los desperfectos. No estaban complicados. Eran en el transmisor y en un receptor de onda media que con audífonos se podía escuchar un poco de todo, incluyendo música estrambótica para el oído de un cubano. Para el caso daba igual, era música, y a él tampoco le llegaba hasta aquí *Radio Tatek*.

Procuraba librarse del calor con sus ventiladores, entre los que había un motor con aspas que vaya usted a saber dónde se lo encontró, pero refrescaba. Parecía un turbo reactor por la bulla que hacía. No obstante, mitigaba la pena de la tarde, que para mí era aún insoportable. Por ser el único que trabajaba en la radio estación no podía ir al *bungalow* para refrescar un poco. Hasta la comida y el agua para bañarse se le llevaba al lugar.

Yo había dado cumplimiento a la tarea asignada aquí, en el puerto de Assab. Por lo tanto, ahora solo me restaba esperar el retorno, casi que «vagueando», allá en mi unidad no tenía oportunidad para ello. La jefatura de este lugar coordinaría con la de la misión el momento de mi regreso. Los vuelos de aviones no eran diarios.

La canícula perenne pronto la compensé con la tranquilidad. Se me ocurrió entonces sentarme en un banco de concreto frente al mar. A mi izquierda había un muelle largo y ancho. La orilla cerca de mí no se mostraba buena para meterse al agua y darse un chapuzón por la cantidad de arrecifes puntiagudos, pero un poco más allá, por el muelle, parecía posible. Allí no se veía el fondo del mar.

Decidido a mojarme quizás por única vez en el mítico Mar Rojo entré al *bungalow*, me puse un *shorts* verde olivo, corrí hacia el muelle y me di tremenda zambullida en aguas a las que no les encontré el fondo a pesar de mis brazadas hacia abajo. ¡Estaba más que tibia! Enseguida vino un camarada corriendo y en cuanto saqué la cabeza a la superficie me gritó: «¡Oiga... oiga... oye, ven acá!» —se agachó en cuclillas y me extendió su mano izquierda, para ayudarme a salir.

Pensé que el equipo se había roto de nuevo, porque el hombre estaba como que apurado. Le extendí mi mano, con su ayuda a la siguiente ola pude subir.

Se quedó mirando al mar. Hizo un gesto de negación con la cabeza frunciendo el ceño y los labios y me indicó con un ademán que lo siguiera. Llegamos hasta el banco desde el que se me había ocurrido bañarme en las cálidas aguas.

«Mire para allá. Eso es una refinería de petróleo. ¿Ve las torres y la llama del combustible acompañante quemándose

encima?» —le respondí que sí, mientras daba salticos para que se me escurrieran las gotas—. «Bueno» —continuó diciendo— «cuando oscurezca, va a ver el resplandor de esas llamaradas ahí, en la bahía, en la parte donde usted se tiró. Siéntese aquí mismo y mire el reflejo de la candela en el agua. Lo demás se lo dejo para que saque sus propias conclusiones. Consejo sano: «Ahí no se tire más, ¿de acuerdo?» «¡De acuerdo!» —le contesté—. Pero quería saber el motivo. No pude de inmediato, pues se marchó apresuradamente en dirección a un yipi en el que salió disparado.

Me fui a enjuagar el agua salada al baño. No le pregunté nada a nadie. Yo no supe quién era ese cubano que me sacó del mar y me quedé con la duda toda la tarde.

Después de la comida, ya oscureciendo, corría una brisa un poco más agradable a la intemperie. Tomé café, salí al portal, me cercioré de que no hubiera chivos cerca y encendí un cigarro. Me fui hasta el banco a fumármelo sentado, mientras miraba los reflejos en el agua producidos por las llamaradas de las torres lejanas. A los amigos de allí al parecer no les gustaba mirar el mar, la caída de la tarde o a los barcos anclados en el puerto, que ya había algunos con las luces de abordaje encendidas. Quizás estaban aburridos del espectáculo.

No pasó mucho tiempo, al mirar ¡por tu vida! ¡se me erizaron todos los pelos del cuerpo! Donde yo me había tirado comenzaron a aparecer aletas, indudablemente de tiburones, de allá para acá y de aquí para allá. ¡No lo podía creer!

En Cuba, en el malecón habanero o en las playas a las que he ido nunca los había visto ¡¿Tiburones...?! Solo he admirado la imponente anatomía de estos bichos en el Acuario Nacional de mi capital, en las pantallas de

cine y en televisión. Fui hasta la estación de radio que arreglé y le conté lo sucedido al operador.

Se desternilló de la risa y no supe interpretar si hubo burla, sadismo o susto por su parte cuando me explicó que los barcos atracados en el puerto, en esa zona, lavan las bodegas y por lo tanto, los desperdicios arrojados eran de sumo interés para esas «tiñosas» de mar, e incluso para otros «carroñeros».

¡De buena libré! Estaba atiborrado de enseñanzas peligrosas en este país.

Más tarde fui para el *bungalow*. Los compañeros jugaban dominó, ping-pong, hacían cuentos, leían, escuchaban música..., en fin, pasaban el tiempo. Nadie me comentó sobre los escualos, por lo tanto supuse que ellos no se habían enterado, pero el jefe del lugar se me acercó y me dijo bajito:

—¡Te asustaste, teniente!

—¿Eh, y usted cómo lo supo? —le interrogué y me respondió con una sonrisa sarcástica.

Porque mandé por la tarde a un sargento a sacarte del agua después vi cuando te sentaste a ver los reflejos de las torres de petróleo y cuando fuiste a preguntarle al operador del R-118.

Nada, que pensaba que los cristales de su oficina solo los tenía para dejar que le entrara claridad.

—Mañana vamos un grupo a una playita cercana. Estás invitado —me dijo con sorna.

—¿Adónde...? ¡Na! Gracias por la invitación.

—Oye, que te quedan unos cuantos días aquí, hasta que haya un vuelo para Dire Dawa y este lugar es tedioso, aburrido... a no ser que ¡ah sí! Mañana entra un barco nuestro y hay que descargar mercancías —me dijo.

—Oiga mayor, yo tengo la columna vertebral desbaratada. No puedo cargar cosas pesadas —le riposté.

—Está bien, te quedas aquí, cuidas la casa y lo que se vaya descargando —buscó rápido la solución para mi justificación.

—¡Pero mañana domingo nos vamos para la playa! ¿Verdad? —insistió.

¡Y vaya empeño de este hombre de que me metiera de nuevo en el Mar Rojo! Si al fin y al cabo, ya les dije que se ve tan azul como cualquier otro y el agua es salada, creo que un poquito más de lo normal, pero igualita a las que rodean a nuestro Archipiélago.

No hubo forma de eludir la invitación. A tanta insistencia al otro día salimos en tres carros para la susodicha playa. Cuando llegamos había muchos bañistas en un pedazo de costa con un poco de arena protegidos del resto del mar por una cerca metálica con huecos muy reducidos. «Por ahí no pasan tiburones» —me dije—. A pesar de la cerca me bañé desconfiado y en la orillita, por si las moscas. La mayor parte del tiempo la dediqué a jugar un poco de voleibol de playa.

Mediando el día estábamos de regreso. El sol picaba fuerte y al volver al aire acondicionado sentí un alivio increíble. Me enjuagué con agua dulce y después del opíparo almuerzo me acosté a descansar.

En la cama contigua reposaba un oficial de avanzada edad. Peinaba canas. Anteriormente había observado que cuando este hablaba lo hacía casi en un susurro, pero se le entendía claro por su buena dicción.

—¿Por qué habrán nombrado al Mar Rojo así, si yo lo veo tan azul como los demás? —solté la interrogante como quien no quiere las cosas.

El hombre bostezó, se ladeó hacia mí y después de estirarse un poco me dijo:



—Bueno, mi hijo, esa misma pregunta me la hice el año pasado cuando llegué aquí. Entonces comentándolo con el capitán de un barco cubano que vino, me explicó lo que sabía. Primero que él sí había visto el Mar Rojo tiñéndose con ese color, pero por sectores. Me explicó que esto es un estrecho de mar interno que separa la península arábiga y el oeste de Asia, de la parte nororiental de África. Aquí, en las costas de Etiopía se originan mareas rojas como consecuencia del aumento explosivo de las poblaciones de un grupo de algas unicelulares diminutas, llamadas dinoflagelados, que pueden asfixiar a los peces o producir toxinas que son letales para los seres humanos que consuman mariscos contaminados con las mismas. De ahí que yo no los como, solo los que vienen en latas de otros lugares. ¿Complacido con la explicación?

—Usted grabó hasta el nombrecito de los dinoflagelados —repetí con dificultad— ¿Cómo no se le ha olvidado? —le pregunté.

—Porque soy un biólogo metido a guardia. A ti se te puede olvidar si no lo copias y lo repites unas cuantas veces. Bueno, deja ver si duermo un poquito, que dentro de un rato nos están llamando para la descarga del barco que llegó, y aquí, por muy internacionalistas que seamos, también nos cobran estadía en el puerto. Con tu permiso, mi hijo —y se viró para el otro lado.

Me pregunté qué hacía este hombre aquí, si tenía edad para estar metido en el asilo de Santovenia. Con los años que yo tenía por aquel entonces, a todos los «maduros», los consideraba viejos y entonces me percaté que todavía podían hacer algo, porque ahora, estando todo descalabrado lo estoy haciendo. Solo es voluntad.

Era una cátedra ese viejito. Después supe que había sido profesor de preuniversitario en Cuba antes de integrar las

FAR. Le agradecí la explicación y lo sentí por él, porque no pudo dormir mucho. Así que hay que cuidarse de las mareas rojas, del calor, de los chivos, de los tiburones, de las mareas, ¿de qué más? Y eso que estábamos lejos de los escenarios de la supuestamente pasada guerra, pero esta zona de Etiopía no permanecía muy tranquila que digamos y hubo sus consecuencias futuras. De vez en cuando y de cuando en vez se escuchaban tiritos «bobos», a tal extremo que toda esta franja costera, en los momentos actuales ya no pertenece a los etíopes, ahora es de Eritrea. Los etíopes se quedaron sin salida al mar, porque Yibuti también se independizó. Aquí se producían conflictos bélicos, no alejados de la frontera somalí, ya que Yibuti y Somalia tienen fronteras comunes.

Como a las 16:00 horas el mayor nos llamó a todos y dio indicaciones. Por orden de él quedé custodiando la casa. Me dije que esto sería para largo, entonces le pedí las llaves del *bungalow* me las dio, se fueron y partí a recorrer los alrededores sin alejarme mucho, después me senté frente al mar a tomarme una cerveza.

Me despedí del Mar Rojo por el que ahora pululan piratas, dicen que somalos, en pleno siglo XXI, haciendo grandes estragos, inevitables a pesar de los increíbles avances tecnológicos alcanzados por el hombre.

El regreso nos tocó en un avión de carga de fabricación soviética. En el viaje iban muchachos jóvenes nuestros, del servicio militar, que habían llegado por vía marítima. Al parecer no todos tenían experiencias montando aviones, y menos de carga. Este, sin asientos, sin las condiciones idóneas, provocó que muchos durante el trayecto vomitaran hasta la vida. La fetidez dentro de la nave se hizo insoportable. Suerte que el viaje no era demasiado largo. Deseábamos que se pudieran abrir las

ventanillas para dejar escapar un poco de aire viciado. Pero de todas formas no tenía y a esta altitud era imposible. Al fin llegamos a Dire Dawa. Me esperaba el chofer en el yipi, acompañado de otros amigos.

## *Torneo boxístico*

Algunas noches después se realizaría, entre equipos, un torneo de boxeo en Harer representando a la casi totalidad de las unidades cubanas radicadas en el Frente. Me sentía en magnífica forma física para participar, aunque nunca he practicado ese deporte. Lo mío fue el salto largo, la esgrima, la gimnasia, el judo y el voleibol. Le comenté a Barcada, mi jefe de unidad, la disposición de participar en el evento. Con una sonrisa que se me antojó burlona, pero convencido de mi buena voluntad se fue con la retórica persuasiva de mi falta de entrenamiento para tales lides y me quitó la idea. A mí lo que me preocupaba era que no hubiera división para mi peso en correspondencia con la estatura. ¡Estaba más flaco que un «güin»! y no por falta de *manyare* (comida, según el idioma de los etíopes), que conste.

Fuimos a presenciar el encuentro en un lugar a la intemperie, en medio de la ciudad, en un terreno abrupto, con colinas y un declive. En los bajos instalaron un *ring* de boxeo, construido rústicamente con los recursos que encontraron. Desde las colinas aledañas se podía presenciar bien. Aquello estaba repleto de espectadores. Cubanos, etíopes, soviéticos, hombres, mujeres, niños, ancianos...

Había hasta amplificación local en español y amárico. Cuando los narradores deportivos empezaron a describir los combates no se entendía nada por el enredo y la

interferencia al escuchar los dos idiomas a la vez. Además, se transmitía por control remoto para *Radio Tattak* a los internacionalistas cubanos a los que les llegaba la emisora y no tuvieron el privilegio de asistir. Nunca pregunté cómo oyeron la señal. Nosotros presenciamos lo ocurrido, pero si por la radio salió la bulla y el enredo que había, dudo mucho que entendieran bien.

Viendo los golpes que se propinaron en la competencia me alegré de que Barcada me hubiera persuadido para no participar. ¡Qué consejo más sano! Se lo agradecí.

¿¡Si de boxeo se trata!?! Unos cuantos salieron «desconchinflados». Indudablemente fue un magnífico espectáculo deportivo, sobre todo para los que no escalamos el *ring*. Por aquellos años setenta del pasado siglo, la escuadra cubana de boxeo, encabezada sobre todo por nuestro gran Teófilo Stevenson cosechaba cualquier cantidad de medallas de oro en los torneos internacionales, incluyendo las olimpiadas. Queríamos parecernos a ellos, pero para eso se necesita mucho más que entusiasmo y voluntad...

Como esta, se organizaron un sinnúmero de actividades deportivas y también de carácter político y cultural. Participábamos en todas las que podíamos.

## *El club*

En mi unidad se había terminado la construcción del club multipropósito, una edificación tipo ranchón, que podía acomodar perfectamente a cien personas sentadas y cualquier cantidad parada.

Como dije antes la sección política de la misión tenía un camión preparado como cine-móvil que con frecuen-

cia nos visitaba. Cuando venía, ese ranchón era el lugar idóneo para las proyecciones, pues teníamos hasta una pared pintada de blanco para no pasar trabajo desplegando la pantalla. Proyectaron varios filmes cubanos. El auditorio no solo lo poníamos nosotros, sino también la población etíope vecina que acudía. Recuerdo lo sucedido cuando rodaron *La última cena*, de Tomás Gutiérrez Alea. Cuando salió el esclavo con el machete en la mano..., escena por demás memorable, la gritería de los etíopes fue impresionante. Supongo que ellos no habían visto películas en las que un hombre de raza negra resultara ser el héroe. Estaban muy emocionados y pidieron verla nuevamente. Ante la disposición de los proyectonista, Barcada y Olivera dieron su anuencia. Los etíopes que estaban, entusiasmados, mandaron emisarios a las comunidades cercanas y aquello se abarrotó de nativos antes de que los operadores rebobinaran los rollos de la película, lo que denotó que tenían un efectivo sistema de aviso montado.

Las salas cinematográficas etíopes, casi todas, por no ser absoluto, proyectaban filmes de procedencia capitalista. Los pocos que pude ver eran solo de franca valía para el entretenimiento superfluo. *La última cena*, *Rancheador* y otros, eran la contraparte que ellos no habían tenido la oportunidad de presenciar.

En una ocasión, el agradable y muy recordado Conjunto Artístico de las FAR también actuó en nuestro club y en otra presentación, el portal y la amplia escalera de la casa de la jefatura les sirvió de escenario más propicio para el espectáculo brindado. Lástima que no exista dicha agrupación, procedente del Movimiento de Artistas Aficionados de las FAR. Esta fue una gran cantera para el arte cubano.

## *Unión de Jóvenes Comunistas*

Dentro de muy poco se celebraría la Asamblea de Balance de la UJC. El político de nuestra unidad y Cisneros, que era el secretario general del Partido Comunista de Cuba, resultaban ser muy eficientes desplegando cada cual estas labores mancomunadamente. Se empeñaban en que todo el proceso previo y la actividad como tal quedaran lo mejor posible. Para ello, dentro de otras cuestiones, Olivera se agenció de pinturas, brochas, pinceles... con el objetivo de arreglar una sala grande subutilizada que había en la casa y convertirla en salón de reuniones. En algún lugar localizó a un buen pintor, estudiante interrumpido de la Academia de San Alejandro, de La Habana.

Este transformó paredes «mudas» de ese recinto en emisoras de disímiles mensajes de cubanía. Trabajaba incansablemente. Me confesó en una oportunidad que estaba prolongando su estancia en la unidad, porque en la de él había mucho polvo. Yo lo sabía, pues en varias ocasiones estuve en ese lugar de terreno reseco. Allí, el tráfico de los vehículos, el viento batiendo un poco y alguna que otra caravana de dromedarios o personas transitando, tornaban el aire en casi irrespirable.

La pared que pintaba en el salón donde se efectuaría la asamblea le resultó la más difícil. Tenía que esmerarse, pues se quería hacer algo vistoso y solemne a la vez. Olivera, le seguía el trabajo de forma constante. El pintor montó un *collage* que le llevó tiempo y minuciosidad. Nosotros pensábamos que lo había concluido definitivamente instantes antes de que empezara la actividad, pero cuando concluyó la misma continuó adicionándole cosas todo el tiempo que pudo, hasta que lo mandaron

a buscar de regreso a su sitio de origen. Muy a gusto, según me dijo, se hubiera quedado aquí hasta el cumplimiento de su misión. Eso mismo me pasó en lugares donde hice estancia, con condiciones de vida mejores que las que tenía en mi unidad. Lo comprendí. ¡Y yo, en ocasiones me quejaba de la mía!

Llegó el día de celebrar la Asamblea de Balance. Me tocó presentar el informe central ante todos los militantes, los invitados y los representantes del organismo superior. Después de debatir los puntos a analizar, llegó el momento de efectuar la elección de la nueva dirección del comité de base. Para mi sorpresa, en la votación directa y secreta llevada a cabo me eligieron por unanimidad como secretario general de la UJC, cuyo símbolo representa el Estudio, el Trabajo y el Fusil acompañando a los inmortales y queridos Mella, Camilo y Che. No podía quedar mal ante la confianza depositada por el colectivo. Carecía de experiencia en este sentido, pero la había en los otros miembros elegidos. Asumimos la responsabilidad sabiendo que nos costaría gran esfuerzo.

No obstante, orientados por Cisneros, Olivera y por todos aquellos que tenían conocimientos y buena voluntad, la desarrollamos con entusiasmo. Para mí no era solo el trabajo al frente del taller y la reparación de la técnica, ahora tenía una tarea adicional, política por demás, que me consumía tiempo y esfuerzo realizarla. Dirigir a una masa juvenil, acabada de salir de la adolescencia, con la candela del fragor de los combates anteriores resultaba interesante. En la mayoría de estos muchachos se manifestaba una seriedad peculiar. Incluso, sin necesidad de orientarlos eran capaces de apadrinar a los novatos recién llegados, contándoles y adiestrándolos con sus vivencias en este país. En ese tiempo se

estaba aumentando el número de integrantes de la unidad, pero a la vez se efectuaba el relevo de los más antiguos por jóvenes provenientes del servicio militar. Se iban los más viejos y con ellos la experiencia. Los que estaban aún y los que llegaban no demeritaban en lo absoluto nuestras labores militares o políticas. Había una inyección de sangre nueva con la que se podía contar para dar cumplimiento tanto a las individuales como colectivas.

### *Condecoración y ascenso en grado militar*

Por esos días, una representación de los participantes en la guerra de las unidades cubanas, fuimos condecorados en un acto en la universidad de Alem Maya, presidido por el entonces Presidente del país, además del mando militar supremo cubano que había en aquel momento.

Era la primera condecoración que recibía. Vendrían otras después; pero esta, la primera, no se olvida. Todos con los pechos erguidos, en atención, bajo un sol que rajaba las piedras, esperando que nos pincharan con los alfileres de las medallas. La conservo celosamente. Es la única que poseo otorgada por otro país, con la singularidad de que allí fui a arriesgar la vida.

Para mi sorpresa, unos días después y un año antes de lo estipulado por el Reglamento Militar vigente en aquel momento, me ascendieron por estímulo al grado inmediato superior en la escala militar, primer teniente. A otros compañeros de la unidad también. Ese día se hizo una comida especial.



## *Paparazzi*

El estado mayor había comenzado a asignar un pequeño presupuesto para la compra de materiales con el objetivo de realizar los trabajos de reparación y mantenimiento de la técnica. Por la parte de Comunicaciones, en mi condición de jefe de taller de la misión, me habían dado la tarea de adquirirlos y repartirlos entre todos los de las unidades, según sus requerimientos. Dire Dawa era la plaza más apropiada por los alrededores donde se comercializaban la mayoría de estos insumos.

En una oportunidad me llevé, en mi yipi, a otros compañeros que tenían que resolver algunos problemas en ese lugar. Como no era mucho ni voluminoso lo que iba a comprar no tenía inconveniente en que todos los asientos estuvieran ocupados. Entre una cosa y otra nos cogió la hora acostumbrada en que los dependientes de los establecimientos iban a almorzar. San Emeterio y yo nos quedamos en una de las áreas comerciales, donde sabía que podría adquirir lo necesario. Tendríamos que esperar a que abrieran nuevamente las tiendas y le dije al chofer que llevara a los «convoyados» para que fueran resolviendo los líos que les quedaban pendientes. Así adelantaban y no nos cogería muy tarde para el regreso. Nos fuimos hasta la Compañía Eléctrica de la ciudad que también estaba cerrada y era el único sitio cercano, más alto que los demás, donde había un poco de sombra huidiza por el movimiento del sol, pero sombra al fin y al cabo.

San Emeterio se situó a un lado del portón principal y yo al otro, acomodándonos lo mejor posible en las basas de las columnas que flanquean la puerta principal, con los fusiles AKM apoyados en el piso, nos pusimos

a hablar de cualquier tema mientras esperábamos que volvieran a abrir los comercios.

De pronto él me dice, casi sin mover los labios:

—¡Mire, teniente!

—¿Qué pasa? —lo interrogué.

—¡Allí, allí! —dijo señalando con un leve gesto de la cabeza para una plazoleta cercana, desde la cual una pareja de extranjeros, hombre y mujer, ambos blancos, rubios, indudablemente europeos, cámara en mano, nos fotografiaban.

—¡Vamos, San Emeterio!

Al percatarse que los habíamos visto y que íbamos hacia ellos a paso acelerado, corrieron, se montaron en su auto y al verse cogidos *in fraganti*, envueltos en la nebulosa de un posible delito, se escaparon levantando buena polvareda. «El que no la debe, no la teme» —me dije.

—¿¡Ah... sí!? Esto me huele mal, Macao.

—Teniente, esta debe de ser de la gente que se dedica a tirar fotos a los cubanos y después las publican en revistas y periódicos por ahí, por otros países —me expresó San Emeterio casi que alterado.

—¡O las usan para chantajear o levantar calumnias! —agregué.

Efectivamente. Desde hacía algún tiempo, según nos habían advertido, la prensa internacional capitalista, lanzaba una fuerte campaña publicitaria referida a la participación de cubanos en esta guerra, y la misma iba acompañada de fotos.

—¡Di tú! ¡La Compañía Eléctrica de la ciudad de Dire Dawa, tomada por asalto por los cubanos! ¡Qué buen reportaje! ¡Tarro reportaje! ¡A nosotros no nos van a coger para ese relajo! —le referí mirando al edificio cercano.

Ya se abrían algunas tiendas y un etíope que había sido testigo del problema estaba parado, mirándonos. Nos le acercamos y comunicándonos con él como pudimos, nos explicó, más que decir, que esos extranjeros debían estar hospedados en el Ras Hotel de la ciudad.

En ese preciso momento llegó el yipi con el resto de nuestros compañeros. Rápidamente montamos y le indiqué al chofer que se dirigiera al susodicho hotel. Por el camino les contamos lo ocurrido.

Al llegar, detectamos que en el parqueo estaba el auto de los «fotógrafos». Macao había tenido la genial «chispa» de tomar el número de la chapa, así que no cabía duda alguna. Salí disparado, AKM en mano, y tras de mí San Emeterio y Maceo, un mulato como de siete pies y doscientas cincuenta libras de peso, que me dijo en un tono como de advertencia:

—Teniente, que esos son extranjeros.

—¿Y nosotros qué somos aquí, chico? ¿Tú eres etíope? ¡Si quieres quédate! —le espeté, pero nos siguió, aunque me pareció un poco acobardado.

Entramos al lujoso vestíbulo del hotel casi en zafarrancho de combate ante la mirada atónita de los presentes.

Allí estaba la parejita, riendo a carcajadas, divertidísima, arrimada al mostrador de un bar, junto a otras personas que parecían ser de la misma nacionalidad. Cuando pude escucharlos me percaté de que la lengua que hablaban era germana, que es inconfundible, aunque no pude definir, exactamente, que fueran «alemanes».

Al vernos enmudecieron y nos miraron con asombro. Sus rostros pasaron de la risa a la gravedad. San Emeterio le indicó a Maceo el tipo de cámara, este se le acercó

y por señas le pidió el rollo. El germano se negó con un ademán y el mulato se la arrebató con rollo y todo al ver la actitud hostil que asumió el grupo germano (no era para menos) rastrillamos los fusiles. Salimos del hotel con la misma celeridad que entramos. Montamos en el carro y partimos rumbo a Harer. No nos habíamos alejado mucho cuando teníamos detrás dos autos cargados de europeos.

Cuando tomamos la serpenteante y peligrosa carretera bordeando los barrancos, que une a Dire Dawa con la que conduce a Harer, uno de los carros se nos adelantó. El que iba al lado del chofer gesticulaba gritando vaya usted a saber qué cosa. Mi chofer le gritó: «¡La tuya por si acaso!» —y lo dejó irse delante. Íbamos escoltados. ¡Qué maravilla!, germanos en la vanguardia y en la retaguardia.

Los muchachos míos, que iban en la parte posterior del yipi, tenían zafada la capota trasera para que circulara mejor el aire. La levantaron, rastrillaron sus fusiles y apuntaron al carro que nos seguía. El conductor de este, al ver el cañón de los fusiles inmediatamente frenó. Yo por mi parte ya había sacado mi AK por la ventanilla y apuntaba al que nos precedía, que estaba intentando cerrarnos el paso. Parece que el chofer vio también mi cañón por el retrovisor, aceleró, y al rato lo perdimos de vista. ¡Cómo corría la maquinita esa! ¡Y lo peligrosa que es esa vía con sus curvas, estrecheces y barrancos! Podrían haberse despeñado.

Pensé: «Bueno, tremendo lío el que me he buscado. De primer teniente paro en soldado raso presidiario, pero a mí no me da la real gana de que nadie nos esté tirando fotos así como así. Me parece que estos germanos no se van a quedar dados, vamos a hacer las cosas como

se deben hacer, esperemos». «¡Sigue recto para el estado mayor!» —le ordené al chofer.

Pasamos por delante de nuestra unidad sin parar y continuamos rumbo a la sede de la máxima jefatura. Cuando llegamos fui directo al local de la guardia y al contarle lo sucedido me remitió a un oficial de la Contrainteligencia Militar (CIM), que estaba en su oficina.

Llegué hasta allí, le entregué la cámara fotográfica y le expliqué lo ocurrido.

—Espéreme aquí un momento —me dijo. Al poco rato retornó, pero sin la cámara.

—¡Vaya tranquilo, teniente! ¡Hizo bien! Si se arma escándalo, ¡que se arme! Ellos no son nadie para estar sacándole fotos a nuestra gente, y esta no es la primera ocasión, ustedes lo saben. Dice el jefe que actuaron muy bien.

Nos despedimos y regresamos para la unidad. Por supuesto, a Barcada y a los demás oficiales les comunicamos lo sucedido.

Yo no sé a qué jefe se había referido el oficial de la CIM, porque esa misma noche, después de comida, tuvimos que presentarnos en el estado mayor nuevamente. Nos pasaron a un local donde nos hicieron cualquier cantidad de preguntas. Hubo que contarles pormenorizadamente todos los acontecimientos y no entendían. Nos acusaban hasta de poder armar un escándalo internacional. ¡Por nada y nos excomulgan sobre todo a mí! No obstante, escuchando nuestros argumentos fueron entendiendo y se apaciguaron un poco.

En ese momento vino un compañero que trajo consigo el rollito y las instantáneas reveladas. En las fotos aparecíamos San Emeterio y yo, armados con los sendos AKM. Daba la impresión de que ambos custodiábamos el

portón del edificio. Les habían quedado perfectas. Hasta el letrero del lugar, sobre nuestras cabezas, salió clarito: Electric Company of Dire Dawa. Nos habían tirado tres desde ángulos diferentes. Pero para sorpresa de los presentes, menos para el fotógrafo que había hecho el trabajo, en el resto de las fotos del rollo aparecían más coterráneos nuestros. Los jefes que nos entrevistaban se quedaron asombrados a tal extremo, que cambiaron su actitud hacia con nosotros. De la seriedad pasaron casi como a la admiración. Nosotros, mirando el panorama y esperando el veredicto. «¿Así que caza-cubanos los fotógrafos, eh?» —dijo el jefe de mayor graduación que nos entrevistaba— «¡Felicidades, muchachos se portaron muy bien! ¡Así es como se hace! ¡Espérennos aquí!»

Salieron dejándonos solos. Parecía un tribunal que iba a tomar el veredicto. Después retornaron y el jefe habló maravillas respecto a nuestro proceder. Al final dijo que podíamos retirarnos y así lo hicimos, pero ni tranquilos ni despreocupados.

Al inicio de ese interrogatorio, más que reunión, pensé que sobre todo yo, siendo el máximo responsable como jefe de estos muchachos, iba a parar en «Chirona», y al final, con tantos halagos respecto a nuestra actitud imaginé que nos iban a condecorar. Nada, solo ilusión, que yo estaba queriendo una segunda medalla en tan corto plazo.

No seríamos personajes célebres como los que estilan fotografiar los «paparazzi» esos, pero la fama nos hubiera llegado si no incautamos a tiempo cámara y rollo. Aprendí también que si de «paparazzi» se trata, hay que cuidarse.

## *El rey de la «trácala mundana»*

Dire Dawa era una cajita de sorpresas. Fuimos de compra nuevamente.

Allí había un «pichón de europeo», dueño de una tienda mixta bastante grande y surtida. Según supe, nació en esa ciudad. Además de hablar el amariña y el oromiña, dominaba el italiano, el griego y el inglés. Políglota el hombre. Coloquial y atento con los clientes, se convirtió en el principal suministrador de «materiales estratégicos» y nos comunicábamos bien. Al menos hablando comprendía cuáles eran nuestras necesidades. Quizás en otros lugares existía lo que requeríamos, pero en la mayoría de los casos el idioma constituía una barrera casi infranqueable, y si no llevábamos una muestra de lo que necesitábamos no había forma de conseguirlo, porque no nos entendían.

En esta tienda al principio, nos trataban como a todos los demás clientes, pero en una ocasión se les rompió el equipo de audio, con el que todo el tiempo ponían música, y en un rato lo reparé, mientras me despachaban lo que había venido a buscar. En otra oportunidad, allí mismo les enconé unas bocinas que se les habían descompuesto. Otro día el dueño estaba fajado, en busca del motivo por el que no tenía energía eléctrica en su local. También le resolví ese problema. Él miraba con atención y me daba las gracias.

Con eso gané que se esmerara, me atendiera directamente y fuera capaz de conseguirnos de un día para otro cualquier cosa que le solicitáramos y no tuviera en sus almacenes, desde agua resina (*acuarichina*, como él decía), papel de lija de cualquier tipo y número, brochas especiales, herramientas, desengrasantes, en fin, que sin

dudas su negocio satisfacía nuestras necesidades y de ello nos valíamos.

Se mostraba chévere. Fue tanta la confianza que logramos tener que tan pronto llegábamos nos pasaba a la trastienda de su establecimiento y nos poníamos a negociar, sentados frente a un buró bebiendo cerveza que ponía la casa. Tomábamos acuerdos muy aceptables, pues hasta descuentos nos hacía. Pero todas estas atenciones no eran porque le cayéramos simpáticos. Suponía que fueran porque, en la mayoría de los casos, le comprábamos al por mayor.

Además, cuando lo que necesitábamos eran componentes electrónicos específicos, para la técnica militar soviética o de cualquier otra nacionalidad, que se nos hubieran roto, por no existir en el mercado, él tenía buenos y actualizados catálogos para hallar los equivalentes, pero no sabía trabajar con ellos y me los prestaba para que buscara lo que me interesaba. Hasta un poco que lo adiestré en el empleo de estos, así me ahorraría tiempo a mí y a otros clientes. La agilidad manifiesta para conseguirnos todo lo que pidiéramos me maravillaba.

Yo veía aquello y llegué a calificarlo, en mi fuero interno, como el rey de la trácala mundana. Hasta el momento a nosotros no nos había hecho una fea, pero sí habíamos aprendido que hay que cuidarse del veneno de serpiente chiquita, tiros y minas, monos ladronzuelos, dientes y garras de hienas y leones, chivos fumadores, tiburones, hasta de los aparentemente simples e inofensivos fotógrafos. La vida todos los días nos continuaría enseñando algo nuevo.

Hay que ser precavido con los extremos, y aquí el ambiente tan ágil me daba mala espina. Si acaso no había lo que quería, solo era dejarle el listado en «español».



¿Cómo lo traducía? ¡Qué sé yo! A lo mejor también dominaba nuestro idioma y se estaba haciendo el «chivo con tontera» para conocer qué hablaba cada cubano que visitaba su establecimiento, porque no éramos los únicos que íbamos ahí.

En una ocasión pasé, le dejé uno de esos listados con pedidos y me citó para el siguiente día. Temprano en la mañana llegamos al comercio. Entré como «Pedro por su casa» con «el Macao pegado», que no quería perderse la cerveza. Meriño se quedó sentado frente al timón del camión, porque cuando iba a manejar no se daba ni un trago por nada del mundo.

En la trastienda nos encontramos con otro europeo o también pichón de europeo, mucho más entrado en años que el dueño. Bajito, gordito, barrigón, canoso, colorado por un sol que supuse de playa. Nos saludó afablemente en un ítalo-español que entendimos perfectamente.

El propietario dejó a sus dependientes en los mostradores y vino a compartir con nosotros. Al llegar hizo las presentaciones pertinentes y fue hasta un *freezer* del que sacó unas cervezas.

San Emeterio no se sentó en ningún asiento. No faltaban, pero determinó arrinconarse en una orilla con la primera que nos brindaron, acucillado. Ese día hubo más de una, todas acompañadas con saladitos variados. «¡Qué maravilla! ¡Somos los mejores clientes de esta gente!» —me dije.

—¡Cubanos! Yo admiro a los cubanos ¿De qué parte de Cuba son ustedes? —preguntó el recién conocido.

—De La Habana —le respondí.

—¡Ah!, la bella Habana. Yo la veo por fotos y algún día quisiera visitarla. ¿Usted nació allí, teniente?

—Sí.

¡Caramba, con este segundo individuo nos podíamos entender idiomáticamente, más claro que con el primero, a pesar de no ser un español puro el que hablaba!

—Le gusta Cuba ¿eh? —me preguntó como que para hablar algo.

—¡Mucho! Esa es la tierra más linda que ojos humanos vieron, al decir no solo de Cristóbal Colón, sino de todos los que nos visitan.

Y continuó la conversación, aunque más que eso se me antojó un interrogatorio.

—¿A qué se dedica allá su familia, dónde se graduó, está casado, tiene hijos, se siente bien en Cuba, tiene casa, tiene carro, dinero suficiente...? —preguntón el gordo y por demás indiscreto.

Dije lo que se me antojó y como se me ocurriera. Después pasé a la ofensiva. Él respondía ambiguamente, entre sorbo y sorbo del refrescante líquido.

—¿De dónde son ustedes? —indagué.

—Nacimos aquí —contestó en perfecta lengua de Cervantes el dueño del establecimiento. ¡¿Este también habla español?! ¡Vaya, cará! Me quedé «turuleco». ¡El hombre dominaba nuestro idioma y se lo tenía calladito! Observé con el rabillo del ojo cómo el gordo le hacía señas para que no hablara más en puro español.

—Pero no son etíopes, ¿verdad? —pregunté.

—Por nacionalidad sí, por sangre, no. —Me dijo el más viejo.

—¿Parecemos africanos acaso? —me preguntó.

—Al menos etíopes, no —respondí.

Era una conversación banal la que seguíamos, pero había algo que me decía que detrás de ella vendrían otras cosas y estaba intrigado por saber qué eran. Mientras tanto comíamos y tomábamos de gratis.

El gordo resultó ser realmente siciliano, amigo íntimo del tendero desde hacía muchos años. Eso se le fue después de unas cuantas cervezas engullidas. A todas estas, desde hacía rato me limitaba en el consumo del sabroso líquido, pues el ambiente me intrigaba. Y no sé cuándo le había dicho al dueño de la tienda que me gradué de nivel medio en Radiocomunicaciones y me lo sacaron en la conversación.

—¡Ah!, pero usted es un especialista —me dijo el gordo.

—Procuro serlo en lo mío —le respondí.

—¡Y técnico por demás! Porque según dice «fulano» (se refería al dueño de la tienda, del que no grabé el nombre), usted tiene muchas habilidades y conoce... ¿Y ese otro muchacho? Preguntó señalando a San Emeterio, que se mantenía atento a la conversación y no se había movido del rincón en el cual estaba acomodado.

—También es otro especialista y muy bueno, por cierto.

El Macao y yo nos cruzamos un guiño de ojos.

—Bueno, y entrando en confianza, yo tengo una fábrica de equipos electrónicos en Italia, no es muy grande, pero produce bastante. Ahí montamos grabadoras, tocadiscos, radios y demás. La mano de obra de especialistas como ustedes allí está escasa. Yo necesito una persona como usted, oficial, que se encargue de llevarla y orientar a la gente en el trabajo. ¿Le conviene? ¡El salario es bueno! ¡El primer cheque ya se lo puedo hacer! Digo, si está en disposición de aceptar un trato. Lo puedo mandar o mandarlos a los dos en el primer avión que salga para Italia. ¿Qué les parece?

Yo no concebía lo que este hombre acababa de proponerme. ¡Desertar! Me rasqué los ojos. Miré a San Emeterio que se paró lentamente y me miró serio, con los ojos bien abiertos, como previniéndome.

Hubo un silencio como de tensión. Recostado a la nevara del dueño, el gordo siciliano nos observaba también con mucho interés.

El siciliano se metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó un *bloc* pequeño, una pluma estilográfica y me preguntó tuteándome:

—¿Cuánto te pongo inicialmente?

—¿Cuánto me pone de qué, señor? —le respondí.

—Esto es una chequera —me dijo—. Te vas junto con tu amigo para mi fábrica, trabajan en Italia para mí y van a tener casa, carro, italianas y todo lo que les dé la gana.

—¡Claro que sí hombres! ¡Lo que quieran tener! Ustedes en Cuba deben ser unos muertos de hambre que han venido aquí a jugársela a ver si al regreso obtienen algún beneficio, porque no me digan que... —dijo el dueño de la tienda desde el lugar donde estaba, apoyando lo propuesto por el gordo.

Esto era una falta de respeto peor que la de los hermanos tirándonos fotos. Ya habíamos tenido problemas anteriormente con los «tirafotos». Ahora, armar líos gordos con estos dos y plantearlo al mando superior me hizo contar hasta diez, porque en cualquier momento los nuestros nos iban a tildar de problemáticos. Nos desagradó de tal manera la actitud de estos «comerciantes» de nación agredida, gente que había permanecido sin tirar un tiro durante la guerra en lo que llamaban «su país» y que se aprovechaban de sus consecuencias, por lo que era, por lo menos, para virarles la tienda al revés. Esa manifiesta insensatez, tanto a San Emeterio como a mí nos hizo «hervir de repente la sangre».

No sé si les miré a los ojos con desprecio o con odio. Sé que el gordo bajó la mirada y con el *bloc* en las manos no atinaba a decir una palabra más, sino balbuceos incoherentes.

Me paré de la silla lentamente. Mil y una ideas me pasaron por la cabeza, desde... no sé.

—Mira, siciliano, métete tu chequera por el cul... y tú, pichón mal nacido de etíope, te va a doler más... métete todo lo que nos habías conseguido para hoy. Les dije muy quedo, pero con tal tono que se quedaron pasmados, y más aún cuando, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo el Macao y yo recogimos al unísono nuestros fusiles, que estaban recostados en una pared. No los amenazamos ni nada por el estilo, pero ¡se cag...! Salimos de la tienda, montamos en el camión y nos fuimos, dejándolos boquiabiertos. Meriño, extrañado por vernos tan serios, después de andar un buen trecho me preguntó:

—¿Qué pasó, Herrera?

—¡Macao, descarga el fusil! —le dije desde la cabina a San Emeterio, mientras quitaba el proyectil de la recámara del mío.

—¡El mío no está cargado, teniente! —me gritó desde donde estaba.

—¡Ño, por nada meto la pata! —pensé para mis adentros. Partimos de regreso.

Le conté al chofer lo ocurrido y lo previne.

—¡Mira qué jodedores, cará! —fue su respuesta.

Me fui de ese lugar con la plena convicción de que no volveríamos nunca, por muy difícil que nos resultara conseguir lo que necesitáramos para nuestro trabajo. Algún otro sitio aparecería, ese no era más que un nido de «ratas trácalas mundanas». No solo mercancías, sino también traficaban con personas estos delincuentes.

Al llegar a la unidad iba a ver a Barcada, Olivera y Cisneros para contarles lo ocurrido, y así se lo hicieran saber al mando superior. En eso me llama San Emeterio desde encima del camión para que lo orientara.

—Teniente, ¿dónde descargamos esto? —me preguntó.

—¿Qué cosa?

—Todo lo que viene en el camión.

—¿Y qué viene ahí, chico?

—Lo que le habíamos encargado al tendero ese...  
—me dijo Meriño.

Me encaramé en la cama del carro. Sí, efectivamente. Todo lo pedido fue estibado. Lo mejor del caso es que no lo pagamos.

«¡Oye, al carajo, que se lo pague su socio siciliano con uno de los chequitos que nos estaba ofreciendo!» —le contesté y me fui a hacer lo mío. El problema llegó hasta el estado mayor.

Ese mismo día, según me informaron, alguien fue y le liquidó la cuenta a ese «comerciante». En el plano personal, a ese sitio no volví nunca más. Los principios no se negocian.

### *«El pueblo de la peste»*

Este país estaba lleno de «reyes». Ahora, y por referencias que nos dieron, pudimos toparnos con «los reyes del entendimiento». Estos eran unos personajes circunspectos que vivían en una aldea medio perdida en el desierto del Ogaden. Quedaba en un pintoresco lugar. A la distancia se divisaba entre las arenas color chocolate claro, situada alrededor de un oasis de aguas habitualmente transparentes y bordeadas por palmeras datileras y verdes pastos. Los lugareños habían construido las viviendas a la sombra de dichas palmeras y cada casa estaba rodeada de cultivos de verduras y cereales.

El sitio estaba en tiempo algo más de una hora de camino desde Dire Dawa, y cuando ya se podía distinguir el

paisaje, este se mostraba propicio para una foto y digno de una bonita tarjeta postal. Lástima no haber podido tomarla. Aquí, los únicos autorizados para andar con cámaras fotográficas los daba el mando superior, y yo no tenía ni lo uno ni lo otro, mi gente tampoco. Es por eso que solo conservo dos instantáneas de Etiopía, aunque me tiraron algunas más, pero no me pude hacer de las copias ni de los negativos.

A aquel lugar no sé quién lo había bautizado con el nombre de «el pueblo de la peste». Realmente, al llegar, en ocasiones se percibía un hedor bastante desagradable que salía de cada rincón. Allí no se apreciaba ambiente callejero.

Las casitas estaban hechas de maderaje recto y áspero, techadas con pencas, al estilo de los bohíos en nuestros campos cubanos. Unas mayores, otras menores, pero similares en su estilo constructivo. Tenían portales amplios, y en ellos los habitantes se refugiaban de los rayos del sol ardiente tratando de disfrutar de la brisa. Casi todos estaban siempre atareados en trabajos artesanales, tejiendo con destreza bellas cestas multicolores y artículos similares, trenzando cuerdas, haciendo esteras para pisos o paredes y bolsas de varios tamaños.

Indudablemente, la materia prima, tanto para las viviendas como para esas artesanías era obtenida de las palmas datileras, y los dátiles deshidratados que en cantidades industriales consumimos en este país, capturados al enemigo durante la guerra, debieron provenir de lugares con condiciones ambientales similares a las de este. Sobre esteras como las que ellos confeccionaban vimos una buena cantidad de frutos brillantes y apetitosos secándose al sol.

En ese sitio uno se comunicaba con los nativos y le planteaba lo que quería y como por arte de magia nos

hacíamos entender inmediatamente. Si el interrogado no lo tenía, señalaba en qué casa podíamos adquirirlo. Si lo había en plaza, uno se lo llevaba, de lo contrario te decían: «Venga mañana o pasado».

En el lugar estarían esperándote con su solicitud satisfecha. Se podía encargar desde una simple aguja para coser hasta un supersónico MiG- 23. ¡Qué cosa más grande!

No sé cómo se las arreglaban, pero gracias a eso continuamos sin que nos faltara nada, y además, a precios muy módicos. Cuando descubrimos este «mercado» fue un alivio para nosotros. Allí podíamos entonces conseguir lo que no adquiriríamos nunca más con el hijo de pu... «trácala mundano», pichón de italiano en su tienda de Dire Dawa.

¿Para qué estaban las caravanas de dromedarios pasando las fronteras de aquí para allá y de allá para acá como si nada, y haciendo paradas en este caserío?

En una oportunidad, estando nosotros en ese lugar, pudimos ver cómo esos artiodáctilos rumiantes defecaban al por mayor mientras comían y se reabastecían de agua en un charco hediondo, a poca distancia del oasis mayor, entonces le encontramos una aparente justificación al asunto de la peste. Además, es posible que los nativos emplearan las excretas de esos animales como abono para sus sembradíos. Por cierto, el sonido que emiten los dromedarios es similar a la onomatopeya de un inodoro medio tupido cuando se está descargando.

Estos aldeanos, además, tenían el privilegio de que muy próximo les pasaba una vía férrea con los vagones atestados de pasajeros, hasta enganchados en las puertas y encaramados en los techos. Había un paradero cerca. Realmente no puedo precisar si por esa vía les llegaba algo, porque espacio aparente no quedaba para cargas.



Además, en Dire Dawa había aeropuerto. Por lo tanto, las mercancías que comercializaban podían llegarles por diferentes vías.

De seguro que todo era proveniente del mercado negro. Ni procesos aduanales ni guardafronteras ni nada. Quizás por eso, en una oportunidad, un jefe del estado mayor se interesó por conocer en qué lugar nosotros adquiriríamos tales cosas. Le explicamos.

«¡Prohibido, que no se les ocurra ir de nuevo allí!», —fue la orientación. No sé si por razones de seguridad o qué, porque al fin y al cabo casi todo el comercio en este país funcionaba de esa forma. No obstante, y como las órdenes militares no se discuten, las cumplimos disciplinadamente. Bueno... ¿y ahora qué?

La advertencia nos llegó en un momento favorable, porque estábamos bien surtidos con casi todo lo que necesitábamos para distribuir entre las unidades del Frente y quedarnos con lo necesario para nuestro trabajo. Nos abastecieron por lo menos para un año y a mí no debía quedarme tanto tiempo en la misión. Pensé que después otros serían los que tendrían que «aruñar».

## *La mafia*

En las ubicaciones permanentes de las unidades del Frente, donde se encontraba incluido nuestro taller, teníamos al menos lo imprescindible para trabajar con un poco de desenvoltura y no estar atarugados como antes, porque durante la guerra resolvíamos los problemas, pero de a «PP». Las condiciones óptimas no estaban creadas. No obstante, un grupo de entusiastas compañeros realizaban trabajos previos por aquí y por allá, llámense

constructivas, de innovaciones y racionalizaciones, concebidas y desarrolladas con alegría.

En ese ínterin me llegó la grata nueva de que tendría que partir de inmediato a la capital del país para realizar ciertas labores tanto de reparación como de mantenimiento. Nuevamente me convencí de que mi tarea principal era, entre otras cosas, andar de aquí para allá y de allá para acá solucionando problemas técnicos. Por eso no podía estar molesto, al contrario, así no disponía de tiempo para el tedio. Además, no me preocupaban mis responsabilidades al frente de la organización juvenil, porque tenía a mi lado a un dúo de secretarios muy eficientes y conocedores de la materia, más que yo. Poseían experiencia anterior y colaboraban mucho conmigo, y si había dudas podían contar con la asesoría de Cisneros u Olivera.

Partí para Addis al otro día desde el aeropuerto de Dire Dawa. Allí me subieron en un helicóptero. Me senté cómodamente, con cinturón de seguridad y todo, cerca de una puerta abierta que, después de despegar el aparato y tomar altura, me permitía distinguir los disímiles paisajes que se podían apreciar sin cristales de por medio.

En este medio el viaje es más lento y con mucho ruido, porque se escuchan los de los motores, pero me gustó más que en avión. Al parecer, como era el único pasajero, el copiloto me dio dos *sandwich* enormes con sendos trozos de jamón, queso, mostaza y dos refrescos bien fríos, por lo que arribé a Addis Ababa con la barriga llena y por tanto el corazón contento.

Ya me esperaban en un hangar de ese aeropuerto e inmediatamente me condujeron al lugar de estancia y trabajo. Allí no había un taller propiamente establecido ni

personal técnico alguno. Cuando llegué tuve que agenciármelas para buscar suministros imprescindibles que me posibilitaran darle solución a los problemas existentes. Primero los evalué, y sobre la base de ellos, contacté con los órganos de finanzas pertinentes que me podían atender para que me facilitaran los *birr* (unidad monetaria de ese país) para la adquisición de productos necesarios.

Igual que en el Frente, después de las compras era obligatorio entregar los vales emitidos por los comerciantes con los precios de todo lo adquirido. Ni sé cómo se las arreglaban estos cubanos que atendían las cuestiones económicas, porque la escritura arábiga, bellísima por cierto, a tal extremo que ha contribuido a los estilos decorativos en todos los campos del arte islámico, para mí resulta indecifrible. Por esos lares, casi todos los mercaderes escriben en ese estilo caligráfico, así que los cubanos que revisaban las cuentas, a no ser por los numeritos, que son los mismos que empleamos nosotros, creo que desde el año 1202 de nuestra era, dudo mucho que tradujeran lo que decían las facturas. A lo mejor pasaron cursos para no dejarse pasar gato por liebre.

Averigüé cómo y dónde efectuar las compras y rápido me orientaron. Me percaté de que no solamente aparecía de un día para otro lo que quisiéramos en la casa del «rey de la trácala mundana» o en «el pueblo de la peste», allá por la zona de Dire Dawa.

En Addis también se podían resolver las cosas... ¡Claro! Por supuesto, es la capital del país. Indagando con mis nuevos y más experimentados compañeros que llevaban tiempo en el lugar, conocí la tienda de un moro, en la que, de manera similar, era factible adquirir esos insumos no cotidianos en el mercado por las mismas limitantes que

les he narrado: no los tenían, no comprendían lo que queríamos, etcétera.

Me presentaron al Moro. Con la referencia de alguien que hasta le pasó un brazo por encima a modo de saludo, le dijo algo y él rio a carcajadas, consideré que las relaciones marcharían bien, como en efecto sucedió. Este nos atendía de lo mejor, aunque resultaba ser un tacaño. No hacía ni una rebajita tan siquiera. No hablaba español, pero me entendía. ¿Que cómo se las arreglaba? ¡Qué sé yo!

En una oportunidad, me llevaron hasta allí unos compañeros y luego me recogieron, pues tenían que resolver otros problemas. Aquí el convoyado resultaba ser yo. Adquirí rápido la mayoría de las cosas que necesitaba, no eran muchas, y salí casi satisfecho al portal en espera del yipi.

La tienda tenía vitrinas atiborradas de las mercancías que comercializaban. Ya caía la noche y el interior estaba más iluminado que el exterior. Observé como el Moro cerraba su establecimiento. Se posesionaba en una esquinita del mostrador y se ponía a fumar. La mente vaya a saber usted dónde la tenía. Me pareció impaciente el hombre, pues tamborileaba con los dedos de su mano derecha sobre el mostrador de madera.

Estaba afuera cuando un carro largo, negro, con cristales calobares parqueó a la orilla del contén de la acera, justamente frente a la tienda.

De la parte delantera se bajó un asiático con gafas oscuras, de traje y corbata. Miró a la derecha, a la izquierda, al frente, atrás. Después abrió la puerta trasera. De allí se bajaron dos «narras» más, con sendas maletas de cuero.

Entraron al bazar como «Pedro por su casa» sin mirar el closet y depositaron los maletines encima del mostrador frente al Moro y las abrieron.

A través del cristal vi el contenido, eran relojes de pulsera. El dueño vino hasta la puerta del establecimiento, cerró con llave y todos pasaron al fondo del lugar y como mi yipi se demoraba, tuve que seguir contemplando en el crepúsculo el cromatismo de pañuelos de cabeza y vestimentas femeninas típicas que desfilaban por la acera.

De vez en cuando, el asiático que estaba al timón del carro, me miraba. Lo veía, porque la puerta que daba a la acera permanecía entrejunta y alguna luz exterior le llegaba.

Hubo un momento en que miré para allá, para el interior de la tienda y vi cuando uno de estos le metía al Moro el cañón de una pistola dentro de la boca y lo tiraron en un rincón. Después todos desaparecieron de mi rango visual y al rato salieron los tres asiáticos riendo a carcajadas. Las maletas quedaron dentro. Ahora llevaban un maletín diplomático grande, los sacos de los trajes, desabotonados, dejaban ver en la cintura de cada uno una pistola enfundada. Se montaron en el auto y partieron, tranquilamente.

¡Cómo debía tener dinero el Moro ese para comprar tantos relojes!, pero al parecer los adquirió «a la cañona», so pena de recibir un sonado disparo en la campanilla de su trasboca.

Mis compañeros llegaron cuando salía el carro negro. Les conté lo sucedido y uno me respondió: «Aquí la mafia da al cuello, teniente, no te alarmes por eso. Lo que hay que saber es cuidarse de ellos».

Consejo sano. A los pocos días, resueltos los problemas que yo había venido a ver regresé al Frente no por mucho tiempo.





*Hoy como ayer*







## *¿Parapsicología...?*

Casi todas las personas conocen que la Parapsicología se relaciona con el estudio de los fenómenos psicológicos que aún no son bien conocidos científicamente. Tenía referencia de algunos casos. En el plano personal nunca, que recuerde, me había pasado algo al respecto, pero me ocurrió uno cuando estaba en Etiopía, quizás de los más deprimentes que pueda sucederle a cualquier ser humano. A tal extremo que a mi regreso a Cuba, con un poco de rechazo o de pena, me sentí en la necesidad de intercambiar con un psiquiatra.

—Acosta, vengo a consultarte —le dije al llegar a su casa.

—¿Como amigo o como profesional? —me preguntó sonriente mientras nos saludábamos, pues hacía más de dos años que no nos veíamos. ¡Entra hombre! —y me franqueó la puerta de su hogar.

—Vengo a verte como las dos cosas, mi hermano.

—Acabo de colar café, espérate.

Fue hasta la cocina y trajo dos tazas humeantes con el delicioso néctar cubano que saboreamos mientras intercambiábamos un poco sobre mis vivencias por allá, nuestras vidas y familias. Entonces pasamos a lo que me trajo a verlo.

Le conté lo sucedido, no sin un poco de resquemor por mi parte.

Estuvo meditando un rato antes de darme su opinión. Prolongaba la conversación saboreando el café. Me comentó que sí, que sucedía, aunque no con frecuencia y

no solo a quienes poseen problemas psíquicos. Me narró algunas de sus experiencias, en las consultas con pacientes. Este tema le llamaba poderosamente la atención.

—Que yo sepa, tú no eres creyente. He tenido casos de personas que profesan alguna religión.

—Sabes que no soy creyente —le contesté.

Me dijo que él también tenía múltiples referencias de sus colegas, otras halladas en la literatura especializada y demás, pero en ninguna se reflejaba el basamento científico. Me manifestó que hasta donde llegaba su raciocinio, esos problemas sucedían casuísticamente.

Yo le había narrado lo que me sucedió.

Una noche en que después de comida no había otras actividades que realizar y escuchaba *Radio Tatek*, los oficiales de la plana mayor nos pusimos a jugar dominó, otros a las damas, ajedrez, ping-pong, cubilete, parchís, a leer... ya que eran los entretenimientos más sanos y frecuentes que practicábamos en horarios nocturnos, cuando no nos traían películas o no teníamos trabajo atrasado. El juego de dominó entre cubanos siempre ha ido acompañado de bromas, risas y broncas, de alegrías o bravezas, que en ocasiones hay algunos que te sacan de quicio entre la «botadera de gordas», los «forros», la bobería y vaya usted a saber cuántos disparates más, pero uno se divierte y así el tiempo pasa rápido hasta la hora de hacer lo que le corresponde a cada cual. En este caso dormir, que ya era tarde. Me acosté como siempre en mi litera, bien tapado, pues el frío nocturno en aquella región es una constante en cualquier época del año.

Entrada la madrugada, un sueño tremebundo que no le deseo a nadie me hizo despertar con un sobresalto gritando un ¡NO! tan alto que todos mis compañeros de habitación, Barcada, Cisneros, Olivera y demás se des-

pertaron sobresaltados preguntándome qué me había pasado.

«¡Nada... nada, es que soñé que mi mamá había muerto, coñ...! Dispensen».

Traté de conciliar el sueño nuevamente, recordando la risa alegre y vibrante de mi progenitora, su rostro lindo y su porte de reina, su ternura manifiesta hacia lo que la rodeaba, sus enseñanzas, su amor a toda prueba, incluyendo a la Revolución y Fidel. No pude dormir más. La mañana me sorprendió aún pensando en ella y en lo que su dimensión humana constituía para mí. A pesar de esas grandes cualidades que tenía, no se resignaba a que su único hijo varón estuviese involucrado en contiendas bélicas y cada minuto sufría por eso, pero en silencio.

Me levanté apesadumbrado, pero continué con las tareas habituales tratando de borrar de mi mente ese sueño tan cruel.

Había llegado un compañero, el jefe de Taller de Comunicaciones de una de nuestras unidades, enviado por el mando superior para que me fuera relevando en mi cargo. Me alegré mucho, aunque con determinada nostalgia, porque en esas circunstancias eres capaz de unirte con entrañables lazos de amistad y solidaridad al resto de tus compañeros. No obstante, con cierta ansiedad se esperaba el relevo escalonado para todos, y a mí me llegó el turno. A decir verdad, fui entregando todo lo que creamos y que estaba bajo mi responsabilidad. Mi estancia concluía. Todo fue bien y hubo un acuerdo entre ambos que todo continuara lo mejor posible.

Llegó la hora de despedirme de Etiopía, el país del que hoy se dice albergó la génesis de la humanidad. Quince días después, el 30 de julio de 1979 regresé definitivamente a la patria.

Ya en Cuba, parte de mis seres más queridos me recibieron de forma extraña. Pero ella, mi madre, no estaba esperándome y debía ser la primera como de costumbre, amorosa y preocupada para conmigo. Ni mi esposa, ni mi papá, ni mi hermana... nadie tenía el valor suficiente para darme la amarga noticia, hasta que desesperé y entonces, el más alejado de la familia, un conuño, me la dio muy a su pesar. Cuando lo supe sentí que la tierra se abría ante mis pies y un profundo abismo me tragaba.

Hacía catorce días que le habían dado sepultura. Ella murió con solo cuarenta y seis años, víctima de un derrame cerebral. «No la vi partir, no me vio volver».

Al estado mayor, había llegado la noticia del real deceso de mi madre y era de conocimiento de algunos compañeros, pero ninguno fue capaz de insinuar nada al respecto. Como hijo, como ser humano los entiendo y emancipo. Comprendo que hubiera sido más torturante para mí, porque en esos momentos se imposibilitaban los vuelos rumbo a casa y cuando hubo la primera oportunidad me enviaron de regreso con el cumplimiento definitivo de la misión.

Fui temprano en la mañana al cementerio Colón en compañía de mi padre y esposa con un pesar inmenso. Delante de su tumba solo atiné a decirle muy quedo:

«Mami, cumplí, regresé como querías, vivo, para seguir defendiendo por ti y por mí, esta tierra que ahora guarda tus restos sagrados».

Le deposité en la húmeda y fría tapia de granito un ramo de mariposas blancas, su flor preferida.

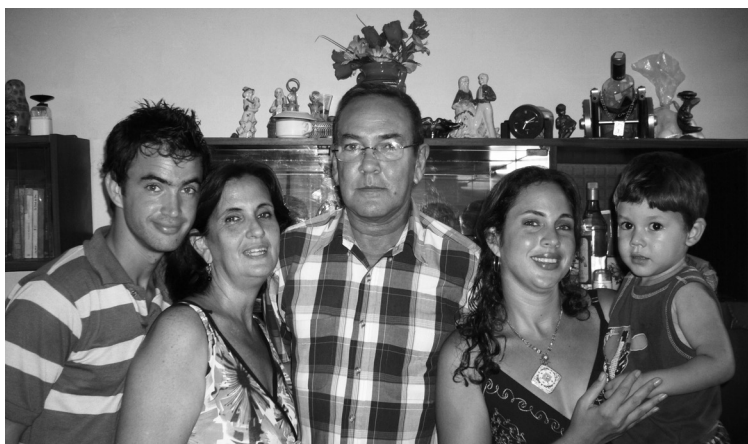
## *Hoy en día*

Los años pasan, nos vamos poniendo viejos, parafraseando al trovador, y cavilamos mucho sobre el pasado de nuestras existencias humanas, pero pensamos más en el futuro palpando el presente, y más teniendo por preocupación mayor la continuidad del legado imperecedero de la nación cubana. Hoy se vierte cualquier criterio sobre la juventud actual. Cuando fui a cumplir esa misión tenía veintidós años y la gente más vieja recuerdo que hablaba las mismas cosas sobre los que en aquel entonces éramos jóvenes.

Es posible que hayan olvidado sus años mozos. En cada momento de la historia de la humanidad, supongo que los más entrados en años criticaron a sus retoños por no seguir la misma lógica de sus vidas como adolescentes. A pesar de los pesares, contra cualquier criterio proverbial, mi generación cumplió. Por mi parte hice lo que me enseñaron mis padres, amar grande e infinitamente a Cuba, el mundo y todo lo que esta Isla representa en valores y virtudes tangibles e intangibles.

Seremos mucho mejores cuando le inculquemos a nuestros hijos el amor infinito a la patria agradecida.

Desde aquella contienda han pasado más de treinta años. Hoy, cuando termino de escribir estas páginas, reviso lo que he hecho y me autocritico, pero considero que la más hermosa obra de mi vida es, sin lugar a dudas, haber participado solidariamente junto a mi esposa en la forja de una familia adorable. Tengo dos hijos que mejor no los quiero. La mayor es profesora universitaria, periodista, graduada con Título de Oro en la Universidad de La Habana, se hizo máster y doctora. El menor se graduó de Medicina, también



Mi familia.

con Título de Oro, ahora hace su especialidad en Neurocirugía. Obtuvieron las carreras deseadas y se sienten realizados. Mi hija me dio un alegrón grandote con un nieto que considero estelar. Este abuelo sigue unido a la linda muchachita que conoció en 1975, que también se hizo doctora en Ciencias. Nada, que tengo motivos para, a pesar de todo, sentirme feliz.

## *Epílogo*

Por azares de la vida, en el 2012, mi exprofesor de Física, el eminente Juan Abreu Montes de Oca, de mi primera escuela castrense, el Instituto Técnico Militar José Martí me convidó a impartir, a un pequeño grupo de profesores y trabajadores de ese centro, una conferencia sobre la gesta bélica de los cubanos en Etiopía. Me dijo que no serían más de seis o siete los participantes. Esa actividad correspondía a la Preparación para la Defensa del primer semestre del año en curso. Me sentí halagado por la invitación. Acepté con un poco de aprensión.

Al llegar, tres horas antes de empezar la actividad, mi exprofesor, conocedor de lo que había escrito referente a Etiopía, me facilitó el material de estudio que recogía el contenido de dos temas: «La Misión Militar Cubana en Etiopía, un ejemplo de solidaridad» y «El internacionalismo del pueblo cubano».

He teclado páginas referidas a lo que viví en ese país, pero leyendo el material de estudio preparado por la Dirección Política de las FAR, me percaté de que es una exhaustiva e interesante investigación de carácter histórico que brinda cuestiones primordiales y datos inéditos. Respetuosamente, les transcribo un fragmento con algunos de mis comentarios y los pongo a la consideración de ustedes.

### *El conflicto bélico. La colaboración cubana*

Tres meses después de la conferencia de Yemen, el 13 de julio de 1977, las fuerzas somalíes iniciaron

la agresión, al tiempo que rompían las relaciones con la Unión Soviética y Cuba, expulsando a los asesores de ambos países, en su mayoría soviéticos, los que se trasladaron a Etiopía con información actualizada sobre las fuerzas somalíes. La presencia de más de dos mil asesores soviéticos y 50 cubanos, obedecía al tratado de colaboración firmado con la Unión Soviética para la formación de jefes de pelotones y especialistas, además de reconstruir sus fuerzas armadas.<sup>16</sup>

«Se creó un Estado Mayor Conjunto por cinco generales etíopes, ocho cubanos, cinco soviéticos y dos yemenitas. El jefe militar de la operación era Cuba».

Al frente de la misión se designó al general de división Arnaldo Ochoa Sánchez, quien fuera sancionado años después en la Causa No.1 de 1989.

Etiopía, en aquel momento tenía:

- 150 000 leprosos.
- 400 000 tuberculosos.
- 6 000 000 palúdicos.
- 19 000 000 de personas con diversos grados de infección en la vista.
- cientos de miles de seres humanos muertos durante las sequías.
- 95 % de analfabetismo.

<sup>16</sup> Material de estudio de la Dirección Política de las FAR en «Tradiciones Revolucionarias Patrióticas Militares e Internacionalistas», 2012, p. 3.



—125 médicos para una población que en aquel entonces nos decían que era de 37 millones de habitantes. Saque usted sus numeritos y verá cuántos médicos por habitantes tenía ese país. Prácticamente nadie sabía lo que significaba un galeno. Eso fue en 1974. Cuba, con sus limitaciones en todos los órdenes, en ese momento, envió de manera solidaria a unos cien médicos, enfermeras y técnicos de la Salud. Todos civiles.

—Antes de armarse el conflicto por la agresión de Somalia a Etiopía, estos contaban en sus fuerzas armadas con 55 000 combatientes (20 000 enfrascados en la lucha contra los secesionistas eritreos). En el Ogaden solo combatían la Tercera División y otras pequeñas unidades con 10 200, 45 tanques M-41/M-47, 48 piezas de artillería y diez cañones antiaéreos, 35 aviones (16 cazas, tres bombarderos y varios F-86).

Sin embargo, el adversario somalí contaba con: —50 000 milicianos del Frente de Liberación de Somalia Occidental.

—34 brigadas de infantería motorizadas y de tanques. Estas con 350 000 hombres, 350 tanques T-34 y T-35, 350 blindados de los que en el transcurso de la acciones combativas, y al ser neutralizado por nuestras tropas, pudimos obtener como botín de guerra unas cuantas decenas de medios de comunicaciones en perfecto estado técnico o no, pero que nos sirvieron para garantizar nuestra tarea de sustituciones o reparaciones. La mayoría de los equipos era de la misma

procedencia. En la aviación, tenían aproximadamente treinta y cinco MiG-15, 17 y 21, así como diez helicópteros MI-8.<sup>17</sup>

Poseían poderío los somalíes. Era una arbitrariedad esa desigualdad, una injusticia. Pretendían un aniquilamiento rápido de las fuerzas etíopes. Pero nunca tuvieron en cuenta con lo que se podrían encontrar. Desestimaron y desconocían la fuerza de ese pueblo y el internacionalismo socialista.

—Muertos en la guerra, a saber, 15 000 etíopes, 20 000 somalíes y 21 000 mercenarios, así como 600 000 refugiados.

—Durante las acciones combativas y hasta la retirada de las tropas cubanas en 1988, hubo que lamentar la pérdida de 163 compañeros cubanos.

—Como parte del intercambio de prisioneros se pudo lograr el regreso a la patria del actual coronel Orlando Cardoso Villavicencio. Tengo entendido que es el prisionero de guerra con más tiempo en cautiverio.

El auditorio, al que le iba a impartir la conferencia se había leído el material. Con la intención de no aburrirse con la retórica del texto, me pidió que le narrara solamente las experiencias de mi estancia en el Cuerno Africano.

Para amenizar la exposición, que fue después del almuerzo, en una pizarra que allí había, dibujé un mapa de Etiopía y ubiqué la zona donde me tocó moverme en estos dislates bélicos. Además, conté pasajes vividos allí y escritos ahora en este libro. Preguntas hubo al por

<sup>17</sup> Ídem.

mayor, respondí sobre lo que pude, conocí y con conciencia de que no podía pasar por alto la pesadumbre de rendir tributo obvio a los 163 cubanos caídos en ese país. La honra de todos para ellos.

Abreu me engañó. No hubo seis o siete personas. La sala se repletó. Hasta en el pasillo había gente oyendo. Entre ella, tres hombres y tres mujeres que habían sido mis profesores tiempo atrás, personas inolvidables del ITM de los años mozos, de los setenta del siglo pasado, cuando por las tardes escuchábamos *Radio Militar Juvenil*. Concluí mi parte y las preguntas fueron bastante altruistas. Después de todo, el intercambio resultó regocijante.

Aplauso inmerecido por parte del público asistente y las palabras de una profesora: «¡Oiga, si ese libro del que usted nos ha narrado algunos pasajes se publica, por favor, a todos los presentes invítenos al lanzamiento, que vamos a ser los primeros en adquirirlo! ¡Cuenta con nuestra asistencia en la presentación!»

Luego me percaté de que hacía mucho tiempo no había tenido el privilegio de dar una conferencia en mi entrañable escuela, la que fue en épocas pretéritas el Colegio de Belén, donde estudió Fidel y, en cuyos alrededores, aglutinó conciencias para la gesta del Moncada.

Dígame usted, si no voy a sentir orgullo por haberme graduado allí. Lo que apliqué en la guerra lo aprendí en sus aulas, sin demeritar la práctica en las unidades.





# *Anexos*





## *Anexo 1*

El futuro Taller de Comunicaciones de la Misión Militar Cubana en Etiopía quedó compuesto, inicialmente por:

—Jefe de taller: teniente, Dagoberto Luis Herrera Alfonso, técnico.

—Técnico de radio: primer teniente Raisdael Manzanares Blanco.

—Técnico de radio enlace: suboficial de la reserva Mario Díaz Acosta.

—Mecánico de radio: soldado SMO Bienvenido Ramos Hernández.

—Mecánico de telefonía: soldado SMO Samuel Portal Hernández.

—Jefe de la base de carga: soldado de la reserva Enrique San Emeterio Guzmán.

—Operador de la base de carga: soldado de la reserva José Luis Mesa Mesa.

—Chofer del taller móvil: soldado de la reserva José Enrique Baños Arzola.

—Chofer de vehículo de la base de carga: soldado de la reserva Raúl Meriño Burgos.

Mod. 82-25

SERIE E



REPUBLICA DE CUBA  
**MINISTERIO DE SALUD PÚBLICA**

**CONTROL SANITARIO INTERNACIONAL**

**CERTIFICADO INTERNACIONAL DE  
 VACUNACION O REVACUNACION\***

INTERNATIONAL CERTIFICATE OF VACCINATION  
 OR REVACCINATION\*  
 CERTIFICAT INTERNATIONAL DE VACCINATION  
 OU DE REVACCINATION\*

**Nombre del viajero** Roberto Herrera @Yusa  
 Traveler's name

Nom du voyageur

**Fecha de nacimiento** 17.8.54 **Sexo** M  
 date of birth sex

né (e) le sexe

**Nacionalidad** Cubana **Pasaporte No** .....  
 citizenship passport No.:

rationalité numéro du passeport:

**Firma del viajero** [Signature]  
 traveler's signature

signature du voyageur

- \* Aprobado por la Organización Mundial de la Salud.
- \* As approved by World Health Organization.
- \* Approuvé par l'Organisation Mondiale de la Santé

Carné de Salud Pública.



## *Anexo 3*

**Soldado de la reserva, Raúl Meriño Burgos.** Laboraba como chofer en la Terminal de Ómnibus en la ruta 74 de la capital cubana. Destacado conductor y con sobresalientes conocimientos de Mecánica Automotriz. Amigo a toda prueba. Ha pasado el tiempo y no hemos contactado para concertar un encuentro y rememorar lo vivido en el Cuerno Africano. Meticuloso seguidor de las huellas dejadas por el resto de los vehículos. Pienso que este hombre tenía un sexto sentido para no caer en el peligro de las minas. Al menos, manejando él, nunca caímos, y oportunidades no faltaron.

**Soldado del Servicio Militar Obligatorio, Samuel Portal Hernández.** Fue uno de mis subordinados en el taller de la división. Quedó medio sordo, porque en una ocasión, aquí en Cuba, aprovechando que yo no estaba se fugó una noche de la unidad. Por la mañana, apurado para llegar antes que dieran la diana, lo atropelló un vehículo. Luego de estar varios días ingresado en el Hospital Naval se reincorporó con problemas auditivos. No había teléfono o pizarra telefónica que se le resistiera. Su herramienta favorita era una mandarria de veinticuatro libras para cuando un equipo se pusiera pesado a la hora de solucionarlo, asustarlo con un mandarriazo sobre la mesa. También resultó ser un magnífico compañero.

## *Anexo 4*

Del **voluntario proveniente del correo** siento no poder dar muchas referencias, porque no recuerdo su nombre. No obstante, nos fue de mucha ayuda, a tal extremo que cuando en el lugar al que fuimos, sintió el primer estruendo de proyectiles caer cerca, hizo un refugio, casi dormitorio, capaz de guarecernos a los cuatro. Lo único molesto era la soga para bajar o subir los tres metros de profundidad. No le hizo nudos, pero era precavido el hombre, cavó como un «topo». Tiempo tenía y voluntad también.

*Anexo 5*

**Tabla**  
**Cantidad y tipos de medios abandonados por el**  
**enemigo**

No.	TIPO DE MEDIO	CANTIDAD
1	Estación de radio de onda ultracorta R-105D	16
2	Estación de radio de onda ultracorta R-105M	11
3	Estación de radio de onda ultracorta R-108D	13
4	Estación de radio de onda ultracorta R-108M	15
5	Estación de radio de onda ultracorta R-109D	2
6	Estación de radio de onda ultracorta R-109M	1
7	Estación de radio de onda ultracorta R-114D	11
8	Estación de radio R-104-M	6

**Tabla**

(continuación)

9	Estación de radio para blindados R-112	2
10	Estación de radio para blindados R-113	29
11	Estación de radio para blindados R-123	26
12	Radio receptor R-311	3
13	Teléfono TAI-43	18
14	Teléfono TA-57	9
15	Teléfono TA-57	1

# *Bibliografía*

- CASTRO RUZ, FIDEL: *Sobre temas militares*, compilación de discursos, Imprenta Central de las FAR, Ediciones OR, trimestre enero-febrero-marzo, La Habana, tomo 1, 1990.
- Informe Central al II Congreso del PCC, Editora Política, La Habana, 1989.
- KAPUSCINSKI, RYSZARD: *El emperador*, Editorial Pablo de la Torriente, La Habana, 2007.
- Material de estudio de la Dirección Política de las FAR en «Tradiciones Revolucionarios Patrióticas, Militares e Internacionalistas», primer semestre del año de Preparación para la Defensa, 2012.
- RAMONET, IGNACIO: *Cien horas con Fidel. Conversaciones con Ignacio Ramonet*, tercera edición, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2006.



# *Índice*

Prefacio / 11

La vida te da sorpresas / 15

Pasaje a lo desconocido / 41

Al combate corrid... / 53

Vacaciones de verano para mí / 183

Me voy de mi tierra / 205

Hoy como ayer / 279

Epílogo / 287

Anexos / 293

Bibliografía / 301

*colofón*